

SOCIALISMO TRAICIONADO

DETRÁS DEL COLAPSO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

1917-1991

Roger Keeran

Thomas Kenny

Con prólogo del Héroe de la República de Cuba

Ramón Labañino Salazar

EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2013

Traducción: Gerardo García Cabrera

Edición: Ricardo Barnet Freixas

Diseño de cubierta: Dayán Martínez Chorens

Diseño de interior y composición digitalizada: Bárbara A. Fernández. Portal

© Roger Keeran y Thomas Kenny, 2004

© Sobre la presente edición:

Editorial de Ciencias Sociales, 2013

ISBN 978-959-06-1447-7

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO

Editorial de Ciencias Sociales

Calle 14, no. 4104 entre 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba

editorialmil@cubarte.cult.cu

ÍNDICE

<u>A MODO DE PROLOGO</u>	6
<u>PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN</u>	9
<u>PREFACIO</u>	11
<u>INTRODUCCIÓN</u>	13
<u>DOS TENDENCIAS EN LA POLÍTICA SOVIÉTICA</u>	30
<u>LA SEGUNDA ECONOMÍA</u>	88
<u>PROMESAS Y PRESENTIMIENTOS, 1985-1986</u>	121
<u>CRISIS Y COLAPSO, 1989-1991</u>	227
<u>CONCLUSIONES E IMPLICACIONES</u>	302
<u>EPÍLOGO</u>	340
<u>Contraportada</u>	364

A MODO DE PROLOGO

Hace varios meses tuve el privilegio de poder leer el valioso libro ***Socialism Betrayed***, de los autores Roger Keeran y Thomas Kenny, hermanos norteamericanos quienes en su gran bondad me hicieron llegar un ejemplar.

Por medio de ellos pude conocer que en el año 2013 sería publicado en nuestra patria. Si se me permite, me gustaría comentar mis impresiones con toda humildad.

Considero que es esta una obra excelente, que trata del proceso ocurrido en la antigua Unión Soviética y que llevó al derrumbe del socialismo en ese país. Veo el libro como una obra crítica, pero constructiva.

Sus autores son capaces de discernir, mediante datos estadísticos, profundos y evidentes, como en una cirugía a lo más profundo del sistema, todos los problemas y errores transcendentales que se arrastraron durante años y que llevaron al colapso del sistema socialista. Es una visión más intimista, en busca de las raíces internas del problema, más que de las externas (que en muchos casos ya han sido tratadas y han sido más fáciles de detectar).

Salvando las grandes diferencias históricas, sociales, políticas, culturales y hasta geográficas existentes entre aquel gigante euroasiático y nuestra amada isla caribeña, hay detalles que asombran sobremanera por su parecido a nuestra realidad actual. Entre estos se pudiera mencionar la existencia de un descomunal mercado negro, que en muchos casos aportaba la mitad y en otros la totalidad de los bienes necesarios para la población y que, obviamente, se desviaban de los recursos del Estado por medio del robo, la malversación, el fraude. La corrupción galopante y corrosiva desde los niveles de base hasta las máximas estructuras del aparato estatal, se hallaba incluso dentro del propio Partido Comunista y sus dirigentes.

El modelo soviético cayó por su propio peso y sobre este, en especial por tener un desapego total con su pueblo, en la falta de consultas con toda la nación sobre lo que ocurría y las medidas a tomar, la carencia de comunicación directa, efectiva, de retroalimentación con las masas (aspecto este que está muy bien conducido en nuestro país).

Pareciera que la dirigencia soviética no tenía un interés real en renovar y salvar su socialismo, sino todo lo contrario: destruirlo desde su propia base, al desarticular las estructuras del Partido Comunista, dividiendo y fragmentando la sociedad, instalando medios y mecanismos capitalistas feroces sin control alguno, en beneficio de pequeños burgueses y grupos de interés privado, lo que daba origen después a los grandes capitales y la avaricia como premisa social.

Los procesos sociales no están escritos en manual alguno, más bien se desarrollan sobre el camino de la obra, corrigiendo y actualizando los proyectos; pero, sin dudas, las experiencias de otros nos permiten mejorar, perfeccionar y evitar los males de aquellos.

El momento actual que vive nuestro socialismo en Cuba exige de todos nosotros el celo extremo, en todo lo que hacemos y creamos, con el único fin de fortalecerlo y mejorarlo, nunca para destruirlo, ni crear bases para el capitalismo y mucho menos aquellas del imperio de las leyes del mercado, el egoísmo y la propiedad privada. Por eso este es un libro necesario para el revolucionario de hoy, de todos los tiempos para nuestros líderes, para todo nuestro pueblo, para todos los que defendemos nuestro sistema socialista y humano.

Es en este sentido que resulta muy importante este libro, que conserva en sí mismo la virtud martiana de la mejor utilidad. Esta obra es una gran lección de todo lo que **no** debemos hacer **ni** permitir en nuestro país para preservar la Revolución, sus conquistas y el socialismo como expresión mayor.

Valoro como muy útil la labor realizada en este material por los amigos Roger y Thomas, la valoro de muy útil para saber qué camino **no** tomar en este importante proceso de cambio en nuestro sistema económico; el libro ayuda a comprender mejor por qué debemos cambiar, erradicar y prevenir, al tiempo que nos alerta de errores que **jamás** se deben cometer.

En el momento histórico que vive nuestra patria, cuando ponemos en acción los nuevos lineamientos para perfeccionar y actualizar nuestro sistema económico ***Socialism betrayed*** nos ayuda a estar alertas y vigilantes para evitar errores y debilidades que pudieran llevarnos al fracaso.

Esta obra nos ayuda a ver nuestros aciertos en algunos aspectos, nuestras ventajas y posibilidades, sin dejar de mostrarnos mediante los errores ajenos dónde no equivocarnos.

Por todo ello, aplaudo la decisión de publicarlo en nuestra patria. Gracias a los autores por entregarnos un arma más de combate en esta colosal batalla de ideas que vive nuestro país y todo el mundo.

¡Cinco abrazos eternos!

Ramón Labañino Salazar
Septiembre 27, 2013, 8:59 a.m.
FCI ASHLAND,
Kentucky, EE.UU.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Socialismo traicionado se publicó inicialmente por ***International Publishers*** en 2004, por lo cual nos gustaría extender nuestra gratitud a su directora, Betty Smith. Que la primera edición se vendiera completamente se origina en gran medida por la acogida favorable que recibió de la crítica y a la publicidad en los Estados Unidos por parte de analistas como Mark Almborg de ***People's Weekly World***, así como en Gran Bretaña por ***Morning Star***, en Irlanda por ***Socialist Voice***; en Canadá por ***People's Voice*** y ***The Spark***; en Australia por ***The Guardian*** y ***Australian Marxist Review*** y en ***Alemania*** por ***Marxistische Blaetter***. Les damos las gracias a los editores y analistas de estas publicaciones periódicas.

No obstante a que los medios ignoraron mayoritariamente el libro en los Estados Unidos, este recibió atención por parte de la crítica especializada en ***Political Affairs, Science & Society*** y ***Nature, Society and Thought***. Dado que la notoriedad crítica adversa es mejor que ser ignorados, nosotros también les damos las gracias a los mencionados analistas.

A partir de 2004, ***Socialismo traicionado*** ha sido traducido a diversos idiomas. Nos gustaría aprovechar la oportunidad de la segunda edición en lengua inglesa, para darles las gracias a aquellos que ayudaron de diferentes formas a las publicaciones extranjeras. Irina Málenko y Blagovesta Doncheva han sido grandes amigas, entusiastas e incansables defensoras del libro y sus esfuerzos dieron como fruto su primera publicación en ruso y en búlgaro. No tenemos forma de agradecerlas.

También nuestra gratitud al doctor Iván Ivánov por la traducción y a ***Algorithm Press*** por la edición rusa, respectivamente. La edición persa se debe a Mohammad Mehryar y Feridon Darafshi, quienes llevaron el texto desde los Estados Unidos a Irán y lo presentaron a uno de los héroes de la lucha por la libertad de Irán, Mohammad Alí Amooi (también escrito como Amoui), a quien le agradó lo suficiente como para traducirlo él mismo. Nos sentimos en deuda de gratitud con los tres.

En Grecia, parte del libro apareció en ***Komep***, el diario del Partido Comunista de Grecia editado por Eleni Bellou. Ella y sus colegas, Kyrillos Papastovoru, Vasilis Opsimou, Babis Angourakis y Nikos Saratakis, tuvieron a su cargo las coordinaciones para que los autores asistieran a la conferencia internacional de Atenas en diciembre de 2007, sobre las causas de la desaparición de la Unión Soviética.

Esta conferencia puso a otras personas en contacto con ***Socialismo Traicionado***, entre ellas a Francisco Meló, editor de ***Vértices***. Él y sus colegas, incluyendo a María Antunes, se las ingeniaron para la traducción del libro al portugués y su publicación en Portugal, donde con el título ***O Socialismo Traído***, se ha publicado dos veces. Aytek Alpan inició su publicación en Turquía. Henri Alleg y Emmanuel Tang hicieron algo semejante en Francia y a través de su iniciativa, será publicado por ***Ediciones Delga*** bajo la dirección de Aymeric Monville. Al expresar nuestro agradecimiento, enfatizamos que el esfuerzo realizado por todas estas personas, no se ha basado en intereses materiales sino en la convicción de que es válido, por sus valores, que el texto sea conocido por la mayor cantidad posible de lectores.

La segunda edición de ***Socialismo traicionado*** es el resultado del apoyo generoso de ***Dogwood Foundation for Socialist Education***. Nos gustaría darles las gracias a la fundación y a su director Paul Bjarnason, por la confianza depositada en nuestro trabajo.

PREFACIO

Herbert Aptheker, en su introducción a su libro sobre el levantamiento húngaro de 1957, reconoció el peligro de intentar evaluar algo "tan reciente en el tiempo y tan distante en el espacio", pero afirmó que lo hacía de todas maneras porque "tenía que tratar de entender los hechos". En su prefacio reconoce el peligro y sus motivaciones.

El desastre ocurrido en la Unión Soviética no solo está cercano en el tiempo y distante en el espacio, sino que además, está fuera del área habitual de estudio de los autores. Uno de nosotros es historiador, dedicado a la historia americana y el otro es un economista especializado en economía del trabajo. Ambos, desde luego, estábamos interesados en comprender qué había sucedido y pensamos que, alcanzada una interpretación razonable y ciertas reflexiones originales, estábamos en condiciones de someter nuestros puntos de vista a lo que Aptheker llamó "la prueba del escrutinio cuidadoso".

Este libro no hubiera sido posible sin la generosa contribución de numerosos amigos que leyeron el manuscrito, rectificaron errores, sugirieron fuentes, adicionaron ideas, mejoraron ciertos juicios, desafiaron el lenguaje y acotaron las palabras.

Agradecimiento especial a Bahman Azad, Norman Markowitz, Michael Parenti, Anthony Coughlan y Betty Smith por leer el manuscrito completo y sugerir cambios editoriales y sustantivos. Quisiéramos agradecer también a aquellos que leyeron el manuscrito completo o en parte y los que compartieron sus ideas y su estímulo: Gerald Home, Frank Goldsmith, Erwin Marquit, Sam Webb, Elena Mora, Mark Rosenzweig, Gerald Meyer, Joe Sims, Lee Dlugin, Pat Barile, Danny Rubin, Phil Bonosky, Bill Davis, Evelina Alarcón, Tim Wheeler, Scott Marshall, Noel Rabinowitz, Paul Mishler, Jarvis Tyner, Esther Moroza, Marilyn Bechtell, Gerald Erickson, Constance Pohl, Jackie Di Salvo, Richard y Brawee Najarian y Jim Miller.

Nos gustaría, además, darles las gracias a los bibliotecarios Mark Rosenzweig, del Centro de Referencia para Estudios Marxistas, y a Jackie La Valle, por su ayuda en las investigaciones; a Eileen Jamison por su búsqueda incesante de varios libros y numerosos artículos. Tenemos también una deuda de gratitud con Gregory Grossman por su ayuda en encontrar fuentes sobre la Segunda Economía.

Agradecemos también a SUNY Empire State College por garantizarle una licencia sabática a Roger Keeran durante la cual pudo escribir y realizar algunas investigaciones. Queremos darles las gracias a Catherine Keeran por su ayuda,

así como a Alice y John Ward por crear condiciones de trabajo adecuadas y brindar su compañía durante el tiempo en que Roger realizó sus investigaciones en la Universidad de Texas. Por las consultas sobre la cubierta y otros asuntos, nuestro agradecimiento a David Granville, Derek Kotz, Ian Denniñg y a Charles Keller, y por la ayuda técnica a John Quinn. Tienen una reverencia Michael y Mary Donovan, Bill Towne y Christina Hassinger, del seminario de Flannery sobre política contemporánea, por toda su camaradería.

Finalmente, las gracias a nuestras esposas, Carol y Mary, quienes discutieron este proyecto desde principio a fin. Soportaron además, pacientemente, los fines de semanas dedicados al trabajo, la delirante obsesión por asuntos fuera de moda, mesas atestadas de libros, mares de papel e incontables horas frente a la computadora procesando el texto.

Mark Twain dijo: "La diferencia de opiniones es la que hace correr a los caballos". Pudiera haber añadido que sucede lo mismo con la Política. Entre los políticos, la caída de la Unión Soviética, generó fuertes y diversos puntos de vista. Nos ha parecido que cada persona que haya visitado un país socialista, hablado con un ciudadano soviético, o leído un libro sobre el socialismo, tiene teorías que explicar y anécdotas que probar sobre qué fue lo que sucedió y cuáles fueron los errores cometidos.

Muchos de los que leyeron este manuscrito tienen sus ideas propias y no comparten las nuestras; por tanto, debemos declarar con más vigor que el acostumbrado, que todos los puntos de vista, así como los errores, son responsabilidad de los autores y solamente de los autores.

INTRODUCCIÓN

La historia de lucha del último poder soviético no es, creo yo, lo que se pudiera entender mejor en términos del desarrollo de las grandes fuerzas de la Historia y sus tendencias. Todo lo contrario; es en muchos aspectos, el más curioso caso de la historia moderna.

Anthony D'Agostino, historiador

Impresionado, asombrado, incrédulo, el mundo fue testigo del derrumbe de la Unión Soviética que barrió por completo el sistema soviético de gobierno, la otrora superpotencia, el sistema comunista de valores y el partido en el poder.

Alexander Dalun, historiador

La existencia de la Unión Soviética era tan segura como la salida del sol en la mañana. Así era de sólida, poderosa y un país con increíble fortaleza que había sobrevivido pruebas y dificultades extremas.

Fidel Castro

Este libro analiza el derrumbe de la Unión Soviética y su significado para el siglo XXI. La dimensión de la debacle dio lugar a aclamaciones extravagantes por parte de la política de derecha. Para esta, el derrumbe significaba que la Guerra Fría había concluido y el capitalismo había triunfado. Era ***el fin de la historia***. En

consecuencia, el capitalismo devenía la más alta formación, la culminación de la evolución política y económica.

La mayoría de los simpatizantes con el proyecto de la Unión Soviética no compartía semejante triunfalismo de derecha. Para ellos el colapso soviético tenía un significado profundo, pero no alteraba la importancia del marxismo para la comprensión de un mundo que, más que nunca, era portador de los conflictos de las luchas de clase y de los pueblos oprimidos contra el poder corporativo; tampoco variaba los valores y el comprometimiento de aquellos que permanecían al lado de los trabajadores, los sindicatos, las minorías, los movimientos de liberación nacional, la paz, las mujeres, el entorno y los derechos humanos.

Más aún, lo sucedido al socialismo representaba un reto teórico para el marxismo y un desafío práctico para el socialismo y los proyectos futuros de lucha anticapitalista.

Para aquellos que creen que un mundo mejor —más allá de la explotación capitalista, la desigualdad, la ambición, la pobreza, la ignorancia y la injusticia— es posible, la desaparición de la Unión Soviética representa una pérdida asombrosa.

El socialismo soviético tenía muchos problemas (que nosotros discutiremos más adelante) y no constituía el único orden socialista concebible. No obstante, encarnaba la esencia del socialismo tal y como fue definido por Marx: una sociedad que había derrotado la propiedad burguesa, el **libre mercado** y el Estado capitalista; había establecido la propiedad colectiva, la planificación centralizada y un Estado de trabajadores. Sobre todo, alcanzó un nivel impresionante de igualdad, de seguridad, salud, vivienda, educación, empleo y cultura para todos sus ciudadanos, en primer lugar para el pueblo trabajador de las fábricas y de los campos.

Una breve reseña de los logros de la Unión Soviética revela lo que se ha perdido. Esa nación no solo eliminó la explotación de clases del antiguo orden, sino que además terminó con la inflación, el desempleo, la discriminación racial y estableció la igualdad entre las etnias y las nacionalidades; acabó con la pobreza

extrema, la desigualdad flagrante de riquezas e ingresos; estableció el derecho universal a la educación y la igualdad de oportunidades.

En 50 años, el país transitó de una producción industrial que era de solo el 12 % comparada con la de los Estados Unidos hasta llegar al 80 % y una producción agrícola del 85 % equiparada con la de los norteamericanos. A pesar de que el consumo per cápita de los soviéticos se mantuvo más bajo que el de los Estados Unidos, no ha habido una sociedad que haya incrementado el nivel de vida y de consumo tan rápidamente, en tan corto período de tiempo y para todo su pueblo.

El empleo estaba garantizado. La educación gratuita a disposición de todos, desde el preescolar hasta los niveles secundarios (educación general, técnica y vocacional), las universidades y las escuelas en horario extralaboral. Además de la matrícula gratuita, los estudiantes recibían estipendios. El servicio de salud también lo era y para todos; disponían de cerca del doble de médicos por persona en relación con los Estados Unidos. Los trabajadores tenían todas las garantías laborales, además de seguro salarial y social para casos de accidentes o enfermedades.

A mediados de la década de los años setentas, los trabajadores alcanzaban un promedio de 21,2 días de vacaciones (un mes cada año) y los sanatorios, los lugares de descanso o los planes vacacionales para los niños, eran subsidiados o gratuitos. Los sindicatos tenían el poder de vetar las expulsiones del trabajo e interpelar a los administradores y gerentes. El Estado regulaba los precios y subsidiaba el costo de la canasta básica alimentaria y de la renta de la vivienda.

Esta constituía solo el 2 % o el 3 % del presupuesto familiar; el agua, la electricidad, el gas y la calefacción, entre el 4 % y el 5 %. No había segregación habitacional por ingresos. Con excepción de algunos barrios que eran reservados para altos funcionarios, en todos los demás lugares los directores de fábricas y plantas, las enfermeras, los profesores, los bedeles... vivían como vecinos.

El Gobierno incluyó el desarrollo cultural e intelectual como parte de los esfuerzos para ampliar el nivel de vida. El subsidio estatal mantuvo el precio de los libros, de las publicaciones periódicas y de los eventos culturales al mínimo

posible. Como resultado, los trabajadores a veces tenían sus propias bibliotecas y una familia promedio estaba suscrita a cuatro publicaciones periódicas.

La UNESCO reconoció que el ciudadano soviético leía más libros y veía más filmes que cualquier otro en el mundo. Cada año, una cantidad equivalente a la mitad de la población visitaba los museos. La asistencia a teatros, conciertos y otras manifestaciones culturales sobrepasaba, en cantidad, el total de la población.

El Gobierno, en un esfuerzo concertado, elevó el nivel cultural, redujo ostensiblemente el analfabetismo y aumentó el nivel de vida de las regiones más atrasadas, a la vez que estimuló la expresión cultural y espiritual de las más de cien nacionalidades que constituían la entonces Unión Soviética. En Kirguizia, por ejemplo, en 1917, solo una de cada cinco personas era capaz de leer y escribir, pero 50 años más tarde, casi la totalidad podía hacerlo.

En 1983, el sociólogo norteamericano Albert Szymanski analizó varios estudios occidentales acerca de los ingresos y el nivel de vida de los soviéticos. Descubrió que quienes recibían los más altos ingresos en la Unión Soviética eran los artistas prominentes, los escritores, los profesores, los administradores y los científicos, que ganaban cada mes entre 1 200 y 1 500 rublos. Los más altos funcionarios del Gobierno ganaban 600 rublos; un director de empresa entre 190 y 400 rublos, y los trabajadores alrededor de 150 rublos.

Consecuentemente, el salario más alto era solo 10 veces mayor que el de un trabajador promedio, mientras que en los Estados Unidos, los dirigentes corporativos mejor pagados, ganan 115 veces más que un trabajador promedio. Los privilegios aparejados a los cargos más altos, tales como tiendas especiales y automóviles oficiales, se mantenían limitados y a pequeña escala y no constituían un obstáculo a la tendencia continua de más 40 años, hacia el desarrollo de la plena igualdad social (La tendencia contraria ocurría en los Estados Unidos, donde hacia finales de la década de los años noventa los dirigentes corporativos ganaban 480 veces el salario de un trabajador promedio).

No obstante a que la tendencia a nivelar salarios e ingresos en general, creó problemas (que se discutirán más adelante), la igualdad general de las

condiciones de vida en la Unión Soviética, representó una proeza sin precedentes en la historia humana. La igualdad se profundizó por una política de precios que fijaba el costo de los lujos por encima de su valor y el de las necesidades por debajo. Llegaba incluso más lejos, al aumentar cada vez más el **salario social**, es decir, el incremento sostenido y subsidiado o gratuito, de beneficios sociales.

Además de los ya mencionados, los beneficios incluían licencias de maternidad pagadas, cuidados infantiles muy baratos y pensiones generosas. Szymanski concluyó: "Si bien la estructura social soviética no se aviene con el ideal socialista o comunista, es cualitativamente diferente y más justa que las sociedades occidentales. El socialismo ha producido un cambio radical en favor de las clases trabajadoras".

En el contexto mundial, la desaparición de la Unión Soviética fue una pérdida inconmensurable. Significó la eliminación de la contrapartida al colonialismo y al imperialismo. Fue el eclipse de un modelo que demostró cómo un país liberado podía armonizar las diferencias étnico-nacionales y desarrollarse por sí mismo, sin hipotecar su futuro con los Estados Unidos o Europa Occidental.

Hacia 1991, todo un sistema se había desmoronado: el de los países no capitalistas más avanzados y el apoyo para los movimientos de liberación nacional o para gobiernos socialistas como el de Cuba. El pensamiento racional no podía escapar a la verdad de los hechos y mucho menos a lo que representaba para el socialismo y para la lucha de los pueblos.

Aún más importante que la apreciación de lo que se perdió con el derrumbe soviético, es el esfuerzo para comprenderlo. La dimensión del impacto de un hecho como este depende, en gran medida, de cómo se comprenda sus causas.

En la gran celebración anticomunista de los inicios de la década de los años noventas, la derecha triunfal martilló repetidamente en la conciencia de millones: el socialismo soviético, como sistema de economía planificada, no funcionó y no pudo generar la abundancia, porque constituía un **accidente**, un experimento nacido de la violencia y sostenido por la coerción, una aberración condenada al fracaso por desafiar la naturaleza humana y por su incompatibilidad con la

democracia. La Unión Soviética desapareció porque una sociedad dirigida por la clase obrera es un engaño; no hay un orden postcapitalista.

Algunas personas de la izquierda, típicamente los de concepciones socialdemócratas, sacaron conclusiones similares, si bien menos extremistas, que las de la derecha. Consideraban que el socialismo soviético era un sistema imperfecto, en esencia fracasado e irreparable, que sus fallos eran sistémicos, arraigados en el exceso de centralización de la economía y en la falta de democracia.

La socialdemocracia no concluyó que el socialismo estuviera condenado en el futuro, pero afirmó que el derrumbe de la Unión Soviética había privado al marxismo-leninismo de casi toda su autoridad y que un socialismo futuro tendría que ser construido sobre bases completamente diferentes a las del socialismo soviético. Para sus defensores, las reformas de Gorbachov no eran erróneas, eran tardías.

Obviamente, si afirmaciones semejantes fueran ciertas, el futuro de la teoría marxista-leninista, del socialismo y de la lucha anticapitalista tiene que ser muy diferente a lo previsto por los marxistas antes de 1985. Si la teoría marxista-leninista les falló a los líderes soviéticos que presidieron la debacle, entonces la teoría marxista era esencialmente errónea y debía ser abandonada.

Los esfuerzos del pasado por construir el socialismo, no ofrecían lección alguna para el futuro. Aquellos que se oponían al capitalismo global, debían percatarse de que la Historia no estaba de su lado y tendrían que transarse por reformas lentas y parciales. Claramente, estas eran las conclusiones que la derecha quería para todo el mundo.

Nuestra investigación estuvo motivada por la enorme magnitud y las implicaciones de la caída de la Unión Soviética. Permanecíamos escépticos en relación con la derecha triunfante, pero estábamos decididos a llegar a donde nos condujeran los hechos. Éramos conscientes de que anteriores partidarios del socialismo, habían tenido que meditar sobre las grandes derrotas de la clase obrera.

En *La guerra civil en Francia*, Karl Marx analiza la derrota de la Comuna de París en 1871. Veinte años después, Friedrich Engels amplió el análisis en su introducción a los trabajos de Marx sobre la Comuna. Vladímir Ilich Lenin y su generación, tuvieron que analizar la malograda revolución rusa de 1905 y el descalabro en la materialización de las revoluciones en Europa Occidental entre 1918 y 1922.

Posteriormente, marxistas como Edward Boorstein, tuvieron que analizar fracasos como los de la revolución chilena de 1973. Tales análisis mostraron que la simpatía por los derrotados no disminuyó la dureza de los cuestionamientos acerca de las razones de la derrota.

Dentro de la gran pregunta sobre las causas de la caída de la Unión Soviética, emergen otras interrogantes: ¿Cuál era la situación de la sociedad soviética cuando comenzó la *perestroika*? ¿La Unión Soviética enfrentaba una crisis en 1985? ¿Qué problemas se suponía que iba a resolver Gorbachov con la *perestroika*? ¿Había alternativas viables para el curso de las reformas iniciadas por Gorbachov? ¿Qué fuerzas favorecieron y cuáles se opusieron al curso de las reformas procapitalistas? Cuando las reformas comenzaron a provocar el desastre económico y la desintegración nacional, ¿por qué Gorbachov no cambió el curso de las acciones y por qué los otros líderes del Partido Comunista no lo sustituyeron? ¿Por qué el socialismo soviético era aparentemente tan frágil? ¿Por qué la clase trabajadora hizo tan poco por defender el socialismo? ¿Por qué los líderes soviéticos subestimaron en tal dimensión el separatismo nacionalista? ¿Por qué el socialismo —al menos en ciertas formas— se las ingenió para sobrevivir en China, Corea del Norte, Viet Nam y Cuba, mientras en la Unión Soviética, donde estaba ostensiblemente más arraigado y desarrollado, cayó estrepitosamente? ¿Fue inevitable la caída de la Unión Soviética?

Esta última pregunta es esencial. Si el socialismo tiene un futuro, depende de en qué medida lo que ocurrió en la Unión Soviética fue evitable o inevitable. Ciertamente, era posible imaginar una explicación diferente de lo inevitable, celebrada con bombos y platillos por la derecha.

Tomemos por ejemplo, el caso hipotético siguiente. Supongamos que la Unión Soviética se haya desplomado como resultado de un ataque nuclear propinado por los Estados Unidos que hubiera destruido su gobierno y devastado sus industrias y ciudades. Algunos también concluirían que la Guerra Fría habría terminado y que el capitalismo resultaba victorioso, pero nadie hubiera afirmado razonablemente que el hecho demostraba que Marx estaba equivocado, o que, abandonado a su propia suerte, el socialismo era impracticable.

En otras palabras, si el socialismo soviético llegaba a su fin, principalmente por causas externas tales como amenazas militares o la subversión, uno pudiera concluir que esa suerte no compromete el marxismo como teoría ni al socialismo como un sistema viable.

En otro ejemplo, algunos han afirmado que la Unión Soviética se desmoronó como consecuencia de errores humanos y no por debilidades del sistema. En otras palabras, líderes mediocres y malas decisiones condujeron al derrumbe de un sistema sano y fuerte. Si fuera verdad, esta explicación tanto como la anterior preservarían la integridad de la teoría marxista y de la viabilidad del socialismo. En realidad esta explicación no ha servido para explicar; es más, no ha sido útil para comenzar a explicar, más bien ha servido como una excusa para no investigar la explicación verdadera. Como dice un conocido: ***El socialismo soviético metió la pata, pero nosotros lo haremos mucho mejor.***

Para ser plausible, esta explicación necesita responder algunas preguntas: ¿Qué condujo a los líderes a la mediocridad y obligó a las malas decisiones? ¿Por qué el sistema produjo tales líderes y cómo pudieron ingeniárselas para tomar ***sus malas decisiones?*** ¿Había alternativas viables a las que fueron escogidas? ¿Cuáles son las conclusiones?

Cuestionarse la inevitabilidad del derrumbe soviético es muy riesgoso. El historiador británico Eduard Hallett Carr alertó que cuestionarse la inevitabilidad de cualquier hecho histórico puede conducir a un juego de especulaciones sobre la historia de qué pudo ser.

El trabajo de los historiadores es explicar lo que pasó, no dejar que "la rienda suelta de la imaginación especule sobre lo más probable que pudo haber pasado".

Carr reconoció, desde luego, que mientras se explica por qué se escogió un camino y no otro, los historiadores muy apropiadamente discuten "las alternativas posibles". De manera similar, el historiador británico Eric Hobsbawm argumentó que todas las especulaciones hipotéticas no son iguales.

Tomemos por caso las reflexiones sobre posibles hechos que nunca sucedieron en el escenario histórico concreto, como el que presupone que la Rusia zarista hubiera evolucionado hacia una democracia liberal sin la revolución rusa, o que el Sur estadounidense hubiese erradicado la esclavitud sin la guerra civil. Algunas especulaciones hipotéticas, desde luego, cuando se mantienen dentro de los márgenes razonablemente cercanos a la realidad histórica y a las posibilidades reales, tienen un propósito útil.

Donde hubo las alternativas reales de otros cursos de acción, se evidencia como resultado de lo que realmente ocurrió. Coincidentemente, Hobsbawm nos muestra un ejemplo relevante de la historia soviética reciente. Cita a un exdirector de la CIA que afirma: "Creo que si (el líder soviético Yuri) Andrópov hubiera tenido 15 años menos cuando tomó el poder en 1982, aún tuviéramos la Unión Soviética con nosotros".

Sobre esto, recalca: "A mí no me gusta concordar con jefes de la CIA, pero eso me parece totalmente plausible". Nosotros también pensamos similarmente, y discutiremos las razones en el capítulo próximo.

Las especulaciones hipotéticas pueden sugerir legítimamente cómo, bajo circunstancias futuras similares, semejantes a las del pasado, habría que actuar de forma diferente. Los debates de los historiadores acerca de la decisión de usar la bomba atómica en Hiroshima, por ejemplo, no solamente han cambiado la manera en que educamos a las personas para comprender el caso como tal, sino que han reducido la posibilidad de un hecho semejante en el futuro. Después de todo, si la Historia tiene que ser más que una simple diversión, debe y puede enseñarnos a todos, cómo evitar los errores del pasado.

La interpretación en torno a los hechos que condujeron a la desaparición de la Unión Soviética incluye la lucha por el futuro. Las explicaciones ayudarán a

determinar hasta qué punto en el siglo XXI el pueblo trabajador, una vez más, "tomará el cielo por asalto" para reemplazar el capitalismo por un sistema mejor.

Será muy difícil que enfrenten los riesgos y asuman un alto costo si consideran que la dictadura del proletariado, la propiedad colectiva y la economía planificada están condenadas inexorablemente al fracaso, que solamente el libre mercado es el que funciona y que millones de personas en Europa del Este y en la Unión Soviética conocieron el socialismo, pero retornaron al capitalismo porque querían la propiedad privada y la libertad. Según crece y se radicaliza el movimiento contra la globalización, revive el movimiento obrero, pero retrocede la bonanza económica de los años noventas y los males eternos del capitalismo —el desempleo, el racismo, la desigualdad, la degradación ambiental y la guerra— se hacen más y más evidentes; la pregunta acerca del futuro del capitalismo volverá a estar primer plano, pero si se considera el socialismo como algo imposible, la juventud y el movimiento obrero difícilmente avanzarán más allá de demandas económicas estrechas, protestas morales, el anarquismo o el nihilismo. Son enormes los obstáculos a vencer.

En la misma medida en que el significado de la pérdida de la Unión Soviética se minimiza, aumentan los discursos grises y oportunistas acerca de la historia soviética. Las nociones iniciales de un país próspero y pacífico posterior a la Guerra Fría se han transformado en cenizas insignificantes. Un mundo bipolar fue reemplazado por un mundo unipolar, dominado por las corporaciones norteamericanas y por el poder militar.

La globalización sustituyó al anticomunismo como ideología gobernante; la globalización que persiste en la dominación del mundo por unas pocas corporaciones transnacionales, la invasión de las tecnologías de la información y el libre movimiento de bienes y capital en busca de los costos más bajos y las ganancias máximas, representa la fuerza indetenible ante la cual, cualquier otro interés —el de los Estados más débiles, los Gobiernos del bienestar social, los sectores públicos, los keynesianos, la tercera vía— está bajo ataque. En el mundo, los partidos progresistas y socialdemócratas se tambalean bajo la enorme

presión del envolvente neoliberalismo de derecha. Desde 1991, la pobreza y la desigualdad han crecido a pasos agigantados.

La idea de una paz posterior a la Guerra Fría se desvanece como otra ilusión cercenada. En vez de reducir los presupuestos militares, George W. Bush y otros dirigentes norteamericanos se lanzaron frenéticamente a una carrera de gastos en nuevos sistemas de armamentos. Se **embarcaron** en una estrategia de guerra contra las drogas, contra los Estados patrocinadores del terrorismo y contra el fundamentalismo islámico como forma de penetración hasta que finalmente el ataque al **World Trade Center** les dio la excusa que buscaban: la guerra interminable contra el terrorismo internacional. Para mucha gente, el desencanto postsoviético ha disminuido el triunfalismo en la interpretación del derrumbe soviético.

La interpretación triunfalista del colapso de la Unión Soviética también se ha visto descolorida por el costo humano desmesurado del gangsterismo capitalista en la Rusia actual. Lo que hace una década se catalogaba como la transformación democrática de Rusia y el renacimiento vibrante de una economía de mercado, se ha convertido en una broma de mal gusto.

Un informe de las Naciones Unidas en 1998 afirmó: "Ninguna otra nación del mundo ha sufrido tal retroceso en los años noventas, como los países de la extinta Unión Soviética y de Europa del Este". La pobreza aumentó en más de 150 millones de personas, una cifra mayor que la población total combinada de Francia, el Reino Unido, los Países Bajos y Escandinavia. El ingreso nacional declinó drásticamente frente a la "más rampante inflación experimentada, sin comparación en cualquier otra parte del mundo".

En **Failed Crusade**, el historiador Stephen F. Cohén fue aún más lejos. Para 1998, la economía soviética, dominada por gánsters y extranjeros, era en términos de volumen simplemente la mitad de lo que fue durante los inicios de los años noventas.

La carne y los productos lácteos habían descendido a la cuarta parte de su dimensión y los salarios a menos de la mitad. El tifus, la fiebre tifoidea, el cólera y otras enfermedades alcanzaban proporciones de epidemia. Millones de niños

sufrían malnutrición. Las expectativas de vida de los hombres se redujeron en Rusia a 60 años, como a finales del siglo XIX.

En palabras de Cohén, "La desintegración social y económica de la nación había sido tan grande, que había llevado al país a dejar de ser (algo sin precedentes), un país del siglo XX". Frente al fracaso catastrófico de Rusia en su camino hacia el capitalismo, la presunción sobre los problemas inevitables del socialismo perdió en parte su atracción.

Ahora no solamente es posible que más personas estén interesadas en comprender la experiencia soviética que antes, sino que, además, la materia prima para el análisis está mucho más al alcance de la mano que en el momento de los hechos. Las primeras publicaciones acerca de la **perestroika** pertenecían predominantemente a los partidarios de Gorbachov o a los caballos de Troya del anticomunismo. Incluían memorias y otros escritos del propio Gorbachov, de Borís Yeltsin y sus seguidores; las memorias del embajador norteamericano en la Unión Soviética, Jack Matoco; los ensayos de los siempre poco confiables disidentes como Roy Medvédev y Andrei Zájarov. Los reportajes de periodistas occidentales como David Remnick y David Pryce-Jones, así como los trabajos de los historiadores antisoviéticos Martin Malia y Richard Pipes.

Desde entonces, claro está, una segunda oleada de publicaciones ha surgido, entre estas memorias de líderes secundarios como Ígor Ligachov, militares y académicos. La integra además, un gran número de estudios monográficos sobre aspectos particulares de los años de Gorbachov, incluyendo la **glasnost**, el nacionalismo, las cooperativas, la política económica, la privatización de la propiedad estatal, la política soviética hacia el Congreso Nacional Africano y hacia Afganistán.

Un periodista comunista norteamericano, radicado en Moscú, Mike Davidow, publicó: **Perestroika: Su nacimiento y caída**, y el economista marxista Bahman Azad escribió **Heroica lucha, amarga derrota: Factores que contribuyeron al desmantelamiento del Estado socialista en la Unión Soviética**. Además, varios partidos comunistas, líderes y teóricos como Fidel Castro, Joe Slovo, Hans Heinz Holz y el Partido Comunista de Rusia, emitieron declaraciones sobre el derrumbe

y la *perestroika*. A todos los hemos estudiado en nuestro proceso de evaluación de los hechos.

Digamos que la derrota de la Comuna de París después de 70 días en el poder, fue un golpe que dejó un mensaje mucho menos esclarecedor para los socialistas que el del eclipse de la Unión Soviética, luego de igual período.

Puede que no sea posible culminar nuestro análisis con el desafío lanzado por Engels sobre la Comuna: "En los últimos tiempos, la pequeña burguesía socialdemócrata, una vez más, se ha sentido invadida de terror ante las palabras **dictadura del proletariado**. Muy bien, caballeros, ¿quieren saber cómo es la **dictadura del proletariado**? Miren a la Comuna de París. Esa fue la **dictadura del proletariado**".

Es posible, no obstante, reconocer los logros de la Unión Soviética, estimar la dimensión y las consecuencias provocadas por las fuerzas externas organizadas contra esta, valorar puntos de vista consustanciales al propio socialismo soviético y aventurar algunos juicios acerca de sus políticas. Tomaría mucho más que un libro realizar un análisis integral para que en el futuro, los hombres y las mujeres de izquierda, se sientan lo suficientemente seguros de no ser prisioneros del pasado. Entonces pudieran hacerse eco de las palabras de Marx sobre la Comuna y decir que la Unión Soviética, también, "será por siempre recordada como la gloriosa clarinada de una nueva sociedad".

En nuestro análisis argumentamos que el colapso de la Unión Soviética se produce primordialmente por las políticas que implementó Mijaíl Gorbachov después de 1986. Esas políticas "no cayeron del cielo", no eran tampoco las únicas para enfrentar los problemas existentes. Se derivaron de un debate dentro del movimiento comunista, casi tan antiguo como el propio marxismo acerca de cómo construir una sociedad socialista.

Para explicar el lineamiento de las políticas de Gorbachov, antes y después de 1985, en el capítulo 2, discutimos las dos tendencias principales en el debate entre los soviéticos acerca de cómo construir el socialismo. El debate en cuestión se movía en torno a la pregunta siguiente: ¿Bajo las condiciones específicas de cualquier tiempo dado, cómo los comunistas deben construir el socialismo? La

posición de izquierda favorecía la lucha de clases, los intereses de la clase trabajadora y el Partido Comunista en el poder; la posición de derecha favorecía la retirada, el comprometimiento y la incorporación de algunas ideas capitalistas dentro del orden socialista.

En este sentido, **derecha** e **izquierda** no eran sinónimos de lo bueno y de lo malo. Lo correcto o adecuado de una política tiene que ver con la medida en que representa los intereses inmediatos y futuros del socialismo en determinadas circunstancias. La historia política soviética se tornaba, por tanto, en un escenario sumamente complejo: por un lado Vladímir Ilich Lenin, quien impulsó sin temor la lucha de clases por el socialismo y en ciertas circunstancias aceptó compromisos como los del tratado Brest-Lítovsk o la Nueva Política Económica; por otro lado, Nikita Jrushchov, quien a menudo favoreció la incorporación de ciertas ideas occidentales, a la vez que apoyó una política de izquierda más firme en torno a la igualdad de los salarios.

En el capítulo no pretendemos hacer la historia y evaluación de la política soviética, sino establecer un telón de fondo útil y simplificado a los últimos argumentos de que la política inicial de Gorbachov era semejante a las del ala izquierda de la tradición comunista, primordialmente en línea con Lenin, Stalin y Yuri Andrópov; mientras que sus últimas políticas se acercaban a las de Nikolai Bujárin y Nikita Jrushchov.

Luego de 1985, las políticas de Gorbachov se movieron hacia la derecha, en el sentido de que implicaban lo que puede entenderse como una concepción socialdemócrata del socialismo que debilitó al Partido Comunista, se comprometió con el capitalismo e introdujo dentro del socialismo soviético, ciertos elementos de la propiedad privada capitalista, el mercado y sus formas y mecanismos políticos.

En el capítulo 3, discutimos las razones más significativas que condujeron a cambios en las políticas de Mijaíl Gorbachov y la base material que las hizo posibles. Argumentamos que las causas del cambio parten de un fenómeno subestimado por la mayoría de los marxistas y de los no marxistas: el desarrollo dentro del socialismo de una **segunda economía** de la empresa privada y con esta de un nuevo y cada vez mayor sector de la pequeña burguesía y un nivel,

también nuevo, de corrupción en el Partido. El crecimiento de la **segunda economía** era un reflejo de los problemas de la **primera economía**, es decir, del sector socializado para satisfacer las necesidades crecientes de la población. Era también un reflejo de la laxitud y el relajamiento de las autoridades en el poder hasta el punto de impedirles aplicar la ley contra las actividades económicas ilegales, y una manifestación de la incapacidad del Partido para reconocer el efecto corrosivo de la actividad económica privada.

En el capítulo 4 explicamos los problemas económicos, políticos e internacionales que afectaban a la sociedad soviética a mediados de la década de los años ochentas, problemas que originaron la búsqueda de reformas. Hacemos un recuento, además, de algunas de las reformas promisorias iniciales y los aspectos polémicos de otras.

En el capítulo 5 explicamos las transformaciones de las políticas de Gorbachov durante 1987 y 1988 así como sus consecuencias adversas.

En el capítulo 6 describimos el desmembramiento del sistema soviético.

En el capítulo 7 concluimos con la discusión del significado del colapso de la Unión Soviética.

En el Epílogo realizamos el análisis crítico de otras teorías, tesis y puntos de vista.

DOS TENDENCIAS EN LA POLÍTICA SOVIÉTICA

Bujárin es un importante teórico del Partido, altamente valorado... pero resulta dudoso que su perspectiva teórica pueda considerarse totalmente marxista.

V.I. Lenin

Jrushchov, en esencia, fue un bujarinista.

V.M. Mòlotov

Andrópov, obviamente, no estaba del lado de Jrushchov ni al lado de Brézhnev en ese asunto.

La crisis que cayó sobre la sociedad soviética (en los años ochentas) se originaba en alto grado por la crisis en el Partido. Dos tendencias opuestas existían en el PCUS: proletarios y pequeños burgueses, demócratas y burócratas.

Programa del IV Congreso del Partido Comunista de la Federación Rusa (1997)

El colapso de la Unión Soviética no fue consecuencia de una crisis económica interna ni de un levantamiento popular. Ocurrió por las reformas implantadas desde la cúpula del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y por su secretario general, Mijaíl Gorbachov.

No está de más afirmar que de no haber existido problemas en la Unión Soviética, no hubieran surgido necesidades de reformas. Las reformas del secretario general eran una respuesta a los problemas existentes. En el capítulo 4 examinaremos los problemas crónicos que afectaban a la sociedad soviética en tres áreas: la económica, la política y las relaciones internacionales —todo lo cual se agudizó durante los acontecimientos ocurridos a inicios de la década de los años ochentas, dado que el tratamiento de la enfermedad, más que la enfermedad misma—, causó la muerte del paciente, el origen y el carácter del tratamiento, es decir, el origen y el carácter de las reformas de Gorbachov, requieren nuestra primera atención.

Procederemos con el simple planteamiento de que el diagnóstico de los problemas sociales, más que el de los problemas médicos es, raramente, un terreno sin ambivalencias. La definición y el diagnóstico de un problema social, así como las respuestas a esos problemas, implican la política, esto es, valores e intereses en conflicto; lo cual se manifiesta tanto en el caso de la Unión Soviética como en el de los Estados Unidos.

Visto desde fuera, pudiera pensarse que como en la Unión Soviética había un partido único, el pensamiento político era monolítico y el debate era inexistente. Esto es algo alejado de la verdad. Desde antes de la revolución, en el Partido

Comunista se manifestaba más de una tendencia. Gorbachov no inventó sus políticas; estas eran reflejo de tendencias existentes en el seno del Partido que con anterioridad habían encontrado expresión, en la propia organización por medio de Nikolai Bujárin, Nikita Jrushchov y otros.

De la misma forma que las ideas de Gorbachov no tuvieron su origen en el vacío político, tampoco emergieron de un vacío socioeconómico; esto es, sus ideas reflejaban intereses políticos y sociales. Las reformas posteriores a 1986, manifestaban los intereses de los elementos que dentro de la sociedad soviética abogaban por la empresa privada y el libre mercado. Este sector estaba compuesto por empresarios y funcionarios corruptos del Partido cuyo número se había incrementado durante los últimos 30 años.

Algunas palabras de aclaración son necesarias antes de continuar. A pesar de que hay una continuidad entre las posiciones de Bujárin, Jrushchov y Gorbachov, los problemas que confrontaron, la base social de sus seguidores y las políticas que propusieron, fueron diferentes. Por ejemplo, en los años veintes del siglo pasado, el grupo mayoritario con interés en la propiedad privada era el de los campesinos, que representaba una clase distintiva y constituía el 80 % de la población.

En los años setentas, solo el 20 % de los ciudadanos trabajaba en la agricultura y la mayoría de ellos lo hacía en granjas estatales o en formas colectivas de propiedad. El grupo con intereses en la propiedad privada era por entonces el de los pequeños burgueses surgidos de la denominada Segunda Economía. Tales elementos habían prosperado durante la Nueva Política Económica (NEP) a inicios de los años veintes (reducidos drásticamente durante los años de colectivización bajo Iósif Stalin), reemergieron bajo el llamado **deshielo** de Jrushchov, crecieron durante los años de relajamiento de Brézhnev y florecieron durante las reformas de Gorbachov.

Otra diferencia; la cuestión agrícola, prominente en la defensa por Bujárin de los **kulaks** y en varias de las políticas de Jrushchov, no figuraba predominantemente en los programas de Gorbachov. Este llegó al extremo de retroceder en posiciones relacionadas con la política internacional, liberalización

cultural, debilitamiento del Partido e iniciativas de mercado que nunca estuvieron ni siquiera en la mente de sus predecesores.

En las tendencias políticas de la revolución rusa, dos polos se manifestaron porque fueron dos las fuerzas victoriosas de la revolución: la clase trabajadora y la pequeña burguesía, principalmente dentro del campesinado. En 1917, la clase obrera de Rusia era pequeña y en las décadas posteriores a la revolución, decenas de millones de campesinos fueron la materia prima con la que se constituyó la creciente clase trabajadora de la nueva Unión Soviética. En la misma medida en que persistieron estas dos clases, permanecieron las dos tendencias políticas que más o menos representaban sus intereses.

Durante los años veintes, ambas clases, favorecieron ostensiblemente la construcción del socialismo. La tendencia de la clase obrera, desde luego, apoyó las políticas que la fortalecían por medio de la construcción de numerosas industrias, que a su vez, debilitaban a las clases propietarias mediante la colectivización de la agricultura, el fortalecimiento del desempeño del Partido Comunista y particularmente de la economía centralmente planificada.

La tendencia pequeñoburguesa favoreció las políticas que pretendían la construcción lenta y gradual del socialismo así como el mantenimiento (o la implementación) de mecanismos capitalistas, como, por ejemplo, la propiedad privada, la competencia de mercado y los incentivos a las ganancias. Aunque ninguna de estas tendencias políticas puede incluirse nítidamente en una u otra categoría, no obstante, dichas categorías representan los polos en torno a los cuales pivoteaban esas ideas. Esto se evidenció durante los debates en sobre la Nueva Política Económica, ya conocida como NEP.

Hacia finales de 1920 e inicios de 1921, con el país liberado de invasores extranjeros, Lenin y otros líderes concentraron su atención en la paz en lugar de la guerra. Debían sustituir las políticas de **comunismo de guerra**, particularmente las relacionadas con la apropiación forzosa de granos que distanciaba a los campesinos. Enfrentaban una crisis extrema de combustible, comida y transporte para reanimar la destruida industria, la producción agrícola, y mantener la alianza de obreros y campesinos.

En marzo de 1921, durante el X Congreso del Partido Bolchevique, Lenin propuso lo que se conoció como la anteriormente referida Nueva Política Económica (NEP). Fue una **retirada estratégica**, una oportunidad para reagrupar las fuerzas y establecer las bases de la marcha hacia el socialismo. Bajo la NEP, el impuesto en especies reemplazó la apropiación forzosa de los granos producidos. Los campesinos podían vender libremente el excedente de sus producciones, entre otras medidas capitalistas que coexistían. El objetivo era que la NEP estimulara la producción y que el estado usara los impuestos sobre los productos de los campesinos para revitalizar la depauperada industria estatal. Pronto surgió el debate en torno a la NEP.

La **izquierda** la consideraba como una capitulación ante el capitalismo que podía liquidar el proyecto soviético. Mucho más al extremo se situaban Liev Trotski, Grégori Zinóviev, Nikolai Bujárin y otros, quienes pensaban que la NEP era demasiado dócil y hacía concesiones al capitalismo más allá de lo permisible. Lenin estaba de acuerdo con que esta representaba un peligro. Implicaba "comercio sin restricciones —decía—, y eso significa un paso atrás hacia el capitalismo". Aún así, pensaba que el Partido podía enfrentar el peligro, limitar el retroceso estratégico y mantener las medidas como una cuestión temporal. La opinión de Lenin prevaleció.

Cuando Lenin murió en 1924, la revolución había consolidado el poder estatal, había derrotado a los ejércitos invasores imperialistas, a la contrarrevolución interna, había nacionalizado industrias claves, mecanizado la agricultura, distribuido la tierra a los campesinos y reanimado la producción agrícola y áreas importantes de la industria.

Originalmente, la opinión generalizada entre los comunistas era que sería imposible consolidar una revolución socialista en un país de campesinos y tan atrasado como Rusia, sin una revolución en Occidente. Con la derrota del levantamiento de los trabajadores en Alemania en 1923, quedó claro que no había revoluciones europeas en el horizonte. Sin revoluciones europeas con las cuales contar, ¿qué debía hacerse? Tres soluciones hablaban por sí mismas: las de Trotski, Bujárin y Stalin.

Trotsky abogaba por la construcción del socialismo en Rusia, mientras se impulsaba, simultáneamente, la revolución socialista en el exterior. En política interna lo hacía por el desarrollo de la industria, la colectivización y mecanización de la agricultura y por el desarrollo de la planificación económica. Sobre todo, y con estridencia *in crescendo*. Enfatizaba en la necesidad de la revolución internacional como la única esperanza de Rusia para escapar de lo que llamó, la **degeneración burocrática** y la pérdida del fervor revolucionario. Trotsky y la "oposición de izquierda" fueron decisivamente derrotados en el XIV Congreso del Partido en 1925, que adoptó el programa de industrialización intensiva y autosuficiencia económica.

Bujárin representó la pequeña burguesía o el ala de derecha que propugnaba el socialismo como forma de desarrollo. Barrington Moore señala que a diferencia de Lenin, Trotsky y Stalin, Bujárin nunca ocupó altos cargos administrativos ni ostentó grandes responsabilidades organizacionales. Como editor de **Pravda** y funcionario del Partido, manipuló símbolos en lugar de hombres; sin embargo, como teórico se movió desde la extrema izquierda hacia la extrema derecha dentro del espectro político del comunismo. Ya en la década de los años veintes, se situaba firmemente en la derecha. Consideraba que Rusia no podía saltar la etapa capitalista, ni siquiera violentarla históricamente. Como dice Moore, la posición de Bujárin "era muy semejante a la de los gradualistas de la socialdemocracia occidental". Mediatizaba la confrontación de la lucha de clases y se inclinaba por una competencia pacífica entre los intereses de los diferentes grupos que protagonizaban el contexto social; entre la industria privada y la industria estatal, entre las cooperativas agrícolas y la agricultura privada en cuyo contexto, el sector estatal pudiera mostrar su superioridad.

Comoquiera que Lenin, el padre de la idea de la Nueva Política Económica, la veía como un retroceso, como una retirada táctica, Bujárin la veía como el camino hacia el socialismo. Él hubiera posibilitado la continuidad a la Nueva Política Económica y permitido o al menos estimulado la empresa privada, particularmente entre los **kulaks**. Bujárin se oponía a la industrialización acelerada, la colectivización de la agricultura y a cualquier tipo de coerción hacia los

campesinos. En vez de semejantes políticas, pensaba que al campesino debía dársele lo que el campesino quería, e incluso, propuso una consigna para ellos:

Enriquécense ustedes mismos.

En una especie de pálida imitación a la aspiración de Trotski sobre el socialismo mundial, Bujárin pretendía encontrar apoyo internacional para la Unión Soviética en las organizaciones no comunistas, esperanzas que fallecieron ante el fracaso en 1926 y 1927, cuando no pudo obtener el apoyo de los sindicatos británicos, de los socialdemócratas alemanes ni de los nacionalistas chinos. Bujárin y la "oposición de derecha" fueron derrotados en el XXV Congreso del Partido en 1927, cuando se aprobó la política de colectivización de la agricultura. (Sesenta años después, Gorbachov leyó una biografía de Bujárin escrita por el historiador Stephen F. Cohén. Según su cercano consejero, Anatoli Cherniáyev, fue entonces que Gorbachov decidió rehabilitar a Bujárin y el proceso "abrió las puertas para reevaluar toda nuestra ideología").

En el transcurso de los debates con Trotski y Bujárin, Stalin desarrolló su propia solución de cómo impulsar el socialismo. Tenía cuatro grandes componentes. Primero, que el socialismo podía ser construido en un solo país, una reiteración de la idea argumentada por Lenin en 1915, de que la ***victoria del socialismo*** era posible "aún en un solo país capitalista". En la década de 1920 a 1930, Stalin convirtió esta idea en un programa. Argumentaba que la Unión Soviética podía avanzar hacia el socialismo sin una revolución en Occidente y sin la ayuda de los aliados no comunistas en el exterior, siempre que el país se industrializara aceleradamente. Este era el segundo componente. La industrialización requería de financiación.

El autofinanciamiento de la industria sería lento y el financiamiento por medio de la inversión internacional era imposible, el crecimiento de la industria tendría que ser financiado por el aumento de la producción agrícola; por eso, la industrialización acelerada demandaba la colectivización de la tierra en gran escala y la mecanización de la producción. Este era el tercer componente. La coordinación del crecimiento industrial y de la producción agrícola requería de la planificación centralizada, el cuarto componente.

El historiador británico Edward Hallett Carr denominó esta formulación del problema y su solución como una prueba del *genio político de Stalin*. Con esta formulación derrotó primero a Trotski y después a Bujárin. Sobre todo, como ha destacado Carr, salvó la revolución: "A más de diez años de la revolución de Lenin, Stalin hizo una segunda revolución sin la cual la de Lenin hubiera ido a carenar a la arena. En este sentido, Stalin cumplió con el leninismo y a su vez, le dio continuidad".

Detrás de las diferencias políticas entre Stalin y Bujárin subyacían otras más importantes. Este pensaba que la lucha de clases era necesaria hasta el establecimiento de la dictadura del proletariado. Stalin no (como muchos han afirmado) consideraba que la lucha de clases se intensificara con el desarrollo del socialismo, pero sí con el paso de la NEP hacia una política de colectivización y de implantación de la propiedad social. Bujárin veía la concesión de la NEP hacia los campesinos, el mercado y el capitalismo como una política a largo plazo; Stalin como un expediente temporal y de corta duración que la revolución tenía que quitarse de encima tan pronto como fuera posible.

Durante las crisis de granos de 1927 a 1928, Bujárin quería moverse hacia el mercado libre y estimular a los campesinos a la producción de granos ofreciéndoles bienes de consumo. Aún con la amenaza de la guerra, se oponía a la industrialización acelerada si implicaba afectar al campesinado. Para Stalin, la amenaza de guerra era una razón más para acelerar la industrialización aun cuando implicara exigirles a los campesinos excedentes productivos para financiarla y, en consecuencia, desechó a Bujárin como un "filósofo campesino".

Las diferencias entre Stalin y Bujárin permearon otros asuntos además de la política económica, notablemente la cuestión nacional. Uno de los aspectos más notorios de Lenin y de Stalin fue la gran cantidad de tiempo y atención que dedicaron a la cuestión nacional. Lenin leyó docenas de libros en diferentes idiomas sobre el tema de las nacionalidades, la historia y los problemas de diferentes grupos y naciones; preparó cientos de páginas de notas y escribió al menos 12 grandes discursos, reportes o secciones completas de libros sobre esta cuestión. Lenin realizó aportes novedosos al marxismo en relación con la

importancia de las luchas de liberación nacional y el derecho de las naciones a su autodeterminación.

Después de la revolución, Stalin se desempeñó como comisario para atender el asunto de las nacionalidades y se enfrentó a numerosos problemas nacionales sobre los cuales, Lenin y él a menudo estuvieron en desacuerdo. Bajo la guía de Lenin, Stalin presidió la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1922 y, eventualmente, participó en el proceso de varias modificaciones de la Unión, que llegó a integrar 15 repúblicas y varias regiones autónomas. Durante 30 años de liderazgo de Stalin, la Unión Soviética usó las riquezas y el desarrollo de las repúblicas más avanzadas con el fin de desarrollar la industria, mecanizar la agricultura y elevar el nivel cultural y educacional de las repúblicas más atrasadas. Estas políticas dieron lugar a la liberación y el desarrollo en lo que Lenin llamó la "prisión zarista de pueblos". Nada de esto es para afirmar que Lenin y Stalin resolvieron todos los problemas. Ciertamente, en lo que a industrialización se refiere, al inundar las repúblicas más atrasadas con ciudadanos rusos y contaminar sus fuentes acuíferas, las políticas de Stalin y sus sucesores, crearon nuevos problemas nacionales. Aun así, la atención que Lenin y Stalin le brindaron a la cuestión nacional contrasta visiblemente con la de Bujárin, Jrushchov y Gorbachov.

Los niveles de importancia que las dos tendencias tenían en relación con la cuestión nacional, reflejaban una problemática más profunda. Como en la Economía Política, las cuestiones esenciales que distinguían la tendencia de izquierda de la de la derecha giraban en torno al contenido de la lucha.

Tanto para Lenin como para Stalin, los comunistas debían enfrentar el nacionalismo como una variable independiente en la ecuación de la revolución. La revolución del proletariado cometía un grave error si ignoraba la importancia de las aspiraciones de los pueblos explotados, o el peligro del gran poder del chauvinismo estrecho y de la pequeña burguesía nacionalista.

Entre 1914 y 1919, una gran desavenencia ocurrió entre Lenin y Bujárin, precisamente en torno a este aspecto. Bujárin rechazó apelar revolucionariamente al nacionalismo al considerarlo como algo fuera del contexto de las clases y del

marxismo y, en consecuencia, no previó la ola de liberación nacional posterior a la Primera Guerra Mundial. Lenin, por el contrario, argumentaba que el nacionalismo en países coloniales no tenía un gran potencial revolucionario, y que si los socialistas revolucionarios luchaban sinceramente por la autodeterminación, la mayoría del campesinado nacionalista en las naciones colonizadas, uniría sus fuerzas a la revolución proletaria.

El biógrafo de Bujárin, Stephen F. Cohen, afirmó: "La incapacidad de Bujárin para percibir el nacionalismo anti-imperialista como una fuerza revolucionaria, fue el defecto más evidente de su enfoque original en relación con el imperialismo". El éxito de la revolución rusa al ganar el apoyo de las naciones oprimidas bajo el imperio zarista, confirmó la concepción de Lenin y hasta llegó a cambiar la opinión de Bujárin.

Durante la NEP, Stalin enfrentó un problema diferente al que había hecho frente Lenin antes de 1919. Esta estimulaba el desarrollo de los pequeños capitalistas, o lo que el propio Stalin llamó los **estratos medios**, esencialmente, **campesinos y trabajadores independientes de los poblados**. Estos **estratos medios** constituían la noveno-décima parte de la población de las **nacionalidades oprimidas**, y eran particularmente sensibles a la cuestión nacional. El desarrollo del nacionalismo en estos **estratos** sociales era una amenaza verdadera para la consolidación de la dictadura del proletariado, cuyas bases se concentraban principalmente en la zona central e industrial. Consecuentemente, Stalin aceleró la lucha contra la tendencia nacionalista que se desarrollaba acentuadamente en relación con la Nueva Política Económica. La mayor oposición a Stalin al respecto, procedía de Bujárin, quien en 1919, había dado un giro en su posición y en vez de oponerse a la autodeterminación, la apoyaba. Para 1923, no solamente apoyaba la NEP y a los pequeños capitalistas creados por esta, sino que abogaba por una política de manos sueltas en relación con el nacionalismo clasista creciente. Stalin se percató de que Bujárin se había movido de un extremo a otro: de oponerse a la autodeterminación a apoyarla incondicionalmente. Lo que permaneció invariable fue la posición de Bujárin de no adjudicarle al nacionalismo la importancia requerida: su relevancia para consolidar a la revolución, o su peligro potencial.

Tampoco varió su negativa a luchar decisivamente contra los nacionalistas que se oponían al desarrollo del socialismo.

Stalin avanzó un largo trecho en la fundación de un Estado multinacional justo y posible, pero sus políticas tuvieron un lado cuestionable. Durante la Segunda Guerra Mundial, en su determinación de aplastar el nacionalismo entre los elementos retrógrados de la periferia, relocalizó poblaciones enteras, atacó a los judíos tildándolos de **cosmopolitas desarraigados** y privilegió a los rusos en el ejercicio del control del Partido y del Estado. Desde mediados de los años treinta hasta la muerte de Stalin en 1953, las políticas de colectivización forzosa, industrialización acelerada y planificación central por medio de planes quinquenales alcanzaron todo su apogeo.

El juicio y la ejecución de Bujárin y otros líderes y el encarcelamiento de decenas de miles de comunistas tanto de alto rango como militantes simples, la mayoría inocentes, tuvo mucho que ver con la comparativa reticencia de las voces de la oposición en torno a Stalin.

Sería un error asumir que Stalin eliminó la diversidad de pensamiento o que el resultado de su desempeño es solamente la represión autoritaria y totalizadora. Hay un consenso en torno a que su mérito radica en haber conducido un país como la Unión Soviética, desde el atraso semifeudal hasta las fronteras de las naciones industrializadas modernas.

Bahman Azad nos brinda sumariamente, un panorama de sus logros. Mediante los dos primeros planes quinquenales, la producción industrial creció a un ritmo promedio anual del 11 %. De 1928 a 1940, el sector industrial creció del 29 % al 45%. Entre 1928 y 1937, la producción de la industria pesada aumentó en relación con la producción manufacturera total, de 31 % a 63 %. El analfabetismo se redujo del 56 % de la población al 20 %. El número de graduados de enseñanza media superior, especializada y universitaria, se aceleró ostensiblemente. Fue en este período cuando el Estado declaró gratuita la enseñanza, la atención a la salud, garantizó el seguro social y después de 1936 comenzó a dar subsidios a las madres solteras y con gran número de hijos. Logros semejantes, afirma Azad, "eran impresionantes y sin precedentes históricos".

Entre 1941 y 1953, la Unión Soviética derrotó al fascismo alemán y reconstruyó el país de la devastación de la guerra. Para 1948, la producción industrial total, era superior en dos veces y media a la de 1940. La Unión Soviética construyó la bomba atómica y forzó a Occidente al estancamiento de la Guerra Fría. Ciertamente, había dificultades, de manera notable, escasez en la producción agrícola y muchos de los logros costaron vidas humanas, nivel de vida, sacrificio de la democracia socialista y de la dirección colectiva, pero esto hubiera sucedido de cualquier manera.

Es imposible comprender las diferencias entre Nikita Jrushchov y Stalin si no hubiera habido diversidad político-ideológica en el debate que ocurría dentro del Partido. Un momento fascinante de la historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), incluye la lucha entre Georgi Málenkov y Andrei Zhdánov después de la Segunda Guerra Mundial.

Ambos portaban credenciales revolucionarias impecables. Antes de la guerra, Zhdánov había dirigido el trabajo ideológico del Partido y durante esta, había estado a cargo de la histórica resistencia de Leningrado contra el cerco alemán. Málenkov también había tenido un desempeño importante durante el conflicto. Como miembro del Consejo Nacional de Defensa a cargo del país, había sido el jefe de operaciones y de personal del Partido y del Gobierno.

Al final de la guerra, ambos divergían en torno a las prioridades. Zhdánov y Málenkov emergieron como los dos asesores principales de Stalin. El primero pensaba que una estrategia con perspectiva de paz debía reinar en las esferas del Partido para los años próximos. Ganar la guerra había significado dar prioridad al desarrollo industrial y tecnológico, pero con una perspectiva de paz en el horizonte, creía que debían priorizarse la ideología y el trabajo del Partido.

Es más, estaba seguro de que este debía emprender como primer propósito, elevar el nivel de vida y la producción de bienes de consumo. En 1946 y 1947, por ejemplo, Zhdánov y sus aliados lanzaron una ofensiva contra las debilidades ideológicas en el campo del arte, la literatura y la cultura en general y contra la propiedad privada de la tierra. Uno de sus "blancos" fue Nikita Jrushchov, líder del Partido en Ucrania a quien acusaba de debilidad en el proceso de admitir nuevos

miembros en la organización y de errores "burgueses nacionalistas" en la historia ucraniana escrita mientras desempeñaba su cargo.

Por el contrario, Málenkov consideraba que el peligro internacional se mantenía latente y que las prioridades del Partido debían ser la industria básica y el desarrollo del poder militar. Su convicción en torno a la necesidad del desarrollo industrial, lo situaba directamente del lado de Stalin y de frente a Bujárin (Cuando más tarde, Jrushchov se hizo eco de la política de Zhdánov de incrementar la producción de bienes de consumo y elevar el nivel de vida del pueblo, Málenkov continuaba enfatizando en la necesidad del desarrollo industrial). En 1946, Stalin cerró filas con Zhdánov, pero en 1947, cuando la Doctrina Truman y el Plan Marshall develaron las intenciones agresivas del imperialismo y su carácter antisoviético, Stalin volvió a las posiciones de Málenkov.

En 1948, Zhdánov falleció, sus aliados más cercanos fueron demovidos y dos de ellos, llevados a juicios, condenados y ejecutados. La política de fortalecimiento de la industria y de las fuerzas armadas permaneció como primordial. La lucha entre Zhdánov y Málenkov muestra que había diferencias políticas serias acerca de la dirección del socialismo en los niveles más altos, todavía bajo el poder de Stalin y pone de manifiesto polaridades y tendencias.

Con la muerte de Stalin en 1953, la lucha política sobre el sistema de dirección del socialismo continuó. Jrushchov se convirtió en el secretario del Partido y Málenkov en jefe del Gobierno. La dirección colectiva del Partido estuvo de acuerdo sobre la necesidad de abandonar los métodos de represión stalinistas y mejorar el nivel de vida del pueblo.

Todo el Presidium (más tarde Buró Político) del Partido se unió a Jrushchov en un plan secreto para arrestar y deportar a Lavrenti Beria, el jefe de la Policía Secreta, quien después de la muerte de Stalin aspiraba a una posición clave en el Partido y cuyo nombre se había convertido en sinónimo de represión excesiva. El Comité Central también comenzó a liberar y rehabilitar a algunos que habían estado presos por ofensas políticas, sobre todo a víctimas recientes, tales como a los miembros de la llamada **Conspiración de los doctores**, el grupo de médicos acusados de conspirar contra la salud de Stalin.

El Comité Central estableció también una comisión para realizar un análisis y una revisión de la represión del pasado y determinar hasta qué punto estuvo o no justificada.

En 1956, la unidad entre los líderes máximos bajo la guía de Jrushchov para manejar los temas relacionados con la represión durante el período de Stalin fracasó. A medianoche del último día del XX Congreso del Partido, en febrero de 1956, Jrushchov pronunció un **discurso secreto** de cuatro horas, que condenaba el culto a la personalidad de Stalin y el encarcelamiento, la tortura y ejecución de miles de inocentes, incluyendo a miembros leales al Partido.

Aun cuando los miembros del Pleno del Comité Central votaron por que este discurso se leyera en las reuniones del Partido en todo el país, algunos miembros del Comité Central se abstuvieron de hacerlo. Viacheslav Mólotov, Georgi Málenkov, Lázar Kagánovich y Klement Vorochílov pensaban que el análisis de Jrushchov no era suficientemente balanceado y no daba a Stalin el crédito merecido por sus contribuciones positivas ni situaba en su justo medio la legitimidad de cierta represión. Este presentimiento se vio reforzado por las sediciones en Alemania del Este y en Hungría, estimuladas aparentemente por ese discurso.

En junio, el Comité Central reveló una oposición creciente hacia Jrushchov cuando este emitió una resolución que reconocía los méritos de Stalin y condenaba sus errores y abusos de poder. Subsecuentemente, el propio Jrushchov, presentó una visión de primera mano de Stalin hasta llegar a decirles a sus oponentes en la máxima dirección del Partido: "Todos nosotros juntos, valemos menos que una cagada de Stalin". La oposición a Jrushchov, desde luego, pronto emergió desde otras aristas del poder.

Muy impulsivo y a veces inconsistente, Jrushchov, en su concepción sobre la construcción del socialismo se acerca a veces a las de Bujárin y Zhdánov y deja en las sombras a la de Gorbachov. Esa concepción cortaba transversalmente un amplio espectro de circunstancias, desde la ideología hasta la agricultura; los asuntos internacionales, económicos, culturales y el funcionamiento mismo del Partido.

No obstante la importancia que implica la continuidad histórica de ciertas ideas en la historia del PCUS, es obvio que el valor de cualquier política en particular dependía del éxito que hubiera alcanzado en el impulso y la construcción del socialismo en un momento determinado y bajo circunstancias particulares. Muchos estarían de acuerdo, por ejemplo, con que la idea de Jrushchov acerca de la coexistencia pacífica y la rendición del tamaño de las fuerzas militares de tierra, fueron correctas y estratégicas. Otras ideas suyas han sido puestas en duda. Mucho antes de que Jrushchov se consolidara en el poder en 1957, Mólotov y otros se habían opuesto a la mayoría de sus políticas y en 1964, después de forzarlo al retiro, el Partido revirtió casi todas sus iniciativas. Ahora bien, estas no desaparecieron del todo, muchas

La mejor forma de entender la idea central de las diferencias entre las políticas de Jrushchov y la posición de sus adversarios y críticos, Mólotov entre otros (así como de las políticas de Gorbachov y sus críticos, Igor Ligachov, entre otros), es examinar el asunto como polaridades aunque en la práctica, las diferencias alcanzaran un punto álgido.

Por ejemplo, Jrushchov creía en una transición rápida hacia el comunismo, mientras sus críticos se pronunciaban por una transición más prolongada y por un camino plagado de adversidades. Jrushchov promovía en política internacional, por el mejoramiento de las relaciones y la **flexibilización** de la competencia con los Estados Unidos y sus aliados y por el mejoramiento de las condiciones políticas con una "mayor distensión" y un "comunismo de consumo" en lo interno.

Sus críticos mantenían las posiciones de la lucha de clases en la arena internacional y la necesidad de la disciplina estricta y la vigilancia interna. Jrushchov veía más elementos condenables en la obra de Stalin que méritos a reconocer, Mólotov y los otros, todo lo contrario, más méritos que errores. Jrushchov favorecía la incorporación de elementos del capitalismo e ideas occidentales dentro del socialismo soviético, incluyendo mecanismos de mercado, descentralización, algunas producciones privadas, priorizar la producción de fertilizantes para obtener una alta producción agropecuaria, sobre todo de grano,

(esencialmente maíz) y el incremento de las inversiones en la producción de bienes de consumo.

Mólotov favorecía el perfeccionamiento de la planificación centralizada, la socialización de la producción y la continuidad del desarrollo prioritario de la industria. Jrushchov favorecía ampliar la idea de la dictadura del proletariado y del desempeño de vanguardia de la clase obrera del Partido Comunista, para situar a otros sectores de la sociedad en igualdad de condiciones que los trabajadores; sus críticos, mantenían posiciones contrarias.

Jrushchov había nacido en una familia campesina y desde 1938 hasta 1949 se desempeñó como secretario del Partido en Ucrania, donde se convertiría en una verdadera autoridad en asuntos relacionados con la agricultura y, durante el período de Stalin, apoyó la subordinación del desarrollo de la agricultura al de la industrialización del país.

El Partido lo había censurado (opinión que Stalin compartía) de que hubiera permitido el ingreso desmedido de nuevos miembros al Partido, sobre todo de campesinos, y que se relajara las normas partidistas y su tolerancia ante las estrechas posiciones del nacionalismo ucraniano. Aún después de haberse trasladado a Moscú para ocupar el cargo de secretario del Partido en 1949, Jrushchov mantuvo sus lazos con el campesinado y como jefe de la política nacional relacionada con la agricultura, fue el único miembro del Buró Político durante la época de Stalin que visitaba el campo frecuentemente. Después de 1954, sus políticas agrícolas alcanzarían protagonismo en los crecientes debates dentro del Partido.

En 1953, Jrushchov comenzó la implementación de una serie de políticas que demostraron ser polémicas en el campo ideológico y en el práctico. Exhortó al país a mirar a Occidente, no solo como fuente de nuevos métodos de producción sino como elemento de comparación con los resultados soviéticos. Reasignó recursos del sector industrial al desarrollo agropecuario.

Para estimular la producción agrícola, retornó a métodos típicos de la NEP. Redujo los impuestos sobre los ingresos individuales, eliminó los de la ganadería y la hacienda y estimuló a los habitantes de aldeas y poblados a criar vacas,

cerdos, gallinas y a cultivar sus jardines y terrenos baldíos siempre que fuera factible. Además, favoreció nuevas ideas que posibilitaran, en el menor tiempo, el incremento acelerado de la producción agrícola. En enero de 1954, propuso una campaña nacional para cultivar las tierras vírgenes de Siberia y Kazajstán. Ese año, 300 mil voluntarios se unieron a la campaña y cultivaron 13 millones de hectáreas de tierra. El esfuerzo de los años siguientes, permitió el cultivo de otros 14 millones.

Jrushchov puso un nuevo énfasis en elevar del nivel de vida de la población. Después de las privaciones de la guerra, nadie podía oponerse a esa política en favor del pueblo soviético. La pregunta era cómo hacerlo y a qué costo. Para sus oponentes, la concepción de Jrushchov tenía dos problemas. Primero: requería un cambio en la prioridad de las inversiones; de la industria pesada a la industria ligera, o sea, hacia la producción de bienes de consumo.

Durante el primer año de Jrushchov como secretario general del Partido, las inversiones en la industria excedieron solo en el 20 % a las de bienes de consumo, comparado con el 70 % de antes de la guerra. Este cambio de prioridades ocurrió prácticamente a la vista de la alerta de Stalin en 1952 de que "dejar de darle la prioridad requerida a la producción de medios de producción destrozaría la posibilidad de una expansión continua de la economía". A largo plazo, cambiar las prioridades sacrificaba el objetivo de aventajar a Occidente, meta que el propio Jrushchov había proyectado.

En segundo lugar, sus opositores pensaban que la estrategia de Jrushchov ponía a la Unión Soviética en competencia directa con los Estados Unidos y los países occidentales en torno a la producción de bienes de consumo, una competencia que la Unión Soviética no podía, y probablemente no debía ganar. El comunista alemán Hans Heinz Holz, diría más tarde que reducir la competencia con Occidente al terreno material era una concesión en el **terreno ideológico**. La meta de alcanzar y aventajar a Occidente en cinco o diez años desencadenó "la estimulación de necesidades y deseos propios de las sociedades occidentales de consumo". Tales premisas impregnaban en el pueblo soviético la idea de que la competencia con Occidente no era sobre "sistemas sociales y el sentido de la

vida, sino sobre los niveles de consumo". Más simple aún, dijo Mólotov, "el **jrushchovismo** es el espíritu burgués".

Mólotov y otros en el Presidium, se opusieron a las políticas de Jrushchov en el manejo de la **desestabilización**, en la reducción del énfasis en la lucha de clases en la arena internacional, en el estímulo a la producción agrícola privada, en la iniciativa de las tierras vírgenes, en la descentralización de la industria y en el cambio de prioridad de la industria pesada hacia la industria ligera.

Por ejemplo, Mólotov y los otros pensaban que por los problemas de clima e infraestructura en las tierras vírgenes, el cultivo extensivo era una invitación al desastre y que el país podía usar sus recursos más racionalmente en tierras que ya estaban en explotación. La oposición hizo posible un movimiento hacia la mejoría del nivel de vida, pero no un cambio abrupto de prioridades.

La resistencia a Jrushchov creció durante un par de años más hasta que dos hechos, en mayo de 1957, precipitaron los acontecimientos. El primero fue su decisión de descentralizar la industria. El segundo, un discurso en el que llamó a dar un **salto espectacular hacia adelante** en la producción de leche, carne y mantequilla para sobrepasar en tres o cuatro años a Occidente.

Estas ideas se hicieron parte de la convicción de Jrushchov de que la Unión Soviética podía, según afirma su nieto, "allanar el camino hacia el comunismo", una idea que hacia el final de su vida, él mismo evaluó como "un error conceptual".

Durante una reunión de cuatro días del Presidium, del 18 al 21 de junio de 1957, a la que continuó una reunión del Comité Central del Partido, la confrontación decisiva entre Jrushchov y la oposición se agudizó. Como preludeo para lograr su democión como secretario general, la oposición atacó sus políticas económicas, particularmente su política agrícola y su idea de descentralizar la planificación estatal. Mólotov y otros se opusieron al cambio de prioridades en las inversiones del sector industrial al agrícola, a la carrera desenfrenada por alcanzar a Occidente en la producción de bienes de consumo, a la apertura hacia las tierras vírgenes, al relajamiento de las medidas estrictas establecidas en la

agricultura, y a la descentralización de la toma de decisiones en el campo económico.

Desde sus puntos de vista, las decisiones de Jrushchov eran erróneas y conducirían al desastre económico. Mólotov llamó al "programa de las tierras vírgenes" una aventura y afirmó que desviaría los recursos de la industrialización. Málenkov afirmaba que la meta debía ser sobrepasar a Occidente en la producción de acero, hierro, carbón y petróleo, no en bienes de consumo. "Nosotros los marxistas", dijo Málenkov, "estamos acostumbrados a empezar por la industrialización". Llamó al programa de Jrushchov, "desviación campesina de derecha", una movida **oportunista** que haría que el pueblo soviético se interesara cada vez menos en la industrialización.

La oposición logró posiciones de siete contra tres en su favor en el Presidium, con una abstención. Cuando se filtró la voz del rechazo a las políticas de Jrushchov, algunos miembros del Comité Central de Moscú (la mayoría de los cuales había sido promovida por Jrushchov), cercaron el Presidium y demandaron la convocatoria del Comité Central. Una precipitada reunión de este que se prolongó durante seis días, culminó con el apoyo a Jrushchov y la expulsión de Mólotov, Málenkov y Kagánovich del Comité Central y del Presidium.

Después de deshacerse de lo que denominó la oposición **antipartido**, Jrushchov dirigió sin serias dificultades durante los próximos siete años. Sobre su labor en ese lapso, sobresalen dos aspectos: primero: que, a pesar de algunos forcejeos y enfrentamientos de baja densidad, continuó con una política interna cuyos elementos principales fueron la reducción de los gastos militares, el ataque a Stalin, la descentralización de la planificación, el desmantelamiento de las grandes bases de tractores estatales, la emulación con los métodos agrícolas estadounidenses, el cultivo de las tierras vírgenes, la promoción de los bienes de consumo, algunas flexibilizaciones en relación con las restricciones culturales e intelectuales y una disminución de la carga ideológica y el énfasis en la lucha de clases, la dictadura del proletariado y el Partido como la vanguardia de la clase obrera; segundo: la mayoría de las políticas emprendidas no produjeron los

resultados esperados. Como afirma su biógrafo, William Taubman: "Demasiadas veces, Jrushchov convertía las situaciones difíciles, en aún peores".

Durante el XXII Congreso del Partido en 1961, Jrushchov renovó, con mayor intensidad, sus ataques contra Stalin. Dos aspectos de sus ataques contra el stalinismo dejan a Gorbachov en la sombra: primero, el tratamiento que le dio a Stalin fue exagerado, amañado y parcializado; segundo, la denuncia contra este cumplía con fines de su facción política. Mucho pudiera decirse de las distorsiones de Jrushchov con respecto a Stalin; por ejemplo, afirmaba que había emergido a la escena política desde la nada, en 1924, cuando en realidad, Stalin tenía sólidas credenciales revolucionarias desde la época en que luchaba junto a los trabajadores ferroviarios, en su natal Georgia (Gruzia), en 1898.

Jrushchov citó el denominado último testamento de Lenin, donde criticaba la tendencia de Stalin a la violencia, pero ignoró el reconocimiento leninista acerca de sus cualidades de mando y de liderazgo. En 1956, Jrushchov se concentró en la represión stalinista contra los líderes del Partido y declaró que la mitad de los delegados al XVII Congreso del Partido y el 70 % del Comité Central, habían sido ejecutados.

El biógrafo de Stalin, Ken Caméron, concluyó que es difícil creer que las cifras citadas por Jrushchov, sean ciertas. (Revisando los archivos soviéticos, recientemente abiertos, los académicos han fijado las cifras de las ejecuciones entre 1921 y 1953, en 799 mil 455, muy por debajo de los millones estimados por Robert Conquest, Roy Medvédev y otros académicos antisoviéticos).

Jrushchov, además, ignoró las razones de sabotajes que sirvieron como causa ostensible de la represión. Criticaba a Stalin por su falta de estrategia en el campo militar y la dictadura férrea que había ejercido durante la Segunda Guerra Mundial. Ambos argumentos fueron refutados por el gran general soviético Georgi Zhúkov. Más importante aún, no estimuló la investigación seria y el tratamiento equilibrado en torno a la figura de Stalin. En lugar de hacerlo, intentó borrarlo del escenario soviético y eliminar, en la medida de lo posible, la evaluación de su desempeño en esa gran nación. En consecuencia, Jrushchov "dejó la Historia con muchos espacios en blanco", según palabras de Igor Ligachov.

Además de sus lagunas, históricamente hablando, sus ataques contra Stalin estaban motivados por fines partidistas. Luego de *fabricar* una imagen movidos por fines partidistas. Luego de *fabricar* una imagen monstruosa y distorsionada de Stalin, acusó de tratar de reinstaurar los métodos stalinistas a cuantos no se le unieron en su campaña. En 1961, estableció explícitamente una conexión entre sus ataques contra Stalin y los crímenes de sus oponentes, a los cuales llamó ***Grupo de sediciosos bajo la guía de Mólotov, Kagánovich y Málenkov.***

Jrushchov proclamaba que eran una fuente de resistencia al cambio, que se oponían a todo lo nuevo y que trataban de revivir los métodos perniciosos que reinaban cuando la época del culto a la personalidad. No obstante a que Mólotov y los otros expresaron sus objeciones a las políticas de Jrushchov y al tratamiento viciado que le daba a Stalin, no abogaban por el retorno de los métodos stalinistas. Justamente, como los anticomunistas usaban a Stalin para atacar el comunismo, Jrushchov utilizó la idea, si no el término, para difamar de sus oponentes.

El tratamiento dado a la figura de Stalin estableció las bases para lo que haría Gorbachov, quien de manera oportunista quiso llenar ***los espacios en blanco*** dejados por Jrushchov en sus críticas y análisis desequilibrados en torno a la figura de Stalin. Es más, Gorbachov abrió las puertas a nuevos ataques desequilibrados, más allá de los que había hecho el propio Jrushchov. Finalmente Gorbachov, de forma muy habilidosa, como su predecesor, usó los ataques contra Stalin para fustigar a todos aquellos que no se unieron a sus campañas o que se oponían a sus políticas. En 1988, durante el ***Asunto Nina Andréyeva*** (Ver capítulo 5), Gorbachov acusó a sus oponentes, al igual que lo hiciera Jrushchov, de querer revivir los métodos stalinistas.

Lo más característico de las ideas de Jrushchov en torno a la construcción del socialismo era que todo se podía hacer de manera fácil y rápida. Este pensamiento marcó las políticas agrícolas de manera tal que las condujo en una década, al caos total. El programa de las tierras vírgenes ocupaba el núcleo de esta estrategia. Por más de 10 años, se envió a decenas de miles de tractores y

combinadas, además de a cientos de miles de voluntarios para arar y cultivar tierras que en su extensión, igualaban la superficie de Francia, Alemania Occidental e Inglaterra juntas.

Durante el primer año de la campaña, la producción de granos aumentó en 10 millones de toneladas, pero esto fue originado, en gran medida, por el crecimiento de la producción en las tierras **no vírgenes**. Al año siguiente, una gran sequía perjudicó la producción en todas partes. En 1956, el tercer año, la campaña proclamó su primer triunfo cuando las tierras vírgenes produjeron con excepcional productividad y aportaron la mitad de todos los granos de la Unión Soviética, aun cuando se perdió parte de la cosecha por un nivel insuficiente de mecanización, almacenamiento y transporte.

En ninguno de los años posteriores, la producción de las tierras vírgenes de equiparó con la de 1956. En 1957, la cosecha fue de un 40 % menos; en 1958, de un 8 % y en los años subsecuentes, menos aún; hasta 1963 y 1964, cuando la cosecha fue un fracaso total.

En su monografía sobre el gran programa de las tierras vírgenes, Gerald Meyer argumenta que su fracaso se motivó porque Jrushchov sobreestimó la bonanza de sus suelos y subestimó los costos. Primavera cortas, precipitación insuficiente y desigual de las lluvias, vientos fuertes y falta de tradición y de buenas prácticas de cultivo en las tierras vírgenes, trajeron como consecuencia la erosión, el descenso de la productividad y la fertilidad de los suelos, las sequías y el aumento incontenible de los costos. Como política, la campaña de las tierras vírgenes fue un desastre.

Otras tres políticas agrícolas de Jrushchov tuvieron resultados indeseados. Dos de estas fueron fruto su creencia de que todo podía hacerse fácil y rápidamente y que de tal forma, el estímulo a ciertas políticas emularía con los niveles de producción de Occidente. La campaña del maíz se basaba sobre la idea de la práctica de los norteamericanos de incrementar la masa ganadera con la garantía del alimento en sus silos. La estrategia de Jrushchov consistía además, en no dejar descansar los suelos y aplicar la fertilización química en vez de la rotación de cultivos o alternar las tierras en producción. Ambas estrategias desconocían

las condiciones naturales y las circunstancias mismas de la Unión Soviética y estuvieron muy lejos de ni tan siquiera acercarse, a la **panacea** prevista por él.

La tercera iniciativa y una de las más cuestionables de todas, fue el desmantelamiento de las grandes plantas industriales y estatales de producción de tractores, combinadas e implementos agrícolas y su descentralización hacia las formas colectivas de propiedad agrícola.

Las grandes granjas colectivas y cooperativas agrícolas pronto tuvieron que comprar y dedicarse a mantener sus propias plantas y talleres de tractores y mecanización en general. Ideológicamente hablando, esta iniciativa de Jrushchov era un rechazo a la última afirmación de su predecesor en relación con la economía de la Unión Soviética. Stalin había afirmado que la dirección del desarrollo de la economía debía basarse sobre la ampliación del sector estatal más que en las formas sociales de organización agrícola. Prácticamente, la política produjo otra debacle.

El cambio se produjo con tal nivel de abandono y desorganización que en tres meses habían desaparecido casi todas las plantas de tractores. Hasta los seguidores de Jrushchov consideraban que la política causaría un descenso abrupto de la productividad agrícola, infligiría daños a la economía a largo plazo y estaba condenada a un fracaso incuestionable.

Tanto con la agricultura como con la industria, Jrushchov chocó con grandes problemas pero recurrió a soluciones todavía más problemáticas. Bajo el socialismo, la planificación centralizada determinaba en gran medida la dimensión y la naturaleza de las producciones. La planificación elimina los vaivenes cíclicos del mercado capitalista, pero tiene sus propios retos; se hace más difícil en la medida en que la dimensión de la economía crece y se complejiza en su desarrollo.

Para 1953, el número de empresas industriales se elevó a 200 mil y el número de elementos planificables (objetivos económicos e indicadores de desarrollo que debían planificarse) a cinco mil, de 300 al inicio de la década de 1930 a 1940 y a 2 500 en 1940. El economista británico Maurice Dobb afirmó que el exceso de centralización estaba obstaculizando la iniciativa y la innovación tecnológica,

malgastando recursos, produciendo "cuellos de botella" innecesarios en los suministros y **premiando** resultados solamente cuantitativos del plan, subsidiando empresas de desempeño pobre y gravando las de buen comportamiento productivo.

Al cambiar la dirección de la economía hacia los bienes de consumo, Jrushchov complicó aún más el asunto de la planificación. Alex Nove afirmó: "Los planes de vivienda, de la agricultura, los bienes de consumo, el comercio, todos se convirtieron en asuntos de importancia, es más, de prioridad. De tal manera, la tarea de la planificación devino algo muy complicado, porque un sistema basado sobre unas pocas prioridades, semejante a la economía occidental de tiempo de guerra, no podía funcionar eficientemente si sus metas y objetivos no estaban claros o se multiplicaban infinitamente".

Jrushchov buscaba una forma fácil de salir del problema de la planificación centralizada por medio de la descentralización radical y de la aplicación de ideas de orientación capitalista, como la competencia de mercado. En mayo de 1957, abolió los más de 30 ministerios que tenían que ver con la planificación centralizada y los sustituyó por unos 100 consejos económicos locales. El resultado era predecible. La coordinación entre la producción y los suministros se hizo mucho más difícil que antes y los intereses locales se sobreponían a los intereses nacionales. Los analistas Roy y Zhores Medvédev, que eran abiertamente simpatizantes de Jrushchov, afirmaron que la descentralización produjo anarquía, duplicidades, paralelismo y disipación de la responsabilidad.

En 1961, Jrushchov tuvo que reagrupar la planificación en 17 grandes regiones, pero la medida no resolvió los problemas creados por la descentralización. La economía soviética creció a un promedio inferior en los primeros cinco años de la década de los años sesentas que en la década anterior. Luego de la sustitución de Jrushchov en 1964, el Partido restableció 20 ministerios de planificación central y trató de combinar esta medida, con una mayor autonomía en la base.

Las políticas de Jrushchov sembraron la semilla de problemas ulteriores. Quizás en una reacción desmesurada por las críticas recibidas por sus debilidades ante el nacionalismo burgués ucraniano, a menudo mostró oídos

sordos ante problemas nacionales sensibles, como cuando durante una visita a las repúblicas de Asia Central, propuso abruptamente, consolidarlas en una sola república.

En un tono menos extremista, afirmó que la Unión Soviética había resuelto los problemas de las nacionalidades y debía concentrarse en alcanzar la identidad nacional soviética que reemplazaría las diversidades nacionales existentes, de manera que las nacionalidades de la Unión se integraban en el proceso, aún más, en una completa y total unidad.

No obstante a ser algo encomiable como idea, la promoción de una identidad nacional soviética tuvo el efecto contrario de estimular los sentimientos nacionalistas entre aquellos que defendían los valores de sus identidades culturales nacionales. Según el historiador Yitzhak Brudny, las aseveraciones de Jrushchov menospreciaban los reales problemas nacionales existentes y contribuyeron al incremento de los estrechos sentimientos nacionalistas entre las naciones no rusas en la periferia y de los intelectuales en la Unión.

La política que más acercó a Jrushchov a los intelectuales y que sirvió como precursora a la **glásnost** de Gorbachov fue su flexibilización de la censura. No obstante a que la apertura fue episódica e inconsistente, estuvo dirigida durante cierto tiempo por una mayor apertura en el arte, la filmografía, la poesía y las novelas criticadas en el pasado soviético. Durante el **deshiello** fueron publicadas novelas prohibidas anteriormente como **No solo de pan**, de V. D. Dúdintsev, y **Un día en la vida de Iván Denísovich**, de A. I. Solzhenitsin. La apertura permeó inevitablemente los círculos académicos soviéticos de ciertas ideas económicas burguesas. De acuerdo con los analistas Medvédev, tan temprano como en 1953 y 1954, "la influencia occidental comenzó a penetrar en muchas áreas de la economía".

Sobre otros muchos asuntos, incluyendo sus puntos de vista acerca de las relaciones internacionales, el Partido, el Estado y el comunismo, Jrushchov se aventuró en ideas que causaron preocupación y polémica en su momento y entre los comunistas de entonces y de la actualidad, dentro y fuera de la Unión Soviética. Queda más allá del alcance del presente libro juzgar hasta qué punto

estas ideas eran aportes al marxismo-leninismo en las nuevas circunstancias o revisiones de sus principios esenciales. Lo que sí queda claro es que estas ideas de Jrushchov se inclinaban hacia la socialdemocracia, sembraron la semilla de problemas futuros y crearon un precedente para las políticas aun más extremas de Gorbachov.

En las relaciones internacionales, Jrushchov impulsó la política de coexistencia pacífica. Argumentaba que, con el crecimiento del mundo socialista, la correlación de fuerzas había cambiado y conducía a la competencia pacífica entre el socialismo y el capitalismo; que una transición pacífica del capitalismo al socialismo era posible. Aun cuando estas ideas se convirtieron en el centro de las críticas de China con respecto a Jrushchov, tildándolo de revisionista, algunas cuestiones pueden decirse en su defensa. Primero, estas ideas aparecieron en el climax de la Guerra Fría, cuando la Unión Soviética estaba rodeada por unos Estados Unidos, largamente más fuertes, que justificaban su política belicosa, contrarrevolucionaria y antisoviética con el argumento de que la Unión Soviética era expansionista por antonomasia, inclinada hacia la agresión y hacia la subversión mundial.

En este contexto, las ideas de Jrushchov forzosamente convergían con lo que proclamaba el imperialismo. Habían debilitado las fuerzas que abogaban por una guerra contra la Unión Soviética y fortalecían el movimiento internacional por la paz. En segundo lugar, las ideas de Jrushchov no eran algo nuevo. El propio Stalin había enfatizado en que la coexistencia pacífica era posible y rechazaba que la guerra fuera inevitable.

En tercer lugar, Jrushchov no se abstuvo de apoyar el socialismo en el exterior. Intervino para enfrentar a la contrarrevolución en Hungría en 1956 y envió los misiles a Cuba en 1962. En lo más álgido de la crisis cubana de los misiles, cuando la suerte de la Revolución Cubana pendía de un hilo, Jrushchov insistió con los norteamericanos en un compromiso de no agresión antes de que retirara los misiles de territorio cubano.

Es más, nunca se cohibió de brindar ayuda material y asistencia técnica a los que luchaban por encontrar su propio camino contra el imperialismo, incluyendo a

China (antes de la ruptura), Egipto e India. El historiador William Kirby, denominó la ayuda soviética a China entre 1953 y 1957, como la "Mayor transferencia tecnológica en la historia universal".

La política de Jrushchov en torno a la coexistencia pacífica fue apropiada y exitosa, y quizás hasta tuvo cierta confianza en que los Estados Unidos pudieran haber renunciado a la Guerra Fría durante la presidencia de Dwight Eisenhower. Los norteamericanos nunca fueron recíprocos en relación con la reducción unilateral de los gastos militares y el tamaño de las fuerzas armadas que había emprendido Jrushchov, ni tampoco con sus intenciones de desvincularse de la guerra en Viet Nam. Más tarde Jrushchov reconocería que su idea sobre la coexistencia pacífica había sido fuertemente debilitada cuando, antes de la planificada cumbre de las cuatro potencias, los Estados Unidos enviaron el avión espía U-2 sobre territorio de la Unión Soviética y luego negaron haberlo hecho hasta que los soviéticos presentaron al piloto derribado, Gary Powers. "Aquellos que pensaban que los norteamericanos tenían pretensiones imperialistas y que el poder militar era la cuestión más importante, tuvieron la evidencia que necesitaban", afirmó Jrushchov.

Dos nuevas ideas acerca del Partido y del Estado fueron introducidas por Jrushchov: la idea de que el Partido había pasado de ser del Partido de la clase obrera, a ser la vanguardia de todo el pueblo, y la idea de que el Estado del proletariado había pasado a ser el Estado de todo el pueblo. En algún momento del desarrollo del socialismo, ese escenario habría tenido lugar; la pregunta era hasta qué punto el momento había arribado para la Unión Soviética.

El escritor Bahman Azad ha sugerido que estas ideas produjeron efectos corrosivos de largo alcance por cuanto alimentaron ilusiones en torno a la confiabilidad de ciertos grupos sociales, notablemente los burócratas del Estado. De cierta forma, estas ideas se desmarcaban de la teoría de los intereses clasistas propios de la clase obrera.

Dado que el socialismo supuestamente sirve a los intereses de la clase obrera, estas ideas restaban nitidez a un criterio importante para medir el avance del socialismo. Es más, acompañaron a otras medidas no menos problemáticas como

la nivelación de los salarios, es decir, la reducción de los diferenciales salariales. En cierto nivel del desarrollo del socialismo, la nivelación de los salarios era apropiada, pero como estaban las cosas, tales nivelaciones tendían a desestimular el incentivo y la productividad.

Jrushchov también introdujo algunos cambios que diluyeron la autoridad del Partido y su desempeño de vanguardia. En 1957, siguiendo el precedente de sus años en Ucrania, abrió las puertas del Partido a un reclutamiento masivo que condujo a un vasto incremento de su membresía.

Esta actitud se relacionaba con su idea de que las diferencias de clases estaban desapareciendo y de que la inmensa mayoría del pueblo soviético razonaba como comunista. Introdujo además la medida de que un tercio del Partido se reemplazara en cada elección, una especie de término electivo soviético.

El secretario general, dividió el Partido en secciones, agrícola e industrial; una especie incipiente de un sistema de dos partidos. No obstante a pretender revitalizar la organización, hechos tales como el reclutamiento masivo, el límite de término y la división del Partido, debilitaron la vanguardia de muchas formas y originaron oposición. Después de Jrushchov, el Partido abandonó estas ideas. Más tarde, Gorbachov jugaría con ideas como la división en dos mitades del Comité Central del PCUS, antes de tomar la decisión de desestabilizarlo por completo.

En 1964, el período de Jrushchov llegó a su fin cuando la dirección colectiva lo obligó a retirarse. Las ideas acerca de la liberación económica y la democratización política que Jrushchov llegó a simbolizar no finalizaron con él. Es más, continuaron su expresión en lo que el historiador John Gooding llama la tradición alternativa. Durante los años sesentas y setentas, esta alternativa tradicional encontró expresión en el editor de *Novi Mir*, Alexandr Tvardovsky, y en economistas, sociólogos, físicos, historiadores y dramaturgos como V. Shúbikin, Nikolai Petrákov, Alexandr Birman, Roy Medvédev, Andrei Zájarov, Valentín Turchin, Tatiana Zaslávskaya y Mijaíl Shatrov.

La mayoría de estos intelectuales permanecía en el Partido, admiraba a Lenin y creía en el socialismo, pero, al mismo tiempo, abogaba por un socialismo imbuido de elementos del mercado capitalista, del sistema de gerencia y de formación política. Más que cambiar el sistema existente, creían en la posibilidad de lograr sus objetivos conquistando la atención de los líderes comunistas, victoria que eventualmente lograron con Gorbachov.

Mientras tanto, Leonid Brézhnev emergió rápidamente como el líder del Partido y permaneció como tal hasta 1982. Para Gorbachov y sus partidarios, Brézhnev se convirtió en el "chivo expiatorio" para todo lo mal hecho en la Unión Soviética. Ridiculizaban su estado de salud, gustos caros, la vanidad personal y sus debilidades políticas. Brézhnev devino símbolo del estancamiento y la corrupción. Aunque esta visión de Brézhnev era totalmente parcializada, tenía basamento real.

El historiador soviético Dmitri Volkogónov afirma que Brézhnev buscaba sobre todas las cosas paz, tranquilidad, eliminar conflictos y serenidad. Se mostraba aterrorizado ante la más ligera reforma. Reemplazó la política de rotación de cuadros impulsada por Jrushchov por otra basada sobre la estabilidad. Hasta se resistía a los cambios de personal. En cada uno de los cuatro congresos del Partido que presidió reconocía las escaseces, pero se oponía a las soluciones apresuradas.

Es más, muchos de sus cuadros sufrían enfermedades y tenían edad avanzada. Nadie manifestaba con mayor claridad estas debilidades que el propio Brézhnev, quien después de 1970 estaba incapacitado por problemas de salud. En 1976, sufrió un serio infarto cerebral y desde entonces, hasta su muerte en 1982, tuvo varios ataques cardíacos y otros infartos cerebrales. Durante los últimos cinco años de su vida, permaneció tan débil y enfermo que no tuvo participación activa alguna ni en el Partido ni en el Estado. En sus últimos años, no podía hablar sin tener un texto escrito ante él y sin dejar de atropellar las palabras.

A pesar de que la mayoría de las críticas realizadas a Brézhnev se las merecía, oscurece un tanto el hecho de que los problemas fundamentales de la Unión

Soviética durante el período de Brézhnev, tuvieron su origen en la época de Jrushchov. Es más, a pesar de que Brézhnev hizo poco para rectificar el maltrato stalinista a algunas nacionalidades, o por denunciar anteriores violaciones de la legalidad socialista, sí revirtió la mayoría de las políticas más controversiales de Jrushchov.

La planificación centralizada, retornó. La política de estabilidad de cuadros reemplazó la política de términos electorales, el Partido Unitario sustituyó la división en sectores agrícola e industrial. La admisión al Partido se hizo más estricta y sustituyó la política de ingreso masivo. El Estado de todo el pueblo, se mantuvo pero con un nuevo significado. El diario **Pravda** explicó que estos términos no significaban que el Partido perdiera su carácter de clase. Es más, el Partido Comunista de la Unión Soviética había sido y seguiría siendo un partido de la clase obrera.

Además, las políticas de Brézhnev emprendieron un compromiso firme con la solidaridad internacional. Alcanzó la paridad militar con los Estados Unidos, ayudó a los países socialistas de Europa del Este y a Cuba, y apoyó la lucha revolucionaria en Viet Nam, Nicaragua, Angola, Afganistán y en muchas otras naciones, entre otras, al movimiento antiapartheid de Sudáfrica.

Ideológicamente, Brézhnev se movió entre las dos tendencias tradicionales de la política soviética. El escritor soviético Fiodor Burlatski decía que Brézhnev "tomó prestado" de Stalin y de Jrushchov. Stephen F. Cohén también lo sitúa en un término medio entre las tendencias existentes en el Partido:

Por lo menos tres movimientos se formaron dentro del Partido en el momento en que Jrushchov fue derrocado en 1964: un partido antistalinista que llamaba a un mayor **relajamiento** de las medidas de control sobre la sociedad; una tendencia neostalinista que acusaba a Jrushchov de haber debilitado al máximo el Estado y demandaban que fuera rejuvenecido, y un partido conservador que pretendía mantener el **status** poststalinista al oponerse a cambios en una dirección u otra. Durante los 20 años siguientes, estos conflictos **multipartidistas** se mantuvieron en varias formas subyacentes y silenciadas. La mayoría conservadora, encabezada por

Brézhnev, dirigió la Unión Soviética con ciertas concesiones a los neostalinistas durante décadas. El movimiento reformista apenas sobrevivió, pero en 1985, junto con Gorbachov, asumió el poder.

A pesar de las políticas erráticas y fallidas de Jrushchov y de la posición dubitativa de Brézhnev para enfrentar los problemas, la economía soviética continuó demostrando vitalidad. Durante los años cincuentas, la Unión Soviética duplicó el crecimiento de los países más desarrollados.

Entre 1950 y 1975 los índices de crecimiento industrial de ese país aumentaron 9,85 veces (de acuerdo con cifras soviéticas) o 6,77 veces (de acuerdo con los cálculos de la CIA), mientras que la producción industrial de los Estados Unidos tuvo un índice de crecimiento de solo 2,62 veces. La Unión Soviética contaba con la cuarta parte de los científicos del mundo y el lanzamiento del **Sputnik** constituyó un símbolo de sus logros científicos. Los salarios y el nivel de vida crecieron de manera estable.

La semana laboral se fijó en 40 horas para la mayoría de los puestos de trabajo y en 35 para los trabajos duros. Se aprobó un sistema de pensión universal, los bienes de consumo se hicieron crecientemente disponibles y las diferencias en los niveles de desarrollo económico y social entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, se redujeron rápidamente. A mediados de los años ochentas, la Unión Soviética producía el 20 % de la producción industrial mundial. Cuando triunfó la revolución producía solo el 4 % de un total mundial mucho menor.

Era el líder mundial en la producción de petróleo, gas, metales ferrosos, minerales, tractores, concretos reforzados, productos de algodón, zapatos, azúcar de remolacha, papas, leche, huevos y otros productos. La producción de hidroelectricidad, productos químicos, maquinarias, cemento y algodón, era superada solo por los Estados Unidos. El crecimiento anual promedio de la productividad industrial fue del 4,7 % entre 1960-1965, al 5,8 % en 1965-1970, y al 6,0 % entre 1970-1975.

A grandes rasgos, los progresos económicos fueron posibles por la concentración de las inversiones en el sector industrial, política iniciada desde la época de Stalin. Es incuestionable que esta política contaba con la premisa de

recursos naturales baratos y abundantes como el petróleo, el gas y el oro mineral. Durante los años setentas, los problemas objetivos y subjetivos depauperaron el comportamiento de la economía.

Tres problemas objetivos afloraron: el agotamiento relativo de los recursos naturales que provocó el encarecimiento de la extracción del petróleo, del gas y del carbón; las consecuencias demográficas de la Segunda Guerra Mundial, que redujeron dramáticamente la fuerza de trabajo; el reto de adoptar las nuevas tecnologías de computación, particularmente ante la venta deliberada por parte de los Estados Unidos de microprocesadores defectuosos. Más importantes aún que estos problemas objetivos, fueron las dificultades subjetivas: la inconsecuencia de las políticas, principalmente del cambio de la política inversionista en la industria pesada hacia los bienes de consumo, la nivelación salarial y la falta de atención a la planificación y a los incentivos económico-financieros durante los últimos años de Brézhnev.

Como resultado, mientras el comportamiento del crecimiento anual industrial entre los años 1973 y 1985, se comportaba positivamente (según algunas fuentes, más fuerte aún que en los Estados Unidos; 4,6 % comparado con 2,3 %), señales de profundas dificultades emergían. Entre 1979 y 1982, la producción total de bienes industriales se contrajo en un 40 %. La producción agrícola no alcanzó los niveles de 1978. Se desaceleraron los indicadores de eficiencia de la producción social.

En el período de 1976 a 1985, disminuyó la extracción petrolera en la región del Volga. Lo mismo sucedió con el carbón en los campos carboníferos de la región del Don, la producción maderera en los Urales y el níquel en la península de Kola. Según algunas fuentes, el aumento sostenible del nivel de vida también se estancó.

Las políticas y la conducta de Brézhnev en relación con las nacionalidades reflejaron su posición intermedia e indefinida. En algunos aspectos mostró complacencia hacia ciertos puntos de vista de Jrushchov, alabó la política de desarrollo emprendida hacia las repúblicas más atrasadas y el fomento del patriotismo soviético. "Las naciones soviéticas están ahora más unidas que

nunca", declaró. El secretario general adoptó una política de complacencia y no enfrentamiento hacia algunas repúblicas, donde permitió que la corrupción y el nepotismo se entronizaran. En Uzbekistán, por ejemplo, el líder del Partido tenía 14 familiares trabajando en el aparato partidista y el chantaje, las arbitrariedades, las injusticias y las violaciones flagrantes de la ley, se manifestaban escandalosamente.

Por otro lado, la actitud de Brézhnev en relación con los reaccionarios nacionalistas era semejante a las de Lenin y las de Stalin; los enfrentaba resueltamente mientras trataba de conquistar a otros para la causa del socialismo. Por ejemplo, Brézhnev sustituyó a los líderes de Ucrania y de Georgia por estimular sentimientos nacionalistas y en contra de Rusia y además adoptó, lo que el historiador Yitzhak Brudny denominó una **política inclusiva** hacia los nacionalistas rusos.

Mientras algunos veían semejante actitud como antimarxista y permisiva en relación con el chovinismo ruso, otros la valoraban como un esfuerzo legítimo por ganarse la simpatía de algunos intelectuales nacionalistas rusos sobre la base de compartir con ellos la aversión hacia Jrushchov, su **liberalismo**, las concesiones a las reformas de mercado y su anuencia ante las influencias occidentales. Tal iniciativa era semejante a los esfuerzos de Stalin al apelar al patriotismo ruso durante los años de la guerra. Brudny concluye que, en última instancia, la política de inclusión de Brézhnev fracasó en su intento porque trató de ofrecerles, un desempeño a los intelectuales nacionalistas sin satisfacer sus preocupaciones ideológicas.

De tal forma, las políticas nacionales de Brézhnev eran una mezcla: su acercamiento implicaba el combate contra los sentimientos nacionales retrógrados y la conquista de los intelectuales nacionalistas rusos, algo que brilló por su ausencia en las concepciones de Bujárin, Jrushchov y más tarde en las de Gorbachov.

Hacia finales de la época de Brézhnev, se habían acumulado muchos problemas económicos, sociales, ideológicos y políticos. Afirmar que se trataba de **reformistas** que veían los problemas y **conservadores** que no los veían, sería

desvirtuar la realidad. A pesar de que no todos ponderaban de igual forma los problemas, había consenso general dentro y fuera del Partido sobre los problemas acuciantes con la productividad y el crecimiento económico. Brézhnev se refirió a estos problemas a finales del décimo plan quinquenal en 1979.

Reconocer los problemas por un lado y explicar sus causas y orígenes por el otro, son desde luego, dos cuestiones completamente diferentes y en torno a lo cual, los comunistas estaban en desacuerdo. En general, el análisis de los problemas económicos se manifestaba en los dos campos tradicionales de la política soviética: el campo con nexos ideológicos con Bujárin y Jrushchov y el campo de Lenin y Stalin.

Los primeros sostenían que la causa de los problemas radicaba en el exceso de centralización y la solución, en consecuencia, era la descentralización, los mecanismos de mercado y ciertas formas de empresa privada. En un texto de 1975, Moshe Lewin expresó: "Es asombroso descubrir cuántas ideas del programa antistalinista de Bujárin de 1928-1929 fueron asumidas por los reformistas actuales".

Los economistas soviéticos con esta manera de pensar, eran una minoría, pero dominaban tres de los cuatro institutos académicos más importantes de la Unión Soviética. Uno de los economistas líderes en esta línea de pensamiento, era Abel Aganbeguián, quien más tarde sería uno de los asesores más importantes de Gorbachov.

La mayoría de los economistas creía en la necesidad de modernizar y reformar el sistema centralizado de planificación. Para ellos, los problemas de crecimiento y productividad se manifestaban como resultado de que los métodos de gerencia y planificación se habían quedado por detrás del desarrollo de las fuerzas productivas. En algunos aspectos, los problemas no estaban en la centralización, sino en la falta de esta. En las construcciones, por ejemplo, el tiempo excesivo en la terminación de los proyectos y la profusión de proyectos inconclusos ocurrieron, entre otras causas, porque las autoridades centrales fracasaron en la previsión de que las autoridades locales lanzaban sus propios proyectos para los cuales no había recursos suficientes para terminarlos en

tiempo. Además, el nivel insuficiente de coordinación entre ingenieros, trabajadores de la industria y constructores, también atrasaban la conclusión de los proyectos.

La productividad muchas veces fallaba por los malos métodos de dirección y de retribución. Los economistas del momento proponían usar el sistema de pago para estimular la productividad, de ahí la broma soviética de **ellos pretenden pagar y nosotros pretendemos trabajar**; que por cierto, no surgió cuando el sistema de incentivos del programa de Stalin (que posibilitaba ganar salarios altos a los trabajadores más productivos), sino posteriormente, cuando se introdujo el sistema de nivelación de los salarios.

En 1980, Víctor Perlo y Ellen Perlo describieron otros debates que tenían lugar entre los economistas de la corriente oficial, sobre las formas de incrementar la producción y la productividad. Teniendo en cuenta que inmediatamente después de Jrushchov, la Unión Soviética había enfrentado y resuelto el problema de la productividad, los autores citados afirman: "Otra vez, como al comienzo de los sesentas, tiene lugar en la Unión Soviética una amplia discusión dirigida a la modernización y el mejoramiento de los métodos de planificación y dirección... Las experiencias pasadas ofrecían razones para creer que los problemas que enfrentaba la economía soviética podían ser resueltos".

La Unión Soviética tenía condiciones excelentes para resolver los problemas después de la muerte de Brézhnev, cuando Yuri Andrópov llegó a ser el secretario general del PCUS. Andrópov tenía condiciones personales admirables, una base teórica marxista-leninista sólida, una rica experiencia de dirección, un dominio amplio de los problemas de la Unión Soviética y unas ideas claras y firmes en torno a las reformas necesarias. Lo que Andrópov no tenía era tiempo. Tres meses después de asumir su responsabilidad, se le presentaron serios problemas renales y a los quince meses falleció. No obstante, **el año de Andrópov** (1983), develó un promisorio plan de reformas muy diferentes al que luego adoptara Gorbachov de manera desastrosa.

Andrópov había nacido en 1914 en Stávropol. Su padre fue un trabajador ferroviario. Yuri dejó la escuela a los 16 años y trabajó como operador telegráfico

y como navegante en el Volga. A partir de 1936, ocupó diferentes responsabilidades en el **Komsomol** (organización de los jóvenes comunistas) hasta llegar a ser primer secretario de este en la república autónoma de Carelia, en la frontera con Finlandia. Durante la guerra, los alemanes ocuparon la región y Andrópov se integró al movimiento guerrillero en contra de los invasores.

Después de la guerra, llegó a ser el segundo secretario del Partido en Carelia y en 1951, pasó a trabajar al Comité Central en Moscú. En 1953, se desempeñó como consejero en Hungría y en 1954, como embajador en ese mismo país. Desde 1957 hasta 1962, Andrópov trabajó al frente del Departamento de Relaciones Internacionales del Comité Central, que atendía los países socialistas. En 1962, pasó a ser uno de los secretarios del Comité Central y en 1967, jefe del KGB,* cargo que desempeñó durante 15 años.

Los detalles de la carrera de Andrópov son aún más impresionantes que su currículum. En su ascenso, trabajó con tres de las grandes figuras del Comité Central del PCUS. Mientras estuvo en la república carelo-finesa, fue discípulo del viejo bolchevique Otto Kuusinen, camarada de armas de Lenin desde 1905 y fundador del Partido Comunista finés, además de primer secretario del Partido Comunista de Carelia cuando Andrópov fuera su segundo secretario.

Kuusinen, quien permaneció en el Comité Central como una figura importante hasta su muerte de 1964, sin duda llamó la atención de muchos sobre las condiciones y características de Andrópov. Como embajador en Hungría Andrópov trabajó bajo la dirección de otro viejo bolchevique, Viacheslav Mólotov. Durante ese período desarrolló una relación estrecha con Mijaíl Súslov quien llegó a ser su segundo mentor después de Kuusinen.

La carrera de Súslov en el Partido databa de 1918, cuando se integró a los jóvenes comunistas, y fue un estudioso del marxismo leninismo e ideólogo del Partido en los tiempos de Stalin, Jrushchov y Brézhnev. Algunos analistas consideran que Andrópov asumió a Súslov como paradigma, dado que la austeridad de Andrópov, su nivel intelectual y su ética de trabajo recordaban a las del viejo Súslov. Cuando este murió en 1982, Andrópov lo sustituyó como el ideólogo del Partido Comunista de la Unión Soviética.

La trayectoria de Andrópov estuvo caracterizada por disímiles condiciones que demandaron gran coraje, serenidad y firmeza de pensamiento. Primero, su participación guerrillera con los partisanos de Carelia, luego vendría su período de embajador. La estancia de Andrópov en Hungría es un tanto incierta y el testimonio de terceros es a menudo contradictorio, pero queda claro que navegó con éxito por aguas sumamente turbulentas.

El Partido Comunista de Hungría trataba de construir el socialismo en un país predominantemente campesino y católico que había salido de un período de 25 años de dictadura fascista que incluía la alianza con la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando Andrópov arribó a Hungría en 1954, el Partido Comunista enfrentaba serios problemas internos, incluyendo divisiones y levantamientos populares.

A finales de octubre de 1956, ocurrió la rebelión húngara durante la cual, bandas fascistas se aprovecharon del descontento popular para asesinar, golpear y linchar a los comunistas y a sus seguidores. Los disturbios continuaron hasta la intervención militar soviética en noviembre de 1956.

Durante lo más álgido de la crisis, Andrópov trabajó desde la Embajada soviética en Budapest junto con los representantes de Moscú, Anastas Mikoyán y Mijaíl Súslov. Estos tres hombres, junto al mariscal de la Unión Soviética Georgi Zhúkov, desplegaron la estrategia de la respuesta soviética, aconsejaron a los comunistas húngaros y finalmente dirigieron las tropas del Ejército Rojo. Durante la crisis, mientras las divisiones internas erosionaban la unidad comunista y el primer ministro Imre Nagy hacía concesiones a la derecha,

Andrópov aparentemente persuadió al popular Janos Kadár para que asumiera el liderazgo del Partido Comunista húngaro. Durante los siguientes 20 años, Kadár se convirtió en la mente más reformista dentro del campo socialista de Europa del Este. Introdujo la descentralización, la participación en las utilidades, las cooperativas, permitió varios tipos de iniciativa privada y restableció la confianza del pueblo en el Partido Comunista.

Aún permanece en el misterio cómo Andrópov, quien partió de Hungría en marzo de 1957, valoraba las reformas de los húngaros. No obstante, mientras la

crisis transcurría, la inteligencia de Andrópov al apoyar a Kadár y su serenidad, acrecentaron la admiración que por él sentía Súslov.

Luego de su estancia en Hungría, Andrópov cumplió con otras misiones importantes. En 1963, integró una delegación encabezada por Súslov para tratar de sortear, sin éxito, la difícil situación creada entre el Partido Comunista chino y el Partido Comunista soviético. Más tarde, como jefe del KGB, Andrópov tuvo bajo su responsabilidad la neutralización de intelectuales disidentes como Alexandr Solzhenitsin.

Su voluntad de defender estas acciones abiertamente, de enfrentar las críticas provenientes de Occidente y de intelectuales como Yevgeni Yevtushenko, sugieren que Andrópov se hubiera opuesto a la torpeza de Gorbachov de lanzar los medios de comunicación contra los elementos antisocialistas. También como jefe del KGB demostró coraje y convicciones al investigar la corrupción en altos puestos del poder del Partido y del Estado. El Presidium y toda la dirección del Partido en Azerbaiyán fueron reemplazados por corrupción, soborno y malversación. Es más, en 1981, el sustituto de Andrópov puso al descubierto y arrestó a algunos de la pandilla de la **dolce vita** que incluía, entre otros, a la hija y al yerno de Brézhnev. Andrópov no mostró vacilación ni ante la posibilidad de investigar la actividad criminal en la propia familia del secretario general.

Andrópov tenía otras características personales igualmente impresionantes. Aunque su educación personal no fue mucho más allá de algún trabajo en la escuela técnica de Ribinsk y de su graduación en la escuela superior del Partido, poseía una mente privilegiada, bien informada y de amplios gustos culturales. Mientras fue embajador en Hungría, estudió el idioma, la historia y la cultura del país, hecho que lo hacía muy querido en esa nación. Por medio de su hija, Irina, quien estaba casada con un actor famoso del teatro de Moscú, Alexandr Filípov, y de su segunda hija, quien era editora asistente de una revista musical, Andrópov sostenía lazos con el mundo del arte y del entretenimiento.

Aprendió inglés, leía los periódicos norteamericanos y las novelas en ese idioma, le gustaban Glenn Miller y Miles Davis. Si de viajes se trataba, a diferencia de Gorbachov quien prefería Occidente, Andrópov restringía sus visitas a los

países socialistas como Hungría, Viet Nam, Corea del Norte, Mongolia, Yugoslavia, China y Albania.

En cuanto a hábitos y conducta, Andrópov inspiraba confianza. Era pausado, de buen hablar, controlado y sincero. Durante la enfermedad y los últimos años de Brézhnev, cuando muchos se corrompieron y quebrantaron las normas leninistas, Andrópov vivía modestamente y tenía fama de trabajador consagrado.

Los comunistas tenían esperanzas en el enfoque que tenía Andrópov de los problemas, en sus ideas acerca de las reformas y en su decisiva implementación de cambios. El académico norteamericano Stephen Cohén afirmó que era el de **mente más orientada al cambio** dentro del Buró Político de Brézhnev y el único en el cual sus miembros confiaban para dirigir con inteligencia las reformas necesarias.

Igor Ligachov afirmó: "Andrópov poseía el raro, verdadero talento del líder que convierte una tarea en el lenguaje del trabajo concreto, tenía una clara visión prospectiva del desarrollo del país y, a diferencia de Gorbachov, rechazaba las improvisaciones y no gustaba de andar dando golpes a ciegas. Al mismo tiempo, planificaba la renovación del socialismo y entendía que eran necesarios cambios cualitativos profundos".

Los análisis de Andrópov acerca de los problemas que aquejaban a la Unión Soviética y sus propuestas políticas para enfrentarlos se encuentran en tres discursos pronunciados ante el Comité Central del Partido, en noviembre y diciembre de 1982 y en junio de 1983, y en un artículo que escribió en este año, en conmemoración del centenario de la muerte de Karl Marx. Como era de esperarse, Andrópov se concentró en los problemas económicos.

El año 1982, no solamente fue el peor en la historia de la Unión Soviética en lo que a productividad del trabajo se refiere y a los malos resultados de la economía, sino que además, era el cuarto año consecutivo con resultados pobres en las cosechas. En su primer discurso ante el Comité Central como secretario general, Andrópov estableció las bases de lo que sería el plan que conduciría las acciones de su corto término en el poder.

Titulado "Mientras mejor trabajemos mejor viviremos", el discurso delineaba los problemas principales que enfrentaba el país: ineficiencia, despilfarro, pobre productividad, falta de disciplina laboral, crecimiento lento en el nivel de vida, calidad y cantidad insuficientes de algunos bienes de consumo y los servicios, particularmente la vivienda, la salud y la alimentación. Al defender los problemas que enfrentaba la producción de bienes de consumo, se distanciaba del enfoque de Jrushchov.

Afirmaba que el nivel de vida no se limitaba en sí mismo a la simple competencia con Occidente sobre mayor ingreso y más elementos materiales. En el socialismo, el nivel de vida significaba mucho más: mayor nivel de conciencia y nivel cultural más alto, consumo razonable, dieta racional, servicios públicos de calidad, y uso adecuado moral y estéticamente del tiempo libre.

De acuerdo con Andrópov, el pobre sistema de planificación y el sistema atrasado de dirección, el fracaso en la utilización de las innovaciones científicas y tecnológicas, los métodos de producción extensivos en vez de intensivos y la falta de disciplina laboral, eran las causas de las dificultades económicas. Llamó a "la aceleración (*uskorenie*) en la introducción de los resultados del progreso científico y tecnológico". Visualizaba una modernización de la economía por medio de la aplicación intensiva de las tecnologías de la computación. Además, llamó también a la Comisión de Energía a rectificar el uso ineficiente de los recursos naturales.

Andrópov abogaba por la idea de enfrentar los problemas económicos por medio del mejoramiento acelerado del sistema de planificación y dirección en lo más alto de la sociedad soviética y el mejoramiento de la disciplina y los incentivos en la base. En muchos casos, el sistema de dirección debía reducirse y ser más simple.

Reconocía que los métodos de planificación y de dirección existentes desestimulaban a menudo la eficiencia y la introducción de la computación, la robótica y las tecnologías más flexibles y *blandas** partiendo del presupuesto de que la introducción de nuevos métodos de trabajo *enlentece* el programa de industrialización y los planes industriales de producción. Un cambio en los

métodos de planificación y de estímulos materiales debía asegurar que aquellos que introdujeran las nuevas tecnologías no se vieran en desventajas.

Reconocía que algunos expertos pensaban que los problemas económicos eran originados por el exceso de centralización de la planificación y que la solución pasaba por garantizar mayor independencia a las empresas y a las formas colectivas de producción agrícola. Por experiencia personal, a partir de la descentralización en Hungría con Kadár y en la Unión Soviética con Jrushchov, Andrópov sabía que tales iniciativas podían conducir al **parroquialismo** y a la desigualdad.

No rechazaba del todo la descentralización, pero sí la forma que tomarían luego los acontecimientos bajo la dirección de Gorbachov: lanzarse radicalmente a la descentralización. En su lugar, pensaba que debía actuarse de forma circunspecta, experimentar si era necesario y evaluar y considerar las experiencias de los países fraternales hacia la Unión Soviética. Más importante que todo, cualquier incremento en la independencia y la descentralización debía combinarse con el aumento de la responsabilidad y la preocupación ante los intereses del pueblo.

El mejoramiento de la productividad y de la cantidad y calidad de los bienes y servicios, pensaba Andrópov, era un proceso relacionado estrechamente con una mayor disciplina y una mejor remuneración. En particular, lanzó una campaña contra el mal aprovechamiento de la jornada laboral, el ausentismo, el alcoholismo, el pluriempleo ineficiente y la irresponsabilidad. Los responsables debían responder de manera inexorable por medio de penalidades salariales, demociones de sus cargos y de su prestigio moral. Durante la **Operación Limpieza**, al comienzo de 1983, las autoridades combatían abiertamente a los que, ausentes de sus trabajos y en horario laboral, se encontraban en tiendas, bares, baños de vapor y otros lugares. Los medios de comunicación se unieron a la campaña por una mayor disciplina y Andrópov personalmente participó en una fábrica de máquinas herramientas y durante el análisis propuso castigar a aquellos que abandonaban el trabajo y se iban de compras por las tiendas y para los baños de vapor.

De acuerdo con Zhores Medvédev, los esfuerzos de Andrópov por reducir el despilfarro y la ineficiencia produjeron resultados inmediatos y alentadores. Los periódicos comenzaron a criticar abiertamente la ineficiencia de las cooperativas y granjas estatales y las incompetencias de la industria alimenticia.

Andrópov se oponía enérgicamente al igualitarismo en los salarios tal y como se había entendido en la época de Jrushchov y lo interpretaba como una violación del principio esencial del socialismo **a cada cual según su trabajo**. Pensaba que si el incremento de la productividad del trabajo no permitía el aumento de los salarios y, no obstante, estos se elevaban, estimularían una demanda artificial que no pudiera ser satisfecha completamente y de tal manera, se producirían escaseces y otras dificultades económicas y sociales, sobre todo, el llamado **mercado negro**. Debidamente concebida, la remuneración tenía que provocar resultados que fueran más allá de la sola retribución del trabajo; debía estimular el carácter cualitativo de los resultados laborales y la planificación participativa y colectiva. En consecuencia, repercutiría en toda la sociedad.

En el terreno de las relaciones internacionales, Andrópov no compartía las estrategias de **retirada** y hacer **concesiones unilaterales** que caracterizarían la política exterior de Gorbachov. Sostuvo y enalteció las políticas de evitar la guerra y de la coexistencia pacífica, pero insistía en la prevalencia de la lucha de clases al nivel internacional. En la década de los años setentas, insistió repetidamente en que por medio de sus políticas de **creación de disidentes y de los derechos humanos**, y con el incremento de las transmisiones radiales de **Radio Europa Libre** y **Radio Libertad**, los Estados Unidos no hacían otra cosa que incrementar la guerra psicológica contra la Unión Soviética.

En su primer discurso como secretario general, Andrópov afirmó que la política exterior del país permanecería igual, como había sido hasta ese momento. En ese período, Afganistán constituía el eje en torno al cual giraba la política internacional y Andrópov no titubeó al enfrentar la situación. Meses antes de llegar a ser el secretario general del Partido, afirmó que el Comité Central de la nación, permanecería fiel a sus deberes internacionales y haría todo lo posible por fortalecer la solidaridad y la cooperación con sus hermanos de clase en todo el

mundo. A los pocos días de asumir el cargo al frente de la Unión Soviética, le expresó al presidente de Pakistán que cambiara su actitud de simular que no estaba asociado a los Estados Unidos en la guerra en Afganistán y le aseguró que "la Unión Soviética apoyará a Afganistán".

En relación con los Estados Unidos, trató de impulsar una perspectiva de paz, pero no tuvo mucho espacio para nuevas iniciativas. Asumió el cargo en el momento más tenso de las relaciones soviético-norteamericanas, en medio de lo que el embajador de la Unión Soviética ante los Estados Unidos, Anatoli Dobrinin, denominó, la **Nueva Guerra Fría**, que comenzó bajo James Cárter y culminó con Ronald Reagan.

Después de que este último calificara a la Unión Soviética como **El imperio del mal** y anunciara sus planes sobre la **Iniciativa Estratégica de Defensa**, las relaciones entre los dos países llegaron al punto que Andrópov denominó de **confrontación sin precedentes**. Partía, en su política hacia los Estados Unidos, de la convicción profunda de que la paz no se obtenía mendigándola. Podía sostenerse solo si se basaba sobre la fortaleza invencible de las fuerzas armadas de la Unión Soviética.

Por tanto, rechazó la llamada **Opción Cero** (más tarde aceptada por Gorbachov) por desequilibrada y según la cual los cohetes de alcance medio de Europa Occidental se mantendrían, pero que los Estados Unidos se abstendrían de instalar misiles de alcance medio en Europa, si la Unión Soviética retiraba todos los misiles de alcance medio instalados en bases militares en Europa del Este.

Andrópov no mostró ningún interés en lo que evaluó como una concesión unilateral. Toda la experiencia de la Unión Soviética, afirmó, muestra que uno no puede llegar ante los imperialistas, de mansa paloma, a obtener la paz. En vez de semejante actitud, realizó varias propuestas de desarme basadas en la estricta paridad, a la vez que dejaba claro que la Unión Soviética no se transaría por menos.

En su corto período en funciones, mostró flexibilidad e iniciativa en las negociaciones con los norteamericanos. Restableció las conversaciones de alto

nivel con los Estados Unidos luego de un lapso de dos años. Cuando Reagan se reunió por primera vez con Dobrinin y planteó solo una cuestión de importancia: la garantía de visas para los pentecostales que se habían refugiado en la Embajada norteamericana en Moscú, Andrópov estuvo de acuerdo y les permitió la salida.

Aunque estaba convencido de que Reagan buscaba la superioridad militar y de que no desechaba la opción del primer golpe nuclear, instruyó a sus negociadores militares a dejar de amenazar con retirarse de las conversaciones, las cuales se habían interrumpido desde la época de Cárter, y a que las reiniciaran en un clima adecuado. Instruyó a Dobrinin a permanecer alerta acerca de cualquier señal de Reagan por tratar de mejorar las relaciones. Finalmente, sus esfuerzos por encontrar receptividad ante alguna iniciativa por parte de los Estados Unidos dieron pocos resultados.

En septiembre de 1983, cuando un avión soviético derribó por error un avión de pasajeros coreano, el vocero de Reagan reaccionó con violentas declaraciones contra la Unión Soviética y las posibilidades, si las había, de mejorar las relaciones se desvanecieron.

Durante su corto tiempo en el cargo, atendió un número de problemas relacionados con las normas del Partido, los cuadros, la democracia, la ideología y la cuestión de las nacionalidades. Estableció que el Partido no toleraría la corrupción, el soborno y la malversación. Insistió en la restauración de las normas leninistas. Según Ligachov, después de que Andrópov asumió el cargo de secretario general todos cambiaron de un día *aparente* de trabajo, a un *intenso* día de trabajo. Abolió la política de **estabilidad de los cuadros**, instaurada por Brézhnev, retiró a los antiguos e incompetentes y promovió a nuevos cuadros para el Partido y el Estado. Una de sus primeras decisiones fue la sustitución del ministro de Transporte, quien había sido una fuente de innumerables impedimentos para la economía.

En relación con la democracia partidista, atacó el exceso de formalismo en las reuniones del Partido y demandó el fin de su carácter compartimentado. Demandó la eliminación de obstáculos a las nuevas iniciativas de los trabajadores y, según Ligachov, introdujo la práctica de sostener reuniones preliminares a las

decisiones del Partido y del Gobierno con los trabajadores en colectivos y fábricas. En junio de 1983, dedicó un Pleno del Comité Central al mejoramiento del trabajo ideológico. Incuestionablemente, comprendió los problemas que afectaban a la Unión Soviética y al Comité Central del Partido y emprendió reformas profundas para resolverlos. Algunos escritores occidentales planteaban que era un **liberal sacado de una vitrina**, pero en realidad lo que querían era que tal afirmación fuera cierta.

Nada en su conducta o en sus textos escritos sugiere que haya tenido el más mínimo interés por la senda que emprendería Gorbachov a partir de 1987. No se trata solamente de que Andrópov citara a Marx y a Lenin y se acogiera a una línea de acción partidista. El Partido no esperaba menos de cualquiera de sus líderes. Es más, Andrópov se distinguía en sus discursos desde 1964 hasta 1983, por una interpretación creativa del marxismo-leninismo en su aplicación a los nuevos problemas, manifestó una defensa enérgica a las políticas más correctas y una habilidad probada para rebatir las críticas de Occidente con firmeza y elegancia. Precisamente en las áreas en que Gorbachov mostraba mayores vacilaciones, sobresalían las fortalezas de Andrópov.

Igualmente, adoptó un acercamiento más enérgico a los temas relacionados con la democracia socialista, el nacionalismo y la llamada **Segunda Economía** que la actitud que asumiría luego Gorbachov. Andrópov rechazó las violaciones de Stalin a la legalidad socialista y la democracia partidista, pero proclamó el derecho de la revolución a defenderse a sí misma con todas sus fuerzas. Manifestó una fuerte oposición a la Segunda Economía. Nada lo molestaba más que el **dinero mal habido**, el irrespeto a la propiedad personal y la utilización de los puestos públicos para el enriquecimiento individual. La codicia personal perjudicaba al socialismo, reflejaba valores burgueses que el socialismo, dolorosamente, tenía que reconocer. En lo que pudiera ser su último artículo, afirmó: "El punto de viraje del **yo** al **nosotros** es un proceso largo y multifacético que no debe simplificarse. Aun cuando las relaciones de producción socialistas han sido establecidas de una vez y por todas, ciertas personas todavía preservan el remanente, y hasta lo

reproducen, de hábitos individualistas, la tendencia a enriquecerse ellos mismos a costa de otros y a expensas de la sociedad".

Sobre la cuestión de las nacionalidades, asumió una postura que difería del optimismo complaciente de los secretarios generales que lo antecedieron y de la indiferencia posterior de Gorbachov. Muy lejos de considerar que el socialismo había resuelto ese problema, afirmó que las nacionalidades durarían históricamente más que la distinción de clases y que la conciencia nacional, con el crecimiento económico y cultural, se había profundizado en vez de desvanecerse.

El problema de las nacionalidades permanecería en la agenda independientemente del grado de madurez del socialismo. Llamó a la rectificación de los errores del pasado y del presente cuyas políticas habían herido sensibilidades nacionales, pero a la vez insistía en la necesidad de ser intransigentes con la arrogancia nacionalista, la vanagloria y la exclusividad. Clamaba por **un sistema de acciones afirmativas** para asegurar la representación adecuada de todas las nacionalidades en los órganos del Estado y del Gobierno.

Semejante posición por parte de un líder comunista puede parecer completamente ordinaria, pero contrasta radicalmente con la posición incompetente de Gorbachov. De hecho, los problemas de las nacionalidades que afloraron durante los años ochentas ilustran en gran medida, la visión de Andrópov y la ceguera de Gorbachov.

Hay razones sobradas para pensar que el enfoque de Andrópov en torno a los problemas del socialismo en la Unión Soviética y sus iniciativas para resolverlos, funcionarían plenamente. Como líder comunista, lo tenía todo excepto salud. Algunos impudicamente, como el historiador Dmitri Volkogónov, aseveran que la **Vía Andrópov** no era efectiva.

Para ser justos, en 15 meses obtuvo resultados plausibles, pero se trataba de un período muy corto para un país y unas dificultades tan grandes. Su trabajo fue de mucho más valor si se considera que estuvo en el hospital por problemas de enfermedad casi la mitad de ese tiempo. A su sucesor le faltó capacidad para continuar la obra que había comenzado. Volkogónov reconoce que el secretario

general que sucedió a Andrópov en el cargo, Konstantín Chernenko, era totalmente mediocre, apenas había recibido educación y era un hombre sin la visión necesaria para ser líder de un Partido y de un Estado.

Algunas de las experiencias económicas aplicadas por Andrópov tuvieron continuidad después de su muerte, pero muchas de las ideas de reforma permanecieron engavetadas y otras apenas si llegaron a iniciarse. La mayoría languideció durante los dos años de Chernenko en el Poder. En consecuencia, casi todos los problemas del Partido, de la economía y de las relaciones internacionales que habían empeorado bajo Brézhnev, permanecían intactos o se habían recrudecido.

Cuando Gorbachov asumió el cargo en 1985, otros comunistas sabían que estaba en favor de las reformas, pero el sendero que tomaría para efectuarlas permanecía en la sombra, quizás hasta para el mismo Gorbachov.

LA SEGUNDA ECONOMÍA

La economía ilegal y subterránea de la Unión Soviética —la apropiación indebida, la corrupción, el crimen organizado— contribuyó finalmente al derrumbe del sistema. Llegó a penetrar y sobornar el aparato gubernamental y el sistema de dirección y control dentro de la jerarquía del Partido y del Estado; quebró y distorsionó las líneas verticales de comunicación y de mando y reorientó los intereses y la lealtad hacia los nuevos grupos y entes privados que emergieron como fuentes no oficiales de riqueza y de poder con terribles consecuencias para el imperio, los sindicatos, el sistema y la economía.

Gregori Grossman

El surgimiento y acelerado crecimiento de la Segunda Economía desde mediados de los sesentas contribuyó a la profundización de la crisis económica de finales de los años ochentas y, en última instancia, a la desintegración de la economía soviética.

Vladimir G. Treml y Michael Alexéev

La economía subterránea alivió estrecheces en el mercado de consumo y al mismo tiempo estimuló su crecimiento... La escasez provocó el surgimiento y desarrollo económico del crimen organizado y este, a su vez, condujo a la desestabilización socioeconómica y política de la sociedad.

Tatiana Koriágina

¿Qué hizo posible la persistencia de dos tendencias políticas dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética?

Hasta cierto punto, por supuesto, las ideas tienen su propia vida y, como los sentimientos y las tradiciones, persisten, incluso después de la desaparición de las causas que les dieron origen. Es más, desde que el capitalismo y el socialismo coexisten paralelamente, las ideas de un sistema intentan la penetración del otro.

Durante los años setentas y los ochentas, el liberalismo extremista de libre mercado de Milton Friedman de la Universidad de Chicago y de Jeffrey Sachs de la Universidad Harvard, disfrutaron de un resurgimiento universal. Sus abanderados eran países tan diversos como Chile, Bolivia, Argentina, Gran Bretaña y Polonia, los cuales adoptaron esas ideas como remedio total contra la inflación y el estancamiento. Al mismo tiempo, algunos en la Unión Soviética se sintieron atraídos por tales ideas. Semejantes pensadores del libre mercado dentro de ese país encontraron terreno fértil en la tendencia socialdemócrata existente desde hacía largo tiempo dentro de PCUS. Para que semejante tendencia pudiera persistir en la sociedad soviética y en el Partido Comunista, confluían en el contexto general de los acontecimientos mucho más que tradición, sentimientos y fuerzas externas.

Hay un estrato de la sociedad soviética que tenía más que un simple asidero intelectual en esas ideas. Durante las primeras décadas del poder soviético, la clase social portadora de esas concepciones tenía antecedentes campesinos y ex capitalistas, los llamados **hombres de la NEP**, quienes albergaban la esperanza de reconquistar su **status** prerrevolucionario. Dado que la Unión Soviética transformó la clase campesina en trabajadores agropecuarios de granjas estatales o en cooperativas de propiedad social y colectiva, creó una inmensa clase trabajadora como resultado del proceso de industrialización del país; en consecuencia, la base social campesina de ideas procapitalistas disminuyó.

Los datos siguientes son un reflejo de esa transformación: los campesinos representaban el 83 % de la población en 1926, pero solo el 20 % en 1975. Los trabajadores de la industria, la construcción y el transporte representaban cinco millones de personas en 1926 y 62 millones en 1975.

Después de 1953, una nueva base económica para las ideas burguesas comenzó a crecer dentro del socialismo. Esa base social eran los que se desempeñaban en la actividad económica privada en la llamada **Segunda Economía** existente al margen de la primera, la economía socialista. En sus inicios, la Segunda Economía se escondía detrás de las interpretaciones de la economía social o Primera Economía socialista.

La Segunda Economía no incluía una clase especial de personas, eran obreros y trabajadores agrícolas de la Primera Economía que utilizaban parte de su tiempo en hacer dinero marginalmente en actividades privadas legales o ilegales. Durante los años de la postguerra, de manera creciente, un número de personas cada vez mayor se involucró en las actividades de la Segunda Economía, sus ingresos dependían crecientemente de esa fuente y, en efecto, emergió una nueva pequeña burguesía como estrato social.

El resultado más corrosivo de la época de Jrushchov y de Brézhnev fue precisamente esta Segunda Economía y el estrato que de esta se beneficiaba. La actividad económica privada nunca desapareció completamente bajo el socialismo, pero después de ser esencialmente reducida durante la época de Stalin, resurgió con nueva vitalidad bajo Jrushchov, floreció bajo Brézhnev y en muchos aspectos reemplazó a la Primera Economía bajo Gorbachov y Yeltsin.

La Segunda Economía tuvo amplias y profundas consecuencias negativas para la economía y el socialismo soviéticos. Creó, o recreó, fuentes privadas de ingreso y sistemas de producción y distribución, condujo a una amplia corrupción y al crimen organizado. Fue un nido de ideas para justificar la empresa privada y se convirtió en una fuente de ingresos para los críticos y opositores al sistema. Proveyó la base material para las ideas de la socialdemocracia.

Antes de detallar las consecuencias de la Segunda Economía, es necesario primero definirla, discutir cómo ha sido tratada en la literatura socialista, describir sus manifestaciones diversas, contar su historia y estimar su dimensión. Definimos la Segunda Economía como **"la actividad económica para beneficio privado, legal o ilegalmente"**. Hay dos buenas razones para incluir ambas, la forma legal y la ilegal, de hacer dinero por medio de la actividad económica

privada. Primero, esta es la definición utilizada por Gregori Grossman y otros estudiosos de la Segunda Economía y, por tanto, al usar esta definición se reducirán las confusiones cuando nos refiramos a sus estudios. Segundo, la actividad económica privada favorece el surgimiento de relaciones, valores e ideas diferentes a los de la actividad económica colectiva. De esta manera, puede constituir una amenaza para el socialismo.

Los soviéticos reconocieron este peligro durante el período de la NEP como lo han hecho los cubanos en relación con la inversión extranjera y la actividad privada permitida durante el "período especial". Por esta causa, la actividad económica privada, legal o ilegal, puede constituir una amenaza para el socialismo.

Incluir las actividades legales y las ilegales dentro de la definición de Segunda Economía no implica, desde luego, que tengan el mismo grado de peligrosidad. La actividad económica privada la hay en todos los países socialistas puesto que el sector socializado de la propiedad estatal no puede satisfacer de manera realista cada servicio por pequeño que sea, cada pequeña reparación y además, hacerlo con la eficiencia y la eficacia que demanda el mercado minorista y a menor escala. Si se mantiene bajo control, la actividad privada ocupa un lugar apropiado y no constituye una amenaza.

En el caso de la Unión Soviética, entre 1950 y 1985, la actividad económica privada legal disminuyó sostenidamente en relación con el sector de la propiedad social y estatal. Con la actividad ilegal ocurrió todo lo contrario. Como discutiremos más adelante, carcomió el socialismo de varias formas y a menudo comprometía la propia actividad legal. Entre los años 1950 y 1980, la actividad privada ilegal se extendió aceleradamente.

La actividad ilegal de la Segunda Economía o "mercado negro", no es algo privativo de las sociedades y de las economías socialistas. En los sistemas capitalistas se manifiesta por medio de la prostitución, los trabajos ilegales para evadir impuestos, la venta de drogas o de bebidas y licores de contrabando. En los años de la Ley Seca o prohibición, el "mercado negro" norteamericano era responsable en gran medida de la venta ilegal de alcohol y durante la Segunda

Guerra Mundial también lo era de la venta de neumáticos, azúcar y otros productos racionados. Como consecuencia de que el socialismo prohibió un mayor rango de actividades económicas privadas que las prohibidas por el capitalismo, el "mercado negro" representaba un potencial de peligro mucho mayor.

Es más, como las revoluciones socialistas han ocurrido en países en desarrollo, donde las necesidades de inversión de capital y de seguridad nacional exigen limitar las inversiones en bienes de consumo, la demanda invariablemente excede la oferta y conduce a un sistema de distribución que, o promueve las largas **colas** o conduce al racionamiento y las ventas por cupones.

A mayor dimensión de actividad económica no satisfecha, mayor nivel de escasez y mayor tentación por violar las leyes vigentes. Para contrarrestar esa tentación, las sociedades socialistas han acudido a grandes campañas educativas y a una vigorosa imposición de la ley.

Aunque el "mercado negro" ha sido endémico del socialismo subdesarrollado, la existencia y el crecimiento de la Segunda Economía en la Unión Soviética puede tomar por sorpresa a marxistas y a no marxistas y si esto ocurre, es motivado por el no reconocimiento de su existencia por parte de los economistas.

El tratamiento marxista de moda en la Unión Soviética no reconocía ni discutía acerca del tema. En ***Economía soviética desde 1917***, publicada en 1948, revisada y ampliada en 1966, el marxista británico Maurice Dobb no dice nada acerca de la actividad legal o ilegal de la Segunda Economía, ni se refiere a la empresa privada, con excepción de un par de citas acerca del "mercado negro" durante los años veintes. Hasta 1980, si exceptuamos a la economista soviética T. I. Koriágina, la mayoría de los economistas de la Unión Soviética ignoraba la Segunda Economía.

En los manuales y libros comunes en la Unión Soviética, como *Economía Política*, de L. Leóntiev; *Economía Política: el socialismo*, editado por G. A. Kózlov; *Economía soviética: resultados y perspectivas*, editado por G. S. Sarkisyants; *Los fundamentos de la Economía Política*, de P. I. Nikitin, y *Ensayos sobre Economía Política*, de Yuri Popov, no había análisis ni discusión alguna sobre la economía

subterránea o la Segunda Economía. En su última discusión en torno a los problemas de la economía soviética, publicada en 1952, Stalin se refería a la persistencia de la producción privada de bienes de consumo en el campo, pero no mencionaba las actividades legales o ilegales ni el peligro que la empresa privada representaba (probablemente, por lo despreciable de su dimensión en aquellos momentos).

De manera similar, en un folleto sobre la economía soviética publicado en 1961, el economista y marxista Víctor Perlo dedicó una pequeña parte al "mercado negro" en divisas extranjeras, pero lo consideró como algo transitorio y de pequeñas dimensiones. Citó a Anastas Mikoyán, primer vicepresidente de la Unión Soviética, quien había definido el "mercado negro" como un "puñado de escoria en la superficie de nuestra sociedad, que no representa la tendencia generalizada dentro de nuestro pueblo". Aún en 1980, en un Libro sobre la economía soviética que contiene una discusión franca e informativa acerca de sus problemas más importantes, Víctor y Ellen Perlo no abordan la Segunda Economía. No obstante, casi todos los economistas de orientación marxista, y en relación con este aspecto la mayoría de los economistas burgueses, ignoran la actividad económica privada dentro del socialismo; algunos norteamericanos, europeos occidentales y académicos soviéticos, así como la CIA, no se percataron acerca de este fenómeno hasta los años setentas, cuando empezaron a estudiarlo sistemáticamente. Ciertamente, la Segunda Economía soviética desató una verdadera **industria artesanal** de trabajos académicos en los Estados Unidos. En 1985, Gregori Grossman de la Universidad de California (Berkeley) y Vladímir Tremel, de la Universidad Duke, comenzaron la publicación de **informes ocasionales** Berkeley-Duke, acerca de la Segunda Economía de la Unión Soviética.

Entre 1985 y 1993, el proyecto Berkeley- Duke publicó 51 investigaciones de por lo menos 26 autores sobre el tema. Más de la mitad de estos trabajos estudiaba la época de Brézhnev y muchos estaban basados sobre encuestas realizadas a 1 061 amas de casa que habían abandonado la Unión Soviética entre 1971 y 1982. Adicionalmente, el proyecto Berkeley-Duke compiló una bibliografía de 269

estudios en la mayoría de los idiomas occidentales acerca de la Segunda Economía de la Unión Soviética y de Europa del Este.

Para cierta cantidad de académicos, la Segunda Economía era una clarinada. ¶ En términos legales, el socialismo soviético no autorizaba muchas actividades económicas privadas. De hecho, era ilegal emplear a terceros (excepto en tareas domésticas), vender o revender para obtener utilidades, comerciar con extranjeros, poseer monedas extranjeras y el ejercicio privado de comercialización de artesanías para beneficio individual. En consecuencia, no había la explotación de los trabajadores.

No obstante, dentro de estrictos marcos legales, la economía soviética permitía cierto nivel de actividad económica privada. El trabajo remunerado privado legal era significativo aun cuando muchas veces estaba **salpicado** de actividades ilegales. Las leyes soviéticas permitían parcelas agrícolas privadas para aquellos empleados en cooperativas o granjas colectivas o estatales (y para ciertas personas que no cumplían con esa condición), siempre que no sobrepasaran los tres cuartos de acre*.

En 1974, de acuerdo con algunos estimados, en las parcelas privadas se laboraba la tercera parte del total de horas trabajadas en toda la economía soviética. Las parcelas privadas producían más de la cuarta parte del total de las producciones agrícolas. Para la venta de los productos de las parcelas privadas, se desarrolló el sistema de los llamados "mercados de las formas colectivas de propiedad social". A pesar de su carácter legal, generaron una gran cantidad de desvíos ilegales de semillas, fertilizantes, agua, piensos, equipos para las labores en las parcelas privadas y el transporte de los productos hacia los mercados creados al efecto.

Las leyes soviéticas permitían además poseer vivienda privada. Según Grossman, a mediados de los años setentas, la mitad de la población soviética y un cuarto de la población urbana, vivía en casas privadas. La propiedad privada legal de la vivienda, generaba ilegalidades: el alquiler por rentas ilegales, el empleo de trabajadores para la reparación y la construcción, el desvío de materiales de la construcción del sector social y estatal y el soborno a los

funcionarios, entre otras muchas manifestaciones de corrupción. En otros sectores los profesionales, doctores, dentistas, profesores y tutores, podían vender sus servicios legalmente.

Los artesanos podían hacer trabajos de reparación de viviendas en áreas rurales y hasta realizar, en áreas urbanas, ciertas actividades de comercialización de sus productos de *poca importancia* económica. Los buscadores de minerales por cuenta propia podían emprender sus actividades siempre y cuando vendieran sus **resultados** de la minería al Estado. La ley también permitía la venta de bienes personales usados.

Por sí misma, la actividad legal privada no representaba un gran problema. Decreció sostenidamente en su peso específico dentro del Producto Interno Bruto (PIB) hasta que Gorbachov asumió el poder. Grossman estimó que llegó a representar el 22 % del PIB en 1950 y el 10 % en 1977. Indudablemente, el PIB de la Unión Soviética había crecido mucho entre 1950 y 1977; por tanto, la actividad privada legal permanecía dentro de parámetros significativos.

Después de 1953, el enriquecimiento ilícito representaba un problema mucho más grande que la actividad legal privada. La actividad ilegal a veces adoptó un amplio espectro de formas y variedades. Eventualmente, penetró casi todos los aspectos de la vida soviética y su único límite era la ingenuidad humana. La forma ilegal más común era el robo al Estado, esto es, a los centros de trabajo y las organizaciones públicas.

Grossman afirmó: "Los campesinos robaban pienso para sus animales de los *koljoz*, los trabajadores robaban materiales y herramientas con los cuales realizar *sus búsquedas por el lado*, los médicos robaban medicinas, los choferes robaban gasolina y usaban los autos oficiales como taxis *extraoficiales*". Variaciones sobre lo mismo, incluían el desvío de bienes estatales hacia el mercado privado por los conductores de los camiones y el uso de los recursos del Estado para construir casas de verano, renovar apartamentos o reparar el automóvil particular.

En ocasiones, el robo al Estado ocurría al por mayor de forma sistemática. Eran verdaderas bandas de criminales bien organizadas que realizaban operaciones riesgosas a gran escala. Incluía declarar pérdidas o daños por parte de los

directores y gerentes, que en realidad eran desvíos hacia la economía subterránea. Era una práctica común en las tiendas estatales que los gerentes y vendedores **guardaran los productos más cotizados con el fin de obtener prebendas sobre el precio legal de venta.** Bienes de consumo de larga duración como, por ejemplo, los vehículos, para los cuales había largas listas de espera, eran una oportunidad expedita para la corrupción y la especulación, esto es, la venta a mayores precios.

Las reparaciones, los servicios en general y la producción misma constituían una vía para las actividades de enriquecimiento ilícito. Se incluyen los servicios de reparación de casas, automóviles, corte y costura, mudanzas y la construcción de casas privadas; es decir, el concepto de ilegal en sí mismo incluía a veces el robo del tiempo y de los materiales de trabajo. Las producciones privadas en ocasiones adoptaron todas las reglas del capitalismo subterráneo en el sentido pleno de la palabra: inversiones de capital, organización de la producción a gran escala, empleo y explotación de fuerza laboral y venta de productos en el "mercado negro". Según Grossman, los productos generalmente eran bienes de consumo: vestidos, zapatos, artículos del hogar, baratijas y otros. Como norma, este tipo de operaciones privadas en gran escala tenía como fachada una fábrica estatal, una granja estatal agrícola o una cooperativa, naturalmente, pagándoles a aquellos que brindaban la **cobertura legal.**

Konstantín Simis, un prominente abogado soviético que representó a varios **hombres de negocios** de esa economía subterránea ante procesos legales durante los años setentas, describió sus experiencias en un libro titulado **El mundo secreto del capitalismo soviético.** Afirmó que "una red de fábricas se extiende por todo el país, decenas de miles de estas, manufactureras de tejidos, zapatos, espejuelos para el sol, discografía de música popular occidental, carteras, bolsas y muchos otros artículos. Los dueños poseen desde una sola tienda hasta familias multimillonarias que manejan decenas de fábricas".

En su conjunto, una gran variedad de monografías brinda una visión caleidoscópica de la Segunda Economía durante los años de Brézhnev al mando. Las ventas privadas de alimentos alcanzaron valores de 35,5 mil millones de

rublos al año. Los barberos soviéticos en las barberías propiedad del Estado cobraban usualmente ***muy altas propinas*** que convertían su transacción en un hecho de la Segunda Economía. La producción casera ***propinas*** que convertían su transacción en un hecho de la Segunda Economía de cervezas y vinos de uva y de frutas, la reventa ilegal de bebidas estatales y la venta de etanol robado, representaban el 2,2 % del PIB en 1979. Para finales de la década de los años setentas, la venta ilegal de gasolina en el "mercado negro" por parte de choferes de vehículos pertenecientes al Estado, representaba entre el 33 % y el 65 % de toda la gasolina vendida en áreas urbanas. El alquiler de casas como actividad económica privada representó ingresos ilegales por 1,7 millones de rublos para sus propietarios en 1977. Propinas, sobornos, pagos por servicios privados (tales como ceremonias religiosas) asociados a funerarios, representaban más de cuatro veces la cantidad de dinero que costaba un funeral "oficial". La prostitución y la venta ilegal de drogas representaban otro componente importante de la Segunda Economía.

La investigadora Marina Kurchiyán dio una descripción detallada de la forma en que la Segunda Economía funcionaba en el sector del transporte en la Armenia soviética, lo que catalogaba como ***típico*** de toda la Unión Soviética. A pesar de que el salario de un chofer de ómnibus para el transporte de pasajeros era superior al salario medio, este hacía más dinero directamente de sus clientes que de su salario.

Los choferes les cobraban directamente a los usuarios y entregaban al Estado solo parte de los boletos de pasaje; se apropiaban del resto. De su propio bolsillo, los choferes pagaban el fregado y la limpieza de los ómnibus, partes, piezas y mantenimiento además del combustible.

Como resultado, el ingreso total de un chofer de ómnibus, luego de gastos, triplicaba su salario estatal oficial. Kurchiyán señala que para finales de la década de los años ochentas, parcialmente como consecuencia de las políticas aplicadas por Gorbachov y además por la crisis económica, todos estaban ***sumergidos*** en la Segunda Economía y esta se había convertido en "la fuerza dominante en el proceso de distribución y consumo de bienes y servicios".

¿Cuáles eran las dimensiones reales de la Segunda Economía? Todo tipo de problemas metodológicos obstaculizan el intento de medir su tamaño y su crecimiento. Los expertos se han cuestionado, unos a otros, sus estadísticas y también las cifras oficiales emitidas por el Estado soviético después de 1989. No obstante, todos concuerdan en que durante los últimos 30 años la Segunda Economía creció a un promedio anual sostenido.

Para ciertas regiones de Rusia y Ucrania, Vladímir Tremí y Michael Alexéev analizaron la relación entre los ingresos legales por un lado y la cantidad gastada en bienes y servicios o ahorros, por el otro. Descubrieron que entre 1965 y 1989, la correlación entre ingresos/gastos/ahorros, se hizo cada vez más débil hasta desaparecer. En otras palabras, el total de dinero gastado o ahorrado, excedía sostenidamente los ingresos legales obtenidos. Llegaron a la conclusión de que los ingresos ilegales significaban la diferencia.

Los investigadores no brindaron datos sobre la dimensión y el crecimiento de la Segunda Economía pero concluyeron que: "la Segunda Economía crecía rápidamente entre 1965 y 1985". Otro investigador, Byung-Yeong Kim, usando estadísticas soviéticas disponibles después de 1991, concluyó de igual forma que "El tamaño absoluto de la economía informal había crecido sostenidamente desde 1969 hasta 1990".

La más destacada especialista soviética en temas de la Segunda Economía, Tatiana Koriágina, del Instituto de Investigaciones Económicas del Comité Estatal de Planificación de la Unión Soviética (el cual estaba en favor de legalizar, al menos, una parte de la Segunda Economía), también intentó medir la dimensión real del crecimiento de esta.

En uno de sus estudios, Koriágina usa una metodología similar a la utilizada por Tremí y Alexéev y compara la cantidad de ingresos legales por meses con el total de gastos y ahorros. Sus datos muestran no solamente la gran dimensión de la Segunda Economía, sino además, su crecimiento sostenido (Tabla 1).

TABLA 1

El crecimiento del salario mensual de los trabajadores comparado con el crecimiento total del dinero gastado en bienes y servicios y ahorrado en bancos de ahorro

	1960	1970	1975	980	1985	1988
Salario mensual (en millones de rublos)	80,6	122	145,8	168,9	190,1	219,8
Porcentaje de 1960		152	180	210	236	273
Total gastado y ahorrado (en miles de millones de rublos)	103,2	223,2	329,9	464,6	590	718,4
Porcentajes de 1960		216	320	450	572	696

Usando estadísticas de toda la economía soviética, Koriágina estimó que la Segunda Economía crecía a un ritmo aún mayor que el reflejado en los aspectos resumidos en la Tabla 1. En primer lugar, la Segunda Economía lo hacía a un ritmo superior a la Primera Economía. De acuerdo con esta autora, el ingreso nacional oficial y el valor de venta de los bienes y servicios, se había incrementado 4 o 5 veces desde el comienzo de la década de los años sesentas hasta finales de los años ochentas, mientras que la Segunda Economía había crecido 18 veces.

A pesar de que los investigadores coinciden acerca del crecimiento de la Segunda Economía, su dimensión real es difícil de establecer. Economistas norteamericanos y soviéticos de todas las posiciones ideológicas concuerdan en que es muy difícil calcular la dimensión de la Segunda Economía en relación con la economía total de la Unión Soviética.

Una de las dificultades radica en la variedad de definiciones: economía informal, economía sumergida, Segunda Economía, economía privada, economía subterránea, y economía de "mercado negro", entre otras. Para algunos

académicos, los parámetros más importantes son *legal* e *ilegal* y actividad económica privada, mientras que para otros, el criterio de medida primordial es el de actividad ilegal. Aun cuando se llegara a una definición común, todos los análisis tienen una carga subjetiva de concepciones que pueden ser más o menos realistas.

Un economista ha llegado a comparar la dimensión de la Segunda Economía soviética con la determinación de la órbita de Plutón por parte de los físicos mediante el estudio de las oscilaciones de sus planetas vecinos. Salvedades aparte, los estimados realizados son altamente reveladores.

Basada sobre cifras macroeconómicas, Koriágina estimó que el valor anual de los productos y servicios ilegales creció desde aproximadamente cinco mil millones de rublos a inicios de los años sesentas, hasta 90 mil millones de rublos hacia finales de los años ochentas.

Si el valor del ingreso nacional soviético (producto material neto) a precios corrientes, era de 145 mil millones de rublos en 1960; de 422 mil millones de rublos en 1988, y de 701 mil millones de rublos en 1990, entonces, el valor aproximado de la Segunda Economía era del 3,4 % del ingreso nacional en 1960; del 20 % en 1988, y del 12,8 % en 1990. En 1990, algunas actividades económicas previamente ilegales, estaban legalizadas. En 1988, la propia Koriágina estimó que el total acumulado de ingresos personales obtenidos de forma ilegal alcanzaba la cifra de 200 a 240 mil millones de rublos, o entre el 20 % y el 25 % del total de todos los ingresos personales.

Esta autora presenta cifras acerca de los ingresos obtenidos por medio de la actividad ilegal solamente. Para tener una idea de la dimensión total de la actividad económica privada habría que agregar a sus datos la dimensión de la actividad privada legal. En otras palabras, el total general de toda la actividad privada, presumiblemente sería al menos 10 puntos de porcentaje más alto, para un total del 30 % en 1988 o del 30 % al 35 % de la riqueza personal total acumulada (en 1988).

Si hacemos los ajustes señalados anteriormente a las cifras de Koriágina, entonces sus datos resultan comparables con los de la más alta autoridad dentro

de los economistas norteamericanos en este tema y cuyos datos surgen de estimados microeconómicos reunidos de un gran número de entrevistas a más de mil emigrantes soviéticos, Grossman encontró que hacia finales de la década de los años sesentas la población urbana (62 % de la población total) obtenía cerca del 30 % de sus ingresos totales de fuentes **no oficiales**, es decir, de procedencia legal o ilegal privada.

Investigaciones que han usado los archivos soviéticos posteriores a 1991 han confirmado estos estimados .en torno a las dimensiones de la Segunda Economía. En el año 2003, Byung-Yeong Kim, economista de la Universidad de Warwick, en Inglaterra, estimó la dimensión de la Segunda Economía soviética basada sobre datos de las encuestas oficiales para el presupuesto de la familia soviética (FBSD, por sus siglas en inglés).

Entre 1969 y 1990, el gobierno soviético reunió datos sobre los gastos e ingresos de una muestra de entre 62 mil a 92 mil familias. Las respuestas contenían los ingresos oficiales y los ingresos informales (no contenían los ingresos oficiales y los ingresos informales (no necesariamente ilegales) derivados de actividades privadas y gastos en transacciones privadas. Tales ingresos informales incluían ingresos en especies, ingresos producto de la venta de producciones agropecuarias, e ingresos obtenidos de otros individuos. Los gastos informales incluían el autoconsumo de bienes y los pagos realizados a otros individuos para la obtención de bienes. Kim señala que un investigador esperaba que estos encuestados oficialmente por el gobierno soviético estuvieran menos dispuestos a revelar sus fuentes de ingresos y gastos que los emigrados que sirvieron de base a los estudios de Grossman. Al mismo tiempo, es presumible que los entrevistados por este fueran desafectos al gobierno soviético y al socialismo y, en consecuencia, más cercanos o vinculados directamente con las actividades de la economía privada, y más propensos a exagerar los hechos que aquellos ciudadanos soviéticos que no emigraban. Partiendo de esos preceptos, se esperaba que los estimados acerca de la Segunda Economía basados sobre los datos de Kim fueran menores que los de Grossman y así lo manifestaran estos. Los ingresos totales estimados por Kim provenientes de la

Segunda Economía, se cifran en el 16 %, mientras que los obtenidos por Grossman lo hacen entre 28% - 33%. Rectificar las posibles desviaciones y márgenes y errores de ambas fuentes significaría que las cifras reales aceptables estarían en una posición intermedia.

En otro estudio, Grossman detectó que la Segunda Economía manifestaba dimensiones mayores en la periferia de la Unión Soviética que en Rusia (Tabla 2).

TABLA 2

Estimado de Grossman sobre la dimensión de la Segunda Economía soviética comparada con la Primera Economía

Periodo de Brézhnev (1977)	
Rusia (RSFSR)	29,6 %
Bielorrusia, Moldavia y Ucrania	40,2 %
Armenia (solo etnia armenia)	64,1 %
"Europeos" residentes en las regiones Transcaucàsica o de Asia Central	49,7 %

Grossman destacaba que mientras el 30 % de los ingresos urbanos se derivaba de la Segunda Economía a finales de los años setentas, esta era relativamente más fuerte en el Sur (en las regiones del Cáucaso Norte y en las repúblicas transcaucàsicas de Georgia, Armenia y Azerbaiyán) que en las regiones del Norte (Rusia Central, las zonas bálticas y Siberia).

Era también considerablemente amplia en regiones fronterizas como Odesa y en territorios integrados a la Unión Soviética después de 1917, como Moldavia, Ucrania y Bielorrusia. A causa de las manifestaciones regionales y étnicas, en

algunos lugares, la población ingresaba la misma cantidad de fuentes oficiales y actividades legales que de fuentes irregulares y actividades ilegales. Hubo áreas en las cuales el ingreso ilegal duplicaba los ingresos legales. Los estudios de Kim, fundamentados sobre las bases de datos de las familias soviéticas (FBSD), confirman las conclusiones de Grossman y otros, acerca de que la Segunda Economía era menor en Rusia, Estonia y Letonia mientras que era mucho mayor en Uzbekistán, Georgia, Azerbaiyán, Kirguizistán, Tadyikistán y Armenia.

¿Qué cantidad de personas pudiera considerarse involucrada directamente en la Segunda Economía? La mayoría de los académicos concuerda en que para finales de los años ochentas la Segunda Economía había penetrado hasta el mismo tuétano a la sociedad soviética.

En una alusión a las fuentes privadas de ingreso, el propio Brézhnev afirmó: "Nadie vive solo de su salario". Lo importante, desde luego, no eran los robos de poca monta o las compras de algunos bienes en el "mercado negro", sino el surgimiento de capas sociales completas que dependían de la actividad económica privada para todos sus ingresos, o por lo menos de una parte sustancial de sus ingresos. Hubo una cierta cantidad de personas que llegaron a ser conocidas como los *nuevos ricos de Brézhnev*. Tales ciudadanos soviéticos podían ser considerados como la naciente clase pequeñoburguesa de la Unión Soviética.

Algunos académicos han tratado de precisar ciertas cifras en torno al número de ciudadanos soviéticos inmersos en la Segunda Economía, particularmente sobre los que obtenían la mayoría de sus ingresos mediante fuentes ilegales o de la empresa privada. De acuerdo con Vladímir Tremí, la economía subterránea o ilegal a finales de los años sesentas, involucraba del 10 % al 12 % del total de la fuerza laboral. Koriágina estimó que el número de personas involucradas en los **segmentos ilegales** de la Segunda Economía creció desde 8 millones a principios de los años sesentas hasta entre 17 a 20 millones (entre 6 % y 7,6 %) en 1974, y a cerca de 30 millones (**grosso modo**, el 12 % de la población) en 1989. Grossman resume la extensión de la Segunda Economía a mediados de los años ochentas:

En consecuencia, durante las últimas tres décadas de la era soviética, la actividad económica ilegal penetró cada sector y cada resquicio de la economía; asumió todas las formas concebibles; operó en una escala que iba desde lo más pequeño y modesto para los más, hasta lo masivo y sustancial para los menos; desde lo gigantesco y lujoso hasta lo meticulosamente organizado para otros.

La inmensa madeja de maquinaciones que ocurría al margen de la economía oficialmente socializada, contribuyó significativamente a la caída de la Unión Soviética. Primero: creó o exacerbó los problemas que el país enfrentó durante los años ochentas y que hicieron ineludible la necesidad de reformas. Segundo: estableció una base económica para las ideas y políticas que Mijaíl Gorbachov adoptaría y que condujeron a la pérdida del sistema socialista soviético.

Superficialmente, pudiera parecer que la Segunda Economía tuvo una función benigna y estabilizadora. Resolvió algunos apetitos y necesidades insatisfechas por la Primera Economía hacia ciertos sectores y segmentos consumidores y redujo el descontento en relación con la cantidad y calidad de los bienes socialistas. Brindó además, una ventana remunerativa mediante la cual encontró realización la iniciativa privada, que de otra forma pudo convertirse en una fuerza opositora al sistema.

Quizá, tales pensamientos estuvieron entre las consideraciones que llevaron a las autoridades soviéticas a no prestarles atención suficiente a la Segunda Economía y a la actividad ilegal y criminal que generaba. Como se ha afirmado anteriormente, los textos económicos soviéticos ignoraron la Segunda Economía. Valeri Rutgaizer, quien dirigió el Instituto de Investigaciones Científicas y Económicas del Gosplán* (donde Koriágina realizó sus estudios), afirmó que la primera publicación en la Unión Soviética acerca de la Segunda Economía no apareció hasta el comienzo de los años ochentas. Lo que resulta mucho más trascendental es que las autoridades soviéticas no hicieran nada para controlarla y suprimirla. Grossman dice:

En 1960 la economía sumergida de la Unión Soviética era un hecho institucionalmente maduro y de notable volumen y dimensión. A comienzos de

los años sesentas fue objeto de una feroz campaña por parte de Jrushchov hasta el punto de reintroducir la pena de muerte. Eventualmente, esta campaña para combatir los delitos contra la economía, como muchas otras anteriores y posteriores, causó poco daño ante el rápido e indetenible crecimiento de la actividad ilícita. En vez de reducirse, la economía subterránea se extendió, creció y prosperó bajo Brézhnev, gracias a la benigna negligencia y al tácito estímulo imperante.

Una manifestación de la total negligencia benigna fue la casi nula persecución de las actividades económicas evidentemente ilegales. A inicios de los años ochentas, la especulación (comprar y revender a un precio más alto) significaba el 2 % de todos los delitos reportados legalmente. De acuerdo con algunos estimados, el alcance real de la especulación era 100 veces mayor. En retrospectiva, pocos errores de la dirección soviética hicieron tanto daño como la indiferencia hacia la actividad económica delictiva.

Por importantes que hayan sido los beneficios pequeños y temporales que la sociedad soviética haya recibido de la Segunda Economía, su costo los supera con creces, y lo que resulta más trascendente: la Segunda Economía dañó a la Primera. Si bien aquella satisfacía ciertas necesidades y catalizaba el nivel de insatisfacción, estimulaba simultáneamente necesidades y creaba nuevos niveles de descontento; era una espiral.

Koriágina dice: "La Segunda Economía aliviaba las escaseces en el mercado de consumo y al mismo tiempo provocaba su crecimiento". El crecimiento de la escasez estimulaba entonces el aumento de los delitos económicos y esto al fin condujo a la desestabilización política y económica de la sociedad. Es más, mientras mayor llegó a ser la actividad económica ilegal, mayor sería su interferencia con la economía legítima y legal.

Como la Segunda Economía implicaba robar tiempo y recursos del sector socialista, invalidaba la eficiencia del socialismo. Alexéev asevera: "Desviar las materias primas y los productos hacia el mercado negro tenía que disminuir el comportamiento oficial de al menos, algunas empresas". Mucho más que eso, la Segunda Economía distorsionó y carcomió la planificación centralizada. Si una

empresa compensaba la malversación de recursos y acudía a compras y ventas informales, los planificadores no tenían razones económicas para rectificar asignaciones futuras de recursos.

Por medio de la destrucción de los mecanismos de retroalimentación e información, la Segunda Economía forzó a los planificadores a "dirigir la economía soviética a partir de un mapa totalmente distorsionado de la realidad". Finalmente, la modalidad de ingresos financieros privados aumentó la desigualdad en los ingresos y su resentimiento consustancial y resquemor social. Son estas algunas de las formas en que la Segunda Economía creó o exacerbó los problemas de la economía soviética.

¿Cómo influyó la Segunda Economía en el Partido Comunista de la Unión Soviética? En una palabra: la respuesta es corrupción. La corrupción de algunos cuadros explica mejor que cualquier otra cosa por qué el mismo partido que había defenestrado a Bujárin y a Jrushchov (no sin algún perjuicio) no pudo hacerlo con Gorbachov. Los campesinos que proveyeron la base social del pensamiento de Bujárin no necesitaban de la corrupción del Partido para su existencia, pero los empresarios de la Segunda Economía sí la necesitaban.

Dicho de manera simple, para existir y prosperar, la producción y la venta ilegal necesitaban de un nivel de corrupción en el Partido y en los funcionarios del Estado, y a más organización y dimensión de esta producción y venta ilegal, mayor necesidad de corrupción en el Partido y en los funcionarios estatales. Simis dice: "No hay empresa subterránea que pueda crearse sin la futilidad corruptible de algunos en la administración estatal: no duraría un mes".

En 1979, Grossman escribió que la corrupción, entiéndase el soborno a los funcionarios, era una práctica totalmente extendida y abarcaba de arriba abajo y de un lado al otro, a casi todo el aparato formal de la jerarquía soviética. En los niveles de base, según el recuento reciente de un fiscal soviético, podía tratarse del director de un almacén de tubérculos y vegetales quien, bajo presión o amenaza de despido, tenía que enviar dádivas regulares a diferentes dirigentes del Partido y del Estado en el distrito. En los niveles más altos ocurrían escándalos, como el llamado *fraude del algodón* de los años setentas e inicios

de los años ochentas, en el cual altos dirigentes del Partido y del Estado en Uzbekistán y en todas partes, con soberbia y habilidad inaudita, desvirtuaron fraudulentamente la cosecha para hacerse de millones de rublos. En el proceso, miles fueron defenestrados, incluyendo al yerno de Brézhnev. La estafa variaba según las regiones: en Azerbaiyán, caviar; en Georgia, vinos y piedras preciosas; en el Báltico, pescado, y en Kirguizistán carne, e invariablemente para todos, era imprescindible la corrupción en el Partido.

La venalidad alcanzó los niveles más altos del Partido. Frol Kózlov, "mano derecha" de Jrushchov, viceprimer ministro y miembro del Secretariado del Comité Central del Partido, fue retirado en desgracia total después que las autoridades abrieron la caja fuerte de un oficial fallecido en Leningrado y encontraron paquetes pertenecientes a Kózlov que contenían piedras preciosas y fajos de dinero. Se trataba de dádivas como pago por el uso de la influencia de Kózlov para detener procesos legales contra **hombres de negocios** metidos en problemas.

Eventualmente, la corrupción llegaba a lo más alto. Después de la muerte de Chernenko en 1985, funcionarios del Comité Central encontraron gavetas llenas de billetes de banco. Estos también ocupaban la mitad del espacio de la caja fuerte de la oficina secreta del secretario general.

Alexander Gúrov, un alto oficial de la policía en la Unión Soviética, relacionó el desarrollo de la corrupción en el Partido desde la época de Jrushchov hasta la de Gorbachov, directa y proporcionalmente con el desarrollo de la economía ilegal y del crimen organizado:

El crimen organizado comenzó a manifestarse tan pronto como el sistema abrió a partir del llamado **deshielo** de los años sesentas bajo el poder de Nikita Jrushchov... Era imposible imaginar poderosos grupos del crimen organizado mientras Stalin detentó el poder...Lo que nosotros hemos tenido después de ese momento en nuestra sociedad, es el código moral de los estafadores. Por supuesto, todo ocurría en interés del Partido y de su burocracia. Por ejemplo, nosotros teníamos la llamada mafia del comercio en Moscú con representantes en el aparato del Partido al más alto nivel, tan temprano como en 1974. Si yo, o

cualquier otra persona hubiera tratado de alertar sobre el daño que representaba la economía subterránea entonces, los liberarles se hubieran reído y el Gobierno nos hubiera tildado de locos. Pero así fue como todo comenzó y el Gobierno permitió que ocurriera por razones que nos debieran dar mucho en qué pensar. Todo comenzó bajo el poder de Jrushchov y se desarrolló bajo el de Brézhnev. Pero en la época de Gorbachov fue cuando el crimen organizado se hizo verdaderamente poderoso en nuestro país.

Los problemas políticos del Partido Comunista estaban ligados íntimamente a la corrupción. Aun cuando las causas y los efectos no seguían una sola tendencia, el descuido de las normas del Partido, las concesiones ideológicas, el formalismo, el cinismo y otras debilidades políticas se entrelazaban con la corrupción. La mafia les daba al Partido y a ciertos funcionarios estatales, participación material en las empresas privadas. Pudiera ser que estos no estuvieran involucrados directamente en la producción material o en el comercio, pero encontraban sus propias formas de beneficiarse del dinero ilícito que circulaba bajo sus áreas de control y de influencia.

Si la Segunda Economía contribuyó a los problemas del socialismo soviético, también tuvo igual efecto corrosivo en el intento por resolverlos. No importa cuán malos fueran los problemas, ninguno derrumbó al socialismo: Gorbachov lo hizo, y su pensamiento reflejó crecientemente los intereses de los empresarios de la Segunda Economía. El curso seguido por Gorbachov después de 1986 se derivó directamente de la Segunda Economía en dos direcciones. Primero, todas las razones antes planteadas, engendradas por la Segunda Economía habían nutrido y hecho posible una actitud cínica acerca de la eficiencia del socialismo, la efectividad de la planificación y la integridad del Partido Comunista. De manera creciente, Gorbachov se aprovechó de este cinismo, hasta que estalló fuera de control. Segundo, al crear una pequeña burguesía emergente, la Segunda Economía había originado un estrato dentro del socialismo cuyos intereses radicaban fuera de este. Esta fue la base social constituyente, lista para apoyar a Gorbachov y sus políticas en favor de las relaciones de mercado y de la propiedad privada.

Muy a menudo la dirección del Partido había subestimado el peligro ideológico que este estrato representaba; algunos incluso negaban que tal peligro existiera. En relación con este aspecto, el antes mencionado Frol Kózlov hizo "doblar las campanas" sobre el comportamiento hipócrita-complaciente. Al mismo tiempo que Kózlov se llenaba los bolsillos como todo un candidato corrupto a capitalista, afirmaba ante el XXIII Congreso del PCUS que "en la sociedad soviética se había extinguido la base social sobre la cual cualquier tendencia oportunista pudiera prosperar dentro del Partido".

En la sociedad la ilegalidad y las formas privadas de obtención de riquezas posibilitaron el surgimiento de una pequeña burguesía cuyos valores minaron la legitimidad del socialismo. Por otro lado, la economía subterránea sirvió como un polígono de entrenamiento para los empresarios, conformó un estado de conciencia favorable a las relaciones de mercado y ayudó a crear un consenso sobre la necesidad de reformar las relaciones monetario-mercantiles. Desde otro ángulo, la economía subterránea y todo el conjunto de valores que la acompaña, crearon lo que se ha dado en llamar **crisis de desmoralización**.

La prevalencia de las actividades ilegales, la estafa, el derroche de tiempo-trabajo estatalmente remunerado, el soborno y la corrupción como blasón omnipresente de la **economía de favores**, y las desigualdades crecientes minaron la fe de los últimos fieles al sistema. El desvío de los productos de alta calidad del mercado legal al "mercado negro", y la escasez agravada por ese propio mercado aumentaron las dudas sobre la eficacia del sistema. Así, la Segunda Economía se proyectó con dos tentáculos: uno destrozaba los valores del socialismo y el otro construía el altar del dinero. Grossman dice: "La prevalencia de las ilegalidades económicas y de la corrupción, sembró la duda sobre la capacidad del sistema soviético para satisfacer un nivel material mínimo a la sociedad soviética o para administrar su propia economía socialista según sus principios y sus propias leyes".

Mientras tanto, "eleva la imagen y el poder del dinero en la sociedad" hasta rivalizar con el poder del propio partido gobernante. Algunos comunistas se percataron del desarrollo de valores e ideas antisocialistas dentro del sistema y no

demoraron en diagnosticar su origen y prescribir la solución. Georgi Sajnazárov, más tarde uno de los ayudantes principales de Gorbachov, escribió un ensayo futurista en 1978, en el cual alertaba sobre el nacimiento creciente de **filisteos** y de una mentalidad pequeñoburguesa cuya fuente verdadera era la búsqueda incesante de riquezas y de sus ventajas resultantes. Shajnazárov hacía notar que la desigualdad y las clases existían aún y que "en tanto el problema de las clases, no fuera resuelto radicalmente, las recurrencias de mentalidad pequeñoburguesa serían totalmente posibles; y **recurrencia** significaba epidemia que a menudo afecta a todo el conjunto social y no solamente a casos aislados de enfermedad".

Si Shajnazárov podía visualizar una mentalidad pequeñoburguesa en los años setentas, al inicio de la década siguiente esas mentalidades cristalizaban como manifestación de grupos de intereses con agenda propia; es decir, la Segunda Economía sirvió de base material a estructuras sociales y manifestaciones ideológicas en controversia con el socialismo. Una era el mundo del crimen organizado.

Otras manifestaciones fueron las del mundo de los disidentes políticos, de las etnias y las actividades religiosas, de los arrepentidos, los inconformes, los **samizdat*** los artistas y los escritores contestatarios. La Segunda Economía y Occidente financiaron esta estructura social alternativa con todo el apoyo material posible, sobre todo, en los años que antecedieron a Gorbachov.

Como inscripción pregrabada, en todas sus pancartas, pronunciamientos, dichos y hechos, estaba la palabra **libertad**: libertad de culto religioso, libertad para emigrar, libertad para no trabajar, libertad para hacer dinero, libertad para explotar a otros, libertad para escribir y publicar cuanto se quisiera. El historiador S. Frederick Starr dice: "Los grupos sociales informales, sin reconocimiento legal alguno, proliferaron por todas partes. Decenas de miles de estos existían a mediados de los años ochentas, algunos fundados con el solo propósito de brindar servicios voluntarios, pero otros con el declarado objetivo de influir en las políticas públicas". Estos grupos no surgieron para alentar la lucha de clases, el sacrificio, la virtud civil o la solidaridad internacional de la clase obrera. Promovían la **libertad**, el individualismo, el consumismo, y continuaba Starr: "Todo este

fermento en ciernes comenzó mucho antes de que Gorbachov llegara al poder en 1985".

Un ejemplo contundente fue la organización "En Defensa de la Libertad Económica", fundada en 1981 y dirigida por V. Sokirko. Esta organización financiaba una campaña abierta por la legalización de la Segunda Economía, y se manifestaba particularmente en contra del artículo 153 del Código Penal ruso-soviético que declaraba ilegal la actividad empresarial privada. El grupo apeló al Comité Supremo de la Unión Soviética para los Asuntos Legales con la finalidad de abolir ese artículo.

La organización hizo una compilación de casos sometidos a procesos bajo el amparo del artículo y editó una publicación que exponía lo que los editores consideraban como "sanciones injustas". El grupo además, montó una serie de verdaderos espectáculos con **juicios** donde los jurados absolvían a aquellos que las autoridades habían sancionado. Según Valeri Rutgaizer, del **Gosplán**, la organización "En Defensa de la Libertad Económica", se las arregló para crear un ambiente de opinión pública contrario al artículo 153 hasta el punto de detener las persecuciones. Antes de que Gorbachov asumiera el poder, la influencia ideológica de la Segunda Economía tenía presencia dentro del Partido Comunista y del Gobierno soviéticos. Dos acercamientos distintos a la problemática de la Segunda Economía se manifestaron durante los primeros años ochentas. Una de estas aproximaciones tenía lugar en dos de los institutos creados por Andrópov para estudiar la Segunda Economía: un instituto en la oficina del procurador general de la Unión Soviética y el otro en el Ministerio del Interior. Para estos dos institutos, el trabajo individual caía dentro de dos categorías: la legal y beneficiosa para la sociedad, y la ilegal, cuyos resultados eran el dinero ilícito e ilegítimo. Ambos institutos veían la Segunda Economía como incompatible con el socialismo.

Su crecimiento se originaba por vacíos legales e institucionalización insuficiente: el fracaso en la aplicación de las leyes. Era necesario combatirla por medio del establecimiento de un sistema de control y monitoreo del trabajo individual como actividad laboral.

El otro acercamiento encontró expresión en los científicos del **Gosplán** y el Instituto de Investigaciones Económicas, dirigido por Valeri Rutgaizer. Esta interpretación, que finalmente acogería Gorbachov, veía casi toda la economía subterránea como útil y legítima. Este Instituto se proponía "la transformación del sistema económico" de manera que se legalizara casi todas las hasta entonces actividades económicas privadas ilegales. Inicialmente, sus miembros discutían en torno al uso de los sistemas de alquiler, renta, cooperativas y otras formas de organización para legitimar partes o segmentos de la Segunda Economía, curso de acción que Gorbachov adoptaría. Estas aproximaciones serían solo una estación de espera, una parada, en el camino hacia la privatización y el establecimiento total del mercado. Al comienzo de los años ochentas, como en otros momentos del pasado, el Partido Comunista se enfrentaba a numerosas variables económicas, políticas y del contexto internacional. También, como en el pasado, algunos veían el futuro como un escenario donde se congeniaran las ideas del socialismo en el acomodamiento de ciertas ideas capitalistas. En esos años, estas ideas se habían nutrido de sus reservas ocultas. Estaban enraizadas en el crecimiento silencioso del estrato pequeñoburgués y de los segmentos corruptos del Partido y del Estado, que de igual forma favorecían el curso hacia el capitalismo, el libre mercado, la propiedad privada, la libre empresa y el resto de las libertades burguesas.

En este sentido, la inclinación de Gorbachov hacia la derecha en 1987 y el desmembramiento subsecuente del socialismo soviético pueden ser entendidos más consecuentemente, como producto de la conjunción de la tradición de Jrushchov-Bujárin y de la pequeña burguesía emergente de la Segunda Economía.

Por muy importante que haya sido la Segunda Economía como proveedora de una base material para las ideas burguesas, este estrato no existía como fenómeno aislado. Flotaba como un barco en un amplio mar potencial de descontento. El éxito mismo del socialismo había creado una amplia **intelligentsia** de cuello blanco, de trabajadores intelectuales. Parte de esta se sentía en desventaja en relación con la igualdad de salarios creada desde los

años cincuentas: por ejemplo, doctores, maestros, ingenieros y administradores típicamente ganaban menos que los trabajadores directos a la producción.

Es más, el encarecimiento del transporte y de las comunicaciones había creado **conciencia en la intelligentsia**, de que su nivel de vida estaba en desventaja en relación con esos trabajadores y de que sus posibilidades estaban muy por debajo de las de sus **contrapartes** en el mundo occidental. En los años ochentas, la influencia de esta **intelligentsia** era desproporcionalmente representativa en las altas esferas del Partido y del Gobierno y la mayoría proporcional de los líderes, procedía de estos sectores.

En el año 2001, un miembro del Comité Central del Partido Comunista de Rusia, Víktor Trúshkov, realizó un análisis del colapso del socialismo soviético que complementa el realizado en este libro. Trúshkov dijo que la restauración del capitalismo en la Unión Soviética permanecía como un peligro mientras los explotadores al nivel mundial continuaran existiendo, pero que las presiones externas solo se convertirían en una amenaza mortal, cuando las fuerzas desarrolladas dentro del sistema socialista acogieran como interés la restauración del capitalismo.

Para entender cómo esas fuerzas pueden desarrollarse, uno tiene que apreciar que la imagen oficial de una Unión Soviética como una sociedad prácticamente sin clases durante los años ochentas estaba muy lejos de la realidad.

Trúshkov señalaba el desarrollo de dos estratos prácticamente pequeñoburgueses. En primer lugar, la emergencia de un sistema de vendedores y comerciantes minoristas en pequeña escala. Este sistema era **prácticamente ilegal** o estaba en la frontera de la legalidad y dependía esencialmente del desvío de los recursos estatales. No obstante, vistos en conjunto, los albañiles de pluriempleo, los taxistas y los minifundistas vendedores de sus producciones significaban un segmento social importante. En segundo lugar, la venta mayorista privada existía como una economía paralela. Su poder económico era aún mayor que el del comercio minorista.

Algunos investigadores señalan que sus dividendos eran comparables con los del Estado. Entre 1987 y 1988, cuando Gorbachov comenzó la legalización de

todo este comercio mayorista y minorista, los involucrados en ese sector encontraron curso político a sus intereses mientras presionaban por más privatización y más mercado libre. Las medidas erosionaron el sector estatal. "Cuando el tándem Gorbachov-Yákovlev comenzó a entronizar el sistema burgués, un sector importante del aparato estatal descubrió que tenía competencia entre los que ya se movían en los dominios de la propiedad privada y tenían la voluntad de preservar sus privilegios conquistados (los privilegios del poder) apropiándose de las propiedades estatales". De esta forma, la Segunda Economía y Gorbachov encendieron la chispa dialéctica de la traición al socialismo

PROMESAS Y PRESENTIMIENTOS,

1985-1986

Los primeros tiempos de Gorbachov fueron electrificantes. Sus discursos y diálogos personales con los trabajadores de Leningrado abrieron la primera grieta en el hielo del estancamiento.

Mike Davidow

Para el Partido, el futuro es de batalla. Jrushchov no fue un accidente. Somos principalmente un país de campesinos y el ala derecha es poderosa ¿Quién puede garantizar que no "tomen la sartén por el mango"? Los antistalinistas, con toda probabilidad, asumirán el poder en un futuro cercano y con toda seguridad se comportarán como bujarinistas.

Albert Resis (ed.)

En lugar de los antiguos elementos corruptos que por décadas habían vivido a expensas del Partido Comunista y de la sociedad en su conjunto, de pronto, en el espacio de un año o dos, arriban fuerzas aun peores y absolutamente corruptas que ahogaron el saludable despegue que emprendieron el Partido y el país después de abril de 1985.

Igor Ligachov

Las políticas emprendidas por Mijaíl Gorbachov ocupan el centro de cualquier análisis que trate de explicar la caída de la Unión Soviética. En 1985, Gorbachov asumió el poder en un país que se enfrentaba a problemas largamente acumulados y en poco tiempo, transformó esa situación en una crisis sistémica de amplio alcance. El criterio más benévolo que puede emitirse sobre sus políticas aplicadas es que fueron un fracaso. La **perestroika** no trajo como consecuencia los fines ostensibles que se trazó: un socialismo eficiente, productivo y democrático. En lugar de eso, destruyó la Unión Soviética como Estado y dejó en su lugar, un grupo de países balcanizados dominados por un capitalismo oligárquico y sin fundamentos legales que luego de una década habían sumido a la población en la pobreza más terrible. No importa lo que Gorbachov hubiera tenido esperanzas de alcanzar; es poco probable que hubiera querido eso. Tampoco es presumible que pensara ser un político sin partido, un presidente sin Estado y un socialista sin socialismo.

Gorbachov y sus defensores alegan que heredó un país en crisis. Eso es falso. En ninguno de los sentidos convencionales puede catalogarse a la Unión Soviética como un país en crisis irreversible.

En 1985, sus problemas económicos ni se acercaban a los niveles de inflación y de inestabilidad de la Alemania de los años veintes, ni a la depresión de los Estados Unidos en los años treinta. Es más, sus problemas políticos no llegaban a ser una crisis de legitimidad.

Había quejas acerca de la escasez, colas para adquirir bienes de consumo y mala calidad de los productos, pero el nivel de inconformidad con el sistema era bajo. Oleg Kalugin, un oficial de alto rango del KGB, quien sirvió en Leningrado entre 1979 y 1986, declaró que él nunca había encontrado una oposición seria al sistema. Como han señalado Michael Ellman y Vladimir Kontórovich, el descontento aumentó como consecuencia y no como causa de las reformas. El consumo personal del ciudadano soviético había aumentado entre 1975 y 1985.

Aun cuando el nivel de vida era entre la tercera y la quinta parte del norteamericano, la percepción general era que los soviéticos disfrutaban de mayor

seguridad, menor criminalidad y un desarrollo cultural y moral más alto que Occidente en general. Estudios empíricos de mediados de los años ochentas revelan que los trabajadores soviéticos y norteamericanos expresaban niveles semejantes de satisfacción en relación con sus trabajos. Todavía en 1990, una mínima parte estaba en favor de una transición hacia el capitalismo. Apenas el 4% de los ciudadanos soviéticos favorecía la eliminación del control estatal de precios y solo el 18 % apoyaba la propiedad privada.

La ausencia de una crisis económica aguda y del descontento masivo no implica que todo estuviera bien. La sociedad soviética sufría problemas galopantes en el orden político y económico, y en la arena internacional. Errores en la forma de enfrentarlos y resolverlos, podían provocar una verdadera crisis. Hasta comunistas como Igor Ligachov y Gennadi Ziugánov, quienes llegaron a ser fuertes críticos de Gorbachov, reconocieron la severidad de los problemas que condujeron a las reformas.

Ligachov recuerda que él, como muchos otros secretarios provinciales del Partido, estaba ansioso por las reformas y se mantenía incómodamente consciente de que el país iba a la bancarrota. Igualmente, Ziugánov afirmó: "La necesidad de reformas era obvia para todos".

La mayor amenaza eran los problemas económicos. En su primer discurso sobre política ante el Pleno del Comité Central del Partido, en noviembre 22 de 1982, Yuri Andrópov ofreció un panorama muy útil acerca de los problemas económicos. Mencionó la cantidad y calidad de los bienes de consumo, la escasez de ciertos abastecimientos alimenticios, el gasto excesivo de recursos energéticos, los malos servicios del transporte y el incumplimiento de la industria del hierro y del acero en alcanzar sus metas.

Lo que unía todos estos problemas, según Andrópov, era la incapacidad de haber utilizado acertadamente los logros científico-técnicos. El atraso tecnológico se reflejaba en el poco avance en la productividad del trabajo, en los métodos para intensificar la producción y economizar recursos materiales. Estos errores se dirigían directamente hacia un sistema de planificación central que ponía demasiado énfasis en el cumplimiento cuantitativo de los planes. Renovar los

métodos y las tecnologías productivas y los productos mismos podía reducir temporalmente la producción o enlentecerla, pero funcionaba como un elemento intrínseco que no incentivaba la innovación.

Abel Aganbeguían, quien dirigió el Instituto de Organización Económica e Industria en la sección de Siberia de la Academia de Ciencias desde 1967 hasta 1985, cuando devino el consejero principal de Gorbachov, describió los problemas económicos según su consideración. Exagerando un poco, Aganbeguían representaba el pensamiento de los círculos más cercanos a Gorbachov.

Remitía la mayoría de los problemas económicos al exceso de centralización y esta apreciación incluía la falta de motivación de los trabajadores, el despilfarro de los recursos, la ineficiencia, la falta de iniciativa, la debilidad en el incremento de la productividad y la pobre difusión de las innovaciones tecnológicas. Como resultado a la falta total de vínculos entre los productores y los consumidores, se producía más tractores y zapatos que los necesarios y menos artículos de calidad que los demandados por los consumidores. La insatisfacción estimulaba el descontento, el "mercado negro" y la corrupción.

Por varias razones —algunas relacionadas con el agotamiento de los recursos naturales y la contracción demográfica resultante de la Segunda Guerra Mundial— que impactaban en la cantidad de trabajadores disponibles, el crecimiento económico promedio comenzó a resentirse. A pesar del ritmo económico creciente entre 1975 y 1985, el promedio de crecimiento se debilitó en términos de ingreso nacional, ingreso real per cápita, inversiones productivas de capital, cantidad de trabajadores en la producción y productividad del trabajo. Según afirma, "hacia finales de los años setentas y principios de los años ochentas, el estancamiento era una realidad en la economía soviética".

La insatisfacción en relación con el incremento lento de la calidad de vida fue sin duda sobredimensionado por la creciente facilidad con que los ciudadanos soviéticos comparaban su nivel de vida con el de Occidente. Los viajes, las vacaciones y el desarrollo de las comunicaciones, entre otros factores, propiciaron un referente de comparación y de información que les permitía una conciencia mayor acerca de su calidad de vida y, en consecuencia, su grado de conocimiento

cuestionó el socialismo como fuente para una vida mejor. Fred Halliday expresó: "Una vez que la brecha del nivel de vida se hizo evidente, la legitimidad residual del comunismo como sistema alternativo se desvaneció y en su lugar, el pluralismo occidental adquirió un espacio mayor". Las encuestas de opinión contradicen la afirmación exagerada de Halliday, no obstante, su opinión pudiera expresar el temor de los líderes soviéticos acerca de hacia dónde podía conducir la brecha creciente en la calidad de vida.

Si bien las dificultades económicas eran el telón de fondo más importante de la **perestroika**, los problemas políticos seguían de cerca. Las complejidades dentro del Partido mismo tenían raíces profundas. La Segunda Guerra Mundial había privado al Partido de millones de cuadros que entregaron sus vidas por el deber y la defensa de la patria y del socialismo. Jrushchov debilitó el Partido al abrir las puertas al ingreso masivo de **no obreros** a la vez que hacía igualmente con sus normas y requisitos de ingreso.

La política de **estabilidad de los cuadros** implantada por Brézhnev convirtió los cargos en el Partido en prebendas y posibilitó que los funcionarios se **amarraran** a los cargos aún después de haber perdido las condiciones para desempeñarlos; cualesquiera que fueran las causas, privó al Partido de sangre e ideas nuevas. Más aún, según crecía la Segunda Economía, más se corrompía e involucraba a los dirigentes **estables** del Partido. La corrupción en la época de Brézhnev, según un historiador "floreció hasta grados fabulosos, hasta la propia familia de Brézhnev". En muchos lugares prevalecían el nepotismo, el proteccionismo, la adulación y el amiguismo. Las reuniones del Partido se convirtieron en una rutina desde el nivel más alto hasta el más bajo. La ideología devino simples fórmulas y más intelectuales y más miembros del Partido cada vez se mostraban reacios a tomarlas en serio.

Nada simboliza mejor la osificación, la senilidad y la enfermedad que la muerte de tres secretarios generales mientras ostentaban sus cargos al frente del Partido. El nombramiento de Gorbachov, el miembro más joven del Buró Político, como secretario general, refleja la preocupación generalizada sobre la decrepitud de los dirigentes del Partido. Gorbachov era consciente de esto; más tarde comentó que

la gente estaba enferma de tener un Buró Político cuyo promedio de edad estaba alrededor de los setenta años y muchos de los cuales ocupaban el cargo desde hacía 20 o 30 años y estaban demasiado enfermos para desempeñar sus funciones. Un tercer problema en el telón de fondo tenía que ver con las relaciones internacionales.

La Unión Soviética nunca estuvo exenta de las presiones del imperialismo, pero esto se intensificó bajo la presidencia de James Cárter y todavía más cuando Ronald Reagan asumió la presidencia de los Estados Unidos. Entre 1981 y 1986, la Administración Reagan lanzó toda una campaña de prensa bien orquestada contra el **imperio del mal**, diseñada para reducir su influencia internacional y afectar directamente su economía.

La campaña incluía el apoyo al movimiento **Solidaridad** en Polonia y a las bandas contrarrevolucionarias en Afganistán; un esfuerzo por disminuir las reservas en oro de la Unión Soviética por medio de la baja de los precios del petróleo, el incremento de la ofensiva de propaganda, la guerra diplomática, la limitación deliberada de acceso a las altas y nuevas tecnologías de Occidente, la afectación directa a la economía soviética mediante la exportación a ese país de tecnologías defectuosas, y el esfuerzo de sumir a los soviéticos en la bancarrota mediante una carrera militar cuya punta de lanza era la **Iniciativa de Defensa Estratégica**, la "Guerra de las Galaxias". Veamos algunos elementos que expresan el alcance y los resultados de esta campaña. Los Estados Unidos entregaban ocho millones de dólares anuales a los grupos de la oposición en Polonia — principalmente a **Solidaridad**—, además de facilitarles equipos de comunicaciones sofisticados, computadoras, impresoras e información de inteligencia. Las sanciones norteamericanas contra Polonia obligaban a la Unión Soviética a enviar a ese país entre uno y dos mil millones de dólares anuales en asistencia de todo tipo. Bajo la dirección y los esfuerzos del director de la CIA, William Casey, el Gobierno de los Estados Unidos entrenó a los afganos, les envió armamentos e indujo a los egipcios, sauditas y chinos a que les enviaran ayuda. Los esfuerzos en asistencia militar de la Unión Soviética para respaldar al gobierno revolucionario de Afganistán en su lucha contra los **Señores de la**

guerra apoyados por los norteamericanos, les costaba entre tres y cuatro mil millones de dólares anuales.

El gobierno norteamericano trabajó tenazmente junto a los sauditas y con la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) por reducir los precios del petróleo en el mercado mundial, una maniobra que favorecía a la economía de los Estados Unidos mientras devastaba la de la Unión Soviética, que dependía de los precios del petróleo para mantener el nivel de ingresos necesarios que supliera su demanda en divisas.

La Administración Reagan acordó con el Gobierno de Arabia Saudita venderle tecnología militar avanzada y misiles **Stingers**, a cambio de más petróleo a menor precio. En 1983, como resultado de las presiones de los Estados Unidos, la OPEP, redujo los precios de 34 a 29 dólares el barril. En 1985, los sauditas incrementaron la producción de petróleo de menos de dos millones de barriles diarios a nueve millones de barriles. En un período de cinco meses, el precio del petróleo descendió a 12 dólares el barril. Como ha señalado el escritor Peter Schweizer, "para Moscú, más de 10 mil millones de dólares se evaporaron de la noche a la mañana, más de la mitad de su ingreso nacional total.

La Administración Reagan atacó también tecnológicamente. Desde diciembre de 1981, implementó el bloqueo total de equipos tecnológicos relacionados con la industria del gas y del petróleo.

En junio de 1982, extendió la medida a las concesionarias norteamericanas y sus subsidiarias en el exterior. En noviembre de 1982, Reagan firmó la Decisión Directiva de Seguridad Nacional —NSDD-66—, cuyo autor principal la describe como una declaración de guerra secreta contra la Unión Soviética. Entre sus metas estaba limitar al máximo el acceso a tecnologías por parte de ese país y reducir la importación de gas y petróleo soviético por parte de los países europeos. Hacia 1983, las exportaciones de alta tecnología de los Estados Unidos hacia la Unión Soviética eran de solo 39 millones de dólares, comparadas con las de 219 millones en 1975. Ahora bien, este verdadero estado de guerra no se limitó a bloquear la posibilidad de acceso soviético a las altas tecnologías, sino que sabotearon los productos que la Unión Soviética recibía. En 1984, por

ejemplo, los Estados Unidos le vendieron tecnologías originales para turbinas de gas y sus componentes y microprocesadores defectuosos para equipos de cómputo, en este caso por medio de un intermediario. Tales maniobras costaron a la Unión Soviética una cantidad incalculable de tiempo y de dinero.

Parte de la campaña desestabilizadora de la Administración Reagan contra la Unión Soviética se realizó mediante **Radio Europa Libre** y **Radio Libertad**. Entre 1982 y 1986, ambas estaciones incrementaron la calidad y la cantidad de transmisiones en lenguas extranjeras y multiplicaron el número de radioyentes. Como la **glasnost** eliminó las interrupciones al espectro radioeléctrico, **Radio Libertad** alcanzó una audiencia mensual de 22 millones de soviéticos.

Ambas estaciones fomentaban el nacionalismo, alentaban el malestar en torno al desastre de Chernóbil, estimulaban la oposición a la guerra de los soviéticos en Afganistán, dotaron de una plataforma de comunicación a los que abogaban por el libre mercado, como Yeltsin, y difundían campañas de descrédito contra los líderes del Partido, entre ellos Igor Ligachov, luego de que este se opusiera a Gorbachov.

La parte más seria de la campaña contra la Unión Soviética se centraba en el incremento sostenido de la presión militar que los condujera a la competencia y la bancarrota. En su primera conferencia de prensa como presidente, Ronald Reagan declaró que la Unión Soviética cometería cualquier clase de crímenes, cualquier clase de mentiras o de engaños para obtener sus objetivos de dominación mundial. Poco tiempo después, ese propio presidente iniciaría la carrera armamentista más grande de la historia en tiempos de paz. Significó incrementar los gastos militares a 1,5 billones de dólares en cinco años; los planes de desarrollo del bombardero **Stealth**, la producción de cientos de misiles MX, vehículos de Reentrada Múltiples y Blancos Independientes (los misiles denominados por sus siglas en inglés, MIRVed), misiles crucero, nuevos bombarderos B-1 y submarinos **Trident**.

La piedra angular de esta carrera armamentista desenfundada y el sistema sofisticado de presión militar fue la fabulosamente cara estrategia futurista; Sistema de Defensa Antimisiles. El 23 de marzo de 1983, en un discurso sobre

defensa nacional, el presidente Reagan anunció que había decidido emprender las investigaciones y el desarrollo de ese sistema. Dos años más tarde, le pidió al Congreso 26 mil millones de dólares para **lanzar** la **Iniciativa de Defensa Estratégica**.

Las políticas de Reagan le costaron a la Unión Soviética millones y millones de dólares de sus ingresos como resultado de la caída en los precios del petróleo y las pérdidas en las ventas, millones extras en ayuda a Polonia y Afganistán, y más millones para compensar el bloqueo y el sabotaje tecnológicos. A pesar de que algunos expertos soviéticos asumieron la Iniciativa de Defensa Estratégica como una fanfarronada imposible de llevar a la práctica, otros la vieron, junto al resto de las iniciativas de los Estados Unidos, como una amenaza real.

De acuerdo con Roald Z. Sagdáyev, quien dirigía el Instituto Soviético de Investigaciones Espaciales, después de 1983, la Unión Soviética gastó decenas de millones de dólares para dar respuesta a la **Guerra de las Galaxias**. El predecesor de Gorbachov, Chernenko, dijo: "La compleja situación internacional nos ha forzado a desviar una gran cantidad de recursos para fortalecer la seguridad de nuestro país". En marzo de 1985, cuando Gorbachov devino secretario general del Comité Central del Partido, se estableció rápidamente como el líder que estaba dispuesto a enfrentar los problemas y a responder con iniciativas nuevas y atrevidas.

Primeramente, dio continuidad a las medidas aplicadas por Andrópov, tuvo cierto éxito y sobre todo gran receptividad dentro y fuera de la Unión Soviética. Esta receptividad incluía el Partido Comunista de la Unión Soviética donde, a pesar de algunas dudas acerca de si exageraba o iba muy lejos, no tuvo una oposición determinante. Antes de que sus dos primeros años hubieran finalizado, Gorbachov comenzó a separarse del estilo y la esencia de Andrópov y a adoptar medidas que se acercaban mucho más a las posiciones de Jrushchov.

Gorbachov nació en Privólnoye, una villa campesina de tres mil habitantes ubicada en la región agrícola del sur de Stávropol, a 198 kilómetros de esa ciudad. Esta área del Cáucaso se dedicaba al cultivo del trigo, del girasol y allí radicaban numerosas instalaciones para el descanso de salud y los baños

medicinales. A comienzos de los años treinta tuvo lugar la colectivización de la agricultura en Stávropol, en cuyo proceso su abuelo había tenido un desempeño de cierta importancia.

Durante la guerra, en la cual murieron siete de los familiares de Gorbachov, los alemanes ocuparon y destruyeron gran parte de la ciudad, lo que era visible todavía desde el tren que tomó cuando partió hacia Moscú para asistir a la Universidad Estatal Lomonósov en 1950. La Bandera Roja del Trabajo que Gorbachov había obtenido como operador de combinadas le sirvió de ayuda para ser aceptado en la universidad donde estudió la tradición intelectual occidental, la oralidad pública y Derecho. Después de Lenin, Gorbachov fue el primer secretario general con nivel universitario. Mientras cursaba estudios en la universidad, integró el Partido Comunista y, de acuerdo con alguien que lo conoció por aquellos tiempos, veneraba a Lenin. Además, mientras estudiaba, se casó con Raísa, también estudiante, pero de Filosofía.

Después de graduado, Gorbachov retornó a Stávropol donde permaneció durante los próximos 23 años. En vez de dedicarse a las leyes, lo hizo con el trabajo profesional del Partido y era conocido además por su devoción y dedicación al trabajo. Mediante cursos por correspondencia, obtuvo una segunda carrera como agrónomo. Un amigo checoslovaco de su universidad, quien se había mantenido en contacto con él, afirmó que Gorbachov simpatizaba con el líder checo Alexander Dubcek, cuyas reformas condujeron a la intervención militar soviética de 1968. Tales puntos de vista no fueron un obstáculo para que Gorbachov ascendiera sostenidamente. En 1970, a la edad de 39 años, llegó a ser el primer secretario del Partido en la región de Stávropol, una posición, ***grosso modo***, equivalente a gobernador de una región de 2,5 millones de habitantes. Al mismo tiempo, fue electo al Soviet Supremo de la Unión Soviética. El año siguiente llegó a ser miembro del Comité Central del Partido.

Desde esa posición, Gorbachov se hizo de un gran prestigio como experto en cuestiones relacionadas con la agricultura. En 1978, en parte por influencia de Andrópov, quien era originario también de Stávropol, fue propuesto jefe del Departamento de Agricultura del Comité Central del Partido, posición que una vez

ocupada, lo trajo a Moscú. Al año siguiente, llegó a ser miembro del Buró Político donde su juventud, vigor, duro trabajo y largas jornadas lo distinguieron.

En el momento de su elección como secretario general, Gorbachov había acumulado méritos considerables. Unido a su nivel educacional, a su candor personal y a la energía que desplegaba, era hábil y capaz como comunicador. Cuando se generalizaron las preocupaciones en torno a la salud y vitalidad del liderazgo soviético, él era el miembro más joven del Buró Político. Estaba casado con una esposa inteligente, bella y moderna. Desde 1983, había dejado bien claro que estaba en favor de las reformas.

En diciembre de 1984, en un discurso ante el grupo de trabajo ideológico del Comité Central del Partido, Gorbachov planteó la necesidad de una apertura (**glásnost**) y de la reestructuración del sistema económico (**perestroika**). No obstante, parecía una persona cautelosa y que trabajaba en equipo. Había dado muestras recientes de sus habilidades puesto que durante la enfermedad de Chernenko había demostrado, según Andrei Grómiko, un desempeño brillante al presidir el desarrollo de las reuniones del Buró Político.

A pesar de estas manifestaciones de capacidad de trabajo y de brillantez en el desempeño, también mostró debilidades que se evidenciaron con el transcurso del tiempo. La burocracia descansa hasta cierto punto en los **padrinazgos** para el ascenso a su través y Gorbachov no fue una excepción. Su carrera dependió en menor medida de sus méritos personales y de su preparación evidente en el sector agrícola, que del padrinazgo que recibió de un bien posicionado líder como Andrópov. Sus relaciones personales con gran número de líderes nacionales que descansaban en los centros vacacionales de Stávropol probablemente le hayan sido de utilidad también. No obstante y a pesar de su educación, Gorbachov tenía poca experiencia acerca de la vida política y social de la Unión Soviética en general, que no fuera la adquirida en el sector agrícola y dentro del propio Partido. Antes de ser nombrado como secretario general, había viajado más por países de Europa Occidental y Canadá que por las propias repúblicas que formaban parte del país.

A diferencia de los líderes anteriores de la Unión Soviética, carecía de experiencia vital o de trabajo en las regiones no rusas del país. También carecía de experiencia militar, en el terreno internacional, en la industria, la ciencia, la tecnología y en el trabajo de los sindicatos. Le gustaba citar constantemente a Lenin, pero carecía de un conocimiento profundo del marxismo-leninismo y de la historia de la Unión Soviética y usaba ambas fuentes de forma distorsionada para cumplir con sus propias intenciones y propósitos. El historiador Anthony D'Agostino, ha dicho que una persona suspicaz hubiera podido percatarse de que Gorbachov:

(...) era un abogado que nunca había ejercido como tal, ni había dedicado una larga carrera a la agricultura, ni poseía conocimientos mínimos acerca de los asuntos internacionales; una persona que cayó en la esfera de atención de sus superiores porque ocupaba el cargo de primer secretario del Partido del área vacacional y de descanso de los principales líderes soviéticos. Sus condiciones eran semejantes a las del príncipe Rainier de Mónaco y a las del alcalde de Las Vegas.

Sobre todo, Gorbachov padecía de las contradicciones de un provinciano educado. Durante casi toda su vida, había sido ***un pez grande en charca pequeña***. Esta peculiaridad lo volvió un ser implacable con sus subordinados, vanidoso, pero condescendiente y deferente con los poderosos. Desarrolló el gusto por los buenos vinos, la buena comida y un estilo cosmopolita de vida. Varios incidentes son reveladores de su arrogancia.

Aun cuando Andrei Grómiko, el ***decano*** entre los miembros del Buró Político, nominó a Gorbachov secretario general, cuatro años después este no asistió a su funeral. Su actitud condescendiente y arrogante se manifestaba también al dirigirse al resto de los miembros del Buró Político (todos mayores y con más méritos que él), con cierto menosprecio y tuteándolos en el trato. Su autoritarismo se puso de manifiesto cuando el 11 de noviembre de 1987 ordenó que su crítico principal, Borís Yeltsin, saliera del hospital en que estaba ingresado con dolores en el pecho para asistir a una reunión del Comité del Partido en Moscú, presidida

por Gorbachov, para sustituir a Yeltsin de sus funciones como secretario del Partido.

Una vez que asumió el cargo como secretario general, Gorbachov dio continuidad, inicialmente, al programa de reformas comenzado por Andrópov. Llamó a introducir aceleradamente los resultados de la ciencia y la tecnología, al mejoramiento de los sistemas de dirección y a rescatar la disciplina del trabajo. En las relaciones internacionales, las posiciones de Andrópov se vieron limitadas por circunstancias ajenas a su voluntad; sin embargo, había dado muestras de sus intenciones para mejorar las relaciones con los Estados Unidos, progresar en el desarme nuclear y crear un ambiente que hiciera posible el alcance de esos objetivos.

El embajador soviético, Anatoli Dobrinin, consideraba que en situación y circunstancias más favorables a las heredadas, Andrópov hubiese estado listo para arribar a acuerdos más serios y de mayor alcance con los Estados Unidos.

Estas posiciones eran semejantes en cierto grado a las de Gorbachov, quien era su protegido. Al referirse al estancamiento político, Andrópov había llamado a restablecer las normas leninistas: dirección colectiva, el ejercicio de la crítica y de la autocrítica, la disciplina, la modestia, la honestidad y la dedicación al trabajo, normas que había aplicado en el transcurso de su propia vida. Andrópov había comenzado la batalla por liberar al Partido del inmovilismo, de la corrupción, del cinismo y el formalismo; la lucha por revivir el interés en la ideología y por abrirles paso a dirigentes honestos y diligentes como Igor Ligachov y, supuestamente, al propio Gorbachov.

Cuando se dirigió por primera vez al Comité Central del Partido en su carácter de secretario general, en marzo de 1985, en un discurso titulado, "Nuestro camino continúa invariable" y por segunda vez en abril del propio año, Gorbachov invocó el nombre de Andrópov y sus medidas: llamó a acelerar los cambios para el desarrollo social y económico, indicó adoptar un camino de desarrollo intensivo y atenerse rápidamente a los métodos más avanzados y resultados de la ciencia y la tecnología, en función del desarrollo.

Llamó además al fortalecimiento de la disciplina y a perfeccionar los métodos de dirección. Exhortó a la eliminación del igualitarismo salarial. En una alusión directa a la Segunda Economía, llamó a eliminar el enriquecimiento ilícito y a desterrar todo fenómeno ajeno a las formas socialistas de vida. En política internacional, reafirmó las posiciones tradicionales soviéticas de coexistencia pacífica y la cooperación con Occidente sobre la base de principios de igualdad. Hizo énfasis especial en finalizar la carrera armamentista y en congelar el desarrollo de nuevas armas nucleares.

En política, propuso el fortalecimiento y la elevación del desempeño y la autoridad del Partido, la observancia estricta del estilo leninista de trabajo y la eliminación de la falsa idealización y el formalismo en las reuniones del Partido. Habló de la necesidad de una política de *glásnost*, o sea, mayor apertura y publicidad en relación con los asuntos del Partido, del Estado y de las organizaciones públicas.

En hechos y en palabras, Gorbachov se parecía a Andrópov. En 1985, su política económica tuvo dos direcciones principales. Primera: el mejoramiento del factor humano por medio de la promoción de nuevos cuadros y el incremento de la disciplina. Segunda: el cambio de la política de desarrollo extensivo hacia el desarrollo intensivo, mediante una nueva estrategia inversionista que hiciera posible la recapitalización y modernización de la base industrial existente. Gorbachov abrió un gran debate sobre nuevas formas y vías para lograr sus objetivos.

En mayo de 1985, con el fin de mejorar la disciplina laboral, lanzó una campaña contra el consumo de alcohol, serio problema social que había erosionado por años la salud y la familia soviética así como al trabajo y la productividad laboral. Andrópov había elevado el nivel de las penalidades por embriagarse o mostrarse borracho públicamente y Gorbachov fue más lejos. Disminuyó drásticamente la producción de vodka y limitó sus horarios de venta.

En junio de 1985, dedicó un Pleno del Comité Central del Partido al desarrollo científico y tecnológico cuyo resultado tangible fue la creación de 23 nuevos complejos científicos y de investigación. En octubre, cambió el plan quinquenal con

el fin de priorizar la producción de máquinas herramientas y elevar el nivel técnico de producción.

Gorbachov acompañó cada una de estas estrategias con una declaración explícita de rechazo a cualquier reforma de mercado. En mayo afirmó: "Muchos de ustedes ven la solución de sus problemas acudiendo a mecanismos de mercado en lugar de a la planificación directa. Algunos de ustedes ven el mercado como el salvavidas para sus problemas económicos, pero, camaradas, ustedes no deben ver el salvavidas sino el barco y el barco es el socialismo".

Gorbachov emprendió otras dos medidas económicas que recordaban a Andrópov. Con el fin de elevar la calidad de los productos industriales, 19 empresas iniciaron el control de medidas de calidad similares a aquellas que trabajaban de manera eficiente en la industria militar. A comienzos de 1986, el Consejo de Ministros creó una entidad para el control de la calidad (*gospriemka*) con potestad y autoridad para regular el sistema de control de la calidad en las industrias más importantes del país, incluyendo aquellas que producían bienes de consumo.

También concentró su ataque en la igualdad de salarios, una práctica que había reducido el diferencial entre los especialistas industriales y un trabajador común de un 146 % en 1965, a un 110 % en 1986. Según el nuevo sistema, el salario de los especialistas industriales y de los investigadores en educación, desarrollo y el sistema de salud, sería incrementado más que el salario de otros trabajadores.

Durante su primer año, Gorbachov trató de eliminar los grandes obstáculos que se interponían en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Las dificultades que enfrentaba eran de proporciones enormes.

Las relaciones soviético-norteamericanas se habían deteriorado desde 1979, cuando los Estados Unidos habían comenzado a armar a los contrarrevolucionarios en Afganistán y el Gobierno soviético respondió a la solicitud de ayuda del Gobierno afgano con el envío de tropas. Para castigar a la Unión Soviética, el gobierno de James Cárter cerró las negociaciones sobre armamentos y decretó un embargo agrícola. A partir de entonces, durante seis

años, no tuvo lugar ni una sola reunión de alto nivel entre representantes de la Unión Soviética y de los Estados Unidos.

En la primavera de 1985, Gorbachov ratificó los principios tradicionales de la política internacional de la Unión Soviética, mientras experimentaba con algunas iniciativas nuevas. Repitió el compromiso soviético de paz y coexistencia pacífica sobre la base del balance estratégico y militar con Occidente. Apoyó al nuevo gobierno revolucionario de Nicaragua. Intensificó los esfuerzos militares soviéticos en Afganistán. Incrementó el apoyo soviético al Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés), incluyendo el entrenamiento militar de sus activistas.

Al mismo tiempo, dio algunos pasos para mejorar la atmósfera internacional con los Estados Unidos y Europa Occidental. En mayo, aceptó una propuesta del presidente Ronald Reagan para efectuar una conferencia cumbre. En julio, anunció una moratoria unilateral sobre nuevos ensayos nucleares. En septiembre, propuso la reducción del 50 % de las ojivas nucleares. En octubre, durante su visita a Francia, anunció la reducción unilateral de los misiles de alcance medio que apuntaban hacia Europa. En noviembre, en Ginebra, Gorbachov y Reagan realizaron la primera cumbre en muchos años y aunque no se llegó a acuerdos sustantivos, ocurrió un intercambio franco y abierto de puntos de vista. Durante esta cumbre, Gorbachov le dijo a Reagan que podían hacerse algunos **arreglos** en relación con Afganistán. Las acciones del presidente soviético en el año 1985 tuvieron un impacto tangible en la flexibilización de las tensiones internacionales.

Gorbachov también adoptó algunas medidas que trataban de combatir el estancamiento político, la corrupción y el debilitamiento del Comité Central del PCUS, pero en la mayoría de los casos terminó con la promoción de los cuadros afines que lo apoyaban. Al más alto nivel, Eduard Shevardnadze sustituyó a Andrei Grómiko como ministro de Relaciones Exteriores. Nikolai Rízhkov, sustituyó a Nikolai Tijonov como primer ministro. Borís Yeltsin fue propuesto para dirigir el Partido en Moscú. Aprovechando las críticas al servilismo, la lealtad personal y el proteccionismo que caracterizaban el trabajo del Partido en muchas repúblicas, Gorbachov sustituyó a los dirigentes del Partido en Letonia, Lituania y Bielorrusia. Adoptó medidas contra la corrupción y las aplicó a funcionarios locales

en Uzbekistán, Azerbaiyán, y Kirguizistán. Los movimientos en el Partido tuvieron amplia repercusión. En el período de un año, había sustituido al 50 % del total de miembros plenos y suplentes del Buró Político. Cambió a 14 de los 23 jefes de departamentos del Comité Central, a cinco de 14 jefes de repúblicas y a 50 de los 157 primeros secretarios de regiones (*krais*) y distritos (*oblasts*). Sustituyó al 40 % de los embajadores, **estremeció** a varios ministros y demovió a 15 mil administradores. En el Ministerio de Instrumentos (a cargo de la fabricación de computadoras y electrónica), sustituyó a mil personas.

Los comunistas consecuentes dieron la bienvenida al tratamiento que Gorbachov le dio a la ideología inicialmente. Reconoció el desempeño predominante de la ideología que durante años había permanecido sumergida en el ostracismo formalista y cuyas prácticas estaban alejadas de la realidad.

Particularmente, modificó dos ideas que habían ganado terreno durante el desempeño de Brézhnev. La primera estaba relacionada con que el capitalismo estaba en una etapa de crisis general, y la segunda, que la Unión Soviética se encontraba en la etapa del socialismo desarrollado. Anteriormente, Andrópov había reconocido que estos conceptos eran inadecuados y se preguntó cómo era posible que los trabajadores vivieran mejor en el capitalismo en crisis que en el socialismo desarrollado.

De manera similar, Gorbachov dijo: "El divorcio entre las palabras y la realidad devalúa dramáticamente el esfuerzo del trabajo ideológico". Al mismo tiempo que no desechó los conceptos; **crisis general del capitalismo** y **socialismo desarrollado**, varió su significado. Destacó que el concepto de que el capitalismo estuviera en una etapa de crisis general como sistema no implicaba que todavía no tuviera reservas de desarrollo y dominara la ciencia y la tecnología, y lo más importante, matizó la idea de socialismo desarrollado al relacionarlo directamente con su capacidad de desarrollo económico y social acelerados. Es más, dijo que la idea de socialismo desarrollado había cambiado en el transcurso del tiempo y derivó hacia la autocomplacencia sin garantías respaldadas por la realidad. Al amparo de esta manera de pensar, dijo:

Con no poca frecuencia las cosas se limitaban al registro simple de los hechos y no se les daba atención suficiente a los problemas. Quiéranlo o no, era una vindicación constante de la pereza como forma de resolver los problemas. Hoy, cuando el Partido ha proclamado y se propone una política de desarrollo socioeconómico acelerado, semejantes concepciones son inaceptables.

Gorbachov, quien se había formado dentro de la tradición partidista, al parecer buscaba sus paradigmas de referencia en Lenin y Andrópov. Llamó al Partido a tender un puente hasta Lenin para conectarse con las ideas, con el enfoque leninista de los problemas y actualizarlo a tono con las necesidades de hoy. Adoptó un estilo franco y abierto al hablar y discutir los problemas públicamente. En las reuniones del Partido impuso la práctica de escuchar, dejar opinar sobre los temas en cuestión y estimuló el reconocimiento a sus líderes, llamó a los comunistas a luchar sistemáticamente contra la ostentación, la arrogancia, el autoelogio y los lamebotas.

Les pidió a los directores de revistas y periódicos que abandonaran la práctica de las **adulaciones personales**. Llamó a los comunistas a convertirse en líderes políticos y no en simples funcionarios y administradores. Siguiendo sus propias convicciones, viajó a lo largo y ancho del país, se reunió con trabajadores y campesinos, en fábricas y mercados. Invitó al Kremlin a los intelectuales, a las personalidades de la cultura y a los representantes de los medios de comunicación.

Sus apariciones públicas con su esposa, sus reuniones informales con líderes extranjeros y sus entrevistas con medios de comunicación de todas partes, manifestaban una forma moderna, acertada, un estilo abierto largamente esperado en el país y extremadamente fresco. Un corresponsal en Moscú, el norteamericano de ideas comunistas Mike Davidow, afirmó: "Los tiempos de Gorbachov fueron electrificantes. Sus discursos y diálogos personales con los trabajadores de Leningrado abrieron la primera grieta en el hielo del estancamiento".

Las primeras iniciativas de Gorbachov provocaron una aceptación casi universal. En Occidente, en los partidos comunistas, en el movimiento por la paz,

entre los políticos liberarles y hasta en los ciudadanos comunes se saludó su mensaje pacífico. Gus Hall, secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos, reconoció al líder soviético como un nuevo pensador que redujo el antisovietismo, contribuyó a la distensión y a la vez, limitó el peligro de una guerra nuclear. En la Unión Soviética, el pueblo entusiasmado le daba la bienvenida en las fábricas y en los mercados. En 1985, los ciudadanos soviéticos enviaban 40 mil cartas mensuales al Kremlin y 60 mil durante los años siguientes, la mayoría de las cuales apoyaba lo que Gorbachov decía y hacía. A pesar de la cantidad de cuadros demovidos de sus posiciones en el Partido, en el Gobierno y como ministros, su popularidad y apoyo se mantuvieron sobre bases sólidas. De cara a las nuevas iniciativas, hubo resistencia e inercia burocrática, pero no una oposición organizada. Hasta Ígor Ligachov y Borís Yeltsin, quienes llegarían a ser los mayores críticos de Gorbachov, desde la izquierda y desde la derecha, apoyaban totalmente la **perestroika**. Antes de 1987, siempre que Gorbachov aludió a los opositores de las reformas, era una formulación lanzada al vacío de la tradición, pero no era una respuesta a amenazas reales.

El amplio apoyo con que contó Gorbachov era comprensible. Se enfrentaba a problemas que eran percibidos como medulares para la sociedad y el Estado soviéticos tanto por los académicos, como por el Partido y por los hombres y las mujeres del pueblo. Sus iniciativas de desarme comenzaron a resolver el drenaje económico que significaba el armamentismo. La democión de cuadros, el combate contra la corrupción y el llamado a la apertura y la transparencia, atacaban de frente al estancamiento político y, en consecuencia, su política tuvo gran receptividad.

Si bien al comienzo, su política seguía la línea de las aplicadas por Andrópov, muy pronto Gorbachov emprendería su propio camino orientado a las soluciones de mercado, a la propiedad privada, al debilitamiento del Partido, al abandono de la solidaridad internacional y a las concesiones a Occidente ¿Cuándo y por qué, Gorbachov cambió el curso de sus acciones? Ninguno de los dos aspectos es fácil de responder.

El momento en que se inició el **viraje** es difícil de precisar porque las acciones y las políticas se movían en una y otra direcciones, muchas veces contradictorias y al mismo tiempo. Aún así, como se verá más adelante, algunas señales claras del cambio en el curso de sus acciones y en contra del socialismo se evidenciaron durante los dos primeros años de Gorbachov en el poder, aunque no llegaron a ser la tendencia preponderante hasta después de enero de 1987. Las causas del cambio tampoco son fáciles de responder por cuanto percibir el pensamiento de las personas es siempre un terreno polémico. Lo mejor que podemos hacer, entonces, es dar una explicación plausible.

Antes de examinar los primeros síntomas de cambio, permítasenos ofrecer tres hipótesis de por qué ocurrieron. Las dos primeras hipótesis no son suficientemente consistentes y solo la tercera permite una explicación plausible. La primera hipótesis es que Gorbachov fue siempre un socialdemócrata o un comunista que simpatizaba con el capitalismo y que sus posiciones de continuidad con respecto a Andrópov representaron un juego político para mantener a sus oponentes fuera de balance hasta alcanzar la fuerza y oportunidad para impulsar su propia agenda.

La segunda, que su giro hacia una orientación de mercado y el debilitamiento del Partido fueron el resultado de probar que las ideas de Andrópov no eran efectivas. En otras palabras, se viró hacia el capitalismo porque mejorar la economía dentro del socialismo era algo muy difícil. Debilitó el Partido, porque constituía un obstáculo para realizar reformas económicas profundas.

La tercera hipótesis, la que sostenemos en este libro, es que Gorbachov dio la espalda al socialismo y cambió el curso de sus acciones hacia el capitalismo porque le faltaron fortaleza y sentido de la voluntad política para enfrentar las fuerzas opositoras desatadas por el propio proceso de reformas. Estos intereses se habían desarrollado durante años en aquellas partes de la sociedad y en algunos niveles del Partido muchas veces involucradas en las actividades ilegales de la economía privada, pero, que, aunque dormidas, despertaron durante el proceso desatado por las reformas.

La Segunda Economía había exacerbado los problemas crónicos de la sociedad soviética, erosionado la confianza en el socialismo y en el Partido Comunista, alcanzado niveles de actividad apreciables, cada vez con mayor confianza, y estableció la base social procapitalista; por tanto, antes de 1985, la Segunda Economía había creado condiciones favorables para las ideas y políticas antisocialistas y procapitalistas. Las reformas emprendidas inicialmente por Gorbachov, estimularon las demandas de libertad y legitimación enarboladas por este sector. Teóricamente débil, inexperto, impulsivo y ambicioso, Gorbachov vaciló y después capituló. Su deseo de reformas rápidas, sin traumatismos espectaculares y a corto plazo, y que lo proveyeran de respetabilidad y seguridad, lo condujeron a depositar su suerte en manos de un estrato de burócratas y **nuevos empresarios** con fuertes lazos con la Segunda Economía y la **intelligentsia** que la sustentaba.

Muchos que odiaban a Gorbachov por destruir el socialismo, así como otros que lo aplaudían por la misma razón, encuentran que la primera hipótesis es la adecuada. Para estar seguros, digamos que hay elementos para considerar que Gorbachov simpatizaba con las ideas de la socialdemocracia aún antes de llegar a ser el secretario general. Por ejemplo, dos de sus amigos desde antes de 1985, eran Alexandr Yákovlev y Eduard Shevardnadze, dos de los socialdemócratas más extremistas de su gobierno.

Otras evidencias sugieren que Gorbachov tenía objetivos ocultos que iban mucho más allá de lo que declaraba públicamente. Yákovlev ha afirmado que tan temprano como en el otoño de 1985, Gorbachov ya simpatizaba con la idea de dividir en dos el Partido Comunista de la Unión Soviética, pero pensaba que todavía no era el momento. El estado actual de los conocimientos no permite contradecir a los que afirman que **mentía** cuando abogaba por el socialismo y por el leninismo. Aunque tuviéramos más información, se hace difícil desentrañar los pensamientos íntimos de Gorbachov.

Sostener que Gorbachov era de pensamiento socialdemócrata y procapitalista aún antes de llegar a ser secretario general, implica algunas preguntas incontestables y ciertos obstáculos insalvables. Ahora bien, si no asumió estas

ideas cuando fue elegido en el cargo al frente del Partido y del país, ¿cuándo lo hizo de forma irrefutable? ¿Cómo fue posible para alguien que ostentara semejantes ideas, las escondiera hasta llegar a la más alta posición sin haberlas abandonado nunca?

Personalmente, nunca declaró tener un plan secreto o coherente y calculado para destruir el Partido Comunista e instaurar el mercado libre y la propiedad privada. Ligachov y otros que trabajaron cerca de él no sospecharon que tuviera una agenda revisionista secreta. Esta idea aparece en los estudiosos que ven el tema desde fuera, como el economista Anders Aslund, quien ha afirmado que ya en 1984, Gorbachov tenía una idea clara acerca de las reformas con orientación de economía de mercado.

Si se analiza cuidadosamente, la reflexión de Aslund no va más allá de evidenciar la manifestación ecléctica de las concepciones reformistas de Gorbachov. Por entonces evaluaba algunas teorías acerca de la contabilidad de costos y del incremento de la competencia que pudieran anunciar muy ligeramente el pensamiento que posteriormente adoptó, pero lo que realmente propulsó durante sus primeros meses en el poder fueron las ideas de Andrópov acerca del cambio de política inversionista para impulsar el mejoramiento tecnológico, una mayor disciplina en todos los órdenes y el combate al enriquecimiento ilícito. Ellman y Kontórovich se acercan mucho más a la realidad cuando afirman que las contribuciones económicas de Gorbachov entre 1982 y 1984 revelaban falta de plan y de coherencia.

La verdad incuestionable era que los antecedentes y la experiencia de Gorbachov lo hacían desproporcionalmente atractivo ante la Segunda Economía y susceptible a las ideas procapitalistas. Por algo Stávropol, su lugar original de desempeño, contaba con un amplio sector de propiedad privada, o, lo que es lo mismo, de Segunda Economía y su consecuente mentalidad pequeño-burguesa. Debe señalarse también que viajó por Europa Occidental con más frecuencia y a más países que cualquier otro líder soviético que lo precediera y pudo recibir las influencias del eurocomunismo, especialmente del italiano, de cuyas ideas se haría eco más tarde en sus discursos. En tercer lugar, desde los primeros

momentos como secretario general, se rodeó de consejeros que ostentaban, quizás exageradamente, ideas socialdemócratas. Por ejemplo, se apoyaba en intelectuales como Tatiana Zaslávskaya y Abel Aganbeguián.

En 1986, nombró como consultante al filósofo Alexandr Tsipkó, alguien que se reconocía a sí mismo como antimarxista y quien más tarde proclamó que la idea de Gorbachov de **sobreponer los valores humanos universales** a los valores de clase, era suya. El camino de Gorbachov pronto se identificó con la senda seguida por Shevardnadze en Georgia, "la república que ocupaba económicamente el segundo lugar en la Unión Soviética", donde este había tratado de cooptar la Segunda Economía, "haciendo la economía oficial más orientada a las leyes y relaciones de mercado".

La hipótesis acerca de que Gorbachov tenía desde el inicio una agenda secreta para destruir el socialismo soviético e implantar el modelo capitalista de Europa Occidental es difícil de creer. Lo más que pudiera decirse en ese sentido es que, dados sus antecedentes, tenía cierta predisposición a inclinarse hacia esa tendencia. Después que sus primeras iniciativas tomaron forma, Gorbachov, que no tenía plan alguno, sucumbió ante esas predisposiciones y abandonó las enseñanzas de Andrópov, porque su falta de preparación y de experiencia no le permitieron enfrentarse a las fuerzas desatadas por los propios cambios; porque tenía la esperanza de ganar tiempo y obtener recursos al ceder ante las presiones de los Estados Unidos, y lo que es más importante, porque actuando así conquistaba el afecto pasivo de los desafectos al sistema y el apoyo decisivo del estrato ascendente de la Segunda Economía, de los nuevos empresarios, de los corruptos del Partido y del Gobierno.

La segunda hipótesis asume que los problemas de la economía soviética eran inherentes al propio socialismo. Sustenta que los problemas económicos no podían ser resueltos mientras hubiera propiedad social y planificación centralizada. La hipótesis era un llamado a los seguidores de Gorbachov, quienes lo veían como alguien que avanzaba trágicamente hacia un derrotero extremo y desastroso, mientras ambos, el sistema económico y el Partido, permanecían inmutables ante los hechos. Esta hipótesis hace el llamado al sentido común. Este

diría que si los esfuerzos iniciales de Gorbachov hubieran revitalizado la economía, él no hubiera acudido entonces a una **medicina más fuerte**; por tanto, sus esfuerzos iniciales deben haber fracasado ya sea por las limitaciones del sistema económico o por la resistencia al cambio y la oposición pasiva del Partido a las reformas. La Historia, desde luego, no siempre sigue el camino del sentido común, incluso la verdad histórica es muchas veces no intuitiva. Solo el examen de la Historia consustancial a los hechos puede darnos la respuesta.

Cuándo y por qué Gorbachov comenzó su desviación hacia la derecha son preguntas que giran en torno a tres cuestiones:

1. ¿Cuáles fueron los resultados de sus primeros esfuerzos para implantar las reformas económicas?, esto es, ¿fueron un fracaso y revelaron la imposibilidad de una vía para las reformas moderadas?

2. ¿Cuál fue la respuesta del Partido ante los problemas económicos? ¿Se opuso a las reformas?

3. ¿Las primeras manifestaciones de derecha de Gorbachov implicaban a la economía? Si las respuestas a estas cuestiones demuestran que las reformas moderadas fueron un fracaso, que el Partido se opuso a las reformas económicas y que las primeras tendencias hacia la derecha de Gorbachov implicaban a la economía, entonces la segunda hipótesis es verdadera, pero en los tres casos, las respuestas dicen lo contrario.

La hipótesis de que Gorbachov se desvió hacia la derecha porque las reformas económicas moderadas no funcionaron pudiera ser cierta solamente si las reformas económicas iniciales hubiesen fracasado, pero eso no es cierto. Las reformas económicas implantadas inicialmente no fueron una panacea, pero dieron algunos resultados. En 1985 y 1986, la producción y el consumo crecieron. El crecimiento económico se elevó uno o dos puntos de porcentaje en el comienzo mismo de las reformas. La productividad creció de un 2 %-3 % a un 4,5 %. Solo en la industria de máquinas herramientas en 1986, la inversión de capital creció 30 %, más que durante el quinquenio precedente. Ese mismo año, la producción agrícola creció 5 %. El consumo de bienes y servicios incrementó un 10 % en 1985 y 1986, casi una vez y media superior que los años precedentes. El

mejoramiento de la calidad en las atenciones de salud y otras áreas, incrementó la expectativa de vida por primera vez en 20 años y disminuyó la mortalidad infantil.

Es necesario señalar que también tuvo fracasos notables, sobre todo cuando actuó precipitadamente. El ejemplo más significativo inicialmente fue su campaña contra el alcohol. Gorbachov redujo considerablemente la producción de alcohol y los horarios de venta, para el consumo pero el resultado económico fue la explosión desmedida del contrabando.

La producción ilegal de vodka dejó las tiendas sin azúcar y drenó millones de rublos de los impuestos estatales. Si hubiera basado sus políticas sobre las experiencias vividas en otros lugares, se hubiera percatado de que la reducción de la producción de alcohol implicaba el aumento de su producción y venta ilegales, exactamente como cuando la **Ley Seca** en los Estados Unidos. Una campaña basada sobre los impuestos para el consumo, la educación, la terapia social y la rehabilitación hubiera tenido resultados mejores. En dos años tuvo que abandonar la campaña contra el consumo de bebidas alcohólicas.

Igualmente, la campaña por aumentar la producción condujo al aumento de productos de mala calidad. Cuando respondió con un sistema de inspectores estatales, la cantidad de productos retenidos que no cumplían con las normas establecidas fue considerable, tanto que cundió el pánico entre los trabajadores que vieron afectados sus ingresos salariales. Tuvo entonces que abandonar la estrategia de los **inspectores** de la misma forma que tuvo que hacerlo con la del alcohol. Estos fracasos llevaban intrínsecas las medidas impulsivas encaminadas a obtener respuestas rápidas y no eran representativas de las reformas económicas del primer año, que sí produjeron resultados positivos.

La hipótesis de que el viraje de Gorbachov hacia la derecha fue porque el resto de los líderes partidistas se opuso a las reformas es también falsa. Estos no se opusieron a los esfuerzos por mejorar la economía. Ellman y Kontórovich, quienes basan su estudio sobre las reformas económicas en encuestas realizadas a soviéticos residentes, afirman que en sus entrevistas no se manifestaron evidencias de resistencia a las reformas.

El economista Aslund, quien vivió en Moscú en los años ochentas y era simpatizante de las reformas de mercado, reconoce que el total de los nuevos líderes soviéticos quería el cambio. Hasta los **brezhnevianos** del Buró Político — Gaidar Aliev, Víktor Grishin, Dimujamed Kunáev, Vladímir Sherbitski y Nikolai Tíjonov— apoyaban los cambios económicos para desplazar la economía hacia un modo semejante al de la República Democrática Alemana.

Es más, Aslund identifica otras tres corrientes de reformas económicas presentes entre los líderes soviéticos brezhnevianos que tenían mayor alcance, pero que aún no llegaban a las abiertamente en favor del libre mercado y la propiedad privada que impulsaran finalmente Gorbachov y su grupo. Los que lideraba Nikolai Rízhkov consideraban que los problemas radicaban en la baja eficiencia y los pobres resultados productivos.

Este grupo abogaba por una utilización mejor de los resultados científicos y tecnológicos, una nueva política inversionista concentrada en la construcción de máquinas herramientas y la incorporación de nuevas experiencias de empresas autofinanciadas.

Otro, grupo encabezado por Lev Záikov, quien había asumido en julio de 1985 como miembro del Secretariado del Comité Central a cargo el Complejo Militar Industrial, apoyaba los cambios en la política inversionista para incentivar la producción de nuevas industrias y la introducción de los adelantos científicos y tecnológicos, así como el control riguroso de los sistemas de calidad, la inspección, la diferenciación de salarios por los resultados del trabajo y el desempeño, pero era menos optimista que Rízhkov acerca del autofinanciamiento de las empresas o cualquier medida que desatara los mecanismos de mercado y la competencia.

Un tercer grupo, bajo el liderazgo de Ígor Ligachov, segundo al mando en el Partido Comunista, ponía todo su énfasis en el mejoramiento de la disciplina. Estaba en favor de la campaña contra el alcohol, con las medidas contra el consumismo, la Segunda Economía y la corrupción. Favorecía la diferenciación de salarios, el fortalecimiento y la racionalización de la planificación centralizada y el incremento de la responsabilidad individual de las empresas.

Apoyaba, por ejemplo, experimentos de autofinanciamiento empresarial, mejoras en la contabilidad, los contratos colectivos, pero se oponía rotundamente a los mecanismos de mercado y a la propiedad privada. Ligachov respaldó los cambios en la política científica y tecnológica adoptados en la conferencia realizada sobre ese tema en 1985, pero señaló que estos ocurrirían en el marco del socialismo científico, sin aberraciones que condujeran a la economía de mercado o favorecieran la propiedad privada.

La receptividad de los líderes partidistas ante las reformas económicas se reflejó en la gran cantidad de experimentos a niveles regional y local que se iniciaron bajo la dirección de Andrópov y continuaron con Chernenko y Gorbachov. Por ejemplo, en 1983, el Comité Central y el Consejo de Ministros comenzaron lo que se conocería como **experimentos económicos a gran escala**, que incluían la disminución de los indicadores del plan y el uso de bonos de incentivo en cinco ministerios. No fue una panacea, pero condujo al mejoramiento de la eficiencia de los trabajadores y a una calidad mejor en la distribución de los productos. El experimento se extendió a 25 ministerios en 1985 y a la mitad de la producción industrial en 1986. En 1985, dos experimentos comenzaron en la planta VAZ, de Togliatti, en la región del Volga, una fábrica de automóviles, y en la planta Frunze, en Sumi, Ucrania, manufacturera de equipos para la industria del gas.

El experimento incluía la simplificación de los mecanismos de pago entre la firma y el Estado a un sistema más simple basado en los impuestos sobre las utilidades y que relacionaba directamente la productividad con el aumento de los salarios. Ambos experimentos mostraron resultados impresionantes en relación con las utilidades y la productividad del trabajo. En la industria de los servicios y en la agricultura, también fueron iniciados otros experimentos.

En fin, el aspecto central a destacar es que entre 1984 y 1986 hubo una gran receptividad a los cambios, las reformas y los experimentos con el objetivo de mejorar el funcionamiento del sistema económico de la Unión Soviética. Todo el debate y toda la experimentación ocurrían dentro de los principios del socialismo y

nadie puede afirmar que se había llegado a un callejón sin salida cuando Gorbachov comenzó a introducir ideas que iban mucho más lejos.

El economista Aslund explica esta paradoja de la forma siguiente: "(Para los economistas que rodeaban a Gorbachov) los resultados económicos reales de estas medidas (y de estos experimentos), tenían poca importancia; lo que más les interesaba era su impacto político. Muchos de los experimentos estaban diseñados para perfeccionar el sistema, mientras que economistas con cierto liderazgo dentro de la Unión Soviética y los consejeros de Gorbachov, estaban interesados en cambiar el sistema por uno mucho más orientado a los mecanismos de mercado".

En otras palabras, algunos economistas y consejeros de Gorbachov estaban desde entonces comprometidos con dirigir los cambios hacia las reformas de mercado y la propiedad privada, y usaron los experimentos dentro del sistema socialista para argumentar la necesidad de ir más lejos. En 1987, la mayor oposición a las reformas económicas no provino de los líderes del Partido, sino de los economistas que rodeaban a Gorbachov que estaban ansiosos por ir mucho más lejos en la expansión de la economía de mercado y la propiedad privada.

El tercer argumento que respalda la hipótesis de que Gorbachov se volvió hacia la derecha como resultado del fracaso de su plan inicial de reformas y la oposición del Partido es tan falso como los dos primeros. El primer paso decisivo de Gorbachov hacia la derecha no se produjo en la arena económica, ocurrió en la política, la ideología y las relaciones internacionales. Fue en estas tres esferas donde sus posiciones generaron los resultados más conflictivos.

En el XXVII Congreso del PCUS, en febrero de 1986, se manifestaron las primeras señales de que el secretario general dirigía el proceso de reformas hacia un nuevo camino. Se fundamentó más que como una nueva política, como una nueva ideología de reformas.

En vez de enfatizar en la continuidad histórica, lo hizo en la necesidad de romper con el pasado y con los años de estancamiento presididos por Brézhnev. Afirmó que tanto en los asuntos internos como en los internacionales los acontecimientos se encontraban en un momento de giro, y que ese cambio

realmente revolucionario era necesario. Sustituyó el concepto de Andrópov **aceleración de los cambios científicos y tecnológicos**, por el más vago, difusos y potencialmente problemático concepto de **aceleración del desarrollo económico y social**. En caso de que alguien no hubiera interpretado correctamente el significado del cambio, insistió en que él no los limitaba al campo económico, sino que **vislumbraba** cambios en los métodos de trabajo y en las instituciones políticas e ideológicas.

Fue en este instante cuando comenzó a reemplazar la palabra **aceleración** (*uskornie*) por la palabra **reestructuración** (*perestroika*) y **apertura** (*glásnost*), a la vez que les infundía a estos viejos términos, significados nuevos. En abril afirmó que **perestroika** significaba cambio total. En junio, que era el cambio de toda la sociedad. En julio, que significaba revolución. Esta ampliación sucesiva le dio al concepto su atractivo, pero también su peligro real; es decir, estos cambios terminológicos le robaron a las reformas la clara denominación que tenían cuando Andrópov.

El significado de **perestroika** se hizo redundante, reestructurar por reestructurar; las metas de las reformas se convirtieron en un círculo vicioso, en cambiar por cambiar. Estos cambios minaron la unidad y los objetivos del Partido que, supuestamente, estaba llamado a asumir el liderazgo de los cambios. Dentro y fuera de este, la puerta quedó abierta de par en par para todo tipo de interpretaciones acerca de la meta real de las reformas. Para algunos, esta seguía siendo el perfeccionamiento del socialismo, para otros, el separatismo nacionalista, la socialdemocracia, el socialismo de mercado, el capitalismo o, simplemente, el enriquecimiento personal.

Gorbachov, además, varió sutilmente el significado de **glasnost**, de forma que minó el desempeño tradicional del Partido en relación con la prensa y la función de la crítica y la autocrítica. Durante su primer año en el cargo, usó la **glasnost** en el mismo sentido que Andrópov; una mayor apertura y publicidad en el Partido, el Gobierno, el Estado y otras organizaciones públicas, y un nivel más alto de denuncia de la corrupción y de la ineficiencia.

En abril de 1985, por ejemplo, hizo un llamado para que se diera más información administrativa al conocimiento público. Pronto, transformó el significado de **apertura** y **transparencia** de la nueva política en el Partido y otros organismos y lo convirtió en críticas al Partido y a su historia. En junio se reunió con los funcionarios de los medios de comunicación y los urgió a apoyar las reformas mediante la crítica abierta, específica y constructiva a la mediocridad. Inmediatamente después, el periódico **Soviétskaya Rossía**, criticó al jefe del Partido en Moscú, Víktor Grishin. De inmediato, Gorbachov lo reemplazó por Borís Yeltsin, un presunto aliado.

La verdadera repercusión de los problemas causados por la versión **glasnost** de Gorbachov no se haría evidente hasta 1987. Las raíces de estos, no obstante, se encuentran en una fecha tan temprana como el otoño de 1985. En resumen, el secretario general comenzó a instigar a los intelectuales y a los profesionales de los medios de comunicación a criticar al Partido y su historia, al mismo tiempo que disminuía la autoridad y el desempeño de este ante los medios. Es más, no solo disminuyó la autoridad y la visión que el Partido tenía ante los medios de comunicación, su capacidad de supervisarlos y dirigirlos, sino, que además los puso en manos de personalidades hostiles al Partido y al socialismo.

Mientras que algunas medidas tendentes al relajamiento de la censura y a una mayor flexibilidad en torno a las publicaciones y a la cultura eran bien recibidas dentro del Partido, era una estrategia que demandaba un manejo muy delicado, por cuanto podía conducir a la inestabilidad. Como muchas otras cosas, la **glasnost** de Gorbachov fue improvisada y arriesgada y demostró a la larga, ser extremadamente temeraria y destructiva, no solamente para el Partido sino para toda la sociedad.

En sus **Memorias**, Gorbachov declara falsamente: "La **glásnost** desbordó los límites en que nosotros tratamos de enmarcarla inicialmente y se convirtió en un proceso más allá de cualquier control". Esto no es así. De hecho y de palabra, Gorbachov alentó todos los excesos y actuó sin la protección y el cuidado debidos. Estaba **enamorado** de los medios y de los intelectuales, buscó su apoyo y aprobación, se reunió con ellos frecuentemente, los tuvo en cuenta para

edificarse una base de apoyo fuera del Partido. Los incitó a criticar al Partido y a su historia, y, para colmo, rechazó ponerles límites de algún tipo. En el XXVII Congreso del PCUS abrió las puertas al criticismo sin medida: "Es tiempo de que los literatos y los críticos de arte estremezcan la autocomplacencia y el servilismo... Tiempo de recordar que la crítica es un deber social". El mes siguiente, Gorbachov y Ligachov se reunieron con los medios de comunicación y el secretario general dijo: "El gran enemigo es el burocratismo y la prensa debe castigarlo sin miramiento alguno". Una verdadera situación anormal veía la luz.

El secretario general, quien era el líder del Partido y quien tenía el poder para reformar el Gobierno y el Partido, incitaba el ataque contra esas dos entidades desde fuera, lo hacía como un simple espectador que no se sintiera en última instancia responsable de ello.

Se trataba de una revisión de largo alcance en relación con las prácticas acostumbradas de los comunistas. Como mínimo implicaba que las formas tradicionales de resolver las debilidades del Partido y del Gobierno por medio de la crítica y las autocríticas colectivas, carecían de la fuerza suficiente para revitalizar el Partido. Gorbachov utilizó el criticismo externo como una primera alternativa, no como un último recurso.

No hay evidencias de que Gorbachov haya rechazado o recibido críticas directas como secretario general del Partido, ni oposición en el seno de este, a pesar de lo cual, en junio de 1986, les expresó a un grupo de escritores, que ***debían funcionar como una oposición leal***. Es como si el líder soviético estuviera invocando una imagen anticuada de medios de comunicación, a la usanza del estilo de la democracia liberal, esta vez como guía para las reformas socialistas. "Nosotros no tenemos oposición (el Partido). ¿Cómo entonces, vamos a controlarnos nosotros mismos? Solo por medio de la crítica y la autocrítica, pero más importante aún, mediante la ***glásnost***", pero mucho más consecuentes que estas palabras fueron los actos que emprendió. Mientras instigaba a la oposición, redujo sistemáticamente el control del Partido sobre los medios de comunicación y los puso en manos de antisocialistas.

Dos entidades ejercían control sobre los medios de comunicación. El Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central del Partido (AGITPROP), que databa de 1920, tenía la autoridad máxima sobre los editores y la prensa, y el GAVLIT, entidad creada en 1922, encargada de ejercer la censura y que revisaba y aprobaba cada publicación o comunicación de la radio y la televisión.

En 1985, Gorbachov nombró a Alexandr Yákovlev jefe de AGITPROP. En esta posición y entre los consejeros más cercanos a Gorbachov, tenía uno de los desempeños más poderosos y perniciosos de todo el proceso de reformas.

Nacido en 1923, ingresó al Partido Comunista mientras servía en la Marina durante la Segunda Guerra Mundial. Después de la guerra, cursó estudios en un instituto pedagógico y a partir de entonces, se dedicó por entero a cuadro profesional del Partido en Yaroslavl.

Yákovlev aprobó la Academia de Ciencias Sociales del Comité Central del Partido entre 1956 y 1960, y durante el curso académico 1958-1959 cursó estudios de postgrado como estudiante graduado en la Universidad de Columbia, en New York. Una vez graduado, trabajó en el Departamento de Propaganda del Comité Central del Partido y a mediados de 1960 fue nombrado jefe de la Sección de Radio y Televisión. En 1965, fue designado segundo jefe del Departamento de Propaganda, donde se desempeñó hasta 1973, cuando un episodio revelador condujo a su democión.

Cuando el llamado *deshielo* intelectual ocurrido bajo el gobierno de Jrushchov, el nacionalismo ruso creció y ganó popularidad, particularmente en los círculos de escritores, acontecimiento que bajo la dirección de Brézhnev provocó un amplio debate en el seno del Partido y en el cual Yákovlev tuvo un desempeño determinante.

En 1973, reprendió abiertamente a una publicación por no ser suficientemente severa ante los brotes de nacionalismo ruso; clamaba defender el marxismo ante el peligro que representaba el nacionalismo, pero en realidad, su rigidez ante esos problemas recordaba mucho más a Bujárin que a Lenin. Sobre todo, sus argumentos develaban una simpatía profunda por Occidente: decía que el

nacionalismo ruso era especialmente hostil hacia Occidente y su desarrollo no podía concebirse separado del desarrollo occidental.

Mientras que las posiciones de Yákovlev encontraron una respuesta unánime entre los líderes bajo la dirección de Brézhnev y fue transferido al Servicio Exterior, pidió ser enviado a un país de habla inglesa y se le designó como embajador en Canadá, donde prestó servicios por 10 años, motivo por el cual llegaría a ser considerado como el miembro del Buró Político con más experiencia occidental.

En 1983, Gorbachov visitó Canadá y pasó una semana con Yákovlev. A un mes del viaje y con la avenencia de Gorbachov, fue designado al frente del prestigioso Instituto de la Economía Mundial y de las Relaciones Internacionales (IMEMO)* en Moscú.

A partir de entonces, la carrera de Yákovlev fue meteórica. En 1984 Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias. En 1985 jefe del Departamento de Agitación y Propaganda (AGITPROP), del Comité Central del Partido; el año próximo, también a propuesta de Gorbachov, secretario de propaganda del Comité Central. Para entonces, no solo ejercía su autoridad sobre los medios de comunicación y propaganda y sobre los asuntos culturales sino que además, ejercía una influencia enorme en los asuntos internacionales.

Como jefe de AGITPROP trabajó en diferentes frentes que condujeran a una transformación total de los sistemas de dirección del capital humano y personal en general. Exhortó a los creadores, a los cineastas y a los escritores, a que adoptaran un enfoque liberal ante la cultura y situó a simpatizantes de Gorbachov en algunos puestos estratégicos. Por ejemplo, en la reunión de la Organización de Escritores de la República Rusa, en diciembre de 1985, animó al poeta Yevgeni Yevtushenko a que solicitara la flexibilización de las publicaciones prohibidas o censuradas hasta entonces. En abril de 1986, en el congreso de los cineastas, nominó personalmente a un aliado, Elem Klímov, como primer secretario y fue electo. Personalmente también, propuso a Kíril Lavrov al frente de la Unión de Trabajadores y Creadores de las Artes Escénicas. Su intento, con procedimientos similares, de cambiar y

nominar a un nuevo presidente de la Unión Nacional de Escritores de Rusia, fracasó. Ayudó, indudablemente a transformar y producir el cambio en GAVLIT.

En algún momento hacia finales de 1985 e inicios de 1986, sin discusión aparente en el Buró Político, GAVLIT dejó de tener su desempeño tradicional en relación con los medios y esa función recayó en los jefes de las publicaciones, los editoriales y los periódicos. Enseguida que los editores se hicieron responsables de los contenidos de las publicaciones, Yákovlev comenzó a proponer nuevos editores para los periódicos y las publicaciones de mayor alcance.

Proponía a aquellos partidarios de sus posiciones ideológicas tendentes a cambios rápidos, críticos y opositores declarados al Partido y a la línea partidista. Esta **movida política** incluyó a los editores de **Novi Mir** (la revista literaria mensual más importante), **Zmaya** (un diario), **Ogoniok** (un semanario de circulación masiva), **Moskóvskie Nóvosti** (un periódico), **Soviétskaya Kultura** (un periódico), y **Voprosi Literaturni**. Nombró a Yuri Vóronov jefe del Departamento de Cultura del Comité Central del Partido y a Vasili Zájarov, ministro de Cultura. Yuri Afanásiev, pronto un partidario de Borís Yeltsin, asumió como director del Archivo Histórico de Moscú. Estos hombres, devinieron muy pronto los líderes de las críticas contra Stalin y la historia del Partido y exigentes ineludables de los cambios y las reformas rápidas y extremas.

Gorbachov y Yákovlev llevaron de la mano la dirección de la **glasnost**. Sus acciones y en ocasiones sus planteamientos implicaban que habían llegado a considerar a los editores y a los intelectuales como sus aliados mejores para conducir los esfuerzos de reformas y poner a los oponentes potenciales a la defensiva, por medio del ataque abierto a Stalin, al Gobierno y al Partido. A finales de 1985, Yákovlev permitió la publicación de las memorias de Anastas Mikoyán con todas sus críticas a las políticas de Stalin durante la guerra.

En septiembre de 1986, en un discurso pronunciado en Krasnodar, transmitido para toda la nación por medio de la televisión, Gorbachov fue más lejos que nunca al llamar abiertamente a atacar a los medios y al Partido. Identificó a los enemigos de las reformas en la burocracia de los ministerios y el conservadurismo del Partido. Afirmó que el Partido estaba al servicio del pueblo y su desempeño

dirigente no representaba un privilegio. "Para aquellos que lo han olvidado, ahora se los recuerdo". Por primera vez llamó a la democratización. Según Roy Medvédev, su discurso causó sensación. Esto abrió las compuertas al criticismo, particularmente contra Stalin y justamente, como en Occidente, esta crítica era, muchas veces, una fachada para las críticas a Lenin y al socialismo.

En 1986, trabajos prohibidos previamente con una perspectiva crítica a Stalin, fueron autorizados. Tengviz Abuladze, en un filme de 1984, ***Pokayaniye (Arrepentimiento)***, acerca de la represión en los años treinta, que fue presentado ante una audiencia limitada en Moscú, y que según afirma Roy Medvédev, a Gorbachov le gustaba la película, marcó el punto de viraje, no meramente cultural, sino político. También en Moscú, la obra antistalinista de Mijaíl Shatrov, ***Diktatura Sovesti (La Dictadura de la Conciencia)***, se estrenó en el teatro del ***komsomol*** leninista. En contra de las objeciones de Ligachov, Gorbachov aprobó personalmente la obra de Anatoli Ríbakov ***Los niños de Arbat**** También contra las objeciones del presidente de la Unión de Escritores, ***Novi Mir*** anunció que iniciaría la publicación de la obra de Borís Pasternak, ***Doctor Yivago***. Como otro hecho de mensaje inequívoco, Gorbachov dio por terminado con el exilio de Andrei Zájárov.

Mientras muchos en Occidente saludaban semejantes acciones, Mike Davidow, el comunista y periodista estacionado en Moscú, lamentó: "Nunca en la Historia, un partido en el poder, lanzó las fuerzas de los medios de comunicación contra su propia destrucción y la del Estado que dirigían, tal y como lo hicieron los líderes de Partido Comunista de la Unión Soviética".

Después del XXVII Congreso del Partido, Gorbachov toma como punto de partida las políticas de Andrópov en relación con las reformas en el seno de la organización. Como ocurrió con la ***glásnost***, inició su camino de reformas en el Partido al nivel de la retórica y sus implicaciones no se hicieron evidentes hasta 1987. De acuerdo con el historiador Graeme Gilí, había consenso dentro y fuera del Partido acerca de que la organización tenía problemas serios: corrupción en algunas de las repúblicas y una política de cuadros basada en la lealtad, el servilismo y el proteccionismo.

Dando continuidad a las ideas iniciadas por Andrópov, Gorbachov comenzó por llamar a la rectitud, la transparencia y la disciplina. El Congreso adoptó nuevas medidas para facilitar una apertura mayor: restablecer la crítica y la autocrítica, la responsabilidad individual, la dirección colectiva. Gorbachov, no obstante, fracasó en la implementación de tales medidas, pero en su lugar, en septiembre de 1986, tomó una nueva dirección al proclamar la reestructuración del Partido. Comoquiera que el Congreso había llamado a reestructurar la sociedad y fortalecer el Partido, el secretario general cambió el enfoque de la reestructuración hacia la democratización de este. La primera manifestación de descontento dentro de sus filas ocurrió en este momento. Mientras tanto, paralelamente a lo que estaba ocurriendo en la ideología y en la política, Gorbachov dio algunos pasos de intención dudosa en el campo internacional. No puede decirse que ocurriera un rompimiento brusco en relación con la política de solidaridad y la de apoyo a los movimientos de liberación nacional hasta 1987, y aún hasta más tarde, pero tuvieron lugar acciones que apuntaban en esa dirección.

Como sucediera en otros campos, primero vino la retórica. Lenin había definido la esencia del oportunismo de derecha como el sacrificio de los principios fundamentales, particularmente del principio de la lucha de clases en función de beneficios inmediatos y haciendo compromisos innecesarios con los enemigos de clase, con la sola esperanza de obtener avances rápidos y espectaculares hacia el socialismo.

Esta afirmación expone con bastante exactitud el camino emprendido por Gorbachov. En abril de 1985, antes del cambio, había culpado al imperialismo por crear tensiones internacionales y por escalar sus acciones subversivas contra los países del campo socialista. Hacia finales de ese año, las palabras **imperialismo**, **países capitalistas** y **liberación nacional** comenzaron a desaparecer de los discursos del secretario general cuando más eran pronunciadas en el mundo.

En su discurso ante el XXVII Congreso del Partido, la palabra imperialismo solo aparece una vez en relación con Afganistán. Eventualmente, Gorbachov argumentaba que el **nuevo pensamiento** requería de la **desideologización** de la política internacional, esto es, la sustitución de las ideas basadas sobre la lucha

de clases por las ideas acerca de la prioridad de los valores humanos eternos de paz y cooperación. Al mismo tiempo, esta reorientación retórica en seguida comenzó a manifestarse en la política.

Gorbachov había comenzado haciendo grandes propuestas en favor de la paz y del desarme. Había detenido, unilateralmente, los ensayos de armas nucleares soviéticas y reducido el número de misiles de alcance medio que apuntaban hacia los países de Europa Occidental.

Había ayudado a romper el congelamiento de las conversaciones de alto nivel entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, reuniéndose con Ronald Reagan en Ginebra. Además, lanzó propuestas tales como la reducción de las armas estratégicas en un 50 %. Al mismo tiempo que estas acciones reducían las tensiones internacionales y le daban prestigio a Gorbachov ante los ojos del mundo, tenían un efecto colateral peligroso del cual se percataron muy pocos fuera del Kremlin.

Digámoslo claramente: Gorbachov manifestaba una tendencia evidente a hacer concesiones a los Estados Unidos sin recibir nada a cambio. Esta tendencia asumió una nueva forma en 1986. Desde 1981, la Administración Reagan había incrementado drásticamente los gastos militares, mientras lanzaba la iniciativa de desarme conocida como **Opción Cero**.

Con esto, los Estados Unidos pretendían que la Unión Soviética desmantelara totalmente sus altamente costosos misiles con bases en Europa, a cambio de que, en el futuro, los Estados Unidos no desplegaran misiles en territorio europeo. Verdaderamente, la **Opción Cero** demostraba la total falta de interés de la Administración Reagan por el desarme.

Era una proposición prepotente que pretendía que los soviéticos se desarmaran, mientras los norteamericanos y los europeos no realizaban reducción alguna de armamentos. Estaba diseñada para convencer a la opinión mundial de que la Administración Reagan tenía interés en la paz universal, mientras que no se les ofrecía absolutamente nada a los soviéticos. Para asombro de los norteamericanos, Gorbachov dio marcha atrás a la negativa inicial soviética. En el discurso del 15 de enero, estuvo de acuerdo con la **Opción Cero**

y propuso la eliminación de las armas nucleares para el año 2000. Si las concesiones de Gorbachov se hubieran detenido aquí, hubiesen abierto una nueva era en las conversaciones de desarme y conducido a concesiones similares del lado norteamericano, entonces pudiera decirse que fueron válidas; pero las concesiones de Gorbachov no produjeron una respuesta recíproca del lado estadounidense.

Nueve meses después de la dramática marcha atrás de la **Opción Cero**, el secretario general se reunió con Reagan en Reikiávik, Islandia, en una cumbre en la cual Reagan ofreció solo promesas vacías y rechazó negociar sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica.

A finales de 1985 y principios de 1986, Gorbachov comenzó a deshacerse de los compromisos soviéticos en Afganistán, aun cuando la capitulación completa estaba a la vuelta de dos años. La Unión Soviética se involucró directamente en Afganistán a partir de 1979, después de que el Partido Popular Democrático de Afganistán (PPDA), que había alcanzado el poder durante el año anterior, hiciera solicitudes repetidas a los soviéticos de apoyo para rechazar a los **Señores de la guerra** afganos, respaldados por la CIA.

Mientras se enfrascaba en modernizar a uno de los países más pobres y atrasados del mundo, el PPDA había distribuido la tierra, promovido la libertad de religión, otorgado derechos a las mujeres e iniciado una campaña de alfabetización dirigida al 90 % de la población completamente analfabeta. Casi de inmediato, el gobierno chocó con la resistencia de los **Señores de la guerra**, quienes iniciaron sus acciones contrarrevolucionarias con el asesinato de los maestros rurales de las muchachas afganas. Los **Señores de la guerra** muy pronto obtuvieron armas y dinero de la CIA, cuya ayuda provocó en gran medida, la intervención soviética. Zbigniew Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional del presidente James Cárter, diría después: "Nosotros, con conocimiento de causa, incrementamos la posibilidad de que ellos (los soviéticos) intervinieran".

El apoyo de la CIA aumentó eventualmente hasta llegar a ser la mayor operación encubierta desde la Segunda Guerra Mundial. Los gobiernos de

Brézhnev, Andrópov y Chernenko vieron la ayuda soviética a Afganistán como un acto de solidaridad internacional en contra de la ***mano del imperialismo***.

Cuando Gorbachov asumió el cargo en 1985, intensificó los esfuerzos militares de la Unión Soviética en Afganistán, una señal clara de que no veía esa guerra como inmoral ni como una victoria poco probable. Hacia finales de ese año, Gorbachov comenzó a desentenderse de los compromisos afgano-soviéticos; en primer lugar, al decirle a Reagan en Ginebra que algo pudiera hacerse en relación con Afganistán.

Entonces, en febrero de 1986, durante el XXVII Congreso del Partido, mientras maldecía al imperialismo por el conflicto afgano, se refirió a ese país como "***herida sangrante***"; pero todo parecía indicar que el viraje definitivo en el pensamiento de Gorbachov no ocurriría hasta después de la cumbre de Reikiávik, en octubre de 1986, cuando él y sus consejeros decidieron que cualquier respuesta positiva de los Estados Unidos en relación con el control de armamentos requeriría de los soviéticos una retirada de Afganistán.

Sarah Mendelson, a partir de estudios realizados en los archivos soviéticos, afirma que la decisión de retirarse no fue resultado de la presión de la opinión pública dentro de la Unión Soviética ni de derrotas en el campo de batalla. La razón real para la decisión soviética era que Gorbachov consideraba que el éxito de la ***perestroika*** necesitaba de un ambiente internacional cooperativo, cuyo precio sería el abandono de Afganistán. En una reunión del Buró Político, de 13 de noviembre de 1986, el secretario general dijo: "Hemos estado en guerra con Afganistán durante seis años. Si no cambiamos nuestra forma de hacer las cosas, estaremos allí por veinte o treinta años".

Después de noviembre, comenzaron los debates sobre el tema al más alto nivel de la dirección soviética, y en diciembre Gorbachov le dijo al líder afgano, Najibullah, que la Unión Soviética comenzaría a retirar sus tropas en 1988; no obstante, en ese momento se pensaba que el retiro soviético iría acompañado de algún tipo de arreglo recíproco con los norteamericanos para que al menos cesaran su apoyo a la contrarrevolución interna y la garantía de algún tipo de neutralidad con respecto a ese país.

Según Yákovlev, inmediatamente después de la reunión, Gorbachov decidió usar la **glasnost** para poner en manos de la prensa la posición de los líderes que se oponían a la retirada de las tropas soviéticas. Como Mendelson deja claro, los cambios en la política soviética no fueron motivados por consideraciones morales, ni derrotas, ni por la presión popular. Fue la voluntad de Gorbachov de sacrificar la solidaridad internacional ante el altar de la **perestroika**.

Aunque las señales de cambios en la política nacional e internacional se manifestaron desde finales de 1985, los daños que causarían no estaban tan a la vista en esos momentos como lo estuvieron con el decursar del tiempo. En 1985 no estaba claro hacia dónde se dirigía Gorbachov. Las señales eran contradictorias. Todavía hablaba de la necesidad de revitalizar el leninismo y perfeccionar el socialismo. Afirmaba que él no estaba ni revisando ni abandonando la ideología socialista sino adaptándola a las nuevas circunstancias, y aun cuando anunció el retiro de Afganistán, incrementó el apoyo al Congreso Nacional Africano (ANC).

No obstante a que la línea divisoria de Gorbachov en su viraje hacia la derecha se manifestó primero de forma sutil y dubitativa en los campos de la ideología, la política y las relaciones internacionales donde él se podía mover con mayor independencia, para 1986, consistente con esa posición, se movió también en las políticas económicas. El lado problemático de las ideas de Gorbachov en relación con la economía radicaba en el debilitamiento de la planificación centralizada y de la propiedad estatal.

Esos fueron los augurios del primer secretario ante el XXVII Congreso del Partido. Abogaba por la autonomía de las empresas y afirmaba que estas debían ser responsables de todos sus actos sobre la base de la obtención de utilidades. Los organismos económicos centrales debían alejarse del camino de la dirección diaria de las empresas, y dedicarse a la planificación a largo plazo y a alcanzar el liderazgo científico.

Las empresas debían tener el derecho de vender libremente los excedentes del plan a otras empresas, y debían ser responsables de su fondo de salario según el estado de las ventas. En este proceso, según retrocedía la planificación

centralizada, aumentaba el desempeño en la planificación de las repúblicas, las regiones, las ciudades y los distritos. Al mismo tiempo que se anunciaba estos métodos radicales, el secretario general afirmó que innovación no significaba sacrificar la incuestionable prioridad de los intereses de todo el pueblo y no abandonó los principios generales de la planificación centralizada; se trataba solamente de cambiar los métodos.

En su discurso ante el Congreso del Partido abrió también las puertas a la propiedad no estatal y a la empresa privada. Dijo que la propiedad cooperativa estaba lejos de agotar sus potencialidades dentro del socialismo y llamó a impulsar con toda decisión el establecimiento de cooperativas de empresas. Esto puede ser real en lo que a la verdadera propiedad cooperativa se trataba, pero a lo que se refería Gorbachov no era lo que los delegados e invitados al Congreso tenían en mente.

Hasta expresó simpatía por la empresa privada de la Segunda Economía cuando dijo: "Nosotros no debemos permitir que se manche el nombre de aquellos que mediante un trabajo honesto obtienen ganancias suplementarias". Gorbachov matizó estas declaraciones con la condena al enriquecimiento ilícito de aquellos que robaban a la economía socialista, aceptaban sobornos y desarrollaban una mentalidad de cuentapropistas. Enfatizó que la consolidación del socialismo debía ser el criterio rector de las reformas. De tal manera, el secretario general enmascaró las nuevas iniciativas en favor de la propiedad privada con un lenguaje lleno de dobleces y de segundas intenciones.

Después del Congreso, sus contradicciones en torno a las reformas económicas persistieron. Por un lado apoyó una ley que condenaba el enriquecimiento ilícito e instrumentó nuevos mecanismos y entidades estatales para el mejoramiento y control de la calidad, y por el otro, más importante aún, comenzó la implementación de tres pasos para la liberación económica, cuya finalidad era estimular la actividad económica privada. En agosto, permitió una apertura para un nivel mayor de actividades en el exterior de las empresas estatales, incluyendo las inversiones en el extranjero. En octubre, legalizó un tipo de cooperativas de productores que en realidad era un disfraz de empresa

privada. En noviembre, realizó una pequeña modificación extensiva al espectro de las actividades de la empresa privada. De acuerdo con Gregori Grossman, esta acción tuvo otras consecuencias, si bien su impacto pleno se hizo sentir a partir de 1987.

Los manejos internacionales devinieron un cuerno de la abundancia mediante el cual salían miles de millones de dólares del país. Las cooperativas llegaron a ser una especie de entidades legales cautivas para el despojo en gran escala de bienes y ganancias en el sector estatal. La ley sobre actividad privada hizo más por el "mercado negro" y la actividad ilegal que por la promoción de la actividad económica privada en pequeña escala.

Todas estas acciones estimularon y contribuyeron al crecimiento ominoso de las capas pequeñoburguesas de la Segunda Economía, y crearon segmentos de la propiedad estatal y del Partido con vastos intereses en la empresa privada. Conscientemente o no, incrementó las bases para políticas cada vez más orientadas hacia el capitalismo.

La naturaleza contradictoria de las políticas aplicadas por Gorbachov y el deseo casi universal por reformas dentro de los líderes del Partido explican el fracaso de la oposición de izquierda que recibió el secretario general durante los dos primeros años de su mandato.

La actitud de Ígor Ligachov ilustra el desarrollo lento de una oposición de izquierda. Nacido en Siberia en 1920, Ligachov creció en Novosibirsk, a donde se había trasladado su familia porque su padre trabajaba en una fábrica. Después de hacerse ingeniero de aviación en Moscú, retornó a aquella ciudad, donde trabajó en una fábrica de aviones de combate que tomaban parte en la Segunda Guerra Mundial. Luego de integrar el Partido Comunista en 1944, fue promovido por medio de diferentes cargos hasta que, en 1959, llegó a ocupar la responsabilidad máxima al frente del Partido en el distrito de Novosibirsk. Desde 1961 hasta 1965, trabajó en las oficinas del Comité Central del Partido en Moscú y luego, a solicitud propia, pasó a dirigir la organización en la provincia de Tomsk, donde se desempeñó por 17 años.

Ligachov, quien siempre rechazó por exagerada, la idea de que los años de Brézhnev fueran un período de estancamiento, recordaba con orgullo sus logros en Tomsk durante ese período. "Yo estaba construyendo el socialismo", decía, "y había millones como yo". El historiador Stephen F. Cohén dice acerca de él durante esos años:

Abstemio, de gran confianza en sí mismo, gran trabajador y un hombre de familia, alejado de todo bullicio; modernizó la industria y la agricultura, desarrolló nuevas empresas, preservó los edificios históricos de madera en Tomsk, apoyó el desarrollo del arte e impregnó del espíritu e intereses integrales del Partido todo su trabajo dondequiera que hizo falta."⁴

En 1983, Andrópov lo llevó a Moscú donde, como Gorbachov, era uno de los miembros del Buró Político con mentalidad reformadora. Durante la primera etapa de las reformas, Ligachov representaba al leninista más arraigado entre todos los líderes del nivel más alto. Como persona encargada del trabajo con los cuadros, ocupaba también el segundo puesto en la jerarquía del Partido. Por encima de él, solo estaba Gorbachov. Ligachov apoyaba en líneas generales las reformas iniciadas por el secretario general; creía que era una deuda pendiente que la dirección soviética debió haber emprendido desde mucho antes. Pensaba que las medidas del secretario general simplemente revivirían las acciones emprendidas por Andrópov.

Como un entusiasta de las reformas, no se percató a tiempo de los cambios hacia la derecha del máximo líder del Partido. Por ejemplo, Ligachov ayudó en la selección del editor de **Ogoniok**, quien llegaría a ser uno de los antipartidistas más enconados entre todos los editores. Aunque más tarde admitió "no haber comprendido" por qué fueron introducidos cambios tan acelerados en los medios de comunicación, fue solo después de 1986 cuando se dio cuenta de que ceder todo el poder sobre los medios de comunicación a Yákovlev fue un error grave."⁵

Hacia finales de 1986, las reformas de Gorbachov portaban todos los ingredientes de la ambivalencia; o miraban hacia ambos lados (izquierda y derecha a la vez), o anunciaban dirigirse a la izquierda y tornaban hacia la derecha. Algunas de las medidas habían fracasado, otras prometían ciertas

esperanzas. Aunque muchas de las consecuencias finales de sus políticas permanecían flotando en el aire, mantuvo el apoyo del Buró Político y de las masas.

Fue entonces cuando en diciembre, desde un lugar crítico inesperado, se levantó una ola que repercutiría con su eco mucho más lejos: el extremismo nacionalista de Kazajstán, revelador, una vez más, de las debilidades y la falta de firmeza de Gorbachov.

En cierta medida reflejaba su origen ruso provinciano y tomaba a la ligera los intereses de las repúblicas de la periferia. La historiadora Helene D'Encausse ha dicho que prestó una atención escasa a aspectos sensibles de las nacionalidades; con gran ligereza pasó por alto la representatividad de las nacionalidades y de las repúblicas, algo que fue práctica establecida desde 1956. En la época de Brézhnev, el Buró Político tenía tres miembros no rusos, líderes respectivos de sus repúblicas; bajo la dirección de Gorbachov, el Buró Político solo tenía un líder que no fuera ruso: Scherbitski, de Ucrania. Es más, mientras que, en tiempos de Brézhnev, los miembros plenos representaban a las repúblicas centroasiáticas y musulmanas, las del Cáucaso, y los dos estados eslavos, Ucrania y Bielorrusia, durante el período de Gorbachov "todas las repúblicas musulmanas y caucásicas desaparecieron del Buró Político". Además, no hubo otro líder, con excepción de Shevardnadze, con experiencia en las repúblicas más allá de la frontera rusa. Las consecuencias fueron que esas repúblicas eran ignoradas y a menudo relegadas.¹¹⁶

Naturalmente, el problema de Kazajstán no comenzó con Gorbachov. El descontento de los kazajos tenía raíces profundas. Al pasar de los años, las migraciones los redujeron a una minoría (40 %) en su propia república. Las políticas para la promoción de líderes locales y el bilingüismo nacional como práctica no habían tenido el éxito necesario. El ruso permanecía como el idioma de la vida diaria.

En consecuencia, los kazajos se sentían como advenedizos en su propia patria. Si tales inconformidades y descontentos suministraban el combustible de la insatisfacción, la negligencia de Gorbachov proveyó la antorcha. Simplemente, no

atendió el problema como debía y reaccionó con oídos sordos ante la gravedad de los reclamos nacionales. A inicios de año, ante el XXVII Congreso del Partido, no abordó la situación de las diferencias étnicas y sus frustraciones.

Se comportó, al decir de D'Encausse, como vocero de "una retórica conformista". Mientras que la *glásnost* le daba a la gente la posibilidad para la crítica a la prepotencia de Gorbachov, le daba así *algo* que criticar. Luego de haber expulsado del Comité Central a cerca de la mitad de los secretarios de los comités centrales kazajos, en diciembre de 1986, sustituyó al secretario general Dinmujámed Kunáev, un nativo, y nombró a Gennadi Kolbin, un ruso sin experiencia en Kazajstán. Esto fue o un error monstruoso o una provocación de proporciones calculadas.

Diez mil estudiantes y pobladores se lanzaron a las calles de Almá-Atá enarbolando consignas nacionalistas (*Kazajstán para los kazajos y solo para los kazajos*) y atacaron los edificios públicos y las oficinas del Partido. El ejército tuvo que reprimir las manifestaciones. Según D'Encausse, haber provocado las manifestaciones étnicas más grandes de la historia de la Unión Soviética no constituyó una enseñanza para Gorbachov y sus declaraciones luego de lo ocurrido revelan "su incomodidad en relación con las cuestiones nacionales y hasta su incapacidad para comprender el alcance verdadero de los hechos".

Los vidrios astillados, como consecuencia de las manifestaciones, dispersos sobre las calles de Almá-Atá, reflejaban el curso que tomaban las acciones de las reformas. El punto de partida de Gorbachov, con los antecedentes fundamentados por Andrópov, se hizo cada vez más irreflexivo y sin un plan verdadero y bien pensado. Comenzó jugando con las ideas reformistas del Partido procedentes de la tradición de Bujárin y de Jrushchov, ideas que reflejaban los intereses de la *intelligentsia*, de moda, del sector de los empresarios y de los funcionarios del Partido vinculados a la Segunda Economía.

Con sus amenazas, ataques, posiciones retóricas y manipulaciones, comenzó a abandonar las ideas tradicionales del marxismo-leninismo. En política e ideología se alejó de la crítica y de la autocrítica como práctica dentro del Partido y de la sociedad; del control de los medios de comunicación basado sobre su propia

versión de la **glásnost**, y sobre un modelo de prensa extraído, burdamente, de la tradición del liberalismo occidental.

En las relaciones internacionales, comenzó por sacrificar la idea del conflicto de clases y de la solidaridad internacional, la igualdad y la reciprocidad, por la teoría de **los eternos valores humanos** y las concesiones unilaterales.

Sus reformas económicas comenzaron por seguir a aquellos que abogaban por desplazarse de la planificación centralizada hacia la autonomía empresarial y el mercado; de la propiedad estatal hacia la cooperativa y la propiedad privada; de la eliminación de la Segunda Economía a su legalización, y lo que es más, cuando chocaba de frente con las realidades y los fracasos, reaccionaba con la tendencia perturbadora de huir hacia adelante, **de escapar hacia el futuro**.¹¹⁸ Las manifestaciones de Almá-Atá demostraron que un curso semejante de acciones podía tener una magnitud terrible

PUNTO DE VIRAJE, 1987-1988

El deterioro y la desintegración de la autoridad central fue considerada de manera unánime como la razón primaria de la crisis.

Michael Ellman y Vladímir Kontórovich¹

En algún momento de 1987, yo personalmente me percaté de que una sociedad basada en la violencia y en el miedo, no podía ser reformada, y que la tarea del momento histórico a que nos enfrentábamos era la de desmontar un sistema socioeconómico con todas sus raíces ideológicas, económicas y políticas.

Alexandr Yákovlev²

Camaradas, me asiste todo el derecho para afirmar que la cuestión de las nacionalidades es un problema resuelto en nuestro país.

Muaíl Gorbachov³

El impacto de una personalidad como la suya (Bujárin) no puede ser libremente reconocida o porque las limitaciones políticas son hoy más fuertes que cuando Jrushchov o por la falta de preparación política e histórica entre los que debaten que, la mayoría de las veces, no conocen lo

suficiente acerca de afinidades. Es asombroso descubrir cuántas ideas del programa antistalinista de Bujárin de 1928-1929 fueron adoptadas como propias por los patrocinadores de las reformas actuales y cuánto de sus críticas sobre prácticas pasadas sigue estrictamente sus predicciones hasta en la forma de decirlo... Obviamente en la situación actual la pregunta no es cómo industrializar un país de campesinos sino cómo dirigir un gigante industrial. Las circunstancias de los años sesentas y de los setentas son muy diferentes a las de los veintes. Es por tanto natural que el debate actual tenga ramificaciones más allá de las planteadas por los que abogaban por la NEP. No obstante, los argumentos usados en ambos períodos coinciden asombrosamente.

Moshe Lewin⁴

1 *The Destruction of the Soviet Economic System*, Armonk, New York and London, M. E. Sharpe, 1998, p. 309.

2 *The Fate of Marxism in Russia*, New Haven and London, Yale University Press, 1993, p. 227.

3 October and Perestroika: The Revolution Continues, *Moscow, Novosti Press Agency, 1987, p. 47.*

4 *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates: from Bukharin to the Modern Reformers*, Princeton, Princeton University Press, 1975.

Durante 1987 y 1988, punto de viraje en los años de la **perestroika**, el liderazgo de Gorbachov en el Partido Comunista de la Unión Soviética abandonó el proyecto de reformas de 1985-1986. Con el pretexto de acelerar la **perestroika** y de vencer la resistencia conservadora, Gorbachov y sus consejeros adoptaron un nuevo camino en el Pleno del Comité Central de enero de 1987 y en la XIX Conferencia de junio de 1988. Estas nuevas políticas minaron objetivamente el socialismo soviético, el liderazgo del Partido Comunista, la propiedad estatal y la planificación

de la economía, e hizo trizas la unidad de la Unión Soviética como Estado federal y multinacional.

El punto de viraje no fue un momento concreto sino un período de 18 meses, desde enero de 1987 hasta junio de 1988, cuando **las reformas políticas y económicas radicales**, convirtieron definitivamente la **perestroika** de un programa potencialmente constructivo, en todo lo contrario: un proyecto demoledor que destruyó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Las nuevas políticas debilitaron y dismantelaron el sistema de planificación centralizada y lo sustituyeron por las leyes del mercado, promovieron la propiedad privada y se abandonó la solidaridad internacional. Medular fue el debilitamiento del Partido. En palabras del historiador norteamericano Robert V. Daniels, Gorbachov desató una secuencia de sucesos desde el centro político mismo, inherentemente impredecibles, que evisceraron la autoridad y legitimidad del Partido Comunista de la Unión Soviética. Enarbolando la consigna de **democratización y descentralización**, el proceso que desató en 1988-1989, en nombre del Partido Comunista y de sus líderes, se tornó rápidamente en un proceso irreversible y fuera de control.

¿Cómo fue posible la mutación? ¿Cómo un secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética pudo emprender ese camino? ¿Cómo pudo continuar llevando a cabo acciones que habían provocado el decrecimiento económico y la furia separatista en 1988? Archie Brown, especialista de alto nivel en Inglaterra, ha observado que: "Gorbachov pudo haber sido sustituido de su cargo —y seguramente lo hubiera sido— en el mismo momento en que el Comité Central, a propuesta del Buró Político, diera cuentas de que se cuestionaba el comunismo o el socialismo".⁶ Brown estaba en lo cierto. El ataque al socialismo no se produjo abiertamente, sino de forma subrepticia, bajo el disfraz de mejorar el socialismo.

Cuando el mundo rememora el drama transcurrido en el Estado soviético entre 1985 y 1991, afloran las imágenes de la desintegración de 1989 a 1991, de los momentos en que todo llegaba al fin: conflictos étnicos, protestas masivas, largas

colas para el pan, huelgas de mineros. Los procesos y sucesos transcurridos durante los años 1987 y 1988 son comparativamente mucho menos visibles.

Durante ese período intermedio, el contenido político de la **perestroika** cambió. En esencia, el liderazgo soviético sustituyó un partido de 70 años de lucha contra el capitalismo y el imperialismo, por una política de rendición y sometimiento. El movimiento revolucionario durante largo tiempo ha conformado la tendencia de encontrar cierto acomodo con el capitalismo tanto dentro como fuera de sus fronteras. Desde los años cincuentas, esta tendencia ha encontrado una nueva base social en la **segunda, o privada, economía**, que se había estado desarrollando dentro del socialismo.

El costo de la carrera armamentista con Occidente —una competencia ampliamente intensificada por .Reagan—, dio más argumentos a aquellos que abogaban por la necesidad de acomodarse con el capitalismo. En los años ochentas la urgencia de confrontar los problemas crónicos del bajo crecimiento económico, la mala calidad de los bienes de consumo, el estancamiento político y las tensiones de la Guerra Fría, suministraron las condiciones para que esta tendencia se fortificara.

Gorbachov no inventó esta nueva tendencia. Hubo ideas políticas similares en el Comité Central y en la Unión Soviética durante décadas, pero cayeron en desgracia después de Jrushchov. Robert Keiser, del diario **The Washington Post**, hace notar que "la rama reformista de Gorbachov tomó por sorpresa a muchos en Occidente, pero él es parte de una tradición reformista casi tan antigua como el Partido mismo. Nikolai Bujárin, uno de los camaradas más cercanos a Lenin, es el padrino de este grupo".⁷

En efecto, durante 1987-1988, Gorbachov sustituyó una posición ideológica por otra: seguía amagando por la izquierda pero se inclinaba cada vez más hacia la derecha. Desde que Jrushchov fue sustituido de su cargo en 1964 la disidencia soviética y una parte de los intelectuales mantuvieron vivos los fundamentos esenciales de esa política: liberalismo cultural; un desempeño más discreto para el Partido Comunista de la Unión Soviética; la noción burguesa de la democracia

liberal; la emulación con Occidente en un ambiente de relaciones distendidas, y el rechazo al concepto de lucha de clases.

El análisis que esta tendencia hacía del nacionalismo ruso y no ruso era muy limitado y a veces inexistente. Su ideología económica, aunque fuera expulsada del Kremlin, abundaba en las esquinas de la academia soviética la cual se mantuvo hurgando en las tendencias burguesas de la economía occidental. Como ideología económica enfatizaba en las ventajas de las relaciones de mercado, no en el plan; en la descentralización, no en el centralismo; en los métodos participativos, no en los coercitivos.

Tenía una alta estima de las ventajas naturales del sistema capitalista, una frase muy usada en los primeros tiempos de Gorbachov. Enfatizaba en el socialismo de las fuerzas productivas, el cual minimizaba la necesidad de luchar por perfeccionar las relaciones de producción, esto es, terminar con la división de clases. Consecuentemente, esta ala del Partido Comunista de la Unión Soviética enfatizaba en el crecimiento y en la producción, pero subestimaba la necesidad de mantener la propiedad privada y el mercado dentro de los niveles y el control adecuados.

En 1987 y 1988, el nuevo curso de acciones se manifestó de tres formas: primera, las reformas al Partido se convirtieron en la liquidación de este y su exclusión del aparato del poder; segunda, bajo la bandera de la **glasnost**, los medios soviéticos de comunicación devinieron medios anticomunistas, y tercera, Gorbachov abrazó la actividad empresarial privada.

En 1985 y 1986, la prensa comunista soviética había demandado poner fin a los abusos del Partido. Se alineó contra la corrupción, el amiguismo, al patronazgo, el servilismo, el nepotismo, el **departamentalismo** burocrático, la protección de seguidores leales por los que ostentaban altos cargos, la preparación insuficiente de los cuadros, el formalismo, la complacencia, las debilidades ideológicas. Como respuesta a tal criticismo, el XXVII Congreso del Partido Comunista lanzó el programa de reformas para el Partido.

Estas incluían un nuevo reglamento que proponía el enaltecimiento de la crítica y de la autocrítica y una nueva concepción de liderazgo político que reformaba la

responsabilidad personal. El Congreso, además, llamaba a una estricta supervisión de la conducta de los líderes del Partido.⁹ Gorbachov nunca implemento tales reformas.

En lugar de cumplir lo acordado en el Congreso del Partido, Gorbachov vio en este el obstáculo mayor para la **perestroika** y decidió implementar **reformas políticas radicales**, o sea, debilitarlo. Como parte del ataque contra el Partido, inició una campaña de **desestalinización**. En dos ocasiones, a inicios de 1987 y en 1988, Gorbachov y Yákovlev incitaron a los medios de comunicación a revisar la historia del Partido. Jrushchov fue el pionero de estas prácticas contra los que se le oponían en 1956 y en 1961. Gorbachov dio su aprobación para que se expusiera públicamente que las estadísticas soviéticas habían sido sistemáticamente adulteradas para ocultar el fracaso económico y que el estancamiento stalinista estaba en la raíz de los problemas que —afirmaba Gorbachov— eran mucho peores de lo que la gente pensaba. Usaba las críticas contra Stalin para debilitar a Ligachov y sus aliados. En febrero de 1987, decidió flexibilizar aún más el control sobre los medios de comunicación y permitirles sacar a la luz las críticas contra Stalin. Esto representaba una media vuelta con respecto a sus alertas de seis meses antes contra los que pretendían escarbar en el pasado.²

El ataque contra el stalinismo le permitió a Gorbachov crear una coalición contra las fuerzas de trabajadores socialistas honestos. Como afirma el historiador Stephen Kotkin, su coalición unió a aquellos que denunciaban a Stalin en nombre de las reformas por el socialismo y a aquellos que también lo denunciaban y a la vez repudiaban el socialismo. Stephen F. Cohén, dice que el antistalinismo se convirtió en la ideología de las reformas comunistas desde arriba, como mismo ocurrió cuando Jrushchov.

En 1987, el control anticomunista de los medios de comunicación comenzó a tener otras consecuencias. Por ejemplo, cuando el Buró Político estuvo discutiendo una propuesta de alto riesgo hecha por Gorbachov y su grupo, de reducir la demanda estatal al 50 % y obligar a las empresas a vender el resto libremente en el mercado, los seguidores de Yákovlev en los medios de

comunicación iniciaron una campaña contra los que se oponían dentro del Partido a la proposición, con acusaciones amenazadoras y ominosas de conservadurismo, desaceleración y retorno al estancamiento. Dada la presión de la opinión de los medios, el Buró Político optó por la propuesta hecha por Gorbachov, un verdadero salto a la oscuridad, y la economía inició una caída en picada de la cual nunca más se recuperó.

Después de 1987, ninguna persona, excluyendo al propio Gorbachov, tenía tanta influencia en las políticas soviéticas como Yákovlev, particularmente sobre aquellos que minaron el Partido Comunista soviético y cedieron el poder a los intelectuales antipartidistas y procapitalistas. Yákovlev, así como otros asesores importantes de Gorbachov, se reconocía como un socialdemócrata. Georgi Shajnazárov se refería a sí mismo como un socialdemócrata desde los años sesentas. Archie Brown describe a Anatoli Cherniáev como un pensador político liberal de larga experiencia. Gorbachov presentó a Cherniáev como *mi alter ego* a Felipe González, el primer ministro español y socialdemócrata. Según D'Agostino, Cherniáev, Shajnazárov y Yákovlev escribían los documentos de Gorbachov.

Bajo el tutelaje de Yákovlev el concepto político de la *perestroika* asumió un nuevo significado: el *pluralismo socialista* se convirtió en *pluralismo de opinión*, y finalmente en *pluralismo político*.¹⁷ La frase de Gorbachov *varias formas de realización de la propiedad socialista*, pronto perdió la palabra *realización*, después *socialista* y quedó solamente en *varias formas de propiedad*. El *Estado socialista de derecho*, se convirtió en *Estado basado sobre lo establecido por la ley*. El apoyo a los *mercados socialistas* evolucionó hacia *socialismo de mercado* hasta llegar a la *economía regulada de mercado*. Mientras las repúblicas no rusas sucumbían en el nacionalismo separatista, los medios de comunicación bajo la dirección de Yákovlev evitaban las palabras *nacionalismo* y *separatismo*. Archie Brown, simpatizante de Gorbachov, deja claro el modelo:

Lo que generalmente ocurrió fue que Gorbachov introducía y respaldaba un concepto que previamente había desaparecido del discurso político soviético, pero durante los primeros años como secretario general, le añadiría el adjetivo

de **socialista**. Los intelectuales con mentalidad reformista se apoderaban del concepto y lo elaboraban; hacia 1988, los más radicales entre ellos, eliminaron el calificativo de **socialista...** Lo sorprendente acerca de Gorbachov no era solamente que lanzara tantas ideas ajenas al marxismo-leninismo con el calificativo de **socialistas**, sino que las sacara a relucir dos años después en su forma revisada con todos los **calificativos** eliminados.

En 1987, Yákovlev trabajaba conscientemente por metas antisocialistas. La doctrina de coexistencia pacífica, originalmente una forma de lucha anticapitalista utilizando todos los medios excepto el militar, cambió por la de **valores humanos universales**, una frase que eventualmente sería usada para justificar la alianza con el imperialismo. La democracia socialista devino **democratización**, entendida como la reducción del desempeño del Partido. El socialismo devino **la opción socialista**, no una etapa del desarrollo de las formaciones socioeconómicas, sino en una simple aspiración de justicia social. La seguridad y la cooperación entre el capitalismo y el socialismo en Europa se transformaron en **nuestra casa común europea** que sugería la posibilidad de intereses comunes a más largo alcance y más allá de la paz; comercio mutuamente ventajoso y otras formas de cooperación. Las palabras cambiaban lentamente y tornaban las doctrinas y los conceptos en lo contrario. Ellman y Kontórovich dicen: "Se desató una verdadera guerra contra la ideología oficial... aparentemente antes de que se tomara decisiones sobre las reformas más radicales".

A inicios de 1987, con un Buró Político prorreformas en su mayoría pero no revisionista y que podía darle oposición, Gorbachov y sus aliados optaron por el uso de los medios de comunicación y la **glasnost** para insuflar un nuevo contenido antistalinista a la **perestroika**. El periodista norteamericano Robert Kaiser, al observar este mismo fenómeno, afirmó: "Gorbachov, Shevardnadze, Yákovlev y sus aliados, fueron más resueltos y creativos que la oposición conservadora... Hacia finales de 1986 y principios de 1987, él y sus aliados en el Partido y en la **intelligentsia**, se comportaban un poco como niños malcriados en una cristalería, haciendo trizas los tabúes mientras, obviamente, daban rienda suelta a los augurios de ruptura".

El tono hilarante con que David Remnick, corresponsal jefe en Moscú de **The New York Times** citó las palabras de Yákovlev ante el féretro de Lenin, sugiere que mantenían contactos sistemáticos. Su experiencia de una década en Norteamérica hacía que Yákovlev conociera la importancia de ese diario para cambiar la percepción de los norteamericanos. Ligachov, repetidamente hizo notar la acción concertada de los medios de comunicación occidentales y soviéticos.

Las condiciones económicas eran un factor determinante en la conformación de la actitud de las masas hacia el sistema soviético. En 1987, la floreciente Segunda Economía comenzó a condicionar y a cambiar todas las políticas soviéticas hacia una nueva dirección antisocialista. Anthony Jones y William Moskoff, al escribir sobre el renacimiento del **empresariado**, destacan que las cooperativas de comercio y servicios eran una parte legal y justificable de la economía durante toda la era soviética, responsable de cerca de una cuarta parte de todo el comercio del país. Su carácter, desde luego, cambió radicalmente en 1987.

Las cooperativas que surgieron bajo la nueva Ley de Actividades del Trabajo Individual de 1987, eran de una naturaleza distinta a las antiguas cooperativas de la época anterior... La idea de denominar estas organizaciones como **cooperativas** no engañaba a nadie en la Unión Soviética. Era un hecho reconocido que se trataba de empresas privadas, **disfrazadas** de empresas socialistas. Una vez que el camino estaba limpio y trazado para las formas no estatales de actividad económica, lo que llegó a conocerse como **Economía Alternativa** se extendió rápidamente.²⁴

Según el economista Victor Perlo, hacia finales de 1988, estas falsas **cooperativas** infestadas del mundo de hampa daban empleo a un millón de trabajadores. Un año más tarde, lo hacían con cinco millones. Este crecimiento rápido y descontrolado de la Segunda Economía, imprimió su sello al proceso de establecimiento del mercado y envalentonó el anticomunismo y la oposición, a la vez que erosionaba la confianza en el Partido Comunista de la Unión Soviética. Entre otras consecuencias, la Segunda Economía permitió, en palabras de Gregori Grossman, "que se evidenciara un ejemplo vivo de alternativa al sistema de

planificación centralizada de ordeno y mando". En resumen, la Segunda Economía fue el apuntalamiento material del derrumbe político.

Durante el importantísimo Pleno del Comité Central realizado en enero de 1987, bajo la consigna de la **democratización**, comenzó la exclusión del Partido Comunista de la Unión Soviética del poder político y económico. El liderazgo **gorbachoveano** había pospuesto el Pleno en tres ocasiones, un signo de que se ampliaban las diferencias en la cúspide. En dicho Pleno, Gorbachov expuso los supuestos logros de los dos años transcurridos y transmitió una gran fuerza de voluntad y de confianza en sí mismo.

En el Pleno, el secretario general propuso reformas políticas, incluyendo la candidatura de varias personas para secretario general del Partido, desde el nivel de distritos hasta la Unión de Repúblicas y la posibilidad de proponer a no miembros del Partido, para posiciones importantes dentro del Estado y del Gobierno.

Gorbachov criticó los serios problemas de funcionamiento de la democracia socialista que, de hecho, frenaban las reformas impulsadas por él.³⁰ Propuso el voto secreto para las asambleas y para las empresas.

Ligachov percibió este cambio como un pivote, después del cual el proceso de democratización se hizo imposible de conducir, según afirmó: "La sociedad comenzó a perder su estabilidad; la idea de que todo era permisible ganó terreno", pero todavía Gorbachov no obtuvo todo lo que quería en el Pleno de 1987 y dado que el próximo Congreso del Partido no estaba previsto hasta 1990, propuso realizar una Conferencia Especial de este. El Comité Central rechazó la idea inicialmente, pero en el Pleno de junio de 1987, se acordó llamar a una Conferencia Especial del Partido para junio de 1988.

John Dunlop, de la Universidad de Princeton, remitió la causa del programa de democratización a las consideraciones tradicionales del poder político en el Kremlin: Gorbachov necesitaba aislar y quitarse del medio la competencia en el Buró Político.

En el transcurso de unas semanas, el secretario general pronunciaba un gran discurso sobre las elecciones competitivas dentro del Partido para sus posiciones

más importantes. Jerry Hough, sugiere que el Pleno fue el momento de cambio: del control del Partido hacia el control del Estado. "Él (Gorbachov) seguramente había decidido pasar su base de poder del aparato del Partido a la de la Presidencia".

En realidad, el cambio político de enero de 1987 representó algo de mucho más significado y alcance que la lucha cruenta por el poder personal o el anuncio de una nueva forma futura de gobierno. Como el mismo Gorbachov definió, en esa etapa **democratización** significaba un cambio del marxismo a las formas socialdemócratas en la noción estructural del Partido.

Estaba rechazando la doctrina leninista del desempeño rector del Partido y del centralismo democrático como principios de la organización partidista. Kotz y Weir, quienes simpatizaban con Gorbachov, observan que "Gorbachov y su círculo allegado, comenzaron a ver la democracia como un fin en sí misma. Parecía que la vieran como un objetivo igual en importancia que su meta tradicional de construir el socialismo".

Los que buscaban la destrucción del Partido Comunista rara vez lo decían claramente. En primera instancia, el proceso asumió una forma taimada, de ataque silencioso, porque para la mayoría del pueblo soviético, vistas desde la superficie, las nuevas políticas aparecían como un esfuerzo por resolver los grandes problemas que desde hacía mucho tiempo confrontaba la construcción del socialismo. La agenda de reformas introducidas en el período 1985-1987 pretendía acelerar el crecimiento económico, detener la carrera armamentista, elevar y perfeccionar el desempeño del Partido y profundizar la democracia socialista. Al principio, la ola de **democratización** de 1987 no entraba en conflicto con tales propósitos.

Los que apoyaban la democratización proclamaban que aceleraría las reformas en el propio Partido, haría que el proceso de la **perestroika** fuera irreversible y separara las funciones del Partido y del Estado.

Gorbachov en ningún momento proclamó: "Ahora vamos a limitar el desempeño del Partido Comunista de la Unión Soviética y privarlo de su función rectora, desmantelar el Secretariado del Comité Central, sustituir las comisiones

inservibles del Secretariado del Comité Central, abandonar el control y el chequeo sistemáticos y liberar al secretario general de su obligación de velar por la implementación de las decisiones de los congresos del Partido. Acabemos con la articulación vertical del Partido, dejemos a la base sin orientación del nivel superior".

No lo proclamó abiertamente, pero fue precisamente lo que ocurrió. Las frases izquierdistas de la *perestroika* como reformas **aún más radicales, verdaderamente revolucionarias**, entre otras, prepararon el camino procapitalista.

Adicionalmente, la idea de que un secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética preparara la destrucción de ese partido, parecía descabellada. Todo ocurría en un contexto confuso, donde los medios de comunicación soviéticos usaban una terminología que dejaba perplejos a cuantos los leyeran y donde el comunista genuino que quisiera preservar el Partido y el socialismo era tildado de "ultraconservador", y los que trabajaban por la restauración del sistema capitalista eran llamados "demócratas", una terminología compartida por los medios occidentales con total intencionalidad y conocimiento de causa.

En términos bélicos, cuando un ejército se rinde en un frente de batalla y se retira, el resto de sus posiciones es difícil de defender; en política resulta igual. Una retirada en un frente a menudo implica la retirada total. Por ejemplo, Gorbachov utilizó los medios de comunicación para debilitar a sus oponentes en el Buró Político, erosionar la dirección colectiva y profundizar las divisiones dentro del Partido Comunista. Las divisiones coartaron acciones decisivas que requerían de unidad para enfrentar las decisiones económicas y el problema de las nacionalidades.

De manera semejante, la campaña estridente contra Stalin y la rehabilitación de Bujárin y sus ideas económicas representaron un camino desbalanceado en relación con la búsqueda de la verdad histórica sobre el Partido. Esta campaña, exitosamente, situó a los antirrevisiónistas a la defensiva y dejó listo el camino para despojar al Partido de su control sobre la dirección de la economía.

En marzo y abril de 1988 tuvo lugar una seria confrontación dentro del liderazgo del Partido. Participantes y analistas, ambos, dan visiones totalmente diferentes acerca de lo que realmente ocurrió y su significado. Las diferencias hacen imposible la reconstrucción total y cronológica de los hechos. De todas maneras, el significado real y su alcance están fuera de discusión.

Todos los analistas coinciden al menos en los elementos siguientes: primero, la propuesta de una conferencia especial del Partido en junio durante la cual Gorbachov haría declaraciones especiales de amplio alcance político en relación con las reformas, incrementó las tensiones en el liderazgo soviético, y sin dudas, precipitó la crisis; segundo, el asunto comenzó el 13 de marzo de 1988 cuando **Soviétskaia Rossía** publicó una carta de Nina Andréyeva, una profesora de Química en el Instituto Tecnológico de Lenin- grado, titulado "Yo no puedo renunciar a mis principios".

La carta criticaba abiertamente algunas de las consecuencias ideológicas de la **glásnost**, y tercero, cuando la crisis de Andréyeva finalizó un mes más tarde, Gorbachov había desarraigado y desacreditado a sus oponentes **de izquierda** en el Buró Político. Por tanto, la crisis de la carta significó el punto de viraje decisivo en la transformación de la **perestroika** de una inspiración en los planes de acción de Andrópov en el contexto tradicional del socialismo soviético, en un ataque abierto contra los fundamentos esenciales del socialismo, el Partido Comunista, la propiedad social y la planificación centralizada.

Gorbachov, sus apologistas y la gran mayoría de los analistas occidentales han propagado una interpretación desde un solo ángulo acerca de los hechos ocurridos en marzo y abril de 1988. Caracterizaron la carta de Andréyeva como neostalinista, antisemita, expresión del nacionalismo ruso, manifiesto **antiperestroika**. Afirmaron o dejaron entrever que su publicación era el resultado de una conspiración encabezada por Ligachov para desviar de su curso a la **perestroika**.³⁵ Algunos sugirieron, además, que fue una micromodelación de un golpe de Estado. Todos estos puntos de vista partían de rumores e interpretaciones tendenciosas.

Lo más plausible es que Gorbachov y Yákovlev hayan utilizado deliberadamente la publicación de la carta como pretexto para atacar a Ligachov, ponerlo a la defensiva y desacreditarlo como medida previa a la realización de la Conferencia Especial del Partido. En fin, fue lo que ocurrió.

La carta de Andréyeva estaba muy lejos de ser ***rabiosamente antisemita, un ataque frontal contra la perestroika o un punto de vista nacionalista y neostalinista***. Su título, que un periodista norteamericano llamó ***provocativo***, tenía su origen real en un discurso de Gorbachov y la carta concluía con una cita del propio Gorbachov acerca de la importancia de los principios marxistas-leninistas. La carta no contenía discusión alguna en torno a las políticas de Gorbachov sobre asuntos económicos, políticos o internacionales.

Realmente, restringía su discusión a asuntos ideológicos, acerca de los cuales argumentaba sobre la confusión ideológica y el hecho de que algunos escritores de la ***glasnost***, aplastaban tendenciosamente el resto de las opiniones y eso confundía a sus estudiantes. Andréyeva criticaba el tratamiento histórico que le había dado al dramaturgo M. Shátrov y al novelista A. Ríbakov por la distorsión que habían hecho de la Historia, particularmente del lugar que debía ocupar Stalin. Criticaba además, dos tendencias antisocialistas: la neoliberal o liberal de izquierda y los neoeslavófilos o ruso-nacionalistas. Lo hacía con los primeros por pretender un humanismo socialista vacío, sin la toma de partido como clase social, por favorecer el individualismo sobre el colectivismo, por sus tendencias modernistas en detrimento de la cultura: buscadores de Dios, de ídolos tecnológicos, predicadores de los encantos de la democracia del capitalismo de hoy y portadores de las alabanzas sobre sus logros. Criticaba a los neoeslavófilos por tratar de dar una visión romántica de la Rusia campesina y prerrevolucionaria e ignorar la terrible opresión a los campesinos y el desempeño revolucionario de la clase trabajadora.

Valorando la controversia que se generó rápidamente en torno a la carta, puede decirse que transpiraba moderación, balance de argumentos, racionalidad. La noción de que Andréyeva era expresión de un brote de neostalinismo o para

decirlo con las palabras de Robert Kaiser, **defendía ferozmente a Stalin**, representaba una malinterpretación manipulada.

Andréyeva afirmó que ella compartía el malestar y la indignación de todo el pueblo soviético por las represiones de los años treinta y cuarenta, lo cual — decía— había afectado a su propia familia, pero, sobre todo, enfatizaba, que la resolución sobre el culto a la personalidad de 1956 y el discurso de Gorbachov en conmemoración del septuagésimo aniversario de la Revolución de Octubre, se mantenían como bases y lineamientos científicos hasta este momento.

La acusación de antisemitismo procedía de periodistas norteamericanos quienes veían un significado oculto en el uso de la palabra **cosmopolita** para criticar la falta de sentimiento nacional y el internacionalismo. Andréyeva dirigía sus críticas contra aquellos que idealizaban los países de Occidente, incluyendo a los **arrepentidos** que preferían darle la espalda a su propio país y al socialismo, y emigrar. Ni la propia respuesta del Buró Político pudo acusar a Andréyeva de antisemitismo. La idea de que la carta representaba los intereses de los nacionalistas rusos se basaba sobre que en esta se resaltaba que el nacionalismo había llamado la atención sobre los problemas medioambientales, la corrupción y el alcoholismo, pero, a la vez, también tenía una visión crítica para el nacionalismo **romántico** que distorsionaba la historia rusa.

La idea de que la carta representaba un manifiesto anti-**perestroika** de Ligachov y sus seguidores, era falsa y sin fundamentos. Andréyeva y Ligachov negaron semejante conspiración. El historiador Joseph Gibbs afirmó que a pesar de haber realizado entrevistas con el equipo de la revista **Soviétskaia Rossía**, no pudo verificarse implicación alguna de Ligachov en la publicación de la carta. El historiador Stephen F. Cohén ha dicho que Ligachov no es un **intrigante** por naturaleza y que no hay evidencias conclusivas de que estuviera envuelto en el asunto de la carta de Andréyeva.

En sus **Memorias**, Gorbachov da una sola razón para sospechar una conspiración, "la carta contenía información conocida solo por un círculo de personas relativamente pequeño", algo con poca y dudosa base desde cualquier punto de vista. Es más, el carácter moderado de la carta, sus excentricidades e

imprecisiones, la hacen algo difícilmente concebido a los más altos niveles del Partido. La carta, por ejemplo, atribuye erróneamente un comentario de Isaac Deutscher a Winston Churchill.

Es más, para ser un manifiesto *antiperestroika*, la carta paradójicamente no llama a retroceder ni en la *glásnost* ni en la *perestroika*. Andréyeva lo que pide es el reconocimiento en el debate que tiene lugar nacionalmente, como cuestión cardinal y de la mayor importancia, del desempeño rector del Partido y de la clase obrera. No obstante, Gorbachov y Yákovlev montaron una campaña repentina, totalmente manipulada, donde metamorfoseaban esta carta en una amenaza peligrosa contra todos los esfuerzos de reformas.

Al día siguiente de haber aparecido publicada la carta, Ligachov se reunió con varios jefes de los medios masivos de comunicación. Algunos de los simpatizantes de la teoría de la conspiración piensan que era una reunión *fuera de agenda* en la cual Ligachov ordenó la reimpresión de la carta, pero este mismo líder comunista ha expresado, que era una reunión preparada con una semana de antelación a la publicación del documento, que en la reunión se trató muchos otros temas, que mencionó la carta de forma favorable en el marco de las discusiones que tenían lugar acerca del tratamiento de la Historia en el país y que no dio instrucción alguna para que se publicara nuevamente. Gorbachov, quien vio la carta por primera vez mientras viajaba en un vuelo de aviación en visita oficial de cuatro días a Yugoslavia, le dijo inicialmente a su jefe del equipo de trabajo que le parecía bien. Al regresar a Moscú, reunirse con Yákovlev y conocer que varios miembros del Buró Político apoyaban la carta, incluido Ligachov, que se reproducía en varias publicaciones por todo el país, incluyendo la prensa provincial y que circulaba ampliamente en Leningrado, la actitud de Gorbachov cambió.

Ordenó una investigación sobre el origen de la carta como pretexto para *barrer* del Buró Político a sus oponentes. Gorbachov estuvo de acuerdo con Yákovlev en que él debía reaccionar *desde su posición de jerarquía* y combatir el hecho *desde arriba*. Rápidamente se reunió con miembros de los medios de comunicación y denunció a *Soviétskaia Rossía*.

Entonces, según dice Ligachov, comenzaron a circular rumores acerca de la conspiración congeniada por los que se oponían a la **perestroika** y quienes habían calculado el momento para que la publicación del manifiesto de Andréyeva apareciera precisamente cuando Gorbachov se encontraba fuera del país.

Entre marzo y abril, el Buró Político examinó el tema de la carta de Andréyeva al menos en tres ocasiones: una de estas, fue una reunión extraordinaria. Durante dos días, seis o siete horas diarias, se analizó solo un tema: la carta de Nina Andréyeva. El Buró Político no se había dedicado nunca a examinar un artículo durante dos días; eso ocurrió solamente en esta ocasión.

Ligachov cuenta que el ambiente de discusión descendió de los niveles de flexibilidad, libertad y democracia que usualmente prevalecían en las discusiones de trabajo. Los ánimos estaban caldeados, el ambiente muy tenso y todos estaban nerviosos, incluso, se sentía opresión. Yákovlev estableció el tono de las discusiones. Denunció la carta de Andréyeva como un manifiesto de las fuerzas **antiperestroika**. Según Ligachov, "Yákovlev llevaba de su mano las cuerdas del asunto y manejaba la situación. Vadim Medvédev apoyó a Yákovlev. Querían imponer su opinión a todo el Buró Político de que el artículo de Andréyeva no era un artículo simple y ordinario: era el resurgimiento del stalinismo, la mayor amenaza para la **perestroika**".

Yákovlev no mencionó a Ligachov por su nombre pero según este último, sí dejó entrever con suficiente claridad, que detrás de todo este asunto de la carta pudiera estar él y presumiblemente que se tratara de la preparación, en ciernes, para un golpe de Estado. Ligachov dice que la reunión se convirtió en una "cacería de brujas", era una reminiscencia de los peores días de Stalin. Gorbachov, inequívocamente, se situó del lado de Yákovlev. Hasta los miembros del Buró Político que apoyaron inicialmente la carta, se vieron forzados a renunciar a sus puntos de vista previos, manifiesta Ligachov. Es más, Gorbachov **aplastó** literalmente a aquellos que no fueron suficientemente enérgicos en la condena al artículo de Andréyeva.

La "cacería de brujas" continuó durante semanas. En un momento dado, una comisión del Comité Central investigó las oficinas de **Soviétskaia Rossía** en

busca de evidencias sobre la posible conspiración. El 30 de marzo o alrededor de esa fecha, mientras Ligachov se encontraba en un viaje de tres días por las provincias, Gorbachov convocó a otra reunión del Buró Político en la cual convirtió la denuncia a la carta en una prueba de lealtad. Se alega que dijo: "Yo les pido a cada uno de ustedes que se pronuncie y defina claramente su posición personal". Según algunos testigos, amenazaba con la renuncia a menos que cada uno de los miembros del Buró Político se definiera con claridad. Todo el que estaba presente criticó el artículo de ***Soviétskaia Rossía***.

El máximo órgano del Partido aprobó también una declaración condenando a Valentín Chikin, el editor de ***Soviétskaia Rossía*** y alertando a Ligachov. Finalmente se aprobó que Yákovlev personalmente redactara una respuesta a la carta de Andréyeva. De tal forma, el secretario general dividió a sus oponentes y los situó en una posición a la defensiva, principalmente a Ligachov, a quien aisló y humilló.

El 5 de abril, ***Pravda*** publicó la nota del Buró Político. Entre otras cosas decía: "Por primera vez los lectores han podido leer en forma muy concentrada... La intolerancia ante la más mínima idea de renovación, la exposición brutal de posiciones inamovibles que son en esencia, conservadoras y dogmáticas". La respuesta agregaba que al defender a Stalin, los que estaban detrás de la carta, defendían el derecho a usar el poder arbitrariamente.

Al día siguiente, ***Soviétskaia Rossía***, fue obligada a publicar la nota de respuesta y el día 15, la publicación se retractó de la carta y se autocriticó. Los periódicos comenzaron a publicar una ola de supuestas cartas espontáneas de los lectores que condenaban la escrita por Andréyeva.

El 8 de abril en Tashkent, Uzbekistán, Gorbachov declaró que la cuestión del socialismo y del destino de la Patria estaban en peligro y que alguien más, además de Ligachov, debía conducir los asuntos ideológicos. En una reunión del Buró Político los días 15 y 16 de abril, Gorbachov dijo que una investigación en torno a la carta de Andréyeva había demostrado que el asunto se había ***originado desde aquí adentro***. Yákovlev realizó una larga intervención en contra del contenido de la carta que finalizó con su aseveración de que se trataba de un

manifiesto antiperestroika. En esa misma reunión, Rízhkov atacó a Ligachov por entrar en áreas que no eran de su competencia. De acuerdo con Robert Kaiser, al final de la reunión, "Ligachov estaba aislado". La reunión lo liberó de algunas de sus responsabilidades y transfirió la atención de los asuntos ideológicos a Yákovlev.

Finalmente, Gorbachov y Yákovlev convirtieron la carta de Andréyeva, algo que parecía crítico para la **perestroika**, en un pretexto para la emboscada contra su más visible oponente en el Buró Político —Ígor Ligachov—, y en general para intimidar a los antirrevisionistas. Mediante este verdadero **asalto** contra Ligachov y sus aliados, los despojaron de su poder y pasaron la atención de la ideología y de los medios de comunicación a manos del más extremista entre todos los revisionistas del liderazgo en el poder. El duro manejo de todo este episodio con **Soviétskaia Rossía** y el resto de los medios, envió un mensaje claro que según las palabras del historiador Gibbs "el único uso aceptable de la política de **glasnost**, era promover la **perestroika** tal y como la entendía y la dirigía Gorbachov". Después de los sucesos, Yákovlev le dijo a un amigo: "Hemos cruzado en Rubicón", y Gorbachov comentó que el asunto de la carta de Andréyeva quizá pudiera haber sido **buena cosa**. Con Ligachov bajo control y los medios de comunicación **escarmentados**, se destapó una avalancha de antistalinismo. Cherniáev recuerda haber pensado en aquellos momentos: "Si Andréyeva no hubiese existido, hubiéramos tenido que inventarla".

La victoria de Gorbachov en torno al asunto de la carta, significó el triunfo de su línea de acción revisionista. Su éxito sobre Ligachov preparó el camino para que dominara la XIX Conferencia del Partido en junio de 1988. En tanto, Yákovlev y Vadim Medvédev asumieron la conducción de los asuntos ideológicos en lugar de Ligachov y, en septiembre de 1988, este fue demovido para atender la agricultura. Llegado el momento, Gorbachov sustituyó del Buró Político a todos los que habían apoyado la carta de Nina Andréyeva con la excepción de Anatoli Lukiánov, amigo de Gorbachov desde sus días de estudiante.

Si el Pleno del Comité Central en enero de 1987 fue un temblor, la XIX Conferencia del Partido en junio de 1988 fue un verdadero terremoto. Las 10 tesis

distribuidas con un mes de antelación reflejaban el consenso del liderazgo soviético, pero cuando Gorbachov inauguró la Conferencia, su discurso fue mucho más allá de las tesis; propuso la creación de un Congreso de Diputados Populares, un nuevo órgano supremo del poder estatal.

El pueblo elegiría 1 500 diputados para un término de cinco años, de ellos 750 reservados para el Partido y las diferentes organizaciones. De entre dichos diputados se elegiría un pequeño Sóviet Supremo bicameral, órgano permanente que debía responder al Congreso. Este elegiría un presidente ejecutivo, responsabilidad para la que el propio Gorbachov se sentía con derecho. La proposición, presentada en forma de Resolución a última hora, mientras Gorbachov presidía la sesión, significaba la obliteración, la negación misma del Comité Central. De acuerdo con un analista: "Mientras cantaban ***La Internacional***, muchos delegados se preguntaban qué acababan de hacer".

La XIX Conferencia del Partido utilizó las prácticas pasadas de una manera asombrosa. Puesto que el Partido tenía el desempeño de liderazgo en la sociedad soviética y en el Gobierno, de un solo golpe la XIX Conferencia revirtió dicho desempeño rector, al declarar que el Estado, en lugar del Partido, debía asumir el liderazgo. Con semejante acción redujo el desempeño histórico de la vanguardia de la clase obrera a un simple partido parlamentario.

La Conferencia legalizó las organizaciones políticas de diferentes tendencias. Mientras, la vanguardia partidista de la Unión Soviética languidecía, Gorbachov establecía una nueva plataforma desde la cual ejercer el poder. Rápidamente siguieron otras acciones. En septiembre de 1988, trazó un plan para convertir el Secretariado del Comité Central en comisiones, privando así, a los líderes del Partido de todo su equipo de trabajo operativo. La acción debilitó a sus oponentes en el Comité Central y sobre todo a Ligachov, quien tenía allí su base política de trabajo. Cada paso en función de debilitar y obviar el Comité Central, tuvo consecuencias de amplio alcance.

La vuelta atrás se hizo progresivamente imposible. En abril de 1989, mientras presidía una reunión del Buró Político, Ligachov discernía sobre un partido en el gobierno extrañamente débil.

En algún momento, el empeño de Gorbachov por liquidar al Partido —y desmantelar el gobierno central— se convirtió en un proceso totalmente consciente. Un momento intrigante y significativo de la conversión de Gorbachov al revisionismo total, ocurrió en su respuesta al informe enviado por Yákovlev en 1985, donde le planteaba dividir al Partido en dos: un partido socialista y otro popular democrático, eco de la propuesta de cuando Jrushchov propuso separar el Partido en uno urbano y otro rural. Según Yákovlev, Gorbachov simplemente respondió; "muy pronto". Luego de este incidente, Yákovlev ascendió en la jerarquía y, si lo que dice es cierto, el secretario general tenía su plan de acción en mente desde que asumió el cargo.

Otras evidencias acerca de la naturaleza y el momento del cambio en Gorbachov, difieren. Sus propias *Memorias* contienen ideas que van y vienen, antes y después, en un verdadero caos de contradicciones. Simpatía, desdén y pena por el Partido, llenan simultáneamente las páginas del libro, pero aún así, si es que en algo se le puede creer, desde el mismo comienzo vio el Partido como su obstáculo principal y a su aparato como su enemigo fundamental y no como el instrumento para impulsar las reformas que tenía en mente. Maniobraba por encima y al margen del Partido, no luchaba desde dentro de este. Desde su posición de secretario general apelaba siempre al pueblo y a los intelectuales. Por todas partes, en sus *Memorias*, podemos encontrar frases como: "las estructuras del Partido están aplicando el freno".

No obstante, la visión de Gorbachov emergió al final con toda claridad. De acuerdo con Anatoli Cherniáev, el secretario general sentía solo desprecio por el Comité Central. Cuando Cherniáev, uno de sus servidores más leales, le pidió a Gorbachov que dejara el Partido, el secretario le respondió:

¿Sabes, **Tolya**, tú crees que estoy ciego? Vi y leí tu nota. (Georgi) Arbatov, (Nikolai) Shmelsev... también dicen lo mismo, tratan de persuadirme para que abandone el puesto de secretario general. Pero recuerda, esa manada de perros sarnosos no puede dejarse con la cadena suelta. Si lo hago, toda esa cosa enorme se volverá contra mí.

La organización que hizo de él lo que era, constituía para el secretario general "una manada de perros sarnosos".

Los que observaban los cambios desde fuera entre 1987 y 1988, los veían a través de un cristal oscuro, pero hasta los que estaban inmersos en las circunstancias, desde dentro, tenían dificultades para distinguir claramente los problemas. Quizás hasta el propio Gorbachov no alcanzaba a percatarse del alcance verdadero de los hechos.

En ese momento quería algo así como una democracia al estilo occidental sin restaurar el capitalismo. Les dijo a los críticos que lo acusaban de **socialdemocratizar** el Partido, que las distinciones entre el reformismo social y el marxismo-leninismo ya no eran válidas. En las sociedades capitalistas, desde luego, las coaliciones de centro-izquierda son habituales y tienen todo el sentido que les otorgan las circunstancias. En una sociedad socialista, representan un retroceso. En todo caso, el secretario general buscaba un milagro, puesto que la lealtad esencial de la socialdemocracia, en última instancia, es consustancial al capitalismo.

El régimen de Gorbachov se convirtió en una **polea de transmisión**¹⁶ para las ideas que repudiaban los cimientos teóricos del marxismo-leninismo. Sus propios discursos transmitían ideas como **nuevo pensamiento, valores humanos universales, noción burguesa de la democracia y socialismo de mercado**; se las transmitía al Partido y a los medios de comunicación. En consecuencia, los medios de comunicación (**glásnost**), se proyectaron por medio de las nuevas ideas mientras dejaban preparada la escena para nuevos discursos con nuevas ideas que iban mucho más allá en la dirección fundamental de sus acciones: al abrazo del antisocialismo.

En esencia, el nuevo pensamiento de Gorbachov sustituyó la lucha contra el imperialismo por la rendición, a la vez que trocaba los conceptos **rendirse ante el capitalismo** por el de luchar contra este. Sustituir rendición por lucha tiene un efecto psicológico y una dimensión política. Detener la lucha produce alivio. Ciertas frases recurrentes durante los años de la **perestroika** revelan la psicología oportunista de los círculos de poder que rodeaban a Gorbachov y su disposición de

ceder ante presiones y recompensas. El secretario general sabía que sus concesiones le sumaban adeptos y aduladores en Occidente. Una vez exclamó; "No podemos seguir viviendo de esta forma", pero al examinar la realidad a partir de cualquier criterio de medida, la aludida crisis insoportable para **no seguir viviendo así**, no se encuentra por ninguna parte. De forma igual, la **perestroika** prometía construir un **país normal**. En un mundo donde el socialismo para sobrevivir tiene que luchar contra el capitalismo dominante que trata de estrangularlo, **normalidad** puede significar solamente acomodarse al capitalismo. Los líderes del Partido Comunista de la Unión Soviética, partidarios de Gorbachov, abandonaron la noción de socialismo como sistema construido por la clase obrera conscientemente, una desertión que eventualmente llegaron a considerar con una complacencia pretenciosa.

La magnitud con que Gorbachov llegó a complacer a los Estados Unidos llenaba de asombro a los diplomáticos norteamericanos. No hay un jefe de Estado que renuncie a una posición sostenida por largo tiempo, sin obtener a cambio, al menos, algo igual o mejor. Gorbachov hizo todo lo contrario cuando aceptó la **Opción Cero**, en febrero de 1987, una negociación totalmente asimétrica de retirar los misiles soviéticos ubicados en Europa a cambio de la promesa de que los Estados Unidos renunciaran a construir ese tipo de misiles en el futuro. Solo tiene sentido si Gorbachov lo que intentaba no era ganar la lucha, sino detenerla y rendirse.

La experiencia vital y sus cualidades ayudaban a Gorbachov a asumir el desempeño destructivo que asumió. A diferencia —y mucha— del resto de los líderes soviéticos, exceptuando a Lenin, Gorbachov viajó ampliamente. Cuando el eurocomunismo estaba en su cúspide, visitó Bélgica y Holanda en 1972, Francia en 1966, 1975, 1976 y 1978, y Alemania en 1975. Visitó Canadá en 1983. El primer ministro de España, Felipe González, socialdemócrata, **sedujo** a Gorbachov. Admiraba la economía social de mercado de Alemania Occidental; no comparaba la economía de la Unión Soviética con su propia historia zarista o con un país cualquiera del Tercer Mundo contemporáneo, sino con Alemania, Francia e Inglaterra. Desde su época de estudiante hasta los años noventas, Gorbachov

mantuvo una amistad estrecha con el disidente checo y participante de la **Primavera de Praga**, Zdeněk Mlynár. Se consideraba a sí mismo como un hombre de los años sesentas. Sus debilidades como personalidad contribuyeron a sus debilidades como líder político. Hasta los analistas que se consideran sus amigos observan sus **lagunas**. William Odom, un observador norteamericano declaró que Gorbachov carecía de convicciones firmes.

Las políticas revisionistas de Gorbachov solo fueron posibles porque las condiciones organizacionales estaban maduras. Los efectos corrosivos de los años de Jrushchov y de Brézhnev tuvieron un impacto acumulativo en el **calibre** del liderazgo soviético. Como ha confesado Ligachov, solo un partido en el poder con un nivel inadecuado entre sus líderes de basamento teórico y habilidades políticas pudo permitir, un fracaso semejante.

Solo un partido con una tradición débil de dirección colectiva pudo engendrar un líder que odiaba y repudiaba la teoría básica del Partido y sus políticas. En 1964, Brézhnev y Súslov expulsaron a Jrushchov del Partido por muchos menos "pecados" que los de Gorbachov.

Es más, la teoría del Partido había sufrido antes de Gorbachov y lo ayudó a preparar su camino. Los vacíos y problemas teóricos incluían una visión edulcorada de las nacionalidades, un optimismo exagerado y sobrestimado de las fuerzas del socialismo y de las debilidades del imperialismo, además de un programa del Partido Comunista que proclamaba con bombos y platillos haber alcanzado la etapa del socialismo desarrollado.

Yuri Andrópov inició un camino de rectificaciones en relación con estos problemas y sus deficiencias teóricas y organizacionales, pero su vida finalizó antes de que pudiera culminar la tarea.

Como resultado de la desaceleración del crecimiento económico de la Unión Soviética y a las nuevas fronteras de desarrollo tecnológico y financiero impuestos por la carrera armamentista durante la Administración Reagan, más los problemas acumulados internamente, la Unión Soviética necesitaba reformas, rejuvenecimiento y renovación. Bajo estas circunstancias, algún tipo de retirada pudo ser necesaria. Lenin conocía cómo retirarse si era necesario; en los

momentos difíciles del Tratado de Brest-Lítovsk, en 1918, o en 1921, con la NEP. Más tarde, los líderes soviéticos harían lo mismo: Stalin en 1939, con el pacto nazi-soviético; Jrushchov en 1962, durante la Crisis de los Misiles en Cuba. Para los leninistas, desde luego, la retirada era una forma particular de lucha cuando el balance desfavorable de las fuerzas requería de un paso atrás, pero nunca como el abandono de las posiciones de principios. La retirada de Gorbachov en la arena internacional tuvo un carácter enteramente diferente. Su política exterior se basaba sobre el presupuesto de que la Unión Soviética necesitaba una adaptación al mundo capitalista. Gorbachov catalogaba su retirada como un gran aporte al desarrollo de la humanidad.

El fracaso de la Cumbre de Reikiávik, de donde se fue con las manos vacías, estableció las bases para el giro de 180 grados que se produjo entre 1987 y 1988. La diplomacia de paz de la Unión Soviética asumió un carácter diferente. Lo que comenzó por concesiones soviéticas a cambio de una mejor imagen internacional, se transformó en concesiones ***sin obtener absolutamente nada a cambio.***

La Unión Soviética comenzó a hacer concesiones unilaterales sin considerar las consecuencias. En los días posteriores a Reikiávik, la posición soviética en relación con las fuerzas nucleares de alcance medio (INF, por sus siglas en inglés) se mantuvo igual a la adoptada por Andrópov en 1983, es decir, los negociadores soviéticos no permitirían un misil más de los que en esos momentos había en los arsenales británicos y franceses.

A inicios de 1987, Gorbachov cambió. D'Agostino escribió que "en vez de continuar insistiendo en que los Estados Unidos aceptaran vincular un acuerdo sobre los misiles en Europa, con el Sistema de Defensa Estratégico (SDI)", Gorbachov dio un viraje brusco, rompió con las estrategias de negociaciones pasadas y aceptó esencialmente la fórmula Reagan de eliminar todos los misiles de alcance medio en Europa.

En 1987 y 1988, el Partido Comunista de Italia concretó sus influencias sobre los pensadores y escritores soviéticos acerca de importantes temas internacionales. Durante años, el Partido italiano había sido una punta de lanza conciliatoria con el capitalismo para la política comunista en Europa Occidental.

Había defendido, por ejemplo, al líder checo Alexandr Dubcek y condenado la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968. El Partido Comunista de Italia urgía a la Unión Soviética a adoptar una visión benigna con respecto a la OTAN y asumirla como una "alianza militar defensiva y geográficamente limitada". El Partido italiano también dio la bienvenida al discurso de Gorbachov en torno a los **valores humanos universales** y lo asumió como una vindicación de las ideas de sus propios líderes Enrico Berlinguer y Achille Occhetto. En relación con las armas de alcance medio, los italianos habían optado por el apoyo a la **Opción Cero** de los socialdemócratas alemanes y la habían transferido a los soviéticos.

A mediados de 1988, luego del debilitamiento del Partido Comunista de la Unión Soviética, Gorbachov hizo de las armas nucleares la médula de su política exterior. Con el fin de abrirse el camino para la disminución unilateral de armas nucleares necesitaba cambiar la doctrina de la época de Brézhnev; la idea de que la paridad nuclear era el fundamento para contener y evitar la guerra. El cambio hacia posiciones revisionistas en relación con la política de armas estratégicas, como en muchas otras cosas, se concretó en la XIX Conferencia del Partido en junio de 1988, donde Gorbachov estableció la diferenciación entre los medios políticos y militares para mantener la seguridad de la Unión Soviética.

Criticó y responsabilizó al liderazgo soviético por la política de paridad y la carrera armamentista en relación con las armas estratégicas. Dijo: "Como resultado (de la idea de paridad) nos dejamos arrastrar a una carrera armamentista que estaba dirigida a afectar el desarrollo socioeconómico del país y su posición internacional". En noviembre de 1988, el Buró Político autorizó recortes drásticos de armamentos. En diciembre, el secretario general anunció las medidas en las Naciones Unidas, en New York.

De manera continua y cada vez con mayor intensidad, la política exterior soviética consistió en el desarme unilateral, sin tener en cuenta las consecuencias económicas, políticas o militares.

En noviembre de 1987, la idea central del discurso de Gorbachov durante el septuagésimo aniversario de la revolución bolchevique fue: "Octubre y la

perestroika: la revolución continúa". Como una imagen de video congelada en una pantalla, así capta esta frase la batalla campal dentro del liderazgo soviético de entonces, sobre el control de la política internacional. La mayoría de los analistas occidentales interpretó el discurso como un intento por subirse sobre los puntos de vista tradicionales de la política exterior soviética y las nuevas posiciones, pero el discurso tenía un significado de mucho mayor alcance. Los pronunciamientos del secretario general trataban de construir puentes sobre más de un abismo: con representantes de ambos lados —comunistas y socialdemócratas en Moscú— y trataba de encontrar una reconciliación entre los comunistas y los socialdemócratas de izquierda. Luego de señalar que los diplomáticos habían logrado poco en su tarea de liberar el mundo de las armas nucleares de mediano y largo alcance, Gorbachov **examinó los aspectos teóricos y las perspectivas de avances hacia una paz duradera**. Ciertamente, declaró, el imperialismo es guerrerista, militarista y neocolonialista esencialmente. ¿Cuáles eran entonces las bases optimistas para pensar que la ofensiva de paz soviética iba a triunfar? Nuevas frases se **incorporaron** en sus respuestas: **las contradicciones pueden ser modificadas, y, nos enfrentaron a una decisión histórica basados en este mundo integral e interconectado**.⁸⁶ Declaró: **La lucha de clases y el resto de las manifestaciones de las contradicciones sociales influirán en el proceso objetivo en favor de la paz**. Este enfoque **revisa** el concepto tradicional soviético de que la lucha de clases es un proceso objetivo que favorece intrínsecamente el proceso de paz; que esta es resultado de la lucha por imponer las relaciones pacíficas a un imperialismo guerrerista por naturaleza.

En su lugar, Gorbachov propuso **el esfuerzo conjunto por la búsqueda de un nuevo orden internacional que tome en cuenta los intereses de todos sobre la base de ser considerados como iguales**. Un análisis final revela el oportunismo de Gorbachov contra los marxistas-leninistas ortodoxos. Trataba de mantener el vocabulario de la ortodoxia marxista mientras evadía lo que realmente implicaba. El discurso dejaba de ser el llamado soviético a la lucha por la paz para convertirse en una estrategia de reconciliación e integración con el imperialismo.

En ninguna otra parte como en Afganistán se hicieron tan evidentes las concesiones unilaterales soviéticas. Desde 1979, el gobierno revolucionario afgano y su aliado soviético se habían enfrentado a los Estados Unidos, a Paquistán y a China. Al comienzo, Gorbachov favoreció la intensificación de la guerra, la justa lucha contra el barbarismo y la reacción; de alguna manera, algo semejante a lo que había sido la conducta soviética cuando la guerra civil española de 1936 a 1939.

A inicios de 1987, el nuevo líder comunista afgano, Najibullah, quien había sustituido a Karmal en mayo de 1986, con la bendición —algunos creen que con la connivencia— del liderazgo de Gorbachov, llamó a una **reconciliación nacional**, es decir, apertura a las negociaciones, coaliciones y retirada eventual soviética. Karmal, quien no se sentía comprometido con nadie, se había referido siempre a la oposición contrarrevolucionaria de los **muyahidín** como bandidos. Un tono mucho más crítico aún puede encontrarse en comentarios realizados por Gorbachov a inicios de 1986.

En 1987, Gorbachov, Yákovlev y Shevardnadze comenzaron a usar la **glásnost** y los medios de comunicación para **construir** un estado de opinión pública favorable a la retirada de Afganistán. En 1987, Artim Boróvik, corresponsal de **Ogoniok**, trinchera del revisionismo, comenzó a reportar desde Afganistán asumiendo una posición crítica hacia los esfuerzos soviéticos en la guerra afgana. Sus reportajes desde los campos de batalla comenzaron a reflejar y describir escenas que incluían las bajas militares soviéticas.

En la Cumbre de diciembre de 1987, en Washington, Gorbachov anunció que la Unión Soviética se retiraba de Afganistán. En febrero de 1988, propuso un cronograma para la retirada de las tropas a comienzos de 1989. En 1988, comenzaron a llegar "espontáneamente" cartas críticas a la prensa **glásnost** sobre la guerra y la **invasión a Afganistán**, escritas por las madres de los soldados. Hacia mediados de 1988, **Ogoniok** publicó el primer artículo donde un alto militar soviético criticaba la guerra de Afganistán.

Al final, Najibullah, los antirrevisionistas del Comité Central del Partido y los militares, así como algunos aliados, como Cuba y Angola, se opusieron al retiro

incondicional de las tropas soviéticas. A pesar de que la propaganda occidental proclamaba que los soviéticos habían caído en "un atolladero al estilo de Viet Nam" y al estado de opinión interna creciente contra la guerra —en su mayor parte orquestado **desde arriba**—, las bajas soviéticas eran menores que al inicio de las acciones.

Según Sarah E. Mendel son, especialista en el conflicto afgano: "La conclusión de esta guerra fue en última instancia una decisión de Moscú".⁸⁹ La retirada se produjo sin acuerdo sobre la demanda soviética de que los Estados Unidos se comprometieran a cesar su apoyo a los **muyahidín** y, por supuesto, sin ninguna garantía en relación con los líderes comunistas afganos, ni sobre las posiciones de ese país dentro del movimiento de los Países No Alineados. El 15 de febrero de 1989, las últimas tropas soviéticas abandonaron Afganistán sin nada que pudiera considerarse una recompensa por sus sacrificios.⁹⁰ Los afganos quedaron primero a merced de los asesinos **Señores de la guerra** y luego, en manos del fundamentalismo islámico de los talibanes; de la misma forma, todos los progresos económicos, políticos y educacionales del régimen revolucionario fueron destruidos.

La traición de Gorbachov en relación con los movimientos de liberación nacional y los Estados socialistas se consumó durante los tres últimos años de la **perestroika**. Hasta diciembre de 1988, todavía la Unión Soviética apoyaba consustancialmente al Congreso Nacional Africano (ANC) y otros movimientos de liberación de África. A finales de 1988, apareció la primera señal del cambio soviético en este terreno. El Movimiento de Liberación de África Suroccidental (SWAPO),^{*} con el apoyo de Cuba y de la Unión Soviética, había convocado a elecciones en Namibia bajo la protección de las tropas de las Naciones Unidas. Sin consultar al Movimiento de Liberación Nacional —SWAPO— ni a sus aliados, ni a Cuba, Shevardnadze estuvo inesperadamente de acuerdo con la proposición norteamericana de reducir la presencia de tropas de las Naciones Unidas en Namibia.⁹¹

Una sucesión de rápidas concesiones unilaterales tuvo lugar en 1987 y 1988. En mayo de 1988, Ronald Reagan visitó Moscú. En junio de 1988, la XIX

Conferencia del Partido desechó la Doctrina de la Paridad Nuclear. De septiembre a octubre de ese año, el Pleno del Comité Central confirmó la prioridad de los **valores humanos universales** sobre la lucha de clases. De esa forma el Pleno desideologizaba la política exterior soviética. Este, además, aprobó el paso a retiro de Andrei Grómiko y demovió a Ígor Ligachov. En diciembre de 1988, en New York, en la ONU, Gorbachov anunció la reducción en medio millón de hombres de las tropas soviéticas, incluyendo la retirada de seis divisiones de tanques de Europa del Este. En 1989, la contrarrevolución se adueñó de esa zona.

Gorbachov abandonó la llamada "Doctrina Brézhnev", la cual sustentaba que la Unión Soviética y los países de Europa del Este, tenían el derecho y el deber de defender el socialismo en cualquier Estado miembro del Pacto de Varsovia. Esta Doctrina era consistente con los textos clásicos de Lenin acerca de que las consideraciones sobre la lucha de clases tenían prioridad sobre la cuestión de la soberanía nacional.

La Doctrina expresaba una de las formas de solidaridad de clases ampliada a las consideraciones interestatales y a la solidaridad entre Estados socialistas. De acuerdo con David Lañe, "En 1989, quedó claro que la Unión Soviética no intervendría en los asuntos internos de ningún otro Estado aunque fuera miembro de las mismas alianzas". En Europa del Este, donde los gobiernos comunistas estaban menos arraigados que en la Unión Soviética, la política de Gorbachov de retirar las tropas y de no interferir en los asuntos internos estimuló el desastre. En todos los países socialistas de Europa los gobiernos comunistas comenzaron a perder confianza y la oposición se creció de forma ininterrumpida. Gorbachov renunció unilateralmente a la Doctrina Brézhnev. La suerte de la República Democrática Alemana puso de manifestó el resultado de renunciar a todo a cambio de nada. En lugar de negociar la integración de un país con dos sistemas sociales sobre la base de intereses mutuos y derechos iguales, el final de ese país, fue la humillante anexión a la República Federal de Alemania y la restauración del capitalismo.

A comienzos de 1987, Gorbachov empezó a hacer todos los esfuerzos posibles por implementar reformas económicas. Paralelamente a su programa de reformas políticas, las medidas radicales que introdujo abandonaban los experimentos iniciales. Los planes y programas no eran la única manifestación de cambios radicales.

Otras tres directrices condujeron sus empeños hacia una dirección procapitalista: la **glásnost** de los medios de comunicación, el debilitamiento del Partido y el crecimiento desenfrenado de la Segunda Economía fuera de todo tipo de regulación y control. En 1987 y 1988, la **perestroika** desató nuevos procesos y fuerzas económicas. Las más ostensibles fueron la ley sobre las empresas estatales aprobada en el Pleno del Comité Central en julio de 1987, que rechazó la planificación centralizada, pero no aprobó un sistema de transición hacia relaciones plenas de mercado. Sus promotores afirmaban que la ley posibilitaría una planificación menos rígida y garantizaría la autonomía de las empresas y la experimentación con mecanismos de mercado.

También establecía las bases para las elecciones de los directores de las empresas, una idea mal concebida que disparó inaceptablemente el incremento de salarios a los trabajadores por parte de los directores más interesados en las votaciones que en la productividad. Después de comprender el efecto inflacionario, parte de la ley fue suprimida. Ellman y Kontórovich destacan que la letra misma de la ley sobre las empresas estatales contiene muy poco de lo que debiera ser un estatuto económico de una economía planificada. "Es muy difícil imaginar una redacción similar, entre los estatutos de otro país, que no obliga a nadie a hacer nada". En gran medida, la ley anunciaba en qué dirección se moverían los cambios.

Los medios de comunicación, haciendo ostentación de la **glásnost**, impusieron al liderazgo soviético la aplicación de una política económica en la más riesgosa de sus formas. Los medios influyeron enormemente en el debate y el sentimiento público: fieles a Yákovlev y a Gorbachov hasta 1988, se aseguraban de cada fracaso y de cada traspiés económico, siempre por el fortalecimiento de la opción de autonomía empresarial y mecanismos de mercado; nunca enalteciendo o

revitalizando la planificación centralizada. El debate público se movía en dirección antisocialista, por momentos "Se convirtió en algo políticamente factible demandar la completa liquidación de las instituciones de planificación".

La presión de los medios de comunicación condujo a lo que Ligachov denominó, "error fatal" en diciembre de 1987: la reducción drástica de los planes de compra de los productos industriales, un salto descabellado de una economía planificada a una economía de mercado. Contra la mejor opinión del primer ministro Rízhkov y de Ligachov, Yákovlev y Gorbachov presionaron para reducir los planes de la demanda estatal —la garantía de compra de los productos industriales a precios fijos por parte del Estado— del 100 % de las producciones a solo el 50 %.

Reducir la demanda estatal hasta un nivel tal significó que, de un golpe, la mitad de la economía soviética se convirtió en autónoma para comprar y vender, sus producciones en el nuevo mercado mayorista entre empresas con precios regulados según la oferta y la demanda. Ligachov y Rízhkov abogaban por un plan experimental cauteloso en el cual el Estado compraría el 90 % de los productos industriales y dejaría solo el 10 % a merced de la oferta y la demanda.

El plan Ligachov-Rízhkov hubiera permitido que las empresas experimentaran gradualmente con el sistema de autonomía empresarial y la liberación de los precios bajo las leyes de mercado. El plan de Gorbachov fue un desastre; sumió a la economía en un caos. En 1988, la escasez proliferó en el mercado de consumo y por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, reapareció la inflación.

Exonerar al Partido de todo poder sobre los problemas económicos erosionó la economía. Los ministerios sectoriales en Moscú eran herramientas poderosas de planificación centralizada. Por medio de sus direcciones centrales en la capital, estos ponían en contacto a las empresas con los niveles centrales de planificación y con el Secretariado del Comité Central. Supervisaban la disciplina, el cumplimiento del plan, mantenían los lazos entre los distintos niveles de planificación y desarrollo y se encargaban además del balance de la economía. La **perestroika** redujo continuamente el poder de los ministerios.

Ocurrió en 1986, 1987 y 1988, hasta que destruyó los mecanismos de planificación centralizada. El desmantelamiento no se realizó mediante el recorte de las plantillas de los ministerios sino por la redefinición de las relaciones de los ministerios con las empresas. Las nuevas indicaciones prohibían a los ministerios emitir directivas a las empresas y les dio el nuevo desempeño de garantizar la "autonomía empresarial".

Extinguir los ministerios retirándoles el poder fue una tontería de grandes dimensiones, pero la forma en que Gorbachov y sus asesores implementaron esta política elevó los niveles de pérdida de confianza por parte del pueblo soviético. Según afirman Ellman y Kontórovich, el equipo del líder soviético "se desacreditaba constantemente a sí mismo y sus políticas; tomaban decisiones erróneas y a medias; entonces, rápidamente les daban marcha atrás y las condenaban públicamente".

El golpe principal contra la economía planificada ocurrió durante la XIX Conferencia del Partido, la cual abandonó el **gradualismo** y emitió una directiva que exhortaba a la separación total entre el Partido, los órganos de los soviets y la dirección económica. Esta directiva tuvo un desempeño esencial en la retirada del Partido de la dirección económica en los niveles organizacionales e ideológicos. Nuevos golpes recibió la economía planificada en los días posteriores a la XIX Conferencia. En el otoño de 1988, Gorbachov abolió 1 064 departamentos y 465 sectores en los comités centrales de las repúblicas de la Unión Soviética y en los niveles regionales y distritales del Partido. Redujo el número de departamentos en un 44 %. Ideológicamente, la retirada del Partido de todo tipo de influencia en la dirección económica del país, permeó la disciplina de los líderes de las entidades económicas del Estado para reconocer y obedecer la autoridad del poder central único en Moscú. Las fuerzas centrífugas comenzaron a apoderarse del control de la economía.

Gorbachov trató además de favorecer la Segunda Economía. El académico norteamericano S. Frederick Starr destaca que esta decisión significó un cambio básico de rumbo y ciertamente, el secretario general tendió una alfombra de lujo para darles la bienvenida a las nacientes fuerzas capitalistas en la "sociedad civil"

soviética. Gorbachov se enfrentaba a una decisión trascendental. Afirma Starr: podía mejorar la situación de la economía por medio de "controles" y una planificación centralizada o agenciárselas para conquistar la nueva economía y las fuerzas sociales que habían emergido como resultado de los acontecimientos y de la larga tradición sumergida de reformistas liberales rusos.

Rechazó la primera opción y acogió la segunda. Trató de "cooptar la Segunda Economía (e imponer un sistema tributario sobre sus utilidades) con su nueva ley que permitía los negocios privados (solo nominativamente se podían considerar cooperativas)". Legitimó las asociaciones voluntarias ("los informales") al proclamar que tenían un lugar legítimo en la sociedad soviética. "el genio de Gorbachov", declaró Starr, "no radica en la creación de los elementos de la **perestroika**, sino en haberlos tomado de la sociedad que lo rodeaba".

La analista británica Anne White confirma la opinión de Starr. Los **informales**, denotaban cualquier tipo de actividad no organizada por el Partido. Muchas eran entidades culturales no políticas, especialmente entre los jóvenes y en su mayoría databan de los años del **descongelamiento** de Jrushchov. El número más frecuentemente citado es de 30 mil **informales** en febrero de 1988, incluía ambos: grupos de presión, y grupos que no se consideraban de presión. Con el tiempo, sobre todo en la época de la **perestroika**, los primeros se hicieron de mucha más significación e importancia.

De este modo, las leyes aprobadas en 1988 sobre las cooperativas y sobre los arrendamientos, contribuyeron a la expansión rápida de los elementos capitalistas en la Unión Soviética. Mientras se citaba a Lenin a la ligera y fuera de contexto, acerca de la aceptabilidad de las cooperativas como formas de propiedad dentro del socialismo, la ley realmente permitía la propiedad privada bajo el disfraz de cooperativas, las cuales estaban menos reguladas y pagaban impuestos menores que las del sector estatal. La renta de propiedades industriales a las cooperativas vino a ser una forma de legalizar la propiedad privada y de privatizar los bienes, mientras se mantenía la ficción de propiedad pública.

La restauración del capitalismo y el triunfo del separatismo fueron procesos diferentes. El país pudo fracturarse en pedazos y seguir siendo socialista; pudo restaurar el capitalismo sin desmembrarse. El hecho es que ambos procesos ocurrieron simultáneamente y comparten el mismo linaje. Las tendencias empresariales en favor de la privatización y de relaciones productivas de mercado entran en el terreno de la nebulosa del nacionalismo cuando los análisis se separan en rusos y no rusos. Las diferencias entre esta tendencia y Lenin eran fundamentales, sistemáticas y con una larga historia.

Lenin y todos los que siguieron sus pasos se percataron de los dos lados del nacionalismo: el progresista y el reaccionario, y lo que resulta más importante: desde 1917 hasta 1991, enfatizaron en la necesidad de luchar contra el nacionalismo y, de ser posible, sustituir el nacionalismo por el internacionalismo democrático y progresista y debilitar el nacionalismo reaccionario. Los que, dentro del Partido, más se inclinaban hacia las tendencias de mercado, ciegos, la propiedad privada y el liberalismo, fracasaron en los intentos de combatir el nacionalismo.

El nacionalismo tenía una presencia especial y fuerte entre los campesinos y en un vasto segmento de la clase obrera de la primera generación, cuyos antecedentes eran campesinos. Aún después de la colectivización, la actitud de los trabajadores hacia la tierra, la propiedad privada y el lugar de origen los hacía susceptibles al nacionalismo y a su retórica. Los trabajadores urbanos, desarraigados de los campos por largas generaciones, tenían una conciencia de clase mucho más fuerte; se sentían menos atraídos por el nacionalismo. Los nacionalistas tenían además, entre los intelectuales y la *intelligentsia* en general, una connotación de identidad y se identificaban con el campesinado soviético y con la historia rusa anterior a 1917.

La tendencia partidista con la cual se identificaba Gorbachov tenía como su base social las grandes clases sociales y los segmentos clasistas que más se inclinaban por el nacionalismo: los campesinos y segmentos de la clase obrera que mantenían nexos sociales con los sectores rurales. Consecuentemente, esta tendencia no luchó contra el nacionalismo, ni ideológica, ni políticamente. Se

acomodó, ignoró o simplemente subestimó el nacionalismo, ruso y no ruso. Por otra parte, sobreestimó los progresos de la Unión Soviética en relación con la desigualdad entre las nacionalidades. Sus aclamados triunfos prematuros en este campo influyeron en casi todos, si no en todos, los observadores de la vida soviética.

Abundan los ejemplos de las incomprendiones de Gorbachov y su equipo en torno a los problemas del nacionalismo y la cuestión de las nacionalidades. En su discurso por el Día de la Revolución, en 1987, declaró que la Unión Soviética había resuelto el problema de las nacionalidades. Ya inmerso en la era de la **perestroika**, el consejero principal de Gorbachov, Yákovlev, defendió sus amplias posiciones de 1972 contra el nacionalismo ruso.

Aquel artículo, "Contra el antihistoricismo", estaba dirigido **contra** las políticas inclusivas de Brézhnev y Súslov hacia el nacionalismo ruso, políticas que ellos creían que resolverían el problema de los daños causados por la desestalinización emprendida por Jrushchov y que el joven Yákovlev había apoyado y el ahora adusto consejero principal, revivía bajo el liderazgo de Gorbachov.

En 1972, Yákovlev se había preocupado por el hecho de que una alianza entre el nacionalismo ruso (que compartía algunas ideas con el marxismo-leninismo, por ejemplo, su desdén por el Occidente capitalista) y los que estaban contra las corrientes de Jrushchov en el Comité Central, fueran una amenaza para las políticas que todavía se mantenían, tales como la emulación con Occidente. Entre 1985 y hasta 1991, esta preocupación todavía estaba latente en él. Oponerse al nacionalismo ruso, por tanto, era consistente con su defensa de las políticas de Jrushchov y de Gorbachov.

El secretario general demostró una ineptitud total para manejar los problemas de las nacionalidades. Cuando la efervescencia nacionalista se desató en los países bálticos, en primera instancia, la ignoró. Después usó la represión por medio de medidas económicas contra Lituania y, posteriormente, cambió el curso de las acciones hacia posiciones negociadoras, débiles y sin esperanza de éxito alguna, sobre la base de un Tratado de la Unión que gradualmente, socavó más

las relaciones y condujo a una actitud extrema en las demandas nacionalistas y separatistas lituanas.

Según creció la posibilidad de una fragmentación del Estado soviético —en julio de 1988, demostraciones masivas en la región del Báltico protestaban por su anexión a la Unión Soviética—, los asesores y seguidores principales de Gorbachov en el Buró Político actuaron como avestruces. Los nacionalistas se apoderaron gradualmente de los grupos dominantes del proceso de la **perestroika** en esas repúblicas separatistas. Fueron esos nacionalistas los que se convirtieron en los voceros principales de su separación de Rusia y quienes, incluso dentro de los partidos comunistas de las repúblicas, lograron imponer o hacer presentes sus demandas.

En septiembre de 1988, cuando Yákovlev regresó de una gira por las regiones del Báltico informó al Buró Político: "No hay problemas, la **perestroika** se desarrolla normalmente". Ligachov reaccionó furiosamente porque veía que la situación se salía de control. No obstante, el consejo de Yákovlev fue no hacer nada y su opinión prevaleció. En solo pocos meses el Partido Comunista de Lituania se dividió, las organizaciones y el aparato del Partido dejaron de funcionar y los envalentonados separatistas se situaron al punto de alzarse con todo el poder.

Paradójicamente, los comunistas ortodoxos apoyaban el derecho de las naciones a su autodeterminación, incluyendo el derecho a la secesión, un derecho que ellos esperaban que nunca hubiera la necesidad de llevar a la práctica. Asimismo, el derecho al uso y desarrollo de las lenguas y las culturas nacionales, la garantía de representación de las minorías en los niveles políticos de toma de decisiones y, para las regiones no rusas, los planes de desarrollo socioeconómico al **estilo del desarrollo del sistema de acciones afirmativas**. Hasta ciertos soviólogos burgueses comparaban positivamente el programa soviético de las nacionalidades con el de **acciones afirmativas** de los Estados Unidos.

Por ejemplo, un estudio norteamericano reciente da crédito a la Unión Soviética por haber dignificado las nacionalidades anteriormente oprimidas, a la vez que enfatiza cómo rompió con los modelos históricos en los cuales las grandes

naciones engullen a las más pequeñas y menos desabolladas y habla de la Unión Soviética como "el primer imperio del mundo con un programa exitoso de acción afirmativa".

El autor del estudio, Terry Martin, afirmó: "La Unión Soviética fue el primer Estado que respondió al nacionalismo emergente por medio de la promoción consciente de la identidad nacional de sus minorías étnicas y estableció para estas muchas de las institucionales características de las naciones-Estados".

Gorbachov ignoró las desigualdades nacionales o conscientemente exageró el nivel de desarrollo que habían alcanzado. Durante sus seis años de ejercicio subestimó y malinterpretó la profundidad de los sentimientos nacionales de pueblos específicos casi en todas partes y, además, sus propias políticas, en otros campos de acción, hicieron posibles resentimientos y reacciones negativas. Once meses después de las manifestaciones en Almá-Atá en diciembre de 1986, Gorbachov expresó por todos lados que la Unión Soviética había resuelto el problema de las nacionalidades.

En el caso de los conflictos entre Armenia y Azerbaiyán, el secretario general cuando no ignoraba los problemas o proclamaba que ya estaban resueltos, se comportaba de manera indulgente en una manipulación cínica para mejorar su posicionamiento dentro del Buró Político, ejemplo burdo de cómo sacrificaba principios por ambiciones personales a corto plazo.

En abril de 1987, estimuló la rebelión de los armenios en la provincia azerí de Nagorno-Karabaj porque con una actitud semejante creaba una situación embarazosa para Gaidar Aliev, un miembro del Buró Político de origen azerí y opositor a las políticas de Gorbachov. Áliev fue objeto de todo tipo de cuestionamientos —incluyendo el de Ligachov—, su carrera feneció a mediados de 1987 y para finales de año ya estaba fuera del Buró Político.

El aliento de los reclamos de Armenia en Karabaj formó parte de un patrón de conducta de Gorbachov. Consistía en incorporar los frentes nacionalistas a la **perestroika** en contra de los funcionarios locales, usualmente los secretarios de los partidos quienes habían puesto objeciones y obstáculos a las políticas de Gorbachov.

En abril de 1988, los activistas en las repúblicas del Báltico comenzaron a integrarse en frentes nacionales para apoyar la **perestroika** y reafirmar sus aspiraciones nacionalistas. Estos frentes devinieron rápidamente apoyos de las ideas procapitalistas y separatistas. Los enfrentamientos étnicos, digámoslos así, favorecían de cierta forma a Gorbachov. Cada disturbio que manipuló el secretario general lo hizo con el fin de eliminar a sus oponentes políticos. Cada posición que adoptó para apoyar a una de las partes o de permanecer neutral desató nuevas expresiones extremas de nacionalismo. En palabras de D'Agostino, Gorbachov tuvo el desempeño de un aprendiz de brujo, promoviendo los resentimientos nacionales para beneficio propio hasta que estallaron fuera de control.

Cuando la **perestroika** fracasa en un campo de acción, los daños repercutían en todas direcciones. Desde comienzos de 1988, las dificultades económicas y el separatismo se retroalimentaron mutuamente. Cuando la situación de los consumidores empeoró en 1988, la tendencia de varias repúblicas a retener las producciones y a separarse se incrementó. La economía planificada de la Unión Soviética se desarrolló como un sistema único con una división precisa del trabajo y la especialización entre las repúblicas; por ejemplo, un complejo industrial en la región del Báltico abastecía de vasos de papel a toda la Unión Soviética.

Al debilitarse el sistema de planificación centralizada, los negocios directos entre las repúblicas sustituyeron la planificación y el desorden económico aumentó. El caos y la incertidumbre encendieron los fuegos separatistas y cada república de la Unión trató de proteger sus intereses económicos de la mejor manera en que se podía.

Muchas de las acciones emprendidas por Gorbachov alentaron a las localidades de la periferia a rebelarse contra el centro del poder en Moscú. El Pleno del Comité Central de enero de 1987 lanzó un ataque público contra la nomenclatura creada por el Secretariado del Comité Central del Partido para la selección de los cuadros de cada una de las repúblicas. A comienzos de 1987, el secretario general y otros líderes del Partido denunciaron este sistema de propuestas y selección de cuadros y rechazaron defender a los funcionarios locales de los ataques de que eran objeto en sus regiones y distritos.

En consecuencia, los líderes locales se comportaron cada vez más preocupados por acomodarse a los puntos de vista de las localidades que en las posiciones de sus líderes en Moscú. Cuando los intereses locales y los de toda la Unión entraban en conflicto, el espíritu de supervivencia inducía a los líderes a inclinarse en favor de los intereses locales. La política internacional de Gorbachov también estimuló los intereses nacionales, particularmente en las repúblicas del Báltico. Ellman y Kontórovich afirman que sus políticas para finalizar con la Guerra Fría y lograr una cooperación estrecha con Occidente, lo obligaron a "abrirse" ante las presiones occidentales para que se reconociera los derechos de los Estados del Báltico, especialmente de Lituania, a la autodeterminación"²

Al cierre del período 1987-1988, Gorbachov y sus seguidores habían eliminado a Ligachov y al resto de sus opositores políticos. La derrota transformó la naturaleza de la *perestroika*. El desorden creciente en el Partido y el hecho de haberlo despojado de su desempeño ante la economía, condujeron a dificultades económicas que se hicieron evidentes en 1988. La escasez, la inflación, el déficit presupuestario y la desintegración de instituciones económicas importantes para la economía centralizada, predispusieron las circunstancias para el caos. En 1988, por primera vez en 40 años, comenzaron a subir los precios a lo largo de toda la nación. Un año más tarde, la inflación se situaba a un promedio anual del 20 %. Según desaparecían los bienes de consumo de los estantes, el acaparamiento proliferaba.

Los decretos de Gorbachov inhabilitaron los hasta entonces poderosos ministerios de Moscú."³ En 1988, la economista soviética T. Koriágina calculó el enriquecimiento ilícito entre 200 mil y 240 mil millones de rublos, quizás entre el 20 % y el 25 % de toda la riqueza personal existente en la Unión Soviética."⁴ La crisis económica, en consecuencia, recrudesció el nacionalismo separatista reaccionario.

El estímulo de Gorbachov a los *frentes populares* y los *frentes nacionales* —motivado por su objetivo de presionar y eliminar a sus oponentes políticos en las organizaciones del Partido de las repúblicas de la Unión—, culminó dejando el poder en manos de los separatistas. Un año más tarde, en 1989, la caída de la

economía —causada por el fracaso de la *perestroika* en vez de por un largo período de crecimiento lento—, desató el movimiento de hostilidad de las masas populares contra Gorbachov y el Partido Comunista de la Unión Soviética, a la vez que creció el apoyo al populismo anticomunista de Borís Yeltsin. En 1987 y 1988, Gorbachov concretó el viraje. El desmoronamiento había comenzado.

Ellman y Kontórovich, pp. 268-269.

Marshall I. Goldman: What Went Wrong with Perestroika, New York, Norton, 1991, pp. 128-136.

Gregory Grossman: "Sub-Rosa Privatization and Marketization in the USSR", en Annals of the American Academy of Political and Social Science, 507, enero de 1990, p. 49.

CRISIS Y COLAPSO, 1989- 1991

Durante 1989 se confirmó el peor de los temores de aquellos que habían previsto el sentido potencial de los cambios introducidos durante la XIX Conferencia del Partido. La implementación de las reformas creó una situación política que el Partido y su liderazgo no pudieron controlar. Desde finales de marzo de 1989, la dirección del Partido actuaba reactivamente, tratando de mantenerse a la altura de los cambios que ocurrían mucho más rápidamente de lo que podían controlar, compulsados por fuerzas políticas que actuaban en su mayoría, desde fuera de la dirección del Partido y de la organización partidista como un todo.

Graeme Gill

La economía subterránea había permeado todos los sectores económicos.

Stanislav Ménsikov

En 1991, las masas apoyaron las demandas de libertad y democracia, se opusieron a los privilegios y al poder monopolizado por la burocracia del Partido Comunista y tenían la esperanza de que sus condiciones

materiales mejoraran. Las manifestaciones masivas en apoyo a Borís Yeltsin portaban grandes carteles de ¡Abajo Gorbachov! y ¡Abajo el Partido Comunista!, pero nunca vi una pancarta que dijera ¡Viva el capitalismo!, o ¡Todo el poder para la burguesía!

Roy Medvédev

Durante los tres años finales de la *perestroika*, 1989 a 1991, después de haber triunfado sobre sus oponentes, Gorbachov se replanteó la Unión Soviética en cinco direcciones cruciales.

- Primero: acabó con el papel rector y la posición ***monopólica*** del Partido Comunista, transformándolo en un Partido parlamentario.
- Segundo: destruyó el sistema centralizado de planificación y la propiedad social. Con una pujanza especial marginó al Partido Comunista de su control e influencia en el sistema de dirección económica en busca de una transición hacia la economía de mercado.
- Tercero: se plegó ante los Estados Unidos en cuestiones estratégicas de la política internacional y, eventualmente, abogó por una alianza con el imperialismo.
- Cuarto: hizo posible que los medios de comunicación, al asumir la ***glásnost***, reconvirtieran la ideología soviética y su cultura.
- Quinto: siempre desconcertado por la cuestión nacional, intentó reprimir la situación de los separatistas bálticos, luego dio un giro hacia una posición negociadora en una búsqueda infructuosa de última instancia para tratar de encontrar una nueva base plausible para la Unión de Repúblicas.

Gorbachov era consciente de la forma en que el Partido había expulsado a Jrushchov en 1964, y trataba por todas las vías de que sus reformas fueran irreversibles mediante una "ruptura histórica" y definitiva con el leninismo. Sus acciones se manifestaron por medio de la privación sistemática del desempeño y las atribuciones del Partido en la sociedad soviética hasta rendirlo por inanición y convertirlo en un órgano simplemente asesor, para ciertas previsiones estratégicas y voz parlamentaria de la clase trabajadora soviética.

Optó por un sistema multipartidista, además de una cultura y unos medios de comunicación pluralistas. Con el objetivo de flexibilizar y dinamizar la economía soviética, otorgó un desempeño decisivo a las fuerzas del mercado, a la propiedad y a la iniciativa privadas. Deseaba que se mantuviera toda la Unión como un Estado federado, intentaba eliminar o disminuir los conflictos con Occidente y ese, y solo ese último de sus deseos, se convirtió en una tremenda realidad.

La **perestroika** devino **catastroika** en 1989. Lo que realmente ocurrió, fue una sucesión acumulativa de decisiones caóticas de un extremo al otro de la Unión Soviética que destruyeron el socialismo en ese país. En 1989, la contrarrevolución estremeció Europa del Este y un año más tarde, Alemania se reunificó bajo los términos impuestos por la OTAN. Simultáneamente, el peor enemigo de Gorbachov, Borís Yeltsin —cuya carrera parecía muerta y enterrada desde que el secretario general públicamente lo expulsó del liderazgo soviético en 1987—, resurgió políticamente como el ave fénix. Renacido como líder de los "demócratas", se apropió rápidamente del control de todas las repúblicas rusas importantes. A comienzos de 1990, había un poder dual en la Unión Soviética: Yeltsin controlaba Rusia y Gorbachov la Unión Soviética.

Entre 1989 y 1991, la economía declinó de mal a peor: la producción decayó, la escasez se multiplicó, las tiendas estaban vacías, los cheques, en ocasiones, no tenían fondos y el resentimiento popular crecía. La destrucción del socialismo en Europa del Este, repercutió adversamente en la economía soviética. La retirada sistemática del Partido de todo cuanto tenía que ver con la economía resultó desastrosa. Hacia el verano de 1991, los analistas occidentales comenzaron a hablar de la **depresión** soviética.

Los ciudadanos soviéticos culpaban a la **perestroika**. Huelgas sin precedentes entre los mineros, estremecieron al país en dos ocasiones (1989 y 1991). El Gobierno se inundó de deudas con bancos occidentales. Mientras una república tras otra declaraba su independencia, la Unión Soviética se desmoronaba como Estado unitario.

Los medios de comunicación compulsaron las políticas hacia la derecha. Anatoli Cherniáev denominó la **glásnost** como el motor de la **perestroika**. "Bajo la creciente presión de la **glásnost** comenzó la desideologización de la **perestroika**", afirmó. Realmente se trataba de un proceso de reideologización: abrir las puertas de par en par a las ideas antisocialistas y no socialistas en general. Gorbachov no pudo controlar el genio que dejó escapar de la botella. En 1989, los medios de comunicación cayeron bajo el control de los "demócratas" favorables a Yeltsin. En 1991, un frenético primer ministro de la Unión Soviética, Nikolai Rízhkov, se lamentaba de que los medios de comunicación del país estaban casi totalmente en manos de la oposición "demócrata".

Durante el último año de la **perestroika**, el lado oscuro de la economía soviética demandó legitimidad y poder. El "mercado negro" y el gangsterismo ruso se multiplicaron como parásitos. Las empresas privadas —con el ropaje legal de falsas cooperativas—, crecieron. Los codiciosos seguidores de Yeltsin presionaron por avanzar radicalmente hacia la economía de mercado. Si el mercado reemplazaba el plan y Yeltsin privatizaba la economía rusa, los altos funcionarios, los directores de empresas y los administradores y gerentes, pudieran imaginar un futuro con utilidades sin precedentes.

El segmento dominante del Partido y el liderazgo estatal pudieron comprender rápidamente de qué lado soplaba el viento. Elementos corruptos dentro de la dirección comenzaron a contrabandear y malversar las propiedades del Estado y del Partido, convirtiéndolo todo en su propia propiedad privada.

Durante el desconcertante último año de la **perestroika** el pueblo soviético llegó a odiar a Gorbachov y lo trataba con desdén. Mientras intentaba calmar una crisis por un lado, otra explotaba por el otro y el secretario general devino una figura lamentable; realmente daba pena. El mago que había salido victorioso de todas las celadas, se encontró con pocos amigos que no fueran los medios de comunicación occidentales y sus gobiernos. En 1991, lo abandonaron hasta sus falsos amigos en la Casa Blanca.

La degeneración de Gorbachov de un comunista a un social demócrata fue completa. Sus ilusiones acerca de hacia dónde conducían realmente los hechos

que provocaba mueven a risa. En mayo de 1990, concedió una entrevista a la revista *Time* que da una medida de su **revolución política interna**. Al responder a la pregunta ¿Qué significa ser un comunista en el día de hoy?, y ¿Qué significaría en los próximos años?, dijo:

Ser un comunista, como yo lo veo, significa no tener miedo de lo nuevo, rechazar la obediencia a cualquier dogma, pensar independientemente, someter sus pensamientos y acciones a la prueba de la moral y de la acción política; ayudar al pueblo trabajador a que conquiste sus sueños y aspiraciones y viva de acuerdo con su capacidad y talento «Yo creo que ser un comunista hoy significa, ante todo, ser consistentemente democrático y poner los valores humanos universales por encima de cualquier cosa (...) en la misma medida que nosotros desmantelamos el sistema stalinista, no nos estamos retirando del socialismo, sino que nos movemos hacia este.

Una simple causa expone el aparentemente complejo patrón de estos años tumultuosos. El liderazgo de Gorbachov reemplazó una política de lucha por una actitud de rendición y compromiso. Se retiró ante la coalición procapitalista encabezada por Borís Yeltsin. Se retiró ante los medios de comunicación que reprocharon su centrismo y su actitud vacilante. Se retiró ante el separatismo nacionalista. Se retiró ante el imperialismo norteamericano y su insaciable sed de concesiones unilaterales y de dominio global.

Gorbachov era incapaz de analizar por qué su régimen se desintegraba. Lo fue también en comprender que la destrucción del Partido Comunista conducía directamente al colapso de la Unión Soviética. Al debilitar el Partido, fortaleció indirectamente el campo de acción de Yeltsin, los separatistas, los nacionalistas, la Segunda Economía, los elementos corruptos dentro del Partido, las organizaciones criminales rusas, y se plegó ante el imperialismo.

El analista en temas soviéticos, Jerry Hough, al rechazar la visión occidental de Gorbachov como "un hombre cabalgando sobre un tigre que no es capaz de dominar", observa que nunca, ni de manera profunda y seria, Gorbachov trató de

contener el tigre. "Todo lo contrario, constantemente lo espoleó. En los raros casos en que se aplicó la fuerza, los resultados fueron efectivos".

Los análisis de Gorbachov sobre sus propios preceptos políticos son poco realistas en muchos aspectos. Con dígitos en las encuestas que fueron decayendo intempestivamente para él, le faltó el valor para llevar a término lógico sus medidas de economía de mercado. Nunca tuvo el coraje de imponer terapias económicas de choque, como hizo Borís Yeltsin.

La expresión misma merece un análisis. "Terapia de choque" proviene de la desacreditada y sádica técnica de aplicar descargas eléctricas a los pacientes enfermos mentales causando sufrimientos innecesarios sin una contribución significativa a su estado de salud. Las terapias de choque económicas trataban a las personas de la sociedad socialista como si sufrieran de alguna enfermedad mental. Forzaban a la vasta mayoría del pueblo a perder el trabajo, la vivienda, sus pensiones, los servicios educacionales y de salud, la seguridad social y contra el crimen organizado, todo a cambio de los muy inciertos y escasos beneficios y oportunidades del mercado capitalista.

Gorbachov trató de conducirse en medio del empeoramiento de su situación política, ya fuera desplegando un conjunto de maniobras, o siendo vacilante y dubitativo, improvisando, disimulando. El descontento masivo creció entre 1989 y 1991. El pueblo soviético se burlaba de sus discursos, en los cuales siempre invocaba a un **nuevo punto de viraje** o a **pruebas decisivas**. Los soviéticos se reían acremente de los intentos de su líder por hacer que las grandes catástrofes fuesen grandes éxitos. Trató frenéticamente de restablecer el control y reestabilizar a la Unión Soviética, pero sin abandonar las políticas que fueron causa de la desestabilización en todos los órdenes políticos, sociales y económicos.

Luego de destruir el Partido, trató de evadir las consecuencias. Para estabilizar el sistema político trató de gobernar mediante nuevas formas estatales, especialmente una Presidencia Ejecutiva y el Congreso de Diputados del Pueblo. Los "demócratas" le transformaron el panorama al ganar, con toda celeridad, posiciones esenciales en el Congreso. Para normalizar una economía en franco

declive escogió el camino de la transición hacia una economía de mercado. Para restablecer su influencia sobre el Partido, destruida por sus propias políticas, se aprovechó de su cargo de secretario general y aplastó a sus oponentes mediante nombramientos en su círculo íntimo. Esta última táctica se puso de manifiesto cuando a finales de 1990 y principios de 1991, los archirrevisionistas Yákovlev y Shevardnadze abandonaron su lado y entonces, el secretario general, promovió al cargo a Vladímir Kriúchkov y a otros comunistas. Para evitar la fragmentación de la Unión Soviética, primero intentó la represión y luego, la negociación de un Tratado de la Unión.

Ninguno de sus intentos estabilizadores tuvo éxito, excepto uno: Gorbachov obtuvo estabilidad en la arena internacional al dar un giro de 180 grados a la política exterior de la Unión Soviética. Durante los años finales de la **perestroika** abandonó a sus aliados socialistas y del Tercer Mundo, mientras se lanzó a la búsqueda de aliados políticos occidentales y del crédito de sus bancos. A finales de 1991, la Unión Soviética se había convertido en un socio menor de los Estados Unidos.

Este capítulo trata sobre los hechos fundamentales de 1989 y 1991 —el derrocamiento de los gobiernos socialistas en Europa del Este, la destrucción del Partido, el ascenso de la oposición "demócrata", la profundización de la crisis económica y el desmembramiento de la Unión Soviética. Fueron procesos interactivos. Si se hace un análisis final, un mismo proceso los arrastró a todos: la determinación de los dirigentes soviéticos de acabar con la función rectora del Partido en la sociedad, el cual, hasta los últimos momentos, permaneció como uno de los obstáculos esenciales a la implementación de las políticas de Gorbachov.

Si bien el propio secretario general no tenía una visión realista de las consecuencias que sus políticas podían tener, algunos en sus círculos más cercanos no eran tan ingenuos. Según William Odom, Alexandr Yákovlev, el consejero principal de Gorbachov, supo todo el tiempo a dónde conducían sus acciones.

En junio de 1994 yo (Odom) hice la misma pregunta (¿Usted sabía desde el principio que las reformas de Gorbachov pudieran implicar la caída de la Unión Soviética y del sistema soviético?) a Yákovlev mientras conversábamos durante la cena. Respondió que él sabía que estaban destruyendo el antiguo sistema y añadió en tono de júbilo ***¡Y nosotros lo hicimos antes de que nuestros oponentes se despertaran a tiempo para impedirlo!***

De manera similar describe Anatoli Cherniáev —el más importante entre sus ayudantes en política internacional— el pensamiento de los más realistas y cercanos a Gorbachov en los momentos en que todo de venía abajo. Sin abandonar su vocabulario revisionista y prejuiciado afirmó que al menos algunos comenzaron a discernir que la ***tercera vía*** que ellos estaban impulsando era un espejismo. La víspera de la reunión del Buró Político en que se discutiría el proyecto de programa del Partido Comunista al XXVIII Congreso, Cherniáev escogió las palabras siguientes para caracterizar la situación a que se enfrentaban:

El centro de la cuestión era que el péndulo de opinión se balanceaba entre dos polos. Un modelo se asía al sistema stalinista de socialismo, solo que sin el uso de la represión (una contradicción conceptual). La otra, era aceptar los preceptos de una sociedad de mercado (en esencia democrático-burguesa) que ya estaba abriéndose paso de manera pujante. Parecía obvio que una vez que rechazamos el modelo coercitivo y su imposición a la sociedad por el uso de la fuerza y la ideología del Estado, entonces no había otra opción que no fuera la segunda. Nadie quería admitirlo. De hecho, muy difícilmente nos percatamos de que así era como realmente se comportaban las cosas.

Según fue multiplicándose la crisis, algunos analistas comenzaron a identificar señales de que la desestabilización estaba apoyada por los Estados Unidos. Recordaban la campaña de propaganda de los norteamericanos contra el gobierno de Salvador Allende entre 1970 y 1973, cuando Richard Nixon y Henry Kissinger estrangulaban la economía chilena.

La desestabilización era una manera muy familiar de los imperialistas para acabar con los comunistas, izquierdistas, nacionalistas y gobiernos independientes en países débiles del Tercer Mundo. La Unión Soviética, sin embargo, era demasiado fuerte para desestabilizarla desde fuera. La guerra de los Estados Unidos podía desangrar al país, pero no aplastarlo. Después del colapso, la Administración Reagan exageró el desempeño que había tenido en la desintegración.

La Administración Bush trató de imponer una política occidental unificada en apoyo a Gorbachov. Consideraban que era un subdito confiable que rendiría la Unión Soviética "en bandeja de plata". Inicialmente y hasta que estuvo más claro que los días de Gorbachov en el poder estaban contados, los Estados Unidos y la OTAN no apoyaban a Yeltsin porque solo tenía a Rusia que ofrecer, mientras que el otro ofrecía a toda la Unión Soviética. Los norteamericanos también temían ante el riesgo que significaban el nacionalismo y los conflictos interétnicos, y la desintegración del vasto sistema de armamentos nucleares dispersos por diferentes regiones de ese extenso país. En 1991, Bush quería también el apoyo de Gorbachov para la llamada "Guerra en el Golfo".

Finalmente, la posición de Gorbachov se sumió en la desesperanza ya que parecía tener problemas para distinguir los deseos de los hechos reales. Algunos de sus ayudantes observaban cierta irracionalidad patológica en su trabajo. Las alabanzas a que lo colmaron durante sus viajes al exterior en 1990 y 1991, lo perturbaron. Cherniáev afirma que el pensamiento de Gorbachov se llenó, cada vez más, de rodeos y fantasías sin lógica alguna acerca de su situación política real dentro de la Unión Soviética. La droga del engrandecimiento que le dieron la prensa y los líderes extranjeros, torcieron su mente de una manera visible.

Nada fue más irracional que el propósito de un nuevo Tratado de la Unión a cuyas bases el secretario general se oponía ostensiblemente. Gorbachov obstaculizó cada nuevo borrador que delineaba los conceptos de la Unión, los cuales, a insistencia de Yeltsin, dejaban cada vez menos espacio para un Estado multinacional como la Unión Soviética. Finalmente, en un delirio irracional de confusión, se hundió decepcionado en la autodestrucción política.

Jerry Hough señala que la Historia no conoce otro caso de un gobierno con poder total sobre los impuestos emanados de toda la propiedad estatal, autodirigiéndose a la ruina al permitir a los gobiernos "bajo su control, apropiarse de los impuestos locales... Eso fue lo que ocurrió desde el verano de 1990, hasta el final del verano de 1991".

Una ilusión inspiró todo el proyecto de Gorbachov: transformar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en una socialdemocracia al estilo eurooccidental que, en su visión revisionista, incorporara lo mejor del socialismo y lo mejor del capitalismo europeo. Descubrió que los proyectos que se basan sobre ilusiones fracasan. No se puede saltar un abismo en un solo intento. Algunos marxistas afirman que Gorbachov se proponía conscientemente la restauración del capitalismo.

Como él mismo ha reconocido, el desmantelamiento del antiguo sistema soviético da a entender que su propósito era ese; pero tal afirmación no tiene en cuenta la naturaleza ideológica del proyecto de Gorbachov: su visión de un mundo sin clases insistía en que un espejismo no era un espejismo, de que había una **tercera vía** entre los dos sistemas y las dos clases. Su versión del socialismo: un capitalismo con un sistema especial de protección y seguridad y la colaboración entre las clases sociales. Ese **era el socialismo**. Este tipo de tendencia en el pensamiento denigraba el socialismo verdadero tildándolo de **comunista** o **stalinista**.

El hecho de que el proyecto de Gorbachov haya desembocado en la restauración del capitalismo no prueba que conscientemente se lo hubiera propuesto. La crisis de 1990-1991, empeoró sostenidamente porque Gorbachov nunca dejó de buscar una **tercera vía** ni cesó en su empeño de liquidar el Partido, causa principal de la crisis.

En 1990, Alexandr Yákovlev, quien desde el principio conscientemente fue el que con mayor empeño trató de debilitar el Partido, puso ante Gorbachov un último plan donde calificaba al Buró Político y al Comité Central como los mayores obstáculos para la **perestroika**. Lo instaba a dejar a un lado el Partido, a

"convocar un Congreso de Diputados del Pueblo y a establecer el poder presidencial".

Le aconsejó abandonar la colectivización, la propiedad social y el Estado de la Unión bajo la consigna nada ingenua de ***Tierra para los campesinos, fábricas para los trabajadores e independencia real para las repúblicas***. Recomendó la creación de un sistema multipartidista donde el Partido Comunista de la Unión Soviética abandonara el monopolio del poder, reducir al máximo posible todo el aparato y la nomenclatura del Partido, y, a la vez, aceptar grandes créditos y préstamos financieros de los bancos occidentales. Yákovlev presionó a Gorbachov para que "lanzara reformas militares, dispusiera de los generales, y los sustituyera por tenientes coroneles, comenzara el retiro de las tropas de Europa del Este, liquidara los ministerios de industrias, otorgara gran libertad a los empresarios, quitase del medio al primer ministro Rízhkov y a Yuri Masliúkov, el jefe del Gosplán". Al final, Gorbachov siguió al pie de la letra la mayoría de los consejos de Yákovlev.

Dos grandes procesos dominaron la escena política de la Unión Soviética en 1989. Una inundó los titulares de los periódicos, la otra, no. La primera fue la caída brusca de los Estados socialistas del Este de Europa, precisamente cuando se conmemoraba el bicentenario de la Revolución Francesa. La segunda fue la implementación de la "reforma política radical".

Esto disparó el colapso del socialismo en los países de Europa del Este y este derrumbe fortaleció el revisionismo dentro de la Unión Soviética. En diciembre de 1988, Gorbachov pronunció un discurso en la sede de las Naciones Unidas en New York, en el cual anunció la política de no injerencia en los asuntos internos de los países socialistas y la retirada de las tropas soviéticas en Europa del Este. Ese cambio de política fortaleció la oposición interna en los países de esa región y envalentonó a Occidente. El "efecto dominó" en la caída de los países del bloque socialista en 1989 minó el prestigio del socialismo y afectó adversamente la economía de la Unión Soviética.

La causa del derrumbe de los países socialistas de Europa del Este está más allá del alcance de este análisis sobre el colapso de la Unión Soviética. Digamos

que eran países más débiles que esta. Primero, los países de esa región tenían una historia socialista más reciente y menos arraigada que en el sistema soviético.

Segundo, el cambio hacia el socialismo no se produjo como resultado de un proceso histórico completamente nacional y con raíces en los movimientos revolucionarios nacionales, sino producto en la mayoría de los casos del desarrollo y el avance del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial.

La ocupación soviética permitió que los pequeños partidos comunistas, diezmados por los nazis, se revitalizaran y por medio de coaliciones en las circunstancias del triunfo, además de las condiciones revolucionarias creadas, se constituyeran en gobiernos antifascistas de postguerra que nacieron como —o evolucionaron hacia— regímenes socialistas.

Tercero: los sentimientos nacionales y religiosos se opusieron paulatinamente a muchos de estos regímenes, como fue el caso de Polonia, donde el catolicismo apostólico y romano trabajó conscientemente contra el sistema y por una percepción hacia la Unión Soviética como la de sus opresores. Donde Rusia —y luego la Unión Soviética— había sido un amigo y aliado histórico, como en Bulgaria y Serbia, el socialismo anduvo por un camino mucho más fluido.

En la República Democrática Alemana, las aspiraciones por la reunificación nacional chocaron con el objetivo de construir un Estado socialista separado, pero en Yugoslavia el socialismo se integró a los sentimientos y objetivos de independencia. Esto explica por qué en 1990, la OTAN tuvo que luchar tan duramente para romper la unidad integradora y el socialismo en la Federación Yugoslava.

Cuarto: algunos Estados colindantes con los países occidentales y con fronteras comunes, notablemente la República Democrática Alemana, Checoslovaquia y Hungría, eran objeto de la presión constante de la competencia ideológica y económica de los países capitalistas más desarrollados que, a diferencia de los países socialistas, habían obtenido sus riquezas del saqueo al Tercer Mundo y recibían ayuda directa de los Estados Unidos. Enfrentadas a esas presiones, Hungría y Polonia se endeudaron de forma creciente con los bancos

de Occidente. En 1985, Hungría se integró al Fondo Monetario Internacional (FMI).

Quinto: la represión excesiva de la época de Stalin había acumulado resentimientos profundos en algunos países como Checoslovaquia. El Partido Comunista de este país sufrió una fuerte corriente revisionista que en 1968 se haría evidente y condicionaría los sucesos de la llamada **Primavera de Praga**. Finalmente, durante décadas, Occidente impuso su política de **diferenciación** hacia los países del Este europeo y alentó el distanciamiento de la Unión Soviética y el antisovietismo que enraizó, en algunos países más que en otros, especialmente en Rumania, donde llegó a niveles considerables.

La caída de los países de Europa del Este se entrelaza con los acontecimientos de la Unión Soviética. Fue una humillación, un mensaje de alerta, un golpe directo a la moral política comunista en todas partes. El derrumbe del socialismo en esa región alentó el separatismo y el procapitalismo en todas las repúblicas soviéticas.

En 1989, comenzó con toda decisión y celeridad el segundo momento en el proceso de implementación de las reformas en la Unión Soviética. En junio de 1988, durante la XIX Conferencia del Partido, luego de algunas maniobras parlamentarias para cubrir las formas legales, Gorbachov se lanzó hacia las reformas políticas radicales. Con la ayuda de Yákovlev, el secretario general convirtió rápidamente en acciones las resoluciones de la conferencia.

Desde junio de 1988 hasta marzo de 1989, cuando tuvieron lugar las elecciones para diputados al Congreso de los Pueblos de la Unión Soviética, las medidas para debilitar al Partido se hicieron más drásticas y vertiginosas. En julio de 1988, en el Pleno del Comité Central posterior a la XIX Conferencia del Partido, el grupo de Gorbachov llamó a romper definitivamente con el poder del aparato partidista. En septiembre redujo 900 mil puestos de trabajo entre los funcionarios locales del Partido. El secretario general también liberó o apartó del Buró Político a los cuadros que no actuaban como revisionistas o eran antirrevisionistas manifiestos. Entre las decisiones del Pleno del Comité Central realizado en ese mismo mes, estuvo la democión del veterano Andrei Grómiko, miembro pleno del Buró Político y quien había obstaculizado las reformas de Gorbachov. Ígor Ligachov fue

trasladado a un cargo de menor importancia —alejado de la dirección del Partido y de la ideología—, como jefe de los problemas agrícolas; ya no dirigiría el Secretariado del Comité Central, su **base de operaciones** desde donde enlentecía y ponía obstáculos a las reformas. Vadim Medvédev, un verdadero aliado de Gorbachov y de Yákovlev, fue ascendido a miembro pleno del Buró Político. Fueron estos dos quienes sustituyeron a Ligachov en sus funciones al frente de la ideología y dirigieron las reformas en la política internacional.

Cherniáev describe el capricho con el cual Gorbachov y sus consejeros emprendieron la reducción y purga del aparato central del Partido. El secretario general propuso reducirlo a la mitad; Cherniáev, a dos tercios. Gorbachov entonces propuso eliminar los departamentos económicos y gubernamentales, todos a la vez y totalmente. "Mantendremos al socioeconómico como un departamento teórico, quitándole todos sus atributos de dirección y todas sus funciones". Fue una reducción impulsiva y sin el menor plan ni el mínimo análisis en torno a sus consecuencias; solo pensaban en ellos mismos. Cherniáev reconoce honestamente la ubicua confusión reinante y la desmoralización como resultado de lo que la prensa occidental llamó un **minigolpe de Estado**. Estas decisiones aceleraron el debilitamiento de la autoridad y del poder central en toda la nación, proceso que de hecho se había precipitado desde la XIX Conferencia del Partido.

Las organizaciones locales y regionales de este flotaban a la deriva, indefensas, privadas de sus funciones y poderes en la dirección de la sociedad, de la economía y del Estado.

En marzo de 1989, tuvo lugar la primera prueba pública de las nuevas reformas radicales: la elección del Congreso de Diputados del Pueblo. Según Ligachov la elección fue una debacle autoinfligida sobre el Partido Comunista de la Unión Soviética. Virtualmente puede decirse que no ocurrió discusión pública alguna sobre la ley. Es más, el Comité Central del Partido Comunista permaneció indiferente: ni movilizó sus fuerzas para presentar candidatos al nivel local o regional, ni interfirió para nada en todo el proceso y a semejante actitud la llamaron: "no interferencia y respeto por la democracia".

Las organizaciones al nivel local fueron dejadas solas por sí mismas. Algunos miembros del Partido Comunista pronto se enfrentaron en contiendas políticas entre sí. No obstante a que su tarea se centraba en los asuntos internacionales, Yákovlev desplegó un desempeño clave en el proceso electoral.

Lo mismo puede decirse de su seguidor y aliado, Vadim Medvédev. Vitali Vorótnikov, miembro pleno del Buró Político del Partido Comunista durante esos años, ha escrito que las indicaciones dadas al Partido para enfrentar el proceso de las elecciones fueron una maniobra manipulada y amañada dirigida contra los comunistas antirrevisionistas. Ya que la prensa había atacado con éxito el principio de elecciones por centros de trabajo, el proceso de marzo de 1989 condujo a una elección en la cual los intelectuales estaban desproporcionalmente representados y los trabajadores y campesinos tenían relativa poca presencia. Forzado a competir con las manos atadas a la espalda, el Partido sufrió drásticamente.

A pesar de que el 87 % de los delegados al Congreso de Diputados del Pueblo estaba formado por miembros del Partido Comunista y que altos funcionarios ganaron por derecho propio, muchos otros líderes partidistas perdieron. El 44 % de los candidatos del Partido que se presentaron sin oposición alguna no obtuvo el 50 % de los votos requeridos para la elección. Entre los derrotados estaban los alcaldes de Moscú, Kíev, los jefes del Partido en esta ciudad, Minsk, Kishiniov, Alma Atá, Frunze; el primer ministro de Letonia, el presidente y primer ministro de Lituania; 38 primeros secretarios regionales y distritales del Partido y casi la totalidad del liderazgo partidista en Leningrado.

En la región del Báltico, solamente los candidatos del Partido respaldados por los frentes nacionales ganaron. Borís Yeltsin, todavía miembro del Partido Comunista, aunque no respaldado por este, ganó una resonante victoria con el 89 % de los votos.

El historiador de la Universidad de Princeton, John Dunlop, ha denominado al nuevamente electo Primer Congreso de Diputados del Pueblo, en los meses de mayo a junio de 1989, como el "evento que lo cambió todo". Al poner en marcha esta movida sin precedentes, Gorbachov decidió televisar el Congreso. Durante

13 días con sus noches los acontecimientos llegaron a 200 millones de soviéticos. La obsesiva presencia de los televidentes ante las pantallas provocó una caída de un 20 % en la producción.

En el Primer Congreso de Diputados del Pueblo, la *intelligentsia*, impuso con gran algarabía una agenda marcadamente diferente a la propuesta por Gorbachov. Andrei Zájarov demandó la abolición del artículo 6 de la Constitución de la Unión Soviética, el cual refrendaba la función rectora del Partido Comunista soviético para toda la sociedad. Yeltsin alertó

solemnemente sobre la dictadura de Gorbachov, que ya se vislumbraba en el futuro. Un atleta soviético llamado Vlášov atacó la historia de crímenes del Comité Estatal de Seguridad (KGB). Un orador nombrado Kariákin demandó que se removiera el cuerpo de Lenin de la Plaza Roja de Moscú. Se denunció el sistema unipartidista. Algunos delegados discutieron sobre Marx y *El Capital*.

El Congreso aprobó varias comisiones para estudiar y revisar el pacto nazi-soviético de 1939 y la masacre de Tbilisi. Los cambios políticos se aceleraron de simples pasos a una carrera al galope. Después de junio de 1989, hubo muchos más acontecimientos y cambios cada mes que los ocurridos en todo el período de abril de 1985 a junio de 1989.

El desarrollo del Congreso estremeció la autoconfianza del Partido hasta sus cimientos fundacionales. El Congreso degradó la legitimidad del Partido, la historia soviética y todo el orden social. Envalentonó a la oposición antisocialista. Retrocedió a las fronteras del pensamiento político. La dirección de los procesos sociales había terminado. Gorbachov era una simple marioneta de los acontecimientos.

En julio de 1989, la clase obrera soviética sometió a juicio a la *perestroika* de Gorbachov y al Primer Congreso de Diputados del Pueblo. En Kuzbás y Vorkutá, en Rusia; en Dunbás, Ucrania, y en Karaganda, Kazajstán, tuvieron lugar devastadoras huelgas de mineros. Organizaciones de trabajadores independientes se lanzaron a las calles. Desde 1986, en lo adelante, habían crecido como organización en las áreas urbanas al margen de los sindicatos oficiales de la misma manera que los "informales" en Moscú.

Era la primera manifestación *pacífica* de los trabajadores desde los años veintes, y la huelga estremeció el liderazgo de Gorbachov. Yeltsin, percibiendo la oportunidad populista, comenzó a trabajar en función de agenciarse el apoyo de los manifestantes en función de su causa "democrática". La atmósfera iconoclasta reinante en el Congreso de junio había contribuido a que los mineros se lanzaran a la acción, pero la causa principal radicaba en las severas condiciones económicas en que se encontraban.

El descontento y la mala conducción de los procesos sociales habían golpeado particularmente fuerte a los mineros del carbón, sobre todo en ese momento en que tenían que comprarlo al precio de mercado, pero podían venderlo solo al precio del Estado.

En 1989, los mineros demandaban salarios más altos y también algunas exigencias políticas, por ejemplo, terminar con el control central de los ministerios; libertad de precios para el carbón, y rechazo al artículo 6 de la Constitución soviética. En algunos lugares, los mineros desafiaron públicamente al Partido Comunista.

Moscú se sintió tan amenazada por la huelga en ese sector industrial de importancia vital, que empleaba a un millón de trabajadores dentro de una fuerza laboral total de 160 millones, que durante 10 días, tres instituciones importantes —la alta dirección del Partido, el Soviet Supremo y el Consejo de Ministros— no hicieron otra cosa que no fuera tratar de satisfacer las demandas de los trabajadores. En seguida, Moscú envió grandes cantidades de jabón, carne fresca, leche enlatada, azúcar y manteca hacia las áreas mineras.

Mientras tanto, Yeltsin, en vísperas de su elección como presidente de la Federación Rusa, se ganó el apoyo de una parte importante de los mineros. En abril de 1991, estalló una nueva huelga, esta vez más como una general que como la de los mineros. Fue una parada de dos horribles meses que afectaban a muchos sectores básicos de una economía de por sí debilitada.

Ahora las demandas de los mineros reflejaban el programa de Yeltsin, incluyendo las exigencias de que el Gobierno soviético renunciara. Como una muestra de la autoridad creciente de Yeltsin, la huelga concluyó solo cuando el

Gobierno Central transfirió las minas de la jurisdicción soviética a la rusa. La nueva huelga obligó a Gorbachov a someterse a las demandas de la alianza de Yeltsin.

En 1989, la diversidad de opiniones expresadas en el Congreso de Diputados del Pueblo significó para el Partido una mayor presión para que permitiera en sus filas y en la sociedad la organización legal de diferentes facciones. El argumento "demócrata" era que las elecciones de candidatos múltiples dentro del Partido no tenía sentido si los candidatos no podían diferir y defender posiciones distintas o divergentes en relación con los temas de la realidad nacional e internacional. Ya algunos diputados comunistas habían desafiado públicamente los puntos de vista del Partido.

Los comunistas de Lituania diferían con Gorbachov acerca de la **unidad soviética**. Este asunto se volvería a plantear más adelante en las discusiones internas del Partido Comunista de la Unión Soviética. Los hechos acaecidos establecieron las bases para una discusión en torno a la posibilidad de diferencias dentro del propio Partido. Después que este decidió permitir la organización de facciones quedó la posibilidad real de un sistema multipartidista. No muy distante avanzaban con toda algarabía los augurios de nuevos partidos opuestos al socialismo y al Estado de la Unión. Todavía en noviembre de 1989, Gorbachov rechazaba la idea de un sistema multipartidista. Cuando el Comité Central reconsideró el artículo 6 de la Constitución, medio millón de "demócratas" protestaron en las calles de Moscú bajo la dirección de Yeltsin para demandar su derogación. En el Pleno del Comité Central de marzo de 1990, Gorbachov se contradijo a sí mismo e hizo trizas el artículo, a la vez que dejó abiertas las puertas para la existencia legal de nuevos partidos.

Una crisis de confianza se apoderó del Partido Comunista de la Unión Soviética. En 1989, se detuvo el crecimiento de sus 19 millones de miembros y para 1990, había decrecido en unos 250 mil militantes. La pasividad y la parálisis permearon todos los niveles de dirección.

Las encuestas revelaban el aumento de la desconfianza, la declinación del prestigio, de la autoridad y del apoyo popular. En 1989, el Partido estaba pagando

el precio de su identificación ante los ojos del pueblo con la política de Gorbachov, quien había conducido al caos, la escasez y las dificultades a toda una nación. Ni el secretario general ni ningún otro líder del país contaban con un plan organizado para salir de la situación hacia la cual habían empujado al Partido Comunista de la Unión Soviética.

En el seno del Partido siempre hubo diversas tendencias, ideas y luchas ideológicas, pero, siguiendo a Lenin, habían evitado "las tendencias organizadas" que pudieran limitar la concreción de las políticas del Partido. En el contexto del leninismo era posible la competencia para las elecciones dentro y fuera de la organización del Partido.

No había problemas con un Estado socialista y multipartidista siempre que el Partido de la clase obrera tuviera el desempeño de liderazgo y el resto de los partidos aceptara al socialismo y a la clase obrera en el poder, esto es, que no fueran contrarrevolucionarios. Había sistemas multipartidistas en la República Democrática Alemana, Polonia, Viet Nam, Checoslovaquia, Bulgaria y Corea del Norte. Ningún Estado socialista podía tolerar la legalización de partidos anticomunistas cuyo objetivo fuera revertir los resultados de la revolución.

El otro momento significativo en la parábola de caída del Partido Comunista soviético ocurrió durante el XXVIII Congreso, a mediados de 1990. Durante la organización del Congreso, el Partido había comenzado a desmoronarse rápidamente: perdía a la clase obrera. Los trabajadores comenzaron a **votar con los pies**. Sencillamente se paraban y se marchaban.

Según Graeme Gilí, en la Conferencia del Partido Comunista de la ciudad de Moscú solo el 7,2 % de los delegados estaba formado por obreros. "Ni un solo trabajador procedente del enclave industrial de Yaroslavl fue enviado como delegado al Congreso Nacional".⁵² Descontentos ante las condiciones que empeoraban cada día, los obreros se preguntaban "¿Por qué las reformas económicas comenzaron con medidas que afectaban a los trabajadores?"⁵³ A comienzos de 1990, el desangramiento de la membresía del Partido aumentó. La organización en la base criticaba el abandono del marxismo-leninismo, algo a lo

cual no daban importancia los que en la superestructura afirmaban que solo una parte mínima de los trabajadores apoyaba el sistema.

Este asunto se discute más profundamente en el capítulo 7 y en el Epílogo de este libro. Graeme Gilí escribió que, en los preparativos del XXVII Congreso, "La reafirmación de fe en el marxismo-leninismo, acompañada por la aseveración de que los ideales del Partido habían sido vueltos al revés, era el comentario general contra la dirección del Partido en esos momentos".⁵⁴

En la primera mitad de 1990, cristalizaron las facciones organizadas en el Partido Comunista de la Unión Soviética. La Plataforma Democrática primaba entre los "trabajadoras de cuello blanco" y los profesionales, quienes favorecían la tendencia de que la organización se convirtiera en un partido socialdemócrata parlamentario.

La mal llamada "Plataforma Marxista" favorecía una economía de mercado. Encuestas internas efectuadas por el Partido en 1990 sugieren que un gran número de militantes en la base creía que sus líderes eran políticos corruptos y que el Gobierno no podía detener el deterioro económico del país. Más de la mitad de esas encuestas reflejaban que ya no se reconocía al Partido Comunista como la fuerza política principal de la Unión Soviética. Convocado en julio de 1990, el XXVIII Congreso del Partido fue el último evento en el cual se discutió las políticas de Gorbachov.

El Congreso, por supuesto, no hizo nada para revertir las tendencias revisionistas en el camino político adoptado por el secretario general. Significó un paso más de un partido que avanzaba aceleradamente hacia la pérdida de su misión y de la clase obrera. Los medios no comunistas de comunicación impusieron la agenda. El debate no era acerca de **hasta qué punto debemos avanzar en la economía de mercado**, sino **hacia qué tipo de economía de mercado**.

El Congreso dejó al Buró Político casi inactivo y al aprobar que los partidos de las repúblicas revisaran y cambiaran las decisiones del Partido Comunista de la Unión Soviética, estimuló abiertamente el separatismo.

El Congreso minimizó el desempeño del marxismo-leninismo, lo redujo a solo una fuente para la estrategia ideológica y convirtió el Comité Central en una especie de parlamento representativo en vez del órgano esencial de la organización investido de toda la autoridad que siempre tuvo. El cónclave despojó al Comité Central de su facultad de elegir al secretario general.

El Congreso, en vez del Comité Central, eligió a Gorbachov, lo que hacía prácticamente imposible si no impracticable, su destitución entre elecciones. Fue aprobado el derecho a organizar "plataformas", "grupos", "clubes" y "seminarios" dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética, no así la formación de "facciones". Para los que se oponían a Gorbachov esto era una victoria semántica. Las facciones ya se estaban formando.

Los antirrevisionistas también lograron que se mantuviera al Partido dentro de las fuerzas armadas y un compromiso, verbal, sin significado de centralismo democrático.

En el XXVIII Congreso, Ligachov no resultó electo como segundo hombre del Partido y se retiró del trabajo público y directo en la organización. Yeltsin abandonó el Partido Comunista de la Unión Soviética de forma ostentosa y también lo hicieron algunos "demócratas" notables, como el alcalde de Leningrado, Anatoli Sobchak; el alcalde de Moscú, Gavril Popov y el historiador marxista arrepentido, Yuri Afanásiev.

La Plataforma Democrática —autorizada y reconocida en el Congreso— se retiró del Partido Comunista de la Unión Soviética, pero no sin antes reclamar parte de sus propiedades. Al hacer un balance de fuerzas, se aprecia que la complejión sólida del Partido Comunista se debilitó mucho más, no solo por las victorias de las políticas de Gorbachov, sino porque abandonaban sus filas los comunistas honestos.

Los antirrevisionistas se retiraban del Partido y consagraban sus esfuerzos a ganar influencias en el nuevo Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR). En 1989, Ligachov ayudó en la fundación de la Unión de Campesinos Soviéticos y en 1990 en la del PCFR.

Una de las razones para que Ligachov permaneciera en la organización comunista de la Unión Soviética por el tiempo que lo hizo fue para tratar, una vez más, de revertir las políticas que se aplicaba desde dentro del Partido y durante el XXVIII Congreso. Continuó fiel a las normas y los reglamentos aún después de que Gorbachov y Yákovlev dejaran de hacerlo. En los momentos finales de todo el proceso, mayo de 1990, Ligachov le escribió una carta a Gorbachov donde declaraba su lealtad a la *perestroika*, a la vez que le pedía que circulara la carta al Buró Político y a la dirección del Comité Central y solicitaba su consideración para convocar un Pleno del Partido con el fin de analizar la crisis de este y la nación. Gorbachov nunca circuló la carta.

Después del XXVIII Congreso, desde mediados de 1990 hasta agosto de 1991, el Partido sufrió una "implosión" definitiva. Aumentaron las divisiones en facciones de diferentes tipos. Su membresía decreció rápidamente, sobre todo entre los trabajadores. Las cotizaciones de sus miembros, la venta de publicaciones y el resto de las fuentes de ingreso del Partido colapsaron. Las finanzas de la organización llegaron prácticamente a la bancarrota, lo que implicó aún más reducciones de cuadros y funcionarios y menos trabajo de influencia política.

En los nuevos órganos creados en el Estado, los comunistas manifestaban sus divisiones internas y su desunión. Después de agosto de 1991, y del fracaso del golpe —analizado más adelante en este libro— y de la declaración de la ley de Estado de sitio por el Gobierno soviético, la situación del Partido llegó a su punto más crítico. Estalló la histeria nacional y mundial contra el Partido Comunista de la Unión Soviética. La corriente para declararlo ilegal y confiscar todos sus bienes creció y se hizo indetenible: quedó sellada su suerte.

Paralelamente al desmembramiento del Partido, ocurría la depauperación y la ruina de los militares. En 1989 y 1991, Gorbachov la emprendió contra la influencia del Partido entre los militares, quienes recibían un entrenamiento intenso en el campo ideológico marxista-leninista. El secretario general y sus consejeros más cercanos interpretaron la necesidad de romper con la autoridad, la influencia y el control del Partido sobre los militares como parte del programa

para acabar con la influencia y el desempeño del Partido en el resto del sistema de toda la Unión Soviética.

El primer paso consistió en el cambio de la doctrina militar de la nación: la estrategia de disuasión de la guerra y el mantenimiento de la paz no radicaban en la paridad militar entre los soviéticos y los norteamericanos, por tanto, desecharon la idea; igualmente ocurrió con el concepto de ayuda y protección al socialismo en nombre del internacionalismo y del campo socialista como centro de la doctrina del Pacto de Varsovia y de otros países socialistas y aliados. Fue desechado.

El desarme unilateral de los soviéticos erosionó la moral y la disposición combativa de las tropas, pero la desintegración militar emanó, además, de otras tres fuentes: la reducción de las fuerzas ordenada por Gorbachov; la cobertura hostil por parte de los medios de comunicación acerca de las condiciones de vida de las tropas y del personal militar en general, y la resistencia al servicio militar obligatorio. En 1989 y 1990, un gran número de oficiales comenzó a renunciar y abandonar las unidades militares.

En ese mismo período, las fuerzas armadas de la Unión Soviética se redujeron de 5,3 millones a menos de 4 millones de hombres sobre las armas. Los desmovilizados, al regresar a sus lugares de origen, en la mayoría de los casos, no encontraban ni donde vivir ni donde trabajar. Mientras tanto, Gorbachov prosiguió con su plan de abolir la administración política militar, órgano mediante el cual el Partido Comunista se organizaba dentro del Ejército.

A pesar de que Ligachov y sus aliados lograron que el XXVIII Congreso no adoptara ese acuerdo, la desintegración de la influencia del Partido avanzó inexorablemente.

Ahora bien, ¿qué explica la actitud endeble de los líderes que se oponían a Gorbachov, sus pocas habilidades políticas, sus insasibles ilusiones, y la frecuencia con que se sometían y votaban por políticas en las cuales no creían ni compartían? Durante largo tiempo la oposición a Gorbachov tenía el poder de voto para destituirlo del Partido, pero no se actuó.

El Buró Político hasta rechazó la oferta de renuncia de Gorbachov. En una reflexión posterior sobre una de las reuniones realmente álgidas, Cherniáev

escribió con furia: "¿Ustedes piensan que fue la oferta [de renuncia] de Gorbachov un chantaje? ¿Un juego?", y entonces explica que la oposición era mayoría en el Buró Político y en el Comité Central y con actitud provocadora dice: "El derrumbe solo comenzaba entonces. Ustedes pudieron restaurar el orden, pero no; ustedes ni tuvieron agallas ni ideas alternativas".

La tendencia revisionista estaba mejor dirigida que sus oponentes. La contingencia, vista desde este ángulo, tuvo un desempeño en la caída de la Unión Soviética. Después del enfrentamiento por el artículo de Nina Andréyeva en el Buró Político que terminó en una verdadera debacle para Ligachov, la correlación de fuerzas estuvo sistemáticamente en contra de la oposición a Gorbachov.

Los revisionistas mantuvieron la iniciativa y cercenaron las bases partidistas de sus oponentes por medio de maniobras constantes. Ligachov evitó tomar la ofensiva o lanzarse en busca del liderazgo. Se oponía a los excesos de Gorbachov pero, según Stephen F. Cohén, aceptaba algunos de sus conceptos; por ejemplo, creía en las ventajas de la introducción parcial de mecanismos de mercado. Hasta su democión, Ligachov solo trató de competir con Yákovlev por recibir la atención del secretario general. Veía en Yákovlev a la "eminencia gris" del revisionismo, que saturaba a Gorbachov de consejos malintencionados y baladíes. Solo cuando era ya demasiado tarde comenzó Ligachov una lucha consistente contra el secretario general y, para entonces, estaba fuera del liderazgo del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Una oposición organizada y decidida, hubiera podido destituir a Gorbachov, como sucedió con el caso de Jrushchov. Todavía en mayo de 1990, el 70 % del Comité Central del Partido estaba contra su secretario general. ¿Por qué, entonces, Ligachov perdió su última batalla contra los revisionistas durante el XXVIII Congreso del Partido? ¿Por qué no emergió ningún otro líder comunista con la valentía para encabezar la lucha contra Gorbachov? ¿Por qué habían decaído tanto la combatividad y el calibre del Partido Comunista desde 1960? ¿Por qué este no pudo sobreponerse y superar la crisis de Gorbachov entre 1987 y 1991, si ya lo había hecho con Jrushchov en 1964?

La respuesta a estas preguntas radica en los mismos argumentos que explican las causas del colapso: en la política y en la economía. Las discusiones en el Buró Político no eran solo enfrentamientos de ideas donde los argumentos ganaban por sus méritos. Intereses velados y trifulcas poco transparentes condicionaban el enfrentamiento de ideas. Fuerzas políticas, ideológicas y económicas poderosas les "serruchaban el piso" a Ligachov y a sus seguidores. Mucho más importante, hacia finales de los años ochentas, en contraste con los años sesentas, la Segunda Economía en la Unión Soviética era mucho mayor, sus interconexiones de corrupción con las estructuras del poder eran más profundas y su penetración a los niveles políticos más altos era flagrante y articulada.

Ligachov comprendió con claridad que Gorbachov, al estimular la Segunda Economía, la empresa privada y las reformas económicas, perpetuaba las causas y condiciones que alimentaban la corrupción dentro del Partido y del poder. En este sentido dice: "Repentinamente, en el espacio de un año o dos, aparecieron fuerzas aún más horribles y más corruptas que asfixiaron el saludable comienzo del trabajo realizado en el Partido en abril de 1985".

Hay evidencias de que Gorbachov estimuló la corrupción con su actitud personal y su política tolerante, desde el más alto nivel del Partido hasta la base. Valeri Boldin, quien fuera jefe de gabinete de Gorbachov, confiesa que durante su historia el Partido había librado luchas internas —contra la corrupción, las desviaciones, los grupos divisionistas, los mencheviques, los trotskistas y otros— y concluye que durante Gorbachov, por primera vez, el Partido tuvo un problema serio y generalizado de corrupción a todos los niveles, y hace referencia a secretarios de distritos, a partidos comunistas regionales, así como a miembros del Comité Central implicados en esquemas ilegales.

Según Boldin, el Partido nunca había tenido semejante grado de corrupción y de ambición generalizada ni a niveles tan altos. Eso debilitó la posibilidad de que el Partido se defendiera a sí mismo. En palabras de Boldin: "El virus de la deshonestidad contaminó gravemente el sistema inmune del Partido y destrozó su estabilidad".

El crecimiento de las empresas privadas legales e ilegales y sus conexiones con el Partido permeó la eficacia y honestidad de los funcionarios en todas las instancias de dirección y destruyó la credibilidad de los verdaderamente honestos, dado el ambiente corrupto en el cual se desenvolvían. Contemplaban con qué impunidad los dirigentes del Partido y la burocracia gubernamental, derrochaban y malversaban los bienes del Estado. Mientras tanto, los medios de comunicación, con nuevas ideas y bajo una **nueva** dirección, transformaban los paradigmas sociales en relación con la propiedad, los principios, las creencias, los saberes, las expectativas y las percepciones. El Partido estaba desapareciendo como centro del poder. Semejante tendencia alteró el equilibrio de fuerzas. Esas condiciones no las había en 1964.

Al mismo tiempo, la movilización de la membresía partidista y de las masas trabajadoras era extremadamente difícil dados la confusión y el caos reinantes desde el punto de vista político, ya que se trataba de una contrarrevolución dirigida por el secretario general del Partido. Los cuadros no permanecían indiferentes, pero estaban habituados a trabajar reactivamente en respuesta a las iniciativas del Partido, no en contra de las decisiones adoptadas por sus líderes y más cuando, crecientemente, se preocupaban y los afectaban los problemas de la crisis: la inflación, la escasez y el desempleo. Hacia mediados de 1991, la economía estaba deprimida. Millones de trabajadores defendían sus niveles de vida por medio de las huelgas, pero el debilitamiento del Partido implicaba que la lucha dentro de este fuera muy difícil. La desorganización, la desorientación y la pérdida de poder limitaron la posibilidad de resistencia orgánica del Partido.

A pesar de todos estos factores, en marzo de 1991, los trabajadores soviéticos votaron en su inmensa mayoría por la preservación de la Unión Soviética. Preocupados con las dificultades de la vida diaria, los cuadros y trabajadores no se manifestaron mucho más allá de las demandas económicas, y para eso, muchas veces mal dirigidos, o sin dirección alguna; sin embargo, el espíritu latente de resistencia dentro de las estructuras del Partido se mantuvo con fuerza hasta el XXVIII Congreso, en julio de 1990.

La otra razón del porqué el antirrevisiónismo fue derrotado nos remite también a la Segunda Economía. En la sociedad, las riquezas adquiridas por las nuevas empresas capitalistas y privadas comenzaron a engrosar rápidamente las arcas de los nuevos políticos procapitalistas.

El historiador Stephen Handelman observa que: "Los **vory** (ladrones) sabían que los conservadores del Kremlin (comunistas ortodoxos) estaban ansiosos por eliminar todas las libertades otorgadas en el campo de la economía que habían posibilitado los márgenes impresionantes de ganancias en el «mercado negro», y agrega: "Gavril Popov, quien ganó las elecciones como alcalde en Moscú, ha admitido que los reformistas contaban con el apoyo de los **teneviki** (negocios del «mercado negro» a menudo conectados con la mafia)". La influencia del dinero en la política —sin precedentes en la historia soviética— fortaleció a los elementos antisocialistas y debilitó a los verdaderos comunistas.

Las políticas adoptadas por Gorbachov en relación con los medios de comunicación les permitieron a él y a sus aliados, disfrutar de una ventaja mediática crucial que antes habían tenido los comunistas auténticos. Los protegidos de Yákovlev en los medios de comunicación establecieron los términos y las condiciones del debate político que fue mucho más allá de la débil libertad otorgada durante el período de Jrushchov. Después del nacimiento del Congreso de Diputados del Pueblo en 1989, la **intelligentsia** anti-PCUS y sus aliados en los medios lanzaron una verdadera ofensiva en contra de los que apoyaban el socialismo. Así, las circunstancias políticas e ideológicas favorables en torno a Gorbachov eran muy diferentes a las que había habido 25 años antes en torno a Jrushchov.

Los problemas individuales y subjetivos tuvieron un desempeño real, pero de segundo orden. Las cualidades de liderazgo tuvieron importancia: si Ligachov y sus seguidores hubieran tenido cualidades brillantes de liderazgo y los revisionistas no, los hechos pudieron haber sido diferentes a pesar de las condiciones objetivas. Durante la confrontación, Gorbachov siempre estuvo en terreno ventajoso, aun cuando la oposición era numéricamente mayor. Su oponente principal, Ligachov, pudo no haber sido "patético y principista", según

refieren, pero estaba educado en las escuelas del centralismo democrático del socialismo, la modestia, la lealtad, y esos principios limitaban su habilidad para organizar una oposición efectiva. Aunque tenía grandes cualidades y era muy respetado, se dedicó durante largo tiempo a tratar de moderar las políticas de Gorbachov y a desempeñarse como contrapartida con sus argumentos.

Con la misma determinación colectiva, organizativa y planificada que Jrushchov usó para arrestar a Beria y que Brézhnev la utilizó para destituir a Jrushchov, Ligachov probablemente hubiera podido convertir el artículo de Nina Andréyeva en una punta de lanza en su favor y sustituir a Gorbachov. Su fracaso para actuar, excepto en su propia defensa, inmovilizó a sus aliados, ninguno de los cuales contaba con su prestigio. Conscientes de estas características, Yákovlev y Gorbachov sometieron a Ligachov a un candente criticismo y obligaron a sus aliados a mantenerse a buen resguardo.

Entre 1989 y 1991, el anticomunismo creció en la misma proporción con que declinó el Partido Comunista de la Unión Soviética. Muchos líderes del Partido con mentalidad reformista jugaron con la idea de un sistema multipartidista. Los anticomunistas todavía enmascaraban sus ambiciones procapitalistas, y, mientras preparaban sus nuevas reformas políticas, los comunistas ortodoxos les concedieron tan poca importancia que resulta realmente asombroso, sobre todo, por los temas que eran discutidos, como la cuestión del poder estatal, hasta qué punto un nuevo movimiento o un nuevo Partido debía aceptar —o no— la lucha de clases y su carácter de clase así como el desempeño del Partido en la sociedad.

La oposición "demócrata" que se manifestó después de 1985 tuvo sus líderes durante el "deshielo" entre los años 1953 y 1964, bajo el liderazgo de Jrushchov, quien tuvo cierta tolerancia con los intelectuales liberales. Posteriormente a 1964, Brézhnev fue menos tolerante y parte de la *intelligentsia* creó un movimiento de disidentes que provenían de la tendencia Bujárin-Jrushchov en la tradición soviética de pensamiento. Estos disidentes fueron una influencia decisiva para Gorbachov; eran quienes incluso suministraron elementos esenciales para sus programas de acción.

Tan temprano como en mayo de 1970, fue firmada una carta abierta por los físicos Andrei Zájarov y Valeri Turchin y por el escritor Roy Medvédev. La misiva presentaba varias tesis acerca de la situación de la Unión Soviética y hacía 15 demandas. Los autores decían representar a la *intelligentsia* y a las secciones más avanzadas de la clase trabajadora. Los problemas de la Unión Soviética, decían, no eran inherentes al socialismo sino a la tradición antidemocrática y a las normas de vida pública establecidas en la sociedad civil desde la época de Stalin. La demanda más importante de los autores era la "democratización", palabra repetida muchas veces en el texto.

La carta también introdujo la palabra "estancamiento", medular en todos los argumentos de la *perestroika*. Demandaban el restablecimiento de los derechos de las nacionalidades ignoradas por Stalin; progresos hacia un sistema legal más independiente; más y mejores investigaciones de opinión; amplia diseminación de las investigaciones de las ciencias sociales; elecciones con candidatos múltiples; autonomía industrial; más fondos para la educación primaria y secundaria; amnistía para los prisioneros políticos; mejoras en la selección y el entrenamiento de los cuadros políticos y administrativos, y abolición de la nacionalidad en los documentos de identificación personal ciudadana. El programa decía defender el socialismo y perfeccionarlo, pero no hacía ninguna referencia crítica al capitalismo occidental.

La oposición democrática autoestatizada se manifestó de formas diferentes antes de emerger entre 1988 y 1989, como legal, antisocialista y organizada en verdaderos partidos para optar por oficinas electivas y hasta por el poder estatal. Primero, en 1987, los llamados "informales" (organizaciones informales de la economía informal) emergieron, a veces tan humildemente como clubes de discusión, grupos de vecinos o círculos de estudio.

Gorbachov dio la bienvenida a los "informales" e invocó las ideas del teórico italiano Antonio Gramsci acerca de la importancia de la sociedad civil, una construcción teórica favorita de los socialdemócratas. Gorbachov y Yákovlev querían fomentar los movimientos sociales no partidistas con el objetivo de encontrar apoyo para sus políticas y pasar por encima del Partido Comunista. Los

"informales" crecieron rápidamente y, más aún, cambiaron su carácter. En las repúblicas no rusas se convirtieron en **frentes nacionales** que promovían el separatismo, y en Rusia, **frentes populares** que abogaban por una actitud "democrática".

Hasta mediados de 1988, un "demócrata" significaba alguien que apoyaba a Gorbachov en contra de Ligachov. Después de esa fecha, segmentos de la **intelligentsia** criticaban a Gorbachov por no ser suficientemente un demócrata. En mayo de 1988, en Moscú, un disidente de los años sesentas y de los años setentas fundó la Unión Democrática, el primer partido político abiertamente en contra del Partido Comunista de la Unión Soviética.

En enero de 1990, el Congreso de Diputados del Pueblo les dio un gran impulso a los "demócratas". La televisión soviética presentó a los intelectuales discutiendo sobre democracia contra Gorbachov. En julio de 1989, algunos diputados formaron un grupo interregional (dirigido por Andrei Zájarov y Boris Yeltsin, todavía miembro del Partido Comunista). Esta facción "demócrata" parlamentaria la conformaban 380 de los 2 250 miembros del Congreso de Diputados del Pueblo. Proclamaban **una transición del totalitarismo a la democracia, una descentralización radical de las propiedades del Estado, y por la independencia económica de las repúblicas y las regiones.**

Esto significa que una organización parlamentaria anticomunista, dirigida por figuras de reconocimiento popular, trabajaba abiertamente desde dentro de las organizaciones creadas por Gorbachov.

Plataforma Democrática se formó en enero de 1990, dentro del Partido, con delegados que representaban a 55 mil comunistas. Abogaban por transformarlo en un partido socialdemócrata durante el XXVIII Congreso. También en enero de 1990, **Rusia Democrática**, un proyecto mucho más ambicioso, quedó constituido a partir de las ideas de Andréi Zájarov, fallecido en diciembre de 1989.

Los "demócratas" rápidamente canonizaron a Zájarov como el santo del movimiento socialdemócrata. **Rusia Democrática** evolucionó más allá del contexto interregional, se constituyó en una organización nacionalista y llamó a un congreso para proclamar la nueva República Federativa de Rusia, revocar el

artículo 6 de la Constitución soviética, devolver las iglesias a los creyentes, situar al KGB bajo control parlamentario, proclamar la soberanía de la República Rusa y crear una economía regulada de mercado. Las demandas de **Rusia Democrática** fueron mucho más allá que algún otro grupo de los existentes, al plantearse el objetivo de restaurar el capitalismo y el desmembramiento de la Unión Soviética. **Rusia Democrática** se convertiría en la principal base social del programa de Borís Yeltsin.

En marzo de 1990, durante las elecciones en la Federación Rusa, los "demócratas" ganaron por amplio margen en Moscú y en Leningrado, un resultado que estremeció a toda la población. Ya en mayo de 1990, eran el 25 % del Congreso de la Federación Rusa. Como en 1917, el poder dual se volvió a manifestar en Rusia. Esta vez, los "demócratas" y el Partido Comunista compartían el poder.

La oposición "demócrata" encontró a su líder ruso en Borís Yeltsin. El momento de despegue de su carrera política tuvo lugar cuando en 1985, irónicamente recomendado por Ligachov, fue trasladado a Moscú. Un ingeniero de carrera, se había desempeñado como jefe de construcciones en los Urales. Era ambicioso, pragmático y alcohólico. Durante el XXVII Congreso del PCUS en 1986, Gorbachov lo promovió a miembro suplente del Buró Político.

A pesar de su condición de funcionario del Partido, desarrolló una actitud crítica hacia este, muchas veces adoptando posiciones erráticas y populistas. En 1987, las críticas de Yeltsin contra Gorbachov condujeron a que aquel fuera separado del Buró Político y demovido como primer secretario del Partido en Moscú. Retornó a su natal Sverdlovsk, pero se mantuvo deambulando por los escenarios políticos entre 1987 y comienzos de 1989, cuando la creación de las nuevas instituciones estatales por parte de Gorbachov posibilitaron su retorno.

En marzo de 1989, Sverdlovsk eligió a Borís Yeltsin para el Congreso de Diputados del Pueblo. En marzo de 1989, los rusos lo eligieron a un cargo similar en la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) y, en mayo de ese año, fue electo presidente del Congreso. En julio, durante el XXVIII Congreso, abandonó el Partido Comunista. En junio de 1991, fue elegido presidente de la

RSFSR, nueva posición creada en abril de ese año, en un acuerdo con Gorbachov mediante el cual Yeltsin se comprometía a apoyar el Tratado de la Unión propuesto por el secretario general.

Con el 57 % de los votos, Yeltsin derrotó a otros cinco contendientes y a partir de entonces ostentaba un mandato electoral que Gorbachov no tenía; una ventaja importante en su batalla por la supremacía. En algún momento de 1989, la trayectoria de Yeltsin se hizo cada vez más clara: un plan para **jugar con la carta rusa** para la restauración del capitalismo y la conquista del poder supremo.

¿Por qué fue posible el éxito de Yeltsin, hasta llegar a convertirse en el líder de la contrarrevolución? En la huelga de los mineros de julio de 1989 fraguó una alianza con la representación más descontenta y decidida de la clase obrera. Entre este año y 1990, logró el apoyo de los intelectuales descontentos con la actitud dubitativa de Gorbachov. Enarboló la bandera, abiertamente procapitalista, de la **perestroika**.

Su popularidad creció entre los separatistas de otras repúblicas no rusas hacia las cuales mostró simpatía, garantizó las libertades de los credos religiosos y se erigió en líder de la soberanía y el nacionalismo rusos. Sobre todo, apoyó la economía de mercado con mucha mayor decisión que Gorbachov y se ganó la simpatía de la ferviente y cada vez más fuerte Segunda Economía y de todos los elementos vinculados con esta. Muy importante fue también la floreciente atención y el apoyo que Yeltsin recibió de los hombres de negocios en Occidente y principalmente de **Radio Libertad** y las voces de las cadenas occidentales de radio.

La disposición de Yeltsin de sacrificar la Unión Soviética como Estado Federativo si era necesario, con el fin de introducir reformas radicales en Rusia —entiéndase restauración del capitalismo—, lo convirtió en el líder de los contrarrevolucionarios dentro y fuera del país. Mientras Gorbachov mantuviera el control sobre todas las instituciones de la Unión, su actitud vacilante impedía la restauración total del capitalismo.

Desde agosto de 1991 hasta diciembre del mismo año, los acontecimientos se desarrollaron de una forma imprevista y dramática y Yeltsin vislumbró su oportunidad de alzarse con el poder y desmembrar la Unión Soviética.

En enero de 1992, comenzó con las terapias económicas de choque, de las cuales Gorbachov trató de mantenerse al margen. Un año y medio más tarde, en octubre de 1993, al encontrar resistencia legislativa para la implementación de sus políticas, el *líder* "demócrata" ordenaría el ataque militar artillero contra el Parlamento ruso que provocaría la muerte y el arresto de cientos de legisladores y ciudadanos.

La profundización del caos y la crisis económica tuvieron como causa parcial los debates frenéticos en que devinieron las discusiones y los vaivenes en la toma de decisiones bajo la dirección de Gorbachov, quien continuaba esta vez con su plan de transición hacia la economía de mercado. El derrocamiento del socialismo en Europa del Este también repercutió negativamente en la economía soviética. El separatismo acabó con los lazos establecidos en la concepción y los procesos de producción entre las repúblicas y dañó la producción como tal. El estímulo a la legalización de la Segunda Economía por parte de Gorbachov también destruyó aceleradamente la economía central planificada del sector estatal de la Unión Soviética y, en consecuencia, agudizó la crisis. Borís Kargarlitsky ha señalado, la ironía de la poderosa campaña lanzada en apoyo a la privatización por medio de la televisión, la radio y la prensa escrita durante 1990, que en la mayoría de los casos se trataba de medios controlados todavía por el Partido Comunista. "Cualquiera que dudara de las nuevas y maravillosas recetas de trabajo, era censurado totalmente". El monopolio de los medios de comunicación soviéticos era ahora capitalista.

El soviólogo de la Universidad de Columbia, Marshall Goldman, concluye que el declive de la economía soviética comenzó realmente antes de 1989: "Hacia mediados de 1987, el daño estaba hecho. Después de alrededor de dos años de resultados pobres, él (Gorbachov) había perdido casi toda su credibilidad, al menos en lo que a asuntos económicos se refiere". Con posterioridad, la crisis se

agudizó y, a mediados de 1988, el deterioro comenzó a nutrirse de sí mismo y "las más importantes instituciones económicas habían comenzado a desintegrarse".

Las decisiones soviéticas obligaron a los países ex socialistas a reorientar sus relaciones económicas directamente hacia los países de Occidente, lo cual magnificó el desastre del colapso. Por décadas la Unión Soviética había sido el proveedor de petróleo, gas y materias primas con facilidades económicas y de pago, para los países de Europa del Este y recibía a cambio, los productos manufacturados para el mercado soviético. Según Jerry Hough, la decisión soviética de detener abruptamente los subsidios sometió a una verdadera terapia de choque a los países del bloque socialista europeo. Europa del Este tuvo que orientarse hacia el mercado occidental tan rápidamente como le fue posible.

Hacia 1990 y 1991, las pérdidas como resultado del impacto del comercio con esos países repercutió desfavorablemente en la economía soviética y en sus problemas sociales; las pérdidas repentinas de las medicinas importadas de Europa del Este, por ejemplo, fueron la causa primordial del declive acelerado del sistema de salud.

Después de lo que Ligachov llamó como el "error fatal", la reducción drástica y rápida de la demanda estatal en 1987, la escasez —entiéndase colas, racionamiento, tiendas vacías—, predominaba entre las noticias económicas en 1988 y 1989. La producción de la mayoría de los bienes de consumo no decayó durante 1988 y 1989, "pero el aumento de los salarios y el fracaso estatal en el control de los subsidios a los alimentos, significó que la población tuviera, progresivamente, cada vez más dinero a su disposición".

Con demasiado dinero para la adquisición de muy pocos productos, la inflación abrió sus puertas. En 1988, la contracción de la producción de alimentos indujo a la disminución de productos alimenticios y al aumento de los precios. Con el debilitamiento de las autoridades económicas centrales, la confianza en la estabilidad de la oferta disminuyó.

El acaparamiento individual de los consumidores y, lo que es más importante, el acaparamiento público de las repúblicas y ciudades se extendió dramáticamente, primero con respecto a la alimentación y luego en relación con

otros bienes de consumo. Las tiendas vacías y la escasez flagrante causaron el malestar del pueblo y tuvieron una repercusión política, ideológica y social incalculable: la psicología de la escasez y el acaparamiento se extendió como conducta generalizada. En consecuencia, aún antes de que la economía comenzara a declinar, la tendencia al acaparamiento producto de la desconfianza en la estabilidad de la oferta, era un hecho. Es más, cuando la confianza en el sistema de abastecimiento se hizo crítica y la industria ligera no recibía los productos suficientes de sus proveedores según la demanda, la producción de bienes de consumo cayó aún más y la escasez se intensificó. Era un círculo vicioso.

La retirada del Partido de su desempeño en la dirección de la economía fue la causa esencial del empeoramiento de la situación a partir de 1989. En 1990, la producción cayó. "La producción económica decreció en un 2 % durante los primeros ocho meses de 1990, y la inflación creció rápidamente". Fue entonces que la crisis "tocó fondo" o, mejor dicho, "perdió el fondo". A principios de 1991, **Der Stern**, una revista alemana de circulación masiva publicó la solicitud de ayuda de Gorbachov a Alemania: 500 mil toneladas de carne; otro tanto de aceite vegetal; 100 mil de pastas. Para entonces, la inflación había alcanzado un promedio anual del 80 %. Hacia mediados de 1991, los analistas comenzaron a hablar de la depresión soviética. En julio de ese año, Gorbachov asombró al mundo al solicitar el ingreso de la Unión Soviética en el Fondo Monetario Internacional. Una superpotencia iba en declive y se arrodillaba frente a la otra.

Entre 1990 y 1991 se manifestó un gran cambio hacia la derecha en el debate sobre políticas económicas. La atención a los problemas económicos de la nación por parte del liderazgo de la Unión Soviética había disminuido. Durante ese intervalo, Gorbachov dedicó toda su atención a las reformas políticas. El debate económico volvió a ser centro de las discusiones a finales de 1989, pero esta vez, el carácter de los debates había cambiado radicalmente.

El contraste entre dos libros de Abel Aganbeguián, el cerebro pensante en materia económica, que tenía toda la confianza del secretario general en los primeros años de la **perestroika: Los retos económicos de la perestroika** (1988)

y *La perestroika por dentro* (1989), reflejaban los cambios. A diferencia del primero, el segundo libro abogaba por un mercado sin regulaciones.

Entre las causas que indujeron al cambio hacia la derecha en el debate económico de la Unión Soviética hay muchos factores, pero sobresalen dos de estos: la agonía del Partido Comunista y la Segunda Economía. En la tabla 3, que se presenta más adelante, dos economistas norteamericanos, Michael Alexéev y William Pyle, han estimado el volumen de la Segunda Economía con respecto al Producto Interno Bruto (PIB) de la mayoría de las repúblicas soviéticas, hacia mediados de la época de Gorbachov y la comparan con su tamaño con respecto al PIB, tres años después del ejercicio del poder por parte de Yeltsin.

La comparación nos brinda un indicador, *grosso modo*, del estado de crecimiento de la Segunda Economía entre 1989 y 1991, y todavía más allá de esa fecha. Durante los años noventas, las terminologías convencionales resultan problemáticas. Los académicos usualmente usan el término *Segunda Economía* para referirse a la economía privada soviética subordinada al sistema centralmente planificado, y a la *Primera Economía*, de propiedad estatal.

Hacia 1985, desde luego, en al menos tres repúblicas, la Segunda Economía creció bajo el liderazgo de Gorbachov y se había convertido en la Primera Economía, es decir, en la económica dominante. En la república más grande, Rusia, el producto de la Segunda Economía era casi la mitad del PIB. En Ucrania y las repúblicas del Cáucaso, la Segunda Economía era realmente la Primera.

TABLA 3

Estimados de la economía extraoficial. Porcentaje de participación en el PIB		
República	1989 (%)	1995 (%)
Azerbaiyán	32,8	69,9
Bielorrusia	28,6	34,5

Estonia	22,1	21,9
Georgia	32,8	71,4
Kazajstán	32,8	49,8
Letonia	22,1	40,9
Lituania	22,1	30,6
Moldavia	28,6	47,8
Rusia	18,0	45,6
Ucrania	25,3	56,5
Uzbekistán	32,8	28,5

En los años 1989 y 1991 en casi todo el país el embrión del capitalismo se desarrollaba aceleradamente. Las nuevas cooperativas que amparaba la ley eran verdaderas empresas privadas. Algunos ministros de la Unión Soviética incluyendo al primer ministro, Nikolai Rízhkov, ordenaron la formación de algunas cooperativas. Roy Medvédev escribió que los negocios privados así como las empresas y organizaciones estatales formaron decenas de miles de cooperativas en comercio, producción y construcción.

Las cooperativas hicieron posible la conversión de miles de millones de rublos de bienes propiedad previa del Estado en valores de liquidez, dinero en efectivo. La liquidación del monopolio previo estatal sobre el comercio internacional hizo posible "que una gran cantidad de negocios se canalizara por medio de las cooperativas".

Posteriormente, los nuevos oligarcas del negocio proclamarían que había sido mucho mejor hacer fortuna en la época de Gorbachov que en la de Yeltsin. Los funcionarios económicos que se desempeñaron durante la época de Mijaíl

Gorbachov convirtieron la organización juvenil de 15 millones de miembros, el ***Komsomol Leninista***, en un campo de entrenamiento para los nuevos empresarios.

Usando los recursos del ***Komsomol***, los jóvenes capitalistas soviéticos establecieron el primer banco comercial del país y la primera bolsa de valores. Los aspirantes a millonarios del ***Komsomol*** también lucraron y obtuvieron grandes ganancias como resultado de espectáculos artísticos, rentas de videos, turismo, juegos y comercio internacional.

Al surgir, con el visto bueno de Gorbachov, la Segunda Economía contenía un gran componente criminal. Según afirma Stephen Handelman, una autoridad en el tema del crimen organizado ruso durante el gobierno de Gorbachov, "el 60 % de los negocios era trabajado por ex criminales o por el crimen organizado". Hacia finales de 1991, después de la legalización de la mayoría de las empresas privadas, el "mercado negro" todavía significaba el 15 % del volumen total ruso de bienes y servicios.

En la medida en que moría el Partido Comunista y la planificación centralizada, el mercado se hacía inevitable. En 1987, cuando se tomó la decisión de aplicar reformas radicales, el principal obstáculo identificado fue el sistema vertical centralizado político y administrativo, es decir, el Partido y el Gobierno Central. Una conceptualización semejante puso como única alternativa disponible en la palestra pública que las soluciones dependían solamente de los mecanismos espontáneos del mercado, la propiedad privada y las ganancias. Con los ministerios centrales desmantelados en Moscú y el desempeño del Partido depauperado e incapaz de dirigir la transición, los defensores de los mecanismos de mercado mostraron todo su interés en la "terapia de choque", la imposición de un régimen de libre mercado impuesto "desde arriba", al mismo tiempo y con poca o ninguna garantía.

Hasta Nikolai Rízhkov, primer ministro, y la más alta autoridad de la economía de la Unión Soviética, se oponía a un salto a ciegas hacia los mecanismos de mercado. Escribió que, a diferencia de las reformas chinas, Gorbachov estaba debilitando el Partido y el Estado en el momento en que eran más necesarios:

Al principio, pensé que Gorbachov no entendía la esencia de la cuestión, pero conversaciones posteriores y particularmente las sesiones de trabajo del Buró Político en las cuales fueron examinados estos asuntos, demuestran que buscaba conscientemente esos objetivos.

Los ultraradicales demandaban que la idea del plan fuera totalmente rechazada, afirmaban que los productores mismos comprenderían todo rápidamente y se establecería un sistema fluido de relaciones comerciales mutuamente ventajoso y que las tareas de interés nacional, las prioridades nacionales, se resolverían espontáneamente. Yákovlev, Medvédev y Shevardnadze insistieron en este punto de vista y Gorbachov los apoyó.

Otros hechos inclinaron la balanza hacia el sistema de mercado. El cambio realizado por Gorbachov, de mover el centro de poder para el trabajo, del Partido hacia otras instituciones estatales y su asunción a la presidencia en marzo de 1990, le otorgaron mayor libertad de acción. Las huelgas de los mineros del carbón en julio de 1989, reflejo de las causas de la profundización de la crisis económica, cundieron el pánico ante muchos líderes en Moscú y provocaron que lo impensable sucediera.

Ideológicamente, la distorsionada exaltación de la NEP leninista preparó el camino para el viraje hacia el programa de acción procapitalista. Anthony Jones y William Moskoff, simpatizantes de Gorbachov, explican el uso revisionista de la NEP para destruir la planificación centralizada. Afirman que hay "paralelos" en la Unión Soviética, en retrospectiva, con el debate sobre la industrialización entre Bujárin y la mayoría en el Partido Comunista soviético liderada por Stalin 60 años antes, cuando, entonces, los soviéticos escogieron el plan, no el mercado, como la mejor forma de emparejar su nivel de desarrollo con los países de Occidente. "Pero el debate contemporáneo se planteaba hasta qué punto, cómo y con qué celeridad, la nación debía encontrar su camino de vuelta a un sistema de mercado".

Continuaba la presión internacional. El secretario de Estado norteamericano, James Baker, viajó a Moscú para ofrecer asesoría en la reforma de precios. Occidente comenzó con el juego de las tentaciones de los préstamos. Hubo

contactos de urgencia entre los economistas de la Unión Soviética y los de Occidente: conferencias conjuntas, seminarios, talleres, viajes lucrativos a lugares importantes de los Estados Unidos, todo sobre el libre mercado.

Durante 1989, el multimillonario norteamericano George Soros, cuyas riquezas provienen de la especulación financiera, tenía un equipo de consejeros secretos en Moscú con acceso a los círculos más altos, donde abogaban por la creación de un sector abierto, una especie de "cabeza de playa", hasta que el total y pleno capitalismo se restaurara en toda la Unión Soviética.

En los años 1990 y 1991, Gorbachov confrontó dificultades para emprender una transición radical hacia una economía de mercado, porque a partir de sus problemas de popularidad, temía que las "terapias de choque" les dieran ventaja a sus oponentes. Los dos últimos años de Gorbachov en el poder fueron un verdadero desfile de circo de propuestas sobre mecanismos de mercado que lo acabaron de desacreditar completamente.

El gobierno de la República Rusa se movía con mucha más celeridad hacia las políticas de "terapia de choque" bajo la dirección de Yeltsin y sus acciones empujaban a los dubitativos dirigentes de la Unión Soviética. En noviembre de 1989, el economista de Rízhkov, Leoníd Abalkin, presentó un programa para seis años que contenía la privatización gradual y el incremento de los precios. A mediados de febrero de 1990, Abalkin y el jefe del Gosplán presentaron el plan revisado que entraría en efecto hacia mediados de 1990 o principios de 1991, e incluía pasos decisivos y agigantados hacia la economía de mercado. Rízhkov y los economistas que trabajaban para él se resistían a las ideas de la República Rusa de transitar a la velocidad del rayo y a todo costo hacia la economía de mercado. Mientras Rízhkov insistía en la cautela, el poder de Yeltsin subía como la espuma.

En julio de 1990, Gorbachov decidió deshacerse de Rízhkov y entrar en conversaciones sobre temas económicos con Yeltsin, recientemente electo al frente del Soviet Supremo de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Juntos, Yeltsin y Gorbachov, escogieron a Staníslav Shatalin para que

preparara un programa previamente acordado "para la transición hacia una economía de mercado como base para un Tratado de la Unión".

El **Plan de 500 Días** de Shatalin estaba intrínsecamente permeado por el contenido de la batalla entre Yeltsin y Gorbachov sobre el Tratado de la Unión. Llamaba a la privatización total y a la estabilización monetaria en los primeros 100 días; el plan era una calcomanía risible, alejada de todo realismo económico." Incluía el aumento de precios para los artículos de primera necesidad y desviaba todo el poder sobre los impuestos hacia las repúblicas, las cuales decidirían cuánto le darían a la Unión Soviética y situaba la primacía de las leyes de las repúblicas sobre las leyes de la Unión Soviética.

Los que optaban por el Plan Shatalin obviamente querían la destrucción del país. Gorbachov lo rechazó. En noviembre de 1990, el secretario general recurrió a su antiguo consejero, Abel Aganbeguián para que trabajara con Shatalin, Abalkin y Petrakov en otro plan económico. Era una acción que le imprimía cierta visibilidad centrista a Gorbachov. El nuevo plan incluía otra vez el incremento de los precios, inevitable en el mercado libre, del cual Yeltsin era el líder indomable. Hacia 1990, si no antes, Yeltsin y sus seguidores comprendieron que sus planes hacia una economía de libre mercado significaban el desmembramiento de la Unión como Estado. Semejante conceptualización ya estaba presente en el **Plan de 500 Días** de Shatalin.

Para restaurar el capitalismo en Rusia, Gorbachov y la Unión Soviética tenían que dejar de ser lo que hasta ese momento eran. Los consejeros de Gorbachov también se percataron del problema. Cuando rechazó el **Plan de 500 Días**, Gorbachov lo hacía con la orientación procapitalista radical y la destrucción de la Unión Soviética, que significaría la desaparición de su propio cargo y de su poder. El círculo más cercano, desde luego, Yákovlev, Shevardnadze, Medvédev, Shajnazárov y Cherniáev apoyó el **Plan de 500 Días**. Entonces Gorbachov dio la espalda a los que se oponían al libre mercado para cubrir posiciones tales como las del ministro de Justicia, el director de la agencia de noticias TASS y el ministro y viceministro primero del Interior.

Como consecuencia, Yákovlev desertó de sus filas y lo abandonó; le siguió Shevardnadze, ministro de Asuntos Exteriores, quien renunció en 1992, y retornó a Georgia, su república natal, donde ocupó la máxima dirección.

Gorbachov nunca implemento reforma económica alguna de una forma comprensible y coherente. Ningún plan presidencial se hizo realidad. Yeltsin los anulaba todos. El continuo deterioro de la economía soviética emanaba del hecho mismo de haber marginado al Partido de su desempeño rector, es decir, la destrucción de la economía centralmente planificada, así como del proceso de separación de las repúblicas que decidieron seguir su camino propio y el impacto de la caída de los países de Europa del Este junto con la ruptura de los convenios comerciales suscritos con estos.

Después de enero de 1992, con todo el poder en Rusia, Yeltsin y sus economistas asociados, impusieron las terapias económicas de choque con resultados catastróficos. Hacia 1994, la producción industrial en la Rusia postsoviética, caería a la mitad de su ya desastrosa situación de 1991.

El fin de la Unión Soviética como un Estado federal multinacional se produjo entre 1989 y 1991. Durante esos tres años, Gorbachov dejó de ignorar la cuestión nacional. En septiembre de 1989, en un esfuerzo por detener el creciente separatismo, el Comité Central realizó un Pleno para analizar la cuestión de las nacionalidades, pero los acontecimientos se habían salido de control. Anatoli Cherniáev se refirió al Pleno como "una plataforma que había envejecido antes de nacer". En algunas ocasiones puntuales, durante esos años, Gorbachov trató de reprimir a los separatistas. Después de febrero de 1991, cambió su estrategia para tratar de acomodar a estos dentro de un Tratado de la Unión.

Todo fracasó. Los movimientos separatistas triunfaron en las repúblicas periféricas. Yeltsin retiró a Rusia de la Unión Soviética para avanzar con su programa de reformas económicas radicales. Años después, el secretario general reconoció cuán tarde apreció en su verdadera magnitud la complejidad de la cuestión de las nacionalidades. Desde las manifestaciones en Bakú en diciembre de 1986, hasta que Yeltsin arriara la bandera roja del Kremlin en diciembre de

1991, el sentimiento separatista y el fervor nacional crecieron inconteniblemente por toda la Unión Soviética.

La hecatombe de los países del Este en 1989 empeoró las relaciones nacionales en la Unión Soviética. La animadversión del sentimiento nacional hacia este país y hacia Rusia contribuyó a la caída de muchos gobiernos comunistas en 1989. A su vez, esta situación estimuló el separatismo en las repúblicas más pequeñas. En agosto de 1989, un gobierno no comunista se formó en Polonia. En octubre de ese año, el régimen de Hungría colapso. En noviembre, cayó el muro de Berlín. En ese mismo mes, en Checoslovaquia, la **Revolución Púrpura**, se alzaba con la victoria. En diciembre de 1989, elementos contrarios al presidente Nicolae Ceaușescu lo expulsaron por la fuerza y ejecutaron a él y a su esposa, en Rumania.

El debilitamiento del Partido en todas las áreas de la vida de la Unión Soviética destruyó la única organización que había demostrado que podía mantener unidos a pueblos distintos. Ligachov afirma: "Hacia abril de 1989, las sesiones del Secretariado en las cuales nosotros podíamos y debíamos discutir tales situaciones (el nacionalismo secesionista georgiano) se habían eliminado desde hacía largo tiempo (...) De pronto me percaté cuán extrañamente débil estaba la autoridad del Gobierno en el país".

Rusia era el eslabón central de toda la Unión Soviética y el separatismo ruso ponía en peligro a la Unión Soviética. Jerry Hough dice que, en última instancia, Rusia terminó con la Unión Soviética al separarse de esta. Lenin y Stalin habían apoyado las acciones afirmativas: un subsidio ruso para elevar el nivel de las restantes repúblicas hasta el grado de desarrollo de la República Rusa. Esta política aceleró enormemente el desarrollo de las repúblicas más atrasadas. No obstante, las escaseces persistían. Los rusos parecían ciegos ante ciertos problemas; por ejemplo, ignoraron el significado de las grandes migraciones rusas hacia pequeñas repúblicas, situación que ponía en peligro la cultura, la lengua nacional y convertía la nacionalidad originaria en minoría dentro de su propia patria.

En Estonia y Letonia este desbalance creó un disgusto profundo y latente. Como en todas partes, cuando una acción tan hábil políticamente, aunque sea el resultado de una acción afirmativa de ayuda, trae como consecuencia un rechazo, es necesario rectificar, históricamente hablando. Muchos rusos también expresaban disconformidad con el subsidio que se enviaba a las repúblicas de la periferia. Tales resentimientos alimentaron el nacionalismo ruso.

Hubo otras razones también que alimentaron el nacionalismo ruso. Durante la época de Brézhnev los líderes soviéticos habían tolerado las manifestaciones rusas de nacionalismo. Los dirigentes predominantes en el Buró Político de Brézhnev valoraban el sentimiento nacional ruso —aunque se extralimitara en sus manifestaciones— como un balance que servía de contrapartida a las influencias de Occidente; eran una barrera saludable.

Las influencias occidentales en la Unión Soviética fueron mucho más allá que el muro saludable del nacionalismo. Durante toda la era soviética —sin obstáculo alguno durante los años finales— las radios occidentales trabajaron sistemáticamente para alentar los conflictos nacionales dentro de la Unión Soviética. *Radio Libertad*, llena de nacionalistas disidentes reclutados en las repúblicas no rusas, bombardeaba con una corriente permanente de mensajes subversivos en todas las lenguas nacionales a los ciudadanos de las repúblicas no rusas. El objetivo era el separatismo.

Mediante el grupo interregional del Congreso de la Unión Soviética, el disidente Andrei Zájarov, popularizó el concepto **soberanización**. Era la idea de que Rusia también había sido privada de sus derechos de ser tratada en términos de igualdad en relación con otras repúblicas según se refrendaba en el contenido de la Constitución stalinista y que una nueva Carta Magna, debía otorgar a Rusia sus propias instituciones republicanas. Los "demócratas" adoptaron como propia la idea de **soberanización** de Zájarov, y Yeltsin, al ser elegido al frente del Soviet Supremo de Rusia, la puso en práctica.

Zájarov conceptualizó la demanda de **soberanización** como una negación de la política stalinista sobre las nacionalidades. Una posición semejante era atractiva para ambos, para los "demócratas" de Yeltsin y para los reformistas de

Gorbachov. En 1988, con el apoyo tácito de Gorbachov y Yákovlev, Zájarov visitó el polémico enclave de Nagorno-Karabaj con el objetivo de hacer un análisis *in situ*, seguramente como un caso del ciego que guía a otro ciego, y en 1988 y 1989 dio a conocer por los medios de comunicación su punto de vista radical de **soberanización**:

Todas las repúblicas, sean autónomas o miembros de la Unión, regiones autónomas o territorios nacionales, deben tener garantizados derechos iguales dentro de los territorios de las fronteras actuales. Todas deben recibir el máximo grado de independencia. Su soberanía debe ser limitada mínimamente en áreas tales como la defensa, la política internacional, las comunicaciones y el transporte. Las regiones autónomas rusas como Yakutia, Chuvashia, Bashkiria y Tataria, deben recibir los mismos derechos que Estonia. No debe haber diferencias entre las repúblicas y las regiones autónomas. Todas deben ser convertidas en repúblicas y todas deben tener el derecho de retirarse de la Unión.

¿Cuál era el atractivo de la **soberanización**? Con una aparente investidura democrática, la idea tenía su origen en las acciones afirmativas tradicionales de la política soviética. La **soberanización** no requería enfrentarse a las desigualdades entre las nacionalidades, al menos, no por parte de los rusos, históricamente los habitantes de la región dominante y privilegiada. Zájarov fue explícito en este aspecto al afirmar que el sistema stalinista "oprimía a los grandes pueblos y a los pequeños, particularmente al pueblo ruso, una de sus víctimas principales".

La **soberanización** no requería, por tanto, enfrentamiento y opresión para la unión multinacional. El concepto abandonaba el enfoque clasista clásico a la cuestión nacional que afirmaba el derecho democrático de las naciones a la autodeterminación, incluyendo el derecho de secesión, y a plantear bajo qué condiciones, en última instancia, era necesaria la salida de la Unión como último recurso.

La **soberanización** era atractiva para los separatistas porque favorecía la separación, y para los procapitalistas democráticos porque era una fórmula sin partidos y sin clases, consistente además con su programa antistalinista en

muchos otros aspectos. La doctrina de Zájarov encajaba con el deseo de Yeltsin de separar a Rusia de la Unión Soviética. En fin, la **soberanización** sitúa a Zájarov en la tradición de Bujárin-Jrushchov de abierto oportunismo en relación con la cuestión nacional y de las nacionalidades.

Los problemas no resueltos en torno a la cuestión nacional diferían según las especificidades de las regiones de la Unión Soviética. El nacionalismo tenía raíces fuertes en los Estados del Báltico (Estonia, Letonia y Lituania) incorporados a la Unión Soviética en 1939, después de 30 años de independencia. En la región transcaucásica, el nacionalismo tenía una fuente perenne de alimentación en las confrontaciones territoriales entre Armenia y Azerbaiyán. En las áreas islámicas del Asia Central, el nacionalismo se alimentaba del resurgimiento del islamismo fundamentalista en Afganistán y en otras partes. Los tártaros y los chechenos, arrancados de sus tierras por Stalin durante los años de la guerra, transpiraban los dolores y resentimientos del desarraigo. Rusia, la piedra angular de la Unión Soviética, tenía sus resentimientos también.

En 1989 y 1991, el epicentro del terremoto nacionalista se fue trasladando de región en región. En octubre de 1988, se organizaron en los tres Estados del Báltico los frentes nacionales que rápidamente canalizaron los sentimientos nacionalistas. Los poderes de emergencia otorgados a Gorbachov a principios de 1990, dada la situación, aceleraron la decisión de Vytautas Landsbergis, jefe del movimiento nacional Sájüdis, de proclamar la independencia de Lituania, el 11 de marzo de 1990. El historiador Geoffrey Hosking dice: "A partir de ese momento, las repúblicas del Báltico se convirtieron en el centro de atención de aquellos que estaban en favor de mantener la unión y de los que luchaban por emanciparse de esta".

El nacionalismo triunfó en el Partido Comunista de Lituania antes de que lo hiciera en la nación como tal. Durante la visita de tres días que Gorbachov realizó a Lituania en 1989, Algirdas-Mykolas Brazauskas, secretario del Partido Comunista lituano, le dijo simple y llanamente que el nacionalismo era tan fuerte que solo un Partido Comunista independiente podía conquistar el apoyo popular.

En las elecciones del 25 de marzo de 1989, el movimiento nacional Sájüdis derrotó de manera aplastante al Partido Comunista lituano.

En diciembre de ese año, se separó del Partido Comunista soviético. Para entonces, las crisis étnicas se manifestaban simultáneamente y por todas partes. Gorbachov tenía las manos llenas. En febrero de 1990, cerca de Bakú, Azerbaiyán, los ataques étnicos de los azeríes, dejaron un saldo de 26 armenios muertos y seis de sus propias filas.

La primera reacción de Gorbachov ante la declaración de independencia de Lituania fue la imposición de un bloqueo económico. La Unión Soviética aprobó la ley de secesión en abril de 1990, donde se refrendaba los preceptos legales para la separación de las repúblicas y se hacía énfasis en el alto costo político y económico del hecho, puesto que les permitía a otras nacionalidades dentro de las repúblicas separatistas reclamar y obtener los mismos derechos. La nueva ley establecía, además, un período de cinco años de transición hacia la independencia para cualquier Estado que optara por la separación y establecía como requisito indispensable que la Unión Soviética lo aprobara. La realidad, desde luego, fue más rica que la ley. Los días 12 y 13 de enero de 1991 el ejército soviético disparó contra las manifestaciones de los nacionalistas en Vilnius, Lituania, con un saldo de 16 muertos y de decenas de heridos. Una semana después en Moscú, 100 mil personas se manifestaron en contra de esa represión.

Poco tiempo después, nuevas escenas de violencia se sucedieron en Riga, Letonia, y se desencadenó, en fin, la "Crisis del Báltico". A finales de la primavera de 1991, Gorbachov abandonó la táctica represiva y se concentró en lograr un Tratado de la Unión.

En su lucha contra la **perestroika**, ambos, Ligachov y Yeltsin, trataron de obtener el apoyo del nacionalismo ruso. Una alianza de los comunistas con el nacionalismo ruso era un proceso natural, porque los nacionalistas sentían rechazo hacia la tendencia "occidentalista" de la **perestroika** y de las políticas de Gorbachov, sobre todo, su inclinación acentuada por el mercado capitalista, sus ideas socialdemócratas importadas y su admiración fantasiosa por la sociedad de consumo como "el mundo civilizado". Subestimaba la unicidad de la historia rusa.

Durante décadas, el lado funesto de la política rusa había sido la de los **occidentalistas** por un lado y los **eslavófilos** por el otro. Esa tendencia persistió durante todo el siglo XX y se adentró en el venidero.

Yeltsin pensó primero como un soviético, no como un patriota ruso, pero según aumentó su devoción por la sociedad de mercado percibió con mayor claridad la posibilidad de "jugar con la carta rusa". En 1990 dijo: "Pronto me di cuenta de que no habría tales reformas radicales al nivel de la Unión... Y entonces pensé para mí: "si las reformas no se pueden llevar a cabo a ese nivel, por qué no tratar de hacerlo en Rusia".

En la medida en que Yeltsin comenzó a designar para los cargos más importantes a nuevos jóvenes "talentos" en el mercado procapitalista en Rusia, estos comenzaron a percatarse, según palabras de Hough, de que "la descentralización del poder hacia las repúblicas, pondría en sus manos las decisiones sobre la privatización".

En 1989, muchas repúblicas de la Unión Soviética habían declarado su soberanía, pero esto no significaba de hecho, una total y formal secesión. Durante los últimos 21 meses de existencia de la Unión Soviética, las declaraciones de independencia se propagaban como las olas. Lituania se declaró independiente el 11 de marzo de 1989; Letonia el 4 de mayo de 1990 y Georgia el 9 de abril de 1991. La segunda ola ocurrió en agosto de 1991: Estonia el 20 de agosto; Ucrania el 24 de agosto, Bielorrusia y Moldavia el 27 de agosto; Azerbaiyán el 30 de agosto; Uzbekistán y Kirguizistán el 31 de agosto; Tayikistán el 9 de septiembre, Armenia el 23 de septiembre; Turkmenistán el 27 de octubre, y Kazajistán el 16 de diciembre. La Federación Rusa nunca declaró oficialmente su independencia. La secesión de las repúblicas, simplemente, la dejó independiente.

Cuando se les da una oportunidad para que expresen sus puntos de vista, la mayoría de los pueblos soviéticos manifiesta que deseaba mantener la Unión. El 17 de marzo de 1991, en un referéndum no vinculante en todas las repúblicas excepto las tres bálticas, Armenia, Georgia y Moldavia, el 76,4 % de los volantes aprobó la preservación de la Unión. En Rusia, el 71,4 % votó por la aprobación, el 70,3 % en Ucrania, el 82,7 % en Bielorrusia y en Azerbaiyán y cada una de las

repúblicas centroasiáticas, más del 90 %; sin embargo, esta mayoría abrumadora les importaba poco a los "demócratas" de Yeltsin.

El abandono de la unidad multinacional de la Unión Soviética, tuvo igual consecuencia en el campo de la solidaridad internacional. Durante los últimos años del gobierno de Gorbachov las traiciones se sucedieron una tras otra en relación con los movimientos de liberación nacional y los nuevos Estados socialistas. La víspera de la visita del secretario de Estado norteamericano James Baker a Moscú en mayo de 1989, Gorbachov le comunicó al presidente George H. W. Bush acerca de su decisión de detener el envío de armas a Nicaragua aun cuando el país estaba bajo el más completo terror por los ataques de los **contras** respaldados por los Estados Unidos. A comienzos de 1986, la simpatía de Gorbachov y su posición solidaria con respecto a Cuba comenzó a desvanecerse.

En diciembre de 1988, se mostró complacido cuando un sismo en la Armenia soviética lo obligó a cancelar un viaje largamente pospuesto a La Habana. En abril de 1989, la visita se realizó finalmente. Gorbachov le expresó a la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba que se oponía a cualquier teoría o doctrina de exportación de la revolución. Realmente, la política que Gorbachov estaba deshaciéndose no era la de la exportación de la revolución sino la de la solidaridad internacional en defensa de las revoluciones existentes. A pesar de las muestras ostensibles del caluroso recibimiento en La Habana, el abismo se profundizó entre Gorbachov y Cuba. La Isla no cedía en sus principios; la ineludible Cuba no se doblegó. Al año siguiente redujo la ayuda en cerca de 5 mil millones, incluyendo el envío de petróleo y de otras necesidades básicas. Entre 1990 y 1993, el desmantelamiento del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y el endurecimiento del bloqueo económico de los Estados Unidos contra Cuba, junto con la traición soviética, implicaron que el Producto Interno Bruto cubano cayera en un 50 %.

Mientras tanto, el equipo de Gorbachov proclamaba que su política de "Nuevo Pensamiento" era todo un éxito. Semejante afirmación tenía sentido únicamente en lo que a las relaciones de **paz total y estabilidad** entre la Unión Soviética y los Estados Unidos se refiere. Innegablemente, el desarme unilateral de los soviéticos

disminuyó el riesgo de un enfrentamiento termonuclear entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Aún así, la desintegración de esta última incrementó las posibilidades de un desastre como consecuencia del deterioro de los sistemas de seguridad sobre las armas y las plantas nucleares.

La rendición y las concesiones unilaterales soviéticas redujeron el nivel de tensión en otras áreas de conflictos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética aunque, por supuesto, los hombres de Gorbachov no consideraban sus políticas como una rendición. El asesor de más alto rango en política internacional, Cherniáev, consideraba que la traición en Sudáfrica y en Nicaragua era un hecho con muy pequeñas consecuencias si se comparaba con la importancia de la consolidación de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. También encontraba victoriosa cada una de las alabanzas que hacían los líderes de Occidente con respecto a Gorbachov. Fielmente tomó notas de los momentos en que comenzaron a tratarse por sus nombres de pila **Mijaíl** y **George** (Bush padre), **Margaret** (Thatcher) y **Helmut** (Schmidt). Gorbachov y Cherniáev consideraban que la nueva alianza entre los Estados Unidos y la Unión Soviética era el cambio "más significativo" del mundo político, un "nuevo sendero hacia la civilización". El tono que Gorbachov le daba al abandono de la solidaridad internacional no se expresa más sucinta y francamente en ninguna otra parte como en el mensaje por el Día de la Revolución, el 7 de noviembre de 1990:

Reiteramos lo que la **perestroika** nos ha dado... Nos trajo libertad y emancipación...Nos abrimos al mundo... a partir de una posición en que nos oponíamos totalmente a este, nos negábamos a nosotros mismos la oportunidad de participar en el progreso de la civilización, en su momento más crítico. Hemos sufrido terribles (pérdidas), quizá nuestras más grandes pérdidas, gracias a esto.

El fin de la posición en virtud de la cual la Unión Soviética "se oponía al mundo" implicó que muchos tuvieran que pagar un alto precio. El socialismo desapareció de Europa del Este y fue sustituido por gobiernos conservadores que buscaban afanosamente integrarse a la Unión Europea o la OTAN, o a ambos, mientras dejaban que una todavía independiente Yugoslavia fuera aplastada por las fuerzas

de dicha Organización del Tratado del Atlántico Norte, es decir, el imperialismo. Hacia 1993 y 1994, el abandonado, pero heroico pueblo cubano cultivaba la tierra con arados de madera y yuntas de bueyes. En África, el continente más maltratado por el imperialismo, el fin de la ayuda soviética significaba la pérdida de 30 años de esperanza y lucha por la independencia y el desarrollo. Las deudas con los bancos de Occidente pronto ahogarían a los nuevos Estados que luchaban desde la descolonización formal de los años sesentas, mientras el sida y otras enfermedades, al tiempo que colapsaban las redes de seguro social, amenazaban con borrar de la faz de la Tierra a pueblos enteros. "No contrariar a América", se planteaba la nueva política exterior de la Unión Soviética donde **todo** había cambiado hasta el punto de que líderes como Nelson Mandela y Yasser Arafat fueron desdeñados.

Después de la retirada soviética de Afganistán, en 1989, el progresista Najibullah se mantuvo en el poder hasta 1992. Luego tuvo que buscar refugio en un campamento de las Naciones Unidas. En 1996, cuando los talibanes tomaron la capital, Kabul, su primer acto fue, entrar por la fuerza al campamento de la ONU y dispararle a Najibullah, mutilar su cuerpo y colgarlo a la vista pública en las calles de la ciudad.

Según se aproximaba la "Guerra del Golfo", James Baker, asesor de George H. W. Bush, solicitó a los soviéticos que se le unieran en un golpe al ejército iraquí. Gorbachov respondió: "Yo quiero enfatizar que nosotros queremos estar a su lado en cualquier situación". Así, paso a paso, su concepto de "un integrado mundo interdependiente" y "sus valores humanos universales" transformaron la política exterior de la Unión Soviética en una alianza total con el imperialismo. La psicofantasia de Gorbachov alcanzó profundidades insospechadas. En una carta al presidente George H. W. Bush, Gorbachov hasta llegó a dejar entrever que el futuro de la Unión Soviética dependía de los Estados Unidos:

Al mismo tiempo tengo la impresión de que mi amigo, el presidente de los Estados Unidos, no ha llegado a una conclusión final en relación con la cuestión principal: ¿Qué clase de Unión Soviética quieren ver los Estados

Unidos? Y hasta que esta pregunta no tenga respuesta, nos mantendremos dando traspiés en uno u otro aspecto particular de nuestras relaciones.

En 1991, las condiciones de deterioro económico eran tales, los acontecimientos evolucionaban de forma tan adversa y Gorbachov continuaba sin un plan para enfrentar la crisis, que un grupo de líderes soviéticos tomó la decisión de asumir el control. Fue formado el Comité Estatal para Situaciones de Emergencia (CESE), conocido también por sus siglas rusas GKChP. Los funcionarios estatales que habían decidido constituir el CESE habían agotado otras opciones dirigidas a limitar el poder de Gorbachov y a contener la erosión del poder estatal soviético y su autoridad.

En 1988, Ligachov había perdido su batalla contra Gorbachov en el Buró Político. En septiembre y diciembre de 1990, el grupo organizado en el CESE había criticado a Gorbachov. En abril de 1991, trataron de demoverlo por medio de una votación en el Comité Central. En junio de ese año, intentaron dejarlo fuera del Parlamento. En agosto de ese año el intento de Yeltsin por replantear los detalles del Tratado de la Unión con el fin de desconocer las instituciones de esta y prohibirles coleccionar impuestos en las repúblicas, fueron hechos que condujeron a estos hombres a tratar de tomar la dirección de los acontecimientos bajo su propio control.

Los miembros del CESE estaban furiosos por lo que consideraban la capitulación de Gorbachov ante Yeltsin al permitirle reformular el Tratado de la Unión y eliminar el poder de esta sobre los impuestos, entre otros aspectos. Más todavía, Yeltsin había prohibido el Partido Comunista dentro del Ejército y le había negado acceso al contralor de la Unión Soviética a examinar los ingresos de los campos petroleros. Gorbachov hasta llegó a aceptar abolir el Congreso de Diputados del Pueblo, su propia creación. Entonces, los miembros del CESE eran aparentemente los hombres de Gorbachov y se lanzaban a la acción porque Yeltsin ganaba cada batalla contra este.

La formación del CESE dio inicio a una extraña sucesión de acontecimientos. El 18 de agosto, al final de la tarde, cinco altos funcionarios: el primer vicepresidente del Consejo de Defensa, Oleg Baklánov; el presidente de la Asociación de las

Industrias Estatales de la Unión Soviética, Alexandr Tiziákov; el miembro del Buró Político, Oleg Shenin; el comandante general de las Fuerzas de Tierra del Ejército soviético, Valentín Varénnikov; el jefe de gabinete de Gorbachov, Valeri Boldin, y el jefe del personal de Seguridad del presidente, Yuri Plejánov, confrontaron a Gorbachov en su casa de descanso en Foros, en el Mar Negro. Le propusieron que entregara sus poderes al vicepresidente Gennadi Yanáev, que proclamaría la ley marcial, y quien, dada la situación acelerada de desintegración del Estado que se precipitaba, restablecería el orden. Blaklánov le dijo a Gorbachov: "Nada se necesita de usted. Haremos todo el trabajo sucio por usted". Según el historiador Jerry Hough, "Algunos miembros del grupo pensaron que Gorbachov aceptaría, pero reaccionó de forma hostil y agresiva".

El más importante entre los integrantes del CESE era el jefe del KGB, Vladímir Kriúchkov. Además de los ya mencionados, los miembros del grupo eran Valentín Pávlov, primer ministro de la Unión Soviética; el ministro de Defensa, Dimitri Yázov; el ministro para los Asuntos Internos de la Unión Soviética, Borís Pugo, y el presidente de la Unión de Campesinos de la Unión Soviética, Vasili Starodúbtsev. Otros miembros importantes eran: el presidente del Soviet Supremo de la Unión Soviética, Anatoli Lukiánov (aliado de Gorbachov durante años), dos primeros jefes del KGB, Viktor Grushko y Genii Agéev, y el general del KGB, Viacheslav Generálov.

Al día siguiente, a las 6 de la mañana del 19 de agosto de 1991, el CESE anunció en la televisión soviética que había asumido el poder temporalmente porque Gorbachov estaba enfermo y que el vicepresidente ejercería las funciones del presidente hasta su regreso. El CESE envió tropas y tanques a Moscú, pero en todos los otros frentes actuaron de forma muy indecisa. Su declaración de **Llamamiento al Pueblo Soviético**, publicada por la agencia de noticias TASS el propio día, enfatizaba en el patriotismo y en la restauración del orden. Comenzaba: "Han emergido fuerzas extremistas que han implementado un curso de acciones con el fin de liquidar a la Unión Soviética, destruir el Estado y ascender al poder a cualquier precio". El documento denunciaba las reformas económicas como "aventuras" cuyos resultados eran "la caída precipitada del

nivel de vida de la abrumadora mayoría del pueblo soviético y el florecimiento de la especulación y del «mercado negro». Declaraba que el prestigio de la Unión Soviética había sido degradado. Abogaba por "limpiar las calles de criminales", así como por detener el desplome de las riquezas del pueblo. La disciplina del trabajo, la ley y el orden, serían restablecidos. El **Llamamiento** prometía realizar "una amplia discusión en todo el país sobre un nuevo Tratado de la Unión".

En la noche de ese día, los líderes del CESE realizaron una conferencia de prensa con los periodistas rusos y extranjeros. Los observadores declararon que parecían nerviosos, ineptos e indecisos. Ellos, ciertamente, estaban indecisos. Durante los tres días en cuestión, el CESE permitió que las agencias de prensa internacionales, desde CNN hasta **Radio Libertad**, transmitieran libremente su interpretación particular de los hechos y hasta promovieron a Yeltsin. Se les permitió a altos oficiales militares, visitar y telefonar a políticos en la "Casa Blanca" rusa (el edificio del Parlamento ruso). Mientras tanto, Yeltsin y los "demócratas" continuaban realizando declaraciones al mundo y a los medios de comunicación nacionales, trabajaban por ganarse a los militares y construían barricadas alrededor del Parlamento ruso. El CESE no tomó ninguna acción contra ellos durante todo el día 20 de agosto. Asombra a los analistas occidentales que ningún alto líder militar participara en el asalto al Parlamento ruso ni en la noche del día 19 y ni en la del 20 de agosto.

El momento neurálgico de los acontecimientos de agosto tuvo lugar durante la noche del 20 al 21 de ese mes. El CESE concibió y luego abandonó un plan para atacar al Parlamento ruso. Luego, el día 21, los líderes del CESE, Kriúchkov, Yázov, Baklánov, Tiziákov y Lukiánov volaron a Foros para persuadir a Gorbachov para que se les uniera en el ataque contra Yeltsin y el Gobierno ruso. Pensaban convencerlo con el argumento de que las propias acciones del CESE demostraban cuán poco habría que hacer para restablecer el orden. Gorbachov no los recibió.

A las 2:30 a.m. del 22 de agosto, Gorbachov regresaba a Moscú en el avión presidencial, en compañía del vicepresidente ruso Vladímir Rutsкои (aliado de Yeltsin, quien había arribado a Foros en otro avión) y Kriúchkov. Este último había

aceptado viajar con Gorbachov en el avión presidencial sobre la base de la promesa de que hablaría de igual a igual con él. Cuando aterrizaron, no obstante, Kriúchkov fue arrestado por las autoridades soviéticas. De regreso en Moscú, Gorbachov reasumió las actividades formales del poder, en un momento en que el poder real de desplazaba velozmente hacia las manos de Yeltsin. El 22 de agosto a las 9:00 a.m., el ministro de Defensa soviético decidió retirar el Ejército en Moscú y el drama singular llegó a su final.

El significado de lo ocurrido en agosto de 1991, permanece hasta cierta medida en la nebulosa, a pesar de que investigaciones recientes han hecho un gran esfuerzo por aclarar cualquier malentendido inicial. Ha quedado claro que los "líderes del golpe" pensaban que Gorbachov estaría de su lado y así se lo habían asegurado a Yeltsin, pero cuando Gorbachov rechazó las proposiciones del CESE, realizadas por sus protagonistas principales, les cundió el pánico, puesto que no tenían absolutamente ningún plan para tomar el poder. No estaban preparados para arrestar a Yeltsin ni a sus seguidores más importantes, eliminar a los "demócratas" o tomar el poder en cualquiera otra estructura del Estado y del Gobierno. Sin voluntad y sin plan, el extraño drama se desvaneció.

En la confusión de esos días, muchos demócratas —esta vez hablamos de demócratas sin ironía— condenaron los hechos y, sobre todo, la declaración del estado de sitio. Los medios de comunicación occidentales promovieron la visión de un intento de golpe de Estado. Subido sobre un tanque frente al Parlamento ruso, Yeltsin, con un megáfono en sus manos, fue caracterizado como el exitoso conductor de las masas contra los usurpadores. La forma en que se desarrolló el golpe de Estado dio lugar a que las críticas recayeran en los extremistas de línea dura del KGB y del Partido Comunista en vez de en Gorbachov y enaltecieron la imagen de Yeltsin como un héroe de la democracia.

Las investigaciones de los últimos 10 años realizadas por historiadores de los Estados Unidos muestran serias dudas sobre esa versión a lo *History Channel* de agosto de 1991. Un golpe es el derrocamiento ilegal por la fuerza de un gobierno legítimo constitucionalmente, pero el CESE *no trató* de derrocar al Gobierno. El CESE era el Gobierno.

Los medios de comunicación occidentales, caracterizan a los miembros del CESE como autores de un cobarde intento fallido, pero estos no tenían antecedentes de ser ni débiles ni tontos. Esos mismos líderes habían organizado y autorizado el uso de fuerzas mortales en varias ocasiones anteriores. Dunlop los llama "hombres serios con intenciones firmes".

En 1956, Kriúchkov, el líder de más alto nivel entre los miembros del CESE, había dado sus servicios en la Embajada soviética en Hungría mientras Andrópov enfrentaba a la contrarrevolución. Es más, aunque el CESE lo que hizo esencialmente fue declarar la ley marcial, la medida no fue un invento que saliera del limbo: Gorbachov había autorizado varias veces en el pasado reciente planes para una eventual ley marcial, mucho antes de los acontecimientos de agosto de 1991.

John Dunlop, considerado el mejor experto norteamericano en los asuntos relacionados con el golpe, asegura que el apoyo al CESE era sustancial. El propio equipo de Yeltsin creía que el 70 % de los funcionarios locales de la República Rusa, comunistas y no comunistas, no apoyaba a Yeltsin. Las dos terceras partes de los comités regionales del Partido expresaron su apoyo al CESE, mientras que el tercio restante adoptó la posición de **espera y veremos**. En las repúblicas de la periferia, solo Moldavia, Kirguizistán y las repúblicas del Báltico se opusieron decididamente al CESE. Encuestas realizadas por la Dirección de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética a instancias del Comité Central, demuestran una corriente contraria a Yeltsin y una opinión mayoritaria en favor de la integridad de la Unión Soviética y de la preservación del control estatal sobre las empresas.

La versión de Gorbachov —de que no había sido cómplice de los acontecimientos de 1991— carece de credibilidad. El presidente del Soviet Supremo de la Unión Soviética, Anatoli Lukiánov, dice que Gorbachov había estado de acuerdo con el programa de acciones del CESE, dado que el Soviet Supremo lo había aprobado. El historiador Anthony D'Agostino concluye que "la aseveración de Lukiánov no puede ser desechada fácilmente". Igualmente,

William Odom afirma que "la complicidad de Gorbachov no puede darse por descontada completamente".

John Dunlop encontró "demasiadas lagunas en el recuento realizado por Gorbachov como para poder absolverlo". Muchos de los que más han estudiado los sucesos de agosto de 1991 concluyen que la complicidad de Gorbachov es lo más probable. Amy Knight, una investigadora norteamericana y experta en los temas del KGB asociados al Servicio de Investigaciones del Congreso y a la Universidad Johns Hopkins, concluye que Gorbachov trataba de hacer del KGB su "chivo expiatorio". Afirma que el presidente razonó que si el CESE tenía éxito al asumir el control y detener la desintegración de la Unión Soviética, él pudiera fingir que todo estaba bien y asumir el poder. Si no tenía éxito, simplemente regresaría a Moscú y arrestaría a todos. **En ambos casos,**

él saldría con las manos limpias.

Jerry Hough afirma que "la posibilidad no puede ser totalmente desechada", de que Gorbachov creara intencionalmente la impresión de que quería un golpe. Según Hough, los líderes del CESE "creían que Gorbachov legitimaría en última instancia lo que ellos habían hecho y, por tanto, no querían bajas que complicaran el proceso de reconciliación". Es más, el secretario general tenía motivos sobrados para un montaje como este, que complicaba a las fuerzas armadas. Su reputación entre los líderes occidentales de ser "un demócrata amante de la paz" se vería muy dañada si hubiese sido el que declaraba la ley marcial.

Después de la crisis de agosto, el presidente trató de provocar a los militares para que actuaran en su nombre contra Yeltsin. El mariscal soviético de las Fuerzas Aéreas, Shapóshnikov, dijo que a inicios de noviembre de 1991 Gorbachov le había sugerido "que un golpe militar era la mejor de todas las variantes". En diciembre de 1991, hizo un llamado abierto pero inútil, a los militares para que se unieran a él en contra de Yeltsin. Tal comportamiento sugiere que era totalmente capaz de haber sido cómplice de los sucesos de agosto de 1991.

Lejos de ser un golpe, el CESE fue una declaración de emergencia por parte del Gobierno soviético en el poder, si bien es cierto que con la única aprobación implícita del presidente en ejercicio. ¿Por qué Gorbachov indujo a los miembros del CESE a creer que él favorecería una declaración de la ley marcial y después se contradijo a sí mismo? Al final, la oposición de Gorbachov minó la decisión de estado de emergencia decretado por el CESE. La evidencia sugiere que el temor al impacto que los hechos pudieran tener para sus relaciones con Occidente lo hicieron cambiar de posición con respecto al CESE. En agosto de 1991, solo Occidente apoyaba a Gorbachov sólidamente. En la Unión Soviética, las encuestas sobre su popularidad se movían del 1 al 9 en una evaluación de 100. Cuando los gobiernos occidentales se negaron a reconocer al CESE, Gorbachov se sintió desesperado y dio marcha atrás.

Ahora bien, ¿Hubiera podido el CESE, de tener éxito, detener el proceso de desintegración de la Unión Soviética? En un corto plazo, casi pudo establecerse. William Odom, un analista militar, declara: "Me inclino a creer que el advenimiento del golpe militar fue "convocado desde muy cerca". ¿Pudo el CESE revertir el colapso? ¿Había aún alguna esperanza en agosto de 1991? Los líderes fundamentales del CESE eran comunistas que querían retrotraer el calendario de la *perestroika* al período 1985-1987. El pensamiento político de Gorbachov en 1991 era esencialmente diferente al de ellos. Aunque se hubiera unido al CESE, muy pronto se volverían a enfrentar, porque sus posiciones eran diferentes.

No había la más mínima posibilidad imaginable de éxito si los comunistas no recuperaban el control sobre los medios de comunicación, echaban a un lado a los "demócratas" y a Yeltsin, y revertían el curso de las políticas económicas de Gorbachov. En agosto de 1991, al menos en algunas regiones de la Unión Soviética, acciones como esas hubieran implicado el uso de la fuerza y hasta cierto riesgo de guerra civil; claro está, pocos tenían el valor de enfrentarlo. Detener la secesión de las repúblicas bálticas, la región donde el separatismo tenía raíces y contaba con mayor apoyo, hubiera requerido la fuerza. Esas acciones hubieran encendido el separatismo durante generaciones en el futuro. Era un precio muy alto a pagar para alguien comprometido con el derecho de las

naciones a la autodeterminación. Si el CESE hubiera actuado con decisión y llamado al Ejército al restablecimiento del orden con el apoyo de los trabajadores, una restauración pacífica del orden pudiera haber ocurrido. El CESE hubiera entonces permitido la secesión de las repúblicas bálticas, pero al mismo tiempo, renegociaría nuevas bases del Tratado de la Unión con el resto de la repúblicas y salvaría al Estado soviético. Además, el CESE pudo lanzar un programa anticrisis, restaurar la planificación centralizada y remediar la situación precaria de los trabajadores y de los consumidores soviéticos.

Especulaciones aparte, la crisis de agosto le dio la posibilidad a Yeltsin de acceder al poder total en Rusia, eliminar al moribundo Partido Comunista y destruir a la Unión Soviética. Ese fue el golpe real. El historiador William Odom afirmó que "los líderes del CESE ocupaban los cargos más poderosos del régimen cuando comenzó la crisis". Cuando terminó, cualquier oficial sin poder formal alguno en el Gobierno Central pudo iniciar el proceso de destrucción de la Unión Soviética. "Yeltsin fue verdaderamente el que dio el golpe de Estado, el verdaderamente exitoso".

El 6 de noviembre de 1991, Yeltsin prohibió los partidos comunistas de la Unión Soviética y de Rusia, en suelo ruso, y ordenó disolverlos. El 25 de diciembre de 1991, Gorbachov renunció. Ese mismo día, el control de las armas nucleares pasó de las manos de Gorbachov a las de Yeltsin quien simplemente tomó el poder sobre el Ejército soviético y sus servicios de Seguridad, renombrándolos como instituciones rusas, mientras mantenía a casi todo su personal. El 31 de diciembre de 1991, la Unión Soviética dejó de existir oficialmente. Nikolai Rízhkov denominó la disolución como "La tragedia más grande del siglo XX".

CONCLUSIONES E IMPLICACIONES

¿Quiere decir que si Gorbachov y sus colegas no hubieran llegado al poder, la Unión Soviética hubiera seguido renqueante, empañando su nombre sin declarar abiertamente su inestabilidad? Esa es la única conclusión posible.

Alexandr Dallin

¿Qué tienen estos dos hombres en común (Gorbachov y Jrushchov)? En primer lugar sus cualidades personales: vigor, disposición reformadora y un sentido intuitivo de la democracia. Ambos nacieron en villas, Gorbachov en la región cosaca que siempre mantuvo el encanto tradicional ruso de ser una comunidad de hombres libres que se habían librado de la servidumbre. Es más, ambos representan la tendencia socialdemócrata del Partido de la cual emergieron figuras como Bujárin, Ríkov, Rudzítaky Voznesenski. Esta tendencia socialdemócrata nunca murió, a pesar de las masacres stalinistas... Esta socialdemocracia inicial, fortificada por las expectativas del pueblo y las demandas de la economía, continuó viva. Y es precisamente esto lo que explica tales fenómenos aparentemente inexplicables como el de Jrushchov y su ascenso al poder después de Stalin y el Gorbachov después de Brézhnev.

Fiodor Burlatski

Había dos vertientes opuestas en el Partido: proletaria y pequeñoburguesa; democrática y burocrática. Dos tendencias correspondientes con estas dos vertientes, se desarrollaron en el Partido. En la incesante y continua lucha política entre estas se conformó una línea política en la praxis. Sin interpretar esto, es imposible entender contradicciones tales en la historia de la Unión Soviética como el entusiasmo creativo masivo y la represión de los años treinta y de los cuarenta. Solo si se tiene estas condiciones en mente, puede llegarse a una apreciación objetiva de líderes estatales y partidistas como Stalin y Mólotov; Jrushchov y Málenkov, Brézhnev y Kosiguin.

Partido Comunista de la Federación de Rusia, 1997.

¿Cuál fue la causa del colapso soviético? Nuestra tesis sostiene que los problemas económicos, la presión exterior y el estancamiento político e ideológico fueron un desafío para la Unión Soviética a comienzos de los años ochentas, pero que cada uno por separado o todos en conjunto, no fueron la causa del colapso de

la nación. Fue provocada por las reformas políticas específicas implementadas por Gorbachov y sus acólitos.

En 1987, el secretario general abandonó las medidas reformistas iniciadas por Yuri Andrópov, después de transitar por ese camino durante dos años. Asumió políticas que reproducían, de la manera más extremista, las políticas de Jrushchov de 1953 a 1964, y se remitió incluso a los años veintes en busca de las ideas engendradas por Bujárin. El viraje de Gorbachov fue posible por el crecimiento de la Segunda Economía, que condicionó las bases sociales para una conciencia antisocialista. El revisionismo del líder soviético barrió con sus oponentes y marginó a los pilares del marxismo-leninismo: la lucha de clases, el desempeño rector del Partido, la solidaridad internacional y la primacía de la propiedad social y de la planificación centralizada. Al retractarse la Unión Soviética de su política exterior, prosperó la fragmentación del Partido Comunista. Esta última manifestación ocurrió al unísono con la entrega por parte del Partido de los medios de comunicación, la involución de los mecanismos centrales de planificación y el deterioro económico consecuente, en fin, la extinción del Partido como mecanismo armonizador entre las naciones que integraban la Unión Soviética. El descontento de las masas posibilitó que Yeltsin y sus "demócratas" anticomunistas asumieran el poder en la gigantesca república rusa e iniciaran la imposición del capitalismo. Los separatistas se abrieron camino en las repúblicas no rusas. La Unión Soviética terminó hecha pedazos.

Varios de los escritores norteamericanos más importantes, incluyendo algunos críticos del socialismo soviético, han arribado a conclusiones similares a las que expresamos en este libro. Por ejemplo, Jerry Hough, un académico de la Institución Brookings, escribió:

La revolución no fue causada por el pobre comportamiento de los resultados económicos del Estado, por la presión nacionalista de las repúblicas de la Unión, por el descontento popular, por la falta de libertades o por los bienes de consumo; ni por el simple hecho de liberarse de un régimen dictatorial... la clave debe encontrarse en lo más alto del sistema político o el Estado. (...) El problema no fue la debilidad

del Estado como tal, sino la debilidad del estado mental de aquellos que dirigían el Estado.

La caída de la Unión Soviética no fue un hecho inevitable. No hay fundamentos para la conclusión enarbolada por los medios de comunicación de Occidente acerca de que el socialismo soviético estaba condenado desde el comienzo, que todos los Estados socialistas están condenados, que en última instancia, Marx estaba equivocado y que el destino histórico de la humanidad es el **capitalismo liberal**.

Las políticas aplicadas por Gorbachov pudieron no haber sido inevitables, pero tampoco fueron accidentales. Fuerzas poderosas internas y externas sirvieron de base al revisionismo que asumió el poder con Gorbachov. Esas fuerzas —las empresas privadas legales e ilegales y su corrupción asociada, más el militarismo agresivo externo de los Estados Unidos, así como la resurgente ideología del libre mercado— habían crecido y se habían fortalecido en las décadas anteriores a 1985; pronto Gorbachov desataría las fuerzas internas y se acomodaría a las externas. Su programa posterior a 1986 es sobre todo, un conjunto de acciones dirigidas a quebrantar la influencia del Partido, reflejo de lo que el secretario general entendía como la causa del fracaso de Jrushchov, quien no pudo vencer la resistencia de la oposición dentro del Partido.

A pesar de que el revisionismo de Gorbachov tiene una larga historia de gestación dentro de la sociedad soviética y del Partido, el derrumbe soviético no fue un hecho preconcebido y predestinado. Hay muchos momentos en la historia de los 35 años previos en los cuales los hechos pudieron tomar otro camino. El más fuerte argumento de esta concepción es que el Partido fue capaz de derrotar el oportunismo de Nikolai Bujárin a finales de los años veintes, cuando su arraigo clasista era todavía fuerte, cuando una enorme masa campesina rodeaba a la clase obrera en el poder.

Durante los años cincuentas, la Unión Soviética ya no era un Estado invadido y cercado, pudo haber iniciado una época poststalinista menos agresiva sin tantos titubeos teóricos y políticos como los de Jrushchov. Políticos como Viacheslav Mólotov ofrecieron el curso de las alternativas. Los críticos fueron derrotados. En

el período de estancamiento de la segunda mitad de la época de Brézhnev, los dirigentes pudieron tener un mejor desempeño contra las tendencias negativas que se gestaban, particularmente en relación con la Segunda Economía y la corrupción

Yuri Andrópov, si hubiera vivido para evaluar los resultados de sus primeras reformas, pudo haber agudizado su análisis, ampliar y profundizar las reformas. Hasta en los momentos de la *perestroika*, posteriores a 1986, el carácter problemático de sus políticas no se manifestaba claramente ni para los líderes, ni para el propio Gorbachov. Que la tendencia de Bujárin, Jrushchov y Gorbachov se haya mantenido persistente y finalmente haya triunfado, tiene como asidero inveterado el arraigamiento material, ya no con la perspectiva del campesinado tenaz de los primeros años, sino con la expansión del consumismo y el crimen de la Segunda Economía.

Toda la historia del socialismo soviético demuestra que la lucha de clases y para abolir las clases no termina con la toma del poder del Estado, ni después de casi setenta años de construcción del socialismo. Si nos ceñimos a la verdad, la Unión Soviética contaba con mucho menos de ese lapso en la construcción del socialismo, por cuanto tuvo que dedicarse a la preparación para la guerra, hacerla y recuperarse de esta. Realmente, la idea de que la lucha de clases ha concluido en un mundo dominado por el capitalismo y el imperialismo o dentro del Estado socialista es *en sí misma*, una manifestación del nivel ideológico de la lucha de clases. Rendirse ante tales ideas es una de las amenazas más graves en la construcción del socialismo.

Por momentos, como en 1928-1929, cuando el Estado soviético se *sumergió* en un proceso acelerado de colectivización e industrialización, la lucha de clases se intensificó. Aun cuando las relaciones de clases en el área rural fueron alteradas a un alto costo humano, la visión del mundo de la antigua clase sobrevivió tercamente y durante los años cincuentas, con el crecimiento renovado de la Segunda Economía, experimentó un renacimiento.

Gorbachov y su círculo de allegados lo comprendieron. Escogieron conscientemente ciertos grupos sociales y en estos apoyaron sus líneas políticas

de acción. En 1989, un escritor norteamericano hizo una lista de tales grupos: "la mayoría de los empresarios de ciudades y pueblos pequeños", "los trabajadores más capaces", campesinos, administradores, científicos, técnicos, maestros y artistas, "funcionarios jóvenes e idealistas" y "miembros con mentalidad demócrata que integraban el Partido a todos los niveles". La mayoría de estas categorías representaba a personas alejadas de la producción material.

La construcción del socialismo es difícil. Lo es aún después de que una revolución socialista demuestra que puede enfrentar y manejar adecuadamente las tareas básicas: tomar y mantener el poder, defenderse del imperialismo, apoyar la lucha antimperialista en el exterior, industrializarse y construir una masa de trabajadores, satisfacer las necesidades básicas de vida, incluyendo la educación y la cultura para todos, el desarrollo de la ciencia y la tecnología, sacar del atraso a las nacionalidades, y construir su desarrollo con igualdad de derechos.

¿Es posible para el socialismo aceptar y cumplir con retos semejantes?

No hay que ser un místico ni un idealista para responder afirmativamente. Tanto el camino delineado por Andrópov como el de los Estados socialistas sobrevivientes, ninguno de estos en retroceso, demuestra que la debacle desatada por Gorbachov no era ni inevitable ni la única forma de enfrentar los retos del socialismo.

Desde muchos puntos de vista, lo más asombroso del colapso soviético **no** es que el oportunismo de Gorbachov se haya abierto camino dentro del propio Partido Comunista. Lo asombroso es que este no haya sido capaz de aplastar ese oportunismo como lo había hecho con sus antecesores. ¿Por qué el Partido no fue capaz de enfrentar a Gorbachov en 1987 y 1988, como lo hizo con Jrushchov en 1964, y con Bujárin en 1929? En parte, al Partido le faltaba el sentido de vigilancia y la voluntad para acabar con la corrupción en el Gobierno y en el propio Partido y con la Segunda Economía el Partido perdió su selectividad, se convirtió en algo poco exigente con su membresía, abriendo sus puertas en extremo particularmente a quienes no eran obreros.

El centralismo democrático se había deteriorado. Los lazos entre el Partido y los trabajadores por medio de los sindicatos y de los **soviets** se habían osificado. La crítica y la autocrítica languidieron. El liderazgo colectivo se debilitó. La unidad dentro del Partido como expresión de la defensa de la línea de trabajo del líder se convirtió en la virtud principal. El desarrollo ideológico se desvaneció.

Los errores ideológicos de Jrushchov y el abismo entre ideología y realidad persistieron. La ideología se convirtió en algo formal, ritualizado, autocomplaciente y, en consecuencia, rechazó mucho de lo mejor y de mayor excelencia. La mayoría de los líderes del más alto nivel no estuvo suficientemente alerta en relación con el peligro que representaba el oportunismo. En resumen, el Partido mismo necesitaba reformas.

Todo lo contrario a la idea divulgada ampliamente por los anticomunistas a inicios de los años noventa, el derrumbe de la Unión Soviética no demostró que el socialismo basado sobre un Partido de vanguardia, en la propiedad social y estatal y en la planificación centralizada, estaba condenado al fracaso; sí demostró que tratar de perfeccionar una sociedad socialista mediante una "Tercera Vía" resultaba catastrófico. La "Tercera Vía" puso el socialismo a los pies del capitalismo de los **campeones rusos** y a la sumisión al imperialismo. La historia de la **perestroika** entre 1985 y 1991, lejos de impulsar el reformismo social, lo desacreditó.

Nuestra tarea principal fue estrecha: determinar las causas del derrumbe de la Unión Soviética. Creemos, no obstante, que nuestra tesis tiene amplias repercusiones para la teoría del marxismo y en el futuro del socialismo.

Presentamos las reflexiones siguientes con la esperanza de que estimulen la meditación en torno a estos problemas y conduzcan a debates e investigaciones futuros.

Al indagar con amplia perspectiva sobre las causas, resalta el oportunismo como categoría política del marxismo-leninismo y la fortaleza relativa de los dos sistemas: la planificación centralizada y el mercado; la teoría del Partido revolucionario, el sentido de la Historia, el socialismo en un solo país y ciertas evasiones persistentes acerca de la historia del socialismo del siglo XX

El colapso soviético no demerita el materialismo histórico. Este explica el desarrollo del proceso concreto en la Unión Soviética entre 1985 y 1991. Muestra las raíces materiales de la contrarrevolución sin tener que recurrir a una "teoría de la burocracia". La reciente declaración por parte del filósofo marxista Domenico Losurdo de que "hasta ahora carecemos de una teoría que explique los conflictos en las sociedades socialistas", es errónea. La mayoría de los conflictos políticos emana de los intereses de clases. La contrarrevolución soviética ocurrió porque las políticas de Gorbachov desencadenaron el proceso mediante el cual grupos sociales con determinadas posiciones ideológicas y materiales, arraigadas en la propiedad privada y el libre mercado, se fueron apoderando eventualmente de posiciones de poder hasta desplazar las relaciones económicas socialistas dominantes hasta entonces, o sea, ocupar el lugar de la economía planificada, **Primera Economía**, de carácter social en sus relaciones de propiedad de producción.

Entre 1989 y 1991, el Partido Comunista de los Estados Unidos debatió hasta qué punto el derrumbe de la Unión Soviética ocurrió como consecuencia de errores humanos o de debilidades sistémicas del socialismo. El primer análisis culpó a los **malos** líderes y el segundo a los problemas profundamente asentados en el sistema soviético. Ambos contienen verdades, pero no en la misma medida.

Aquellos que centran su análisis en los errores humanos tienen una mejor perspectiva, pero no los elementos conclusivos. Las posiciones dubitativas y vacilantes de Gorbachov y en última instancia su actitud procapitalista, fueron las causas fundamentales del colapso; pero aquellos que proponen como causa mayor los problemas más profundos que persistían sistémicamente estaban en lo cierto al tratar de encontrar causas más hondas.

Muchos de ellos, no obstante, tratan de fundamentar sus respuestas a partir de deficiencias democráticas y no de problemas materiales. Apoyados en hechos desconocidos en 1991, el marco teórico de nuestra explicación trasciende la forma en que los primeros contendientes teóricos se plantearon el fenómeno.

Las implicaciones del colapso soviético son enormes para el presente y el futuro —su interpretación y sus consecuencias—, para las luchas democráticas, para la

posibilidad de construir el socialismo, para el movimiento comunista y para el futuro de la humanidad. La caída del socialismo soviético significó un retroceso para el resto de los países socialistas que sobrevivieron, para los oprimidos del mundo subdesarrollado y para la clase obrera en todas partes. Los trabajadores soviéticos sufrieron las consecuencias más crueles, como escribiera Stephen Cohén hace varios años en *The Nation*:

Cerca de una década después, Rusia está afectada por una de las peores depresiones económicas de la historia moderna, la corrupción está tan extendida que la fuga de capitales excede el total de las inversiones y de los créditos externos y la catástrofe demográfica no tiene precedentes en tiempos de paz. El resultado ha sido una masiva tragedia humana. Entre otras calamidades, cerca del 75 % de los rusos vive ahora por debajo o ligeramente por encima del nivel de pobreza; entre el 50 % y el 80 % de los escolares son clasificados como con problemas físicos o mentales de algún tipo y la expectativa masculina de vida es inferior a los 60 años. Y de manera ominosa, en ese país nuclear, sus fuerzas de destrucción masiva por primera vez en la Historia padecen una seria desestabilización: el desastre del submarino *Kursk* en agosto es solo otro de los ejemplos.

Si el siglo que concluye significa un precedente para el que comienza, el socialismo enfrentará muchos de los desafíos que afrontó la Unión Soviética. Serán probablemente victoriosos, primero, los países donde las condiciones de la lucha de clases y la confluencia con los movimientos revolucionarios de liberación nacional lo hagan posible.

Donde el socialismo del siglo XX ha sobrevivido: China, Cuba, **Corea del Norte y Viet Nam, la opresión de las contradicciones nacionales y de clase que condujeron a** la revolución, ayudará como sostén de la apuesta por el socialismo. Si eso es así, la existencia de los Estados socialistas contará con el apoyo no solo de la lucha de clases, sino de los campesinos y otros estratos intermedios; por tanto, iguales o semejantes problemas y condiciones a los ocurridos en la Unión Soviética tienen la probabilidad de suceder en las nuevas revoluciones. El imperialismo continuará atacando, sus ideólogos seguirán invocando la

"democracia" y el fantasma del "stalinismo" a cada paso. Lenin dijo: "La Comuna de París le dejó como lección al proletariado europeo plantearse concretamente las tareas de la revolución socialista". La experiencia soviética extendió el horizonte de esa tarea.

Nuestro análisis supone que los partidarios del socialismo tengan que plantearse el oportunismo de derecha como una categoría crucial para el pensamiento marxista-leninista. Así fue cuando Marx y Engels criticaron el Programa de Gotha, cuando Lenin se enfrentó a la Segunda Internacional y cuando la mayoría del Partido Comunista derrotó a Bujárin.

Los comunistas definieron el oportunismo de derecha, en esencia, como una retirada innecesaria y sin principios ante las presiones de clase del adversario. En cualquier lucha una retirada es a veces necesaria; por tanto la cuestión de la necesidad orbita siempre en torno al balance general de las fuerzas contendientes y una evaluación realista de las condiciones sobre las cuales una retirada implica establecer las bases para avanzar decididamente, o es una concesión y una rendición.

Los comunistas definen teóricamente el revisionismo como una retirada innecesaria. En el contexto de la construcción del socialismo, el revisionismo de derecha se expresa en el acomodamiento a las condiciones impuestas por el capitalismo interno y externo, en vez de luchar. También se manifiesta en ocasiones como "el respeto a determinadas realidades" en vez de enfrentarlas y transformarlas, en la forma distorsionada y con enfoque evolucionista al construir el socialismo, en las concesiones a las circunstancias objetivas. Este enfoque busca una vía rápida y fácil de construir el socialismo por un sendero de pocas contradicciones.

Este hábito de pensamiento tiende a sobrevalorar las formas espontáneas y automáticas de los procesos que forman parte de la construcción del socialismo, o a exagerar la fortaleza de las fuerzas productivas como algo clave para el desarrollo del socialismo, mientras se subestima la importancia de las relaciones de producción, esto es, la lucha para la eliminación de las clases. Cuando Jrushchov estuvo en el poder, comenzó la negación teórica explícita del

oportunismo en la construcción del sistema socialista." A diferencia de sus dos predecesores, el último líder soviético dictaminó que no había bases sociales adversas en el proceso de construcción del socialismo. Esta negación encuentra expresión en la noción de Jrushchov de que el Estado de la clase obrera se había convertido en el ***Estado de todo el pueblo*** y el Partido Comunista en el ***Partido del todo el pueblo***. La traición de Gorbachov mostró la insensatez del optimismo de Jrushchov.

Desde la época del Frente Popular de 1930, los marxistas en el mundo capitalista han tratado de encontrar un terreno común con los reformistas sociales. Mientras la política de construir la unidad con las fuerzas de centro, especialmente con las masas populares influenciadas por la socialdemocracia es totalmente correcta, no es suficiente. Como ideología, la socialdemocracia permanece como un competidor —insidioso e influyente— del marxismo revolucionario en el movimiento de la clase obrera. Tiene que haber una lucha ideológica incesante en su contra, junto a la labor incansable de búsqueda de formas prácticas de lucha entre las fuerzas de centroizquierda y la derecha.

A inicios de los años noventas, las evaluaciones acerca de la caída de la Unión Soviética por parte de los partidos comunistas en todas partes tendían a ofrecer explicaciones acerca de las circunstancias que les sirvieron de marco; no obstante, muchas eran eclécticas. Un primer grupo culpaba las limitaciones de la democracia soviética. Un segundo grupo acusaba del desastre al oportunismo. El primer grupo se hacía eco a menudo del lenguaje antistalinista de Gorbachov compartido a la vez por la socialdemocracia y los escritores del liberalismo.

La democracia en la Unión Soviética pudo estar mucho más desarrollada en 1985 que lo que realmente estaba, pero no es una razón suficiente para hablar de la falta de democracia como causa fundamental de la caída del sistema soviético. Muchos observadores tienen muy poco conocimiento y comprensión de lo que significa y de qué cosa es la democracia socialista. Si la palabra "democracia" significa la toma del poder por el pueblo trabajador, la Unión Soviética tiene características democráticas que sobrepasan a cualquier sociedad capitalista. El Estado soviético tenía un mayor

porcentaje de trabajadores enrolados en el Partido y en el Gobierno que los países capitalistas. La dimensión de la igualdad en los ingresos la educación, la salud y otros servicios sociales, la garantía de empleo, la edad temprana de retiro compensado, la inexistencia de la inflación, el subsidio para la vivienda, la alimentación y otras necesidades básicas, entre otros aspectos, manifiestan obviamente que este es un país en función de los intereses de la clase trabajadora

Los esfuerzos épicos para construir el socialismo y defender la Patria durante la Segunda Guerra Mundial no pudieran haber sido posibles sin la participación activa del pueblo. En los **sóviets** participaban directamente como protagonistas 35 millones de personas. Los sindicatos soviéticos tenían poder de decisión sobre aspectos tales como los planes de producción, los despidos y sus propias instalaciones escolares y vacacionales que en muy pocas, si es que hay alguna, organizaciones sindicales en los países capitalistas se pudiese comparar.

A menos que haya una enorme presión "desde abajo", los gobiernos capitalistas nunca desafían las propiedades de las corporaciones. Los defensores de la superioridad de la democracia capitalista ignoran la explotación inherente de clases, analizan los procesos y no los contenidos sociales y otorgan valor democrático al capital como base de crédito para la democracia capitalista. No valoran su sustento real: la moderna clase trabajadora. Comparan los logros del capitalismo con su pasado, pero asimétricamente, los logros de la democracia socialista los equiparan con sus paradigmas ideales.

Los que defienden la noción de que las limitaciones democráticas fueron la causa fundamental del colapso, es decir, que esta fue la condición necesaria y suficiente, no pueden estar en lo cierto si las palabras, **causa** y **colapso**, mantienen su significado real. La traición a la Unión Soviética consiste en el derrocamiento del socialismo y el desmoronamiento del Estado de la Unión. Es el resultado directo de cinco procesos concretos: liquidación del Partido; entrega de los medios de comunicación a las fuerzas antisocialistas; privatización y mercantilización de la propiedad estatal y social planificada centralmente;

separatismo desatado, y la rendición ante el imperialismo de los Estados Unidos. Por muchas deformaciones que haya habido en la democracia socialista, no pudieron ser la **causa** del desmoronamiento. El liderazgo presidido por Gorbachov en el Partido Comunista, optó conscientemente por esas políticas.

La teoría de la "falta de democracia" persiste por la indecisión y la ausencia de análisis de algunos al enfrentar la evaluación de los hechos. La resistencia al análisis implica la negación implícita de la importancia que tiene la caída de la Unión Soviética y los retos que impone al marxismo. Este distanciamiento y negación de la verdad histórica es aceptar la autoderrota y a la vez resulta una posición intelectualmente deshonesto. Evadir el asunto deja sin retar a la explicación burguesa de la caída de la Unión Soviética. Una actitud semejante conduce a una posición de autocomplacencia de derecha que dice: **La Unión Soviética tenía profundos problemas prácticos; era burocrática y antidemocrática. Así era entonces. Así es ahora. Nosotros no seremos antidemocráticos ni burocráticos.** Una posición semejante es la más lejana posible al materialismo histórico.

Después de varias e importantes conferencias internacionales de los partidos comunistas y de los trabajadores, se ha arribado a muy poca unidad de análisis. Todavía se puede escuchar: "Los camaradas soviéticos lo enfrentarán". Por el contrario, Marx escribió **La guerra civil en Francia** pocos meses después de la caída de la Comuna de París, Lenin analizó el colapso de la Segunda Internacional en 1914, inmediatamente.

Gus Hall, entonces dirigente máximo del Partido Comunista de los Estados Unidos, expresó públicamente su escepticismo sobre la **perestroika** desde los primeros momentos. Antes de 1987, a pesar de que él había criticado a los países socialistas ocasionalmente, otras veces dejó entender que el criticismo público era inapropiado.

En el invierno de 1987, no obstante, en un artículo en **World Marxist Review** generalmente positivo en relación con la **perestroika**, el líder comunista destacó que el oportunismo usualmente se presenta, disfrazado como profunda apreciación de lo "nuevo":

Es importante tener presente que la mayoría de los errores, la mayoría de los intentos en la Historia por tratar de revisar la ciencia del marxismo-leninismo, la mayoría de las políticas y acciones de capitulación ante las presiones de las clases explotadoras han sido justificadas con argumentos acerca de lo *nuevo*. A través de la historia del movimiento de la clase obrera los conceptos de *algo nuevo* han sido usados para obviar, ocultar o eliminar conceptos de la lucha de clases.

Hall llegó a cuestionar la subordinación hecha por el "nuevo pensamiento" del concepto de lucha de clases al de "valores humanos universales". En 1988 y 1989, mientras todavía apoyaba la *perestroika*, sus críticas aumentaron en fortaleza y en detalles.

Cuando Europa del Este se desmoronó a finales de 1989, y en los momentos en que la crisis de la Unión Soviética se hizo irreversible a finales de 1990 y 1991, sus críticas públicas a las políticas del líder soviético se hicieron cada vez más agudas, no obstante atemperadas, con la esperanza de que "cabezas más sanas prevalecieran".

Pero ni Gus Hall, un convencido enemigo del oportunismo, se percató de su alcance y riesgo en la construcción del socialismo en la Unión Soviética ni de sus raíces en la Segunda Economía. Hasta 1989, el Partido Comunista de los Estados Unidos y la mayoría de los partidos comunistas subestimaron la posibilidad de que el socialismo cayera o que la Unión Soviética se fragmentara. Eso fue originado, probablemente, por el gran peso ideológico del Partido Comunista de la Unión Soviética en el movimiento mundial y por la dificultad de entender una sociedad compleja, más allá de la propia. Por el contrario, muchos escritores socialdemócratas discernieron las dos tendencias de la política soviética y algunos economistas burgueses percibieron el crecimiento de la Segunda Economía.

Un claro análisis de la Unión Soviética se obstaculizaba también a la hora de discernir por la avalancha masiva de la crítica lanzada desde Occidente que condicionaba la interpretación acerca cuáles eran los problemas reales que lastraban la construcción del socialismo.

Los comunistas chinos condenaron el revisionismo de Jrushchov entre 1956 y 1964. Su polémica, no obstante, impresionó a algunos como dogmática, cruda y con fines utilitarios. La política china miraba erráticamente a la izquierda o a la derecha e incluía la alianza antisoviética *defacto* de Mao con los Estados Unidos. Para cualquiera con algo de simpatía por la Unión Soviética, el criticismo chino carecía de credibilidad. Al otro extremo, los eurocomunistas apenas se hicieron eco de las críticas antediluvianas de la socialdemocracia.

Entre muchos amigos de la Unión Soviética había una apreciación subjetiva de que después de Stalin, la nación era una sociedad en perfeccionamiento. Jrushchov era mejor que Stalin. Gorbachov era mejor que Brézhnev. Con la rara excepción de Isaac Deutscher y Ken Cameron, pocos intentaron analizar a Stalin, Jrushchov o Brézhnev de una forma crítica y balanceada.

Particularmente en el caso de Stalin, los simpatizantes de la Unión Soviética abandonaron el análisis integral quizá por la dificultad inherente o porque tal esfuerzo no era válido hacer, o simplemente porque el desarrollo y la evolución de la historia soviética haría de Stalin un caso aislado en su trayectoria, una anomalía histórica de menor importancia.

Los enemigos de la Unión Soviética llenaron rápidamente el vacío con estantes repletos de libros sobre Stalin como un monstruo y como un loco. Tales visiones caricaturescas influyeron en los comunistas cuyo conocimiento del período stalinista era limitado.

El derrumbe de la Unión Soviética le dio un nuevo aliento al "socialismo de mercado" o, al menos, de la idea de que el desempeño del mercado en el socialismo está todavía por ver. Como en otros tiempos, la literatura sobre el "socialismo de mercado" se ha puesto de moda como consecuencia de que los socialistas de todas las procedencias buscan una respuesta al desastre económico ocurrido entre 1985 y 1991.

Casi toda esa literatura implica una cándida utopía de herencia pequeñoburguesa cuyas raíces se remontan a Pierre Joseph Proudhon, al que Marx, en su tiempo, refutó contundentemente. Lo fundamental de las versiones del "socialismo de mercado" contiene construcciones teóricas contradictorias que

evaden la cuestión de hasta qué punto el mercado laboral y la explotación de la mano de obra de tener lugar en el "socialismo de mercado". De ser así, ¿cómo puede ser socialismo, el "socialismo de mercado"?

Durante la *perestroika*, el "socialismo de mercado" sirvió como un alto en el camino, útil por un tiempo, para justificar ante el pueblo soviético "las metas del perfeccionamiento" y "las reformas del socialismo". Avanzadas las "reformas" que habían desencadenado el caos en busca de la restauración del capitalismo, Gorbachov abandonó las pretensiones "socialistas". Lanzó entonces la idea del establecimiento de un "mercado regulado" a la manera de Europa Occidental y de los países escandinavos.

Dada la historia real del "socialismo de mercado" bajo la dirección de Gorbachov, parecería que la lección del colapso soviético nos conduce a la conclusión de que el socialismo requiere de la planificación centralizada, la propiedad social y las restricciones de mercado. El tema no debe ser discutido dogmáticamente a partir de las citas de los clásicos, sino que el mejor acercamiento a la problemática, como ha aconsejado el economista marxista David Laibman, es el estudio de lo más prometedor dentro de las prácticas del socialismo desde 1917.

La cuestión del mercado está presente de tres formas en la discusión: la crisis económica en la época de Gorbachov; el decrecimiento a largo plazo de la economía soviética, y el desempeño del mercado en la construcción del socialismo y del comunismo. Un breve examen de cada uno manifiesta dudas considerables acerca de la idoneidad del "socialismo de mercado".

El descontento económico de millones de ciudadanos soviéticos durante los años en que Gorbachov permaneció en el poder, no surgió del sistema de planificación central sino de su desmantelamiento. En 1985, la economía, todavía centralmente planificada, proporcionaba el más alto estándar de vida en la historia de la Unión Soviética.

Durante décadas, la economía soviética había crecido más rápidamente que la norteamericana. No obstante, hacia los años ochentas, ya no avanzaba al mismo ritmo de disminución del margen con respecto a la economía de los Estados

Unidos y la naturaleza de la "competencia" estaba cambiando; sin embargo, crecer a un ritmo del 3,2 % cada año a inicios de esos años era para la economía soviética una manera de alcanzar en muchas direcciones a la economía norteamericana.

En cuanto al decrecimiento durante largo plazo de la economía soviética, muchos han aceptado acriticamente la noción de que el mercado puede implicar dinamismo para la economía y que el uso de los mecanismos de mercado pudo estimular mayor ritmo de crecimiento a la economía soviética. Hasta los que propugnan por las acciones de mercado más conservadoras dentro de la economía planificada tendrían que explicar estos hechos paradójicos: en las tres décadas y media de la existencia final de la Unión Soviética, a más reformas de mercado introducidas —oficial y legalmente en diferentes olas de reformas desde Jrushchov, Kosiguin y Gorbachov o de la manera subrepticia, silenciosa e ilegal de la Segunda Economía—, mayor decrecimiento económico.

Hasta algunos economistas burgueses admiten el carácter depauperante de la Segunda Economía. El más rápido crecimiento promedio de la Unión Soviética ocurrió entre 1929 y 1953, cuando la dirección se aferró firmemente a la planificación centralizada y eliminó los mecanismos de mercado que se incluían como parte de la NEP entre 1921 y 1929. Era fácil comprobar por qué los mecanismos económicos introducidos por Jrushchov y por Gorbachov disminuyeron el crecimiento promedio de la economía. Menos inversiones en la industria pesada, más tensión en los bienes de consumo, mayor grado de nivelación de los salarios. La tendencia era a decrecer.

El crecimiento se contrajo, además, porque se abandonó la centralización planificada y la competencia desgastó y destruyó el sistema de trabajo coordinado entre las empresas. De forma muy clara, entre 1985 y 1991, "la magia del mercado" no evidenció balance positivo alguno.

A más expansión de las relaciones propiamente financieras y de los mecanismos de mercado, más fracasos de la **perestroika**.

En 1992, cuando Yeltsin impuso la "terapia de choque" total, la economía soviética cayó catastróficamente en picada, de lo cual todavía no se ha

recuperado. Desde 1991, los mecanismos de mercado se han relacionado directamente con resultados económicos negativos o promedios de crecimiento bajos. Realmente, la economía planificada del siglo XX, como regla, creció significativamente más y a mayor ritmo que la economía de mercado.

"La apropiación de los medios de producción por parte de la sociedad, pone fin a la producción mercantil y, en consecuencia, al dominio del producto sobre el productor", escribió Engels.

Quizás haya menospreciado cuán rápida y automáticamente el segundo se impondría sobre el primero, pero lo cierto es que el fundador del socialismo científico tenía la visión del comunismo, etapa histórica superior al socialismo, como una sociedad sin mercado.

La previsión de una sociedad comunista donde, en condiciones de superabundancia, los seres humanos libres organizarían colectivamente la producción de acuerdo con un plan y la distribución de acuerdo con las necesidades, en vez de por medio de las leyes ciegas del mercado, ha sido de importancia primordial para el marxismo en el momento de comprender el proceso de emancipación social. La crítica marxista a la producción mercantil se fundamenta en que es la causa de que el productor pierda el control sobre el producto. Desde el punto de vista marxista, la gran ventaja de la economía planificada en sus etapas socialista y comunista radica en que el productor, paso a paso, reconquista el poder sobre el producto de su propio trabajo.

Al final, en la etapa del comunismo, los seres humanos conscientes, no las ciegas y anárquicas fuerzas del mercado, determinarán totalmente el ritmo y el carácter del desarrollo económico.

Hasta Jrushchov, la Unión Soviética se planteó seriamente la lucha para restringir el mercado. Hacia finales de los años cuarentas y principios de los cincuentas, antes de haber concluido la recuperación de la guerra contra los nazis, una discusión teórica con grandes repercusiones prácticas tuvo lugar entre los dirigentes y los economistas soviéticos. Esta estuvo marcada por la huella del jefe del Gosplán, Nikolai Voznesenski, quien propugnaba por un uso mayor de los

mecanismos de mercado y por la preparación de un libro, largamente esperado, sobre Economía Política.

Stalin, resumiendo los debates que habían tenido lugar, asumió la posición de que las leyes de la construcción del socialismo eran objetivas, que las acciones de los hombres no podían cambiar las leyes económicas objetivas del socialismo, pero que los desempeños humanos sí podían restringir la esfera de acción de esas leyes económicas. Sostuvo que la producción de mercancías tenía lugar bajo el socialismo por "un cierto período, sin conducir al capitalismo, teniendo en mente que en nuestro país la producción mercantil no es tan ilimitada y totalizadora como lo es bajo las condiciones del capitalismo, sino que está limitada dentro de estrictas fronteras".

Stalin se opuso por varias razones a la venta de las plantas de tractores a las organizaciones colectivas rurales prácticas porque extenderían el alcance de la producción mercantil, un paso atrás para la ya iniciada industrialización de la agricultura.

Desde este punto de vista, la producción de mercancías dentro de la sociedad soviética se limitó a la producción y al consumo personal y, previendo el desarrollo potencial del intercambio comercial, declaró los rudimentos primarios de una economía no mercantil existente en 1952, con posibilidades de desarrollo.

El debate soviético en 1952 fue una batalla sobre la estrategia socialista a largo plazo. Stalin vio en las relaciones monetario-mercantiles y en la ley del valor bajo el socialismo el significado siguiente: si la naturaleza de la mercancía bajo el socialismo puede ser "transformada", en otras palabras, si puede haber "mercancía socialista", entonces alguien entre los dirigentes del Partido puede argumentar, lógicamente, la necesidad de extender las relaciones mercantiles y de mercado bajo el socialismo, lo cual significa abandonar la política de mantener restringido el mercado dentro de determinados límites mientras se desarrolla el socialismo. Stalin rechazó esa vía.

Entonces llegó Jrushchov. Después de 1953, ocurrió un cambio hacia una posición promercado y la variación doctrinaria dentro de la teoría económica lo confirma. Se formó el caos. Los que defendían una participación mayor del

mercado en el socialismo eliminaban un fundamento importante dentro de la teoría del marxismo, la de que la distante etapa histórica posterior al socialismo, el comunismo total, no tendría mercado. Los fundadores del marxismo estimaron que en el comunismo pleno no habría mercado. ¿Cómo puede entonces, implementarse al máximo el mercado en el socialismo y estar ausente en la etapa próxima, el comunismo?

Un ejemplo de la evasión de este problema está presente en un trabajo de 1969, ***Categorías y leyes de la economía política del comunismo***, por A. M. Rumiántsev, un economista cercano a Jrushchov. Enterró en un largo párrafo la noción de que el uso de ***las relaciones monetario-mercantiles*** (mercado) ***acelera el avance del comunismo pleno*** —y que de alguna manera inexplicable, socialismo—, ***crece hacia el completo comunismo***.

La inclinación teórica promercado persistió largo tiempo después de Jrushchov. Un libro de texto de los últimos años de Brézhnev, ***Economía Política: Socialismo*** (1977), declara en poco más de un párrafo que las relaciones monetario-mercantiles se ***desvanecerían*** en la etapa del comunismo. Cómo ocurrirá ese "desvanecimiento", no se dice.

Anders Aslund destaca que durante los años sesentas había dos grandes campos entre los economistas soviéticos, los ***mercantilistas*** y los ***antimercantilistas***; en otras palabras, aquellos en favor o en contra de la "expansión del sistema monetario-mercantil", es decir, del mercado. Al menos una década antes de 1985, un número de institutos de investigaciones soviéticas y otras organizaciones académicas, estaba ocupado por científicos que consideraban a Samuelson más atrayente que Karl Marx. Uno de estos era Tatiana Zaslávskaya, cuyo mentor había sido V. G. Venzher, el economista cuyas ideas de vender las plantas de tractores a las formas colectivas rurales de producción fueron rechazadas por Stalin. Zaslávskaya fue una influencia temprana en las reformas promercado de Gorbachov y lo apoyó casi hasta el final. Hubo una notable continuidad en las dos tendencias contendientes del pensamiento económico soviético.

Yuri Andrópov reconoció que su programa de reformas económicas todavía tenía problemas teóricos y prácticos por resolver. Se quejaba, por ejemplo, de la falta de una teoría adecuada para acelerar la productividad del trabajo y de un método claro para establecer los precios en la economía centralizada. Consideraba su acercamiento como una forma mejor de avanzar que la "ideología" de Bujárin que se inclina al anarcosindicalismo, la división de la sociedad en corporaciones rivales independientes unas de otras.

El politólogo norteamericano Michael Parenti, describe varios de los problemas no resueltos en el diseño de incentivos para la innovación en la industria soviética.

La innovación a menudo pone en riesgo la carrera de los gerentes, fracasa frecuentemente al no estimular su desarrollo para no asumir los riesgos.

La presión por el cumplimiento de los indicadores del plan no incentiva la experimentación ni la introducción de nuevas tecnologías y, muchas veces, de torma contraproducente, lo que logra es el decrecimiento de la calidad.

Fábricas bien dirigidas, que a veces cumplían o sobrecumplían el plan, eran castigadas con mayores cargas de trabajo, y así sucesivamente. Eran persistentes y difíciles los problemas de dirección y planificación; pero no insolubles.

La contrarrevolución soviética tiene implicaciones para los Estados socialistas que se mantuvieron firmes. Desde 1991, **los cuatro países**

socialistas sobrevivientes, China, Cuba, Viet Nam y Corea del Norte, han sufrido las presiones del imperialismo para hacer concesiones al mercado, someterse a las instituciones capitalistas mundiales (Organización Mundial del Trabajo, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial) y crear zonas especiales para las inversiones de las corporaciones internacionales dentro de sus fronteras, como condición para que los préstamos internacionales les sean otorgados, recibir acceso a los mercados occidentales o beneficiarse de transferencias de tecnología.

En gran medida, bajo las nuevas condiciones y en diferente magnitud han tenido que hacer concesiones a los mecanismos de mercado y la propiedad privada.

Una acción semejante significa un peligro latente puesto que la lección soviética nos enseña que el mercado debe ser controlado a un nivel mínimo posible.

La agricultura puede ser la gran excepción a la regla general en la primera etapa del socialismo, pero con el tiempo, el Estado socialista tiene que trabajar por reducir el mercado. A diferencia de la Unión Soviética, que apresuró las relaciones socialistas de producción en el campo, los restantes países socialistas, luego de una colectivización inicial acelerada, han reconsiderado su conveniencia o no, y han retrocedido. En China, después de las reformas de reprivatización de la agricultura en 1978, mucho antes del final de la Unión Soviética, la producción rural aumentó considerablemente.

Reformas posteriores en la industria y el comercio internacional de China aceleraron el crecimiento con mayor moderación que en la agricultura, y tuvieron efectos políticos, sociales y económicos perjudiciales.

En Cuba socialista las reformas en la agricultura ocurrieron en circunstancias muy diferentes: el final del comercio y el subsidio soviéticos entre 1989 y 1991. Requirió grandes esfuerzos y medidas drásticas para sobrevivir y adaptarse a la grave crisis. En una medida para incrementar la producción, los trabajadores de las granjas estatales se convirtieron en propietarios cooperativos. Desde las reformas, la producción creció.

En la Cuba de hoy algunos interpretan el "período especial" no como un hecho impuesto por las circunstancias y un retroceso peligroso y de emergencia, sino como un camino saludable de desarrollo a largo plazo. Para su mérito, las más altas autoridades cubanas de planificación, aunque permiten el libre debate de las ideas en ese campo, se mantienen firmes sobre la base de las experiencias.

No todos los experimentos de mercado han sido provocados por las urgentes necesidades de las condiciones postsoviéticas por las presiones de Occidente.

Dos clases revolucionarias, dos líneas es el fenómeno general.

En China, las concesiones al mercado han sido inmensas y el futuro del socialismo pudiera cuestionarse. Según un ensayo de Rajan Menon, del Instituto Harriman:

Las estrategias de reformas en China pudieran fracasar. Es difícil imaginar que el capitalismo rampante —lo que está ocurriendo a pesar de que el Partido Comunista se cohiba del término **por razones ideológicas**—, la creciente autonomía de la región costera y la exposición de los intelectuales chinos a las ideas corrosivas del exterior, puedan (con el socialismo) coexistir indefinidamente.

En julio de 2001, la dirección del Partido Comunista llamó a aceptar a los capitalistas dentro de sus filas. Aunque una parte de la burguesía nacional participó inicialmente en la revolución china y se ganó un desempeño en el Gobierno de la República Popular China que comenzaba, la nueva actitud hacia una nueva clase de capitalistas es un asunto totalmente diferente. China está implementando esencialmente "una gigantesca y extendida NEP" y tarde o temprano, las contradicciones políticas inherentes al programa obligarán a una elección, como sucedió en la Unión Soviética de 1928 a 1929. Cuál de las tendencias se impondrá es algo incierto.

Los resultados políticos de esta lucha para el Partido Comunista en el poder, en el país más poblado de la Tierra, será seguramente el hecho más significativo del siglo XXI.

Después de 1991, la restauración del capitalismo en la Unión Soviética ha significado depresión e instauración de un capitalismo gangsteril. El proceso tanto en Rusia como en las repúblicas exsoviéticas, permanece inestable. Las finanzas transnacionales mantienen tambaleante a la Rusia postsoviética, dependiente de las zonas de extracción de hidrocarburos y con alto riesgo de accidentes nucleares, conflictos étnicos y la desintegración del Estado.

Académicos de todas las tendencias han destacado que el Gobierno norteamericano no parece manifestarse aprehensivamente al respecto. El contraste con los finales de la década de los años cuarentas, cuando un

preocupado Gobierno de los Estados Unidos financió casi todo el Plan Marshall con el fin de estabilizar el capitalismo en Europa Occidental, no puede ser mayor.

Los anteriormente seguidores de Gorbachov debaten acerca del sistema postsoviético y su perspectiva. Como en el clásico filme de horror, ***Rosemary's Baby (El bebé de Rosamaría)***, el recién nacido postsoviético es nefasto, si es que se trata de un recién nacido después de todo y los que lo han visto niegan haberlo engendrado.

Algunos opinan que la deformada criatura no vivirá mucho. El economista David Kotz dice que el capitalismo ruso postsoviético no es en verdad capitalismo, sino un "sistema no capitalista-depredador/extractor", emergente del sistema "estatal socialista" previo. Otros como Roy Medvédev, dicen que la revolución capitalista está "condenada" en Rusia.

Es reconocido que el sistema actual de Rusia es singularmente parasitario, deformado y débil. Los países de Europa del Este han hecho la transición de retroceso al capitalismo con muchos problemas, pero no con los extremados males sociales que se observan en la extinguida Unión Soviética. Como el mismo socialismo ha demostrado ser reversible, asimismo lo es el neocapitalismo.

Si las contradicciones del capitalismo ruso permanecen con el grado actual de crisis, el imperialismo se mantiene distante y la izquierda rusa se une en torno a una estrategia realista, la restauración del socialismo puede aparecer nuevamente en el orden del día.

A pesar de todo, en Rusia, los partidos que favorecen el socialismo tienen más apoyo social que cualquier otro. Muchos se preguntan angustiosamente: ¿por qué era tan frágil el sistema soviético? Sin una comprensión del crecimiento de las fuerzas opositoras al socialismo desde dentro, el sistema parecía más fuerte de lo que realmente era y su futuro desmoronamiento fue entonces más sorprendente e inexplicable.

Una pregunta similar desde otro punto de vista, comparativo: si el capitalismo de los Estados Unidos sobrevivió a una crisis como la de 1929, durante la presidencia de Herbert Hoover, cuando hubo un 40 % de desempleo y una depresión que duró una década, así como la derrota de un imbatible Partido

Republicano y, aún así, el capitalismo de los Estados Unidos se recuperó, creció y prosperó después de la Segunda Guerra Mundial, ¿por qué el socialismo soviético no sobrevivió a Gorbachov?

La respuesta es: el factor subjetivo es ampliamente más importante en el socialismo que en el capitalismo, lo que significa una fortaleza, pero también una debilidad. La diferencia cualitativa entre el socialismo y el capitalismo se expresa muy bien en la consabida frase "el capitalismo crece, el socialismo se construye".

A riesgo de un símil absurdo, digamos que los dos sistemas son como una balsa de río y una nave aérea. Con el capitalismo, en la balsa de río, el remero solo tiene que evitar los bajos, sortear los rápidos y las cataratas. La corriente de río abajo establece el ritmo, la velocidad, la dirección de la balsa. Es simple y automático, solo una supervisión general es necesaria. Los grandes tropiezos, regularmente, no son fatales.

Una nave aérea, el socialismo, es un medio de transporte muy superior. Su rango, alcance, libertad de dirección, maniobra y su velocidad exceden por mucho a la balsa de río, pero la nave aérea requiere de la aplicación consciente de las leyes de la física, la aerodinámica, el pensamiento anticipado, la planificación, la ciencia, el entrenamiento, un equipo de tierra, radares, y así sucesivamente. Es un sistema complejo que requiere de un esfuerzo masivo de trabajo. Dirigir el sistema es pilotar el conjunto de elementos subjetivos, es algo más crítico para este medio de transporte que para la balsa de río. Los grandes tropiezos pilotando un avión, aunque raros, son a menudo fatales. El margen de error es muy pequeño. El hecho de que los aviones algunas veces caigan no demuestra que la balsa de río sea superior; es solo un argumento para una mejor ingeniería, mejores pilotos, aviones más seguros.

Las leyes de la construcción del socialismo difieren de las del desarrollo del capitalismo. Estas actúan ciegamente, sin la participación consciente, como las leyes de la gravedad que impulsan la balsa río abajo, no importando lo que haga el remero, pero las leyes del socialismo, además de objetivas, requieren de un diseñador que domine y use conscientemente leyes tales como gravedad, tracción, fricción, empuje, fuerza, y un piloto que tenga todas las habilidades para

emprender el vuelo, todo basado sobre el más avanzado de los sistemas científicos.

Por tanto, un liderazgo como el de Gorbachov pudo hacer mucho más daño al socialismo que el causado por el aún más titubeante Hoover al capitalismo. Como ha dicho un académico soviético "las leyes del socialismo dejan de ser fuerzas espontáneas y anárquicas para ser aplicadas conscientemente por la sociedad de acuerdo con sus propios intereses". Ignorar las leyes económicas del socialismo "conduce al surgimiento de emergencias, dificultades, desbalances en la economía y al debilitamiento en el sistema coordinado de acciones de cooperación de los grandes grupos sociales y las masas de los trabajadores".

En la misma medida en que el oportunismo se desarrolló dentro de la Unión Soviética, el imperialismo encontró nuevas fórmulas para promover sus intereses, entre estas alentar desde la distancia las mismas tendencias oportunistas existentes dentro del liderazgo del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Los sucesos de 1968, en Checoslovaquia y los problemas acumulados en Yugoslavia sugerían la fórmula, ¿pero, funcionaría dentro de la Unión Soviética, donde las raíces del nuevo sistema eran aparentemente tan profundas?. Con gran anticipación, los grandes pensadores del antiguo sistema comprendieron en principio cómo destruir ese nuevo sistema. Uno de los arquitectos de la Guerra Fría escribió casi proféticamente en 1947: "Si alguna vez pudiera ocurrir algo que efectivamente erosionara la unidad y la eficacia del Partido como un instrumento político, la Rusia soviética pudiera ser transformada de la noche a la mañana de una de las más fuertes en una de las más débiles y lastimosas sociedades nacionales.

Era una lección largamente aprendida y que los enemigos del socialismo en el siglo XXI todavía tratan de aplicar en Cuba, China, Viet Nam y Corea del Norte. No pudieron destruir el socialismo soviético con la intervención en su guerra civil, con la invasión nazi, la carrera armamentista, la subversión y la guerra económica. No pudieron directamente penetrar su liderazgo. Desde fuera, hicieron cuanto estuvo a su alcance para estimular el oportunismo. Con el tiempo, por sí mismos, muchos de sus líderes beberían el veneno en el cáliz del revisionismo.

¿Hay algo que pueda garantizar que el oportunismo no tenga éxito nuevamente?. Una medida de seguridad tiene que incluir la regulación estricta y limitada de la empresa privada y la prevención de la corrupción asociada dentro las filas del Partido y del Gobierno. En cuanto a las normas del Partido, es difícil imaginar estándares más altos que los establecidos por Lenin. Quizá la lección no radique en buscar requisitos nuevos o más estrictos, sino en mantenerlos. Además, como Bahman Azad destaca juiciosamente, una política de crítica abierta y franca entre el comunismo internacional pudo haber sacado a relucir los problemas y las tendencias negativas del socialismo soviético y movilizar las acciones preventivas a tiempo.

Al silenciar la crítica pública acerca de la Unión Soviética, la izquierda cometió un grave, si bien comprensible error.

En parte, Gorbachov completó su programa sobre la base de la continuidad interrumpida de las medidas antistalinistas que la destitución de Jrushchov dejó inconclusas. Hacia el final de su mandato, Gorbachov usaba abiertamente los mismos términos de los cuales abusa el anticomunismo internacional: **stalinismo, totalitarismo, economía de ordeno y mando**. Estigmatizar la Historia con términos prestados paralizó el debate abierto y honesto acerca del pasado y del presente de la Unión Soviética. En el futuro, los seguidores del socialismo tienen que profundizar y comprender la época de Stalin, llegar a consenso en torno a esta. En **Stalin: hombre de contradicción**, Kenneth Neill Cameron escribió:

Hace unos meses almorcé con un académico marxista y colega de la Facultad. Cuando le dije que había finalizado un libro sobre Stalin, dijo ¡Stalin! ¡Dios mío! Cada vez que hablo acerca del socialismo, algún estudiante me saca a Stalin y entonces, ¿qué más puede uno decir? Uno puede decir mucho.

El libro de Cameron fue un comienzo. Al principio, hasta el propio Gorbachov clamó por una visión integral acerca de los años de Stalin. Dijo: "Para permanecer fieles a la verdad histórica debemos ver los incuestionables aportes de Stalin al socialismo y a la defensa de sus conquistas y los grandes errores políticos y abusos cometidos por él y los que lo rodeaban, por los cuales nuestro

pueblo pagó un alto precio, y que han tenido graves consecuencias para la vida de nuestra sociedad".

Una visión históricamente balanceada de Stalin tiene que incluir una valoración no solo de la represión, sino de las circunstancias que la originaron. Como ha dicho Hans Heinz Holz, significa el reconocimiento de que "el lado despótico del socialismo soviético" ocurrió cuando estaba completamente rodeado. El historiador Herbert Aptheker enumeró algunos de los aspectos del cerco total:

(...) la hostilidad, el boicot, la guerra económica, el sabotaje sistemático, los asaltos militares, el engendro y envalentonamiento de Mussolini, de Hitler y de Franco, lo tardío de los dos frentes de ayuda a la Unión Soviética y después de la victoria, el rechazo de un sistema de relaciones decentes entre la triunfante pero destruida Unión Soviética y las potencias victoriosas occidentales. Cuando uno escribe **destruida** Unión Soviética tiene en mente la destrucción de todo su territorio europeo, la pérdida de cerca de 25 millones de muertos y unos 40 millones de heridos de gravedad entre sus ciudadanos.

El vacío de conocimiento acerca de la época de Stalin es enorme. El hecho de que los historiadores burgueses no concuerdan en si la cifra de las víctimas de Stalin es de 5, 20 o 100 millones, es muestra del estado abismal del entendimiento histórico.

Usando nuevas informaciones obtenidas desde 1991, Michael Parenti ha señalado que los académicos del período postsoviético han realizado un avance promisorio y honesto para encontrar la cantidad real. Algunos historiadores se están retirando de las escandalosamente exageradas cifras resultantes de las polémicas durante la Guerra Fría. Ahora que los archivos soviéticos están abiertos, las calumnias de los rabiosos autores antisoviéticos no serán la última palabra acerca de la historia soviética.

La tragedia soviética convierte en ridícula la afirmación de que "el siglo XX pasará a la Historia como la centuria de la mayor transformación histórica: la revolución socialista". La historia del siglo XX demuestra no ser tan rectilínea y,

aunque lo fuera, el materialismo histórico es lo suficientemente fuerte como para sobrevivir al revés soviético. Anthony Coughlan escribió:

Los pueblos en la tradición histórica del socialismo deben, sobre todo, pensar históricamente. ¿Cuándo comenzó el capitalismo? ¿Fue en la Venecia del siglo XV? ¿En la Génova del siglo XVI? ¿En la Holanda del siglo XVII o en la Inglaterra del siglo XVIII? Si tomó siglos al capitalismo para desarrollarse —y todavía es un simple comienzo en muchas partes del mundo—, ¿no resulta un poco ingenuo pensar que el socialismo llegue a su total plenitud, desde el vientre de la Historia, en nuestra propia centuria? Es más, como mismo el capitalismo se ha desarrollado en zigzags, con períodos de retrocesos y de avances, ¿no es lógico pensar, desde una perspectiva histórica, que un largo período de interacción entre el capitalismo y el socialismo alrededor del mundo tenga lugar antes de que uno ceda al otro su lugar?

La experiencia soviética demanda la reconsideración del concepto de "socialismo en un solo país". Este implica la decisión esencial de tratar de mantener y desarrollar una nueva sociedad, aunque muchas condiciones internas y externas se manifiesten en contra. Fue un riesgo calculado y razonable, dado que una revolución en la Rusia soviética tenía sus ventajas, digamos, un territorio enorme, población voluminosa y una situación alejada con respecto al mundo occidental. Marx probablemente hubiera aprobado el riesgo. Una vez escribió: "La historia universal fuera muy fácil de hacer si las luchas ocurrieran solamente en condiciones y oportunidades infaliblemente favorables".

En todo caso, resulta dudoso que la caída de la Unión Soviética invalide el intento de construir el socialismo en un solo país. El socialismo se desarrolla país a país porque el capitalismo se desarrolla desigualmente, no al unísono en todos y cada uno. La renovación simultánea en el resto de los países al mismo tiempo es imposible. Como observara Lenin: "La Historia no ha sido suficientemente atenta como para darnos la revolución socialista en todas partes". Desarrollo desigual significa que el capitalismo se rompió por su eslabón más débil en 1917.

Ahora, a comienzos del siglo XXI, el desarrollo desigual de la economía mundial es más grande que nunca; por ejemplo, el ingreso medio en los 20 países

más desarrollados comparados con los 20 más pobres, ha crecido desde 20 a uno en 1960, hasta 40 a uno en el siglo XXI.

Dado que se trata de una sumatoria de distintas nacionalidades, si algo explica este dato es la desigualdad enorme existente en el mundo; por tanto, la posibilidad de revoluciones aisladas permanece y los revolucionarios en el siglo XXI se enfrentarán a desafíos semejantes a los del pasado siglo: tendrán que construir el socialismo, solos o casi solos, bajo la enorme presión del imperialismo.

El desmembramiento de la Unión Soviética como federación multinacional socialista destaca la importancia de la cuestión nacional. Marx mismo subestimó en más de un sentido la cuestión de las nacionalidades. Es más, contrario a lo que puedan pensar algunos viejos internacionalistas o algunos nuevos "globalistas", el nacionalismo es un fenómeno creciente. Comparado con 1945, cuando solo cerca de 40 banderas se veían frente a las Naciones Unidas, hoy ondean más de 190.

Los conflictos étnicos y nacionales igualmente se incrementan fomentados a menudo por las corporaciones transnacionales. Con su comercio libre y su globalización ideológica, asaltan la soberanía y el desarrollo de las naciones; los partidarios de los trabajadores deben ser los abanderados de la democracia y el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Nuevos cuestionamientos se manifiestan en torno a la cuestión de las nacionalidades. Los Estados federados multinacionales están en tensión en muchas partes del mundo: India, Gran Bretaña, Canadá, la Federación de Rusia y España, solo para mencionar unos pocos. El legado colonial está latente. África y el Medio Oriente mantienen las ridículas delimitaciones fronterizas reminiscentes de las colonias en los momentos de sus independencias, que muy poco o nada tienen que ver con las nacionalidades o con las integraciones económicas naturales y tradicionales.

Varios Estados exsocialistas, independientes antes de 1989 y 1991, son ahora postradas semicolonias y los sentimientos nacionales en esos lugares se enardecen cada vez más. El dominio global y unipolar del imperialismo norteamericano exagera la cuestión nacional en el resto del mundo. Las integraciones supranacionales como la Unión Europea, el Tratado de Libre

Comercio de los Estados Unidos (NAFTA) y otros esquemas se han convertido en una estrategia fundamental del capital financiero internacional. La cuestión nacional se ha manifestado por medio de alianzas inusuales contra las transnacionales capitalistas, manteniendo, desde luego, sus posiciones ideológicas o de clases; por ejemplo, no hace mucho tiempo, en los Estados Unidos los sindicatos y el multimillonario de Texas, Ross Perot, se unieron contra el Tratado de Libre Comercio de los Estados Unidos. En el Reino Unido, los comunistas y la mayoría de los conservadores cerraron filas en contra de la Unión Europea.

Dado que los Estados que integraban la Unión Soviética y los países de Europa del Este contaban con pocos o con ningún capitalista nativo de la clase tradicional, la restauración de semejante sistema en sus países ha significado ponerse en manos del capitalismo internacional. Consecuentemente, nuevas demandas democráticas nacionales han pasado a formar parte de los programas de los partidos comunistas y de otros partidos progresistas en los antiguos países socialistas. Hay la posibilidad de organizar la defensa del Estado-nación y la independencia nacional en busca de la restauración del sistema socialista o de revertir la implantación del capitalismo.

No podemos terminar de escribir este libro sin compartir el impacto que la investigación ha tenido en nosotros. Concluimos este proceso con un sentido renovado de respeto por los logros que alcanzó el experimento socialista de 70 años; como ha dicho Tom Paine acerca de una revolución anterior: "los trabajadores tenían en sus manos la posibilidad de comenzar todo de nuevo". También, terminamos el libro con el sentimiento de una gran posibilidad perdida. La traición barrió por completo el intento de liberación humana que alimentaba las esperanzas de millones de trabajadores y oprimidos del siglo XX; una noble aventura por la cual tantos ciudadanos soviéticos realizaron sacrificios tan asombrosos y de los cuales muchos soviéticos y no soviéticos, cosecharon tantos beneficios que aún perduran.

Nadie puede deshacer el nefasto hecho. Solo los pueblos en la ex Unión Soviética y los países exsocialistas pueden decidir cuándo y cómo retornará el

socialismo. Lo más probable es que los ganadores en 1991 no sean los que tengan la última palabra. En 1815, en el Congreso de Viena, que restaurara en sus tronos a los reyes de Europa, el aristócrata austríaco Clemens von Metternich creyó que él había terminado con "la libertad, la igualdad y la fraternidad". Algo más de un siglo después, ondean más que antes banderas republicanas tricolores en Europa y en las capitales del mundo.

Las contradicciones que nacieron en 1917 aún siguen creciendo y procrearán nuevos intentos de emancipaciones de la clase obrera. Aprender las lecciones del desmembramiento de la Unión Soviética es la mejor forma de honrar su memoria y de asegurar que tal calamidad no se repita nuevamente

EPÍLOGO

Una crítica a las interpretaciones sobre el colapso soviético

Lo que necesita explicación es que un sistema internacional de Estados haya colapsado en ausencia de la más mínima evidencia de amenaza: no fue destruido por una guerra, no enfrentó retos abrumadores por parte del pueblo, la única excepción parcial fue Polonia. A pesar de sus problemas económicos y sociales, no era un sistema incapaz de satisfacer las necesidades básicas de sus ciudadanos. Por tanto, no colapsó, ni cayó, ni fracasó en el sentido absoluto de la palabra. Lo que realmente ocurrió fue que el liderazgo del país más poderoso del sistema decidió introducir un paquete de políticas nuevas y radicales en la Unión Soviética y en todo el sistema en general: no se trataba de que los gobernados no pudieran continuar bajo un gobierno que utilizara los antiguos métodos como hasta entonces. Más bien era que los gobernantes no podían continuar gobernando con los antiguos métodos.

Fred Halliday

Abundan las explicaciones sobre el colapso de la Unión Soviética como reflejo de posiciones ideológicas diversas y distintos estados emocionales. Van desde lo

más fantasioso hasta lo más ponderado, desde el júbilo hasta el desespero. Muchas han contribuido a nuestra propia comprensión de los problemas, pero nuestra posición difiere de todas estas. Esas teorías pueden clasificarse en seis categorías:

- Defectos del socialismo.
- Oposición popular.
- Factores externos.
- Contrarrevolución burocrática.
- Falta de democracia y exceso de centralización.
- El factor Gorbachov.

A continuación explicaremos nuestras diferencias con esas teorías.

Los que sustentan la primera teoría consideran que todos los sistemas socialistas están condenados porque son portadores de un "defecto genético". El socialismo surgió de manera ilegítima en la Unión Soviética. Era inherentemente no funcional porque desconocía el libre mercado e iba contra la naturaleza de la libertad humana. Jack Matlock, profesor de la Universidad de Columbia, quien se desempeñó como embajador en la Unión Soviética entre 1987 y 1991, ha dicho simplemente: "El socialismo, según lo ha definido Lenin, estaba condenado desde el principio porque se basaba sobre presupuestos erróneos acerca de la naturaleza humana". Esta teoría, con variaciones, aparece en los trabajos de Martin Malia, Richard Pipes y Dmitri Volkogónov.

Realmente y a pesar de sus logros, el sistema soviético tenía muchos problemas en 1985. Algunos estaban asociados a la planificación centralizada: cantidad y calidad insuficientes de algunos bienes de consumo, desaceleración de la productividad del trabajo, pobre iniciativa local, poca difusión y utilización de la computación y otras tecnologías, corrupción y fuentes ilegales de ingresos. Otros eran problemas asociados al sistema político.

Métodos que demostraron su utilidad para asumir y mantener el Poder resultaron ser problemáticos prospectivamente; a la hora de ejercerlos. Entre esos

problemas puede citarse la superposición de las funciones del Partido y del Gobierno, ya que asumían la iniciativa política a los niveles más altos y reducían el desempeño de los niveles de base e intermedios a los simples órganos de consulta, una situación que afectaba a las organizaciones de masas y a los sindicatos.

Persistían formas y grados de censura por encima y más allá de lo necesario en una sociedad socialista madura que mantenía separada a la élite del Partido y del Gobierno del resto de la población. Otras dificultades se relacionaban directamente con la Guerra Fría, que absorbía los recursos necesarios para mantener la fuerza y una disposición combativa con suficiente credibilidad, además de ayudar a los aliados en el exterior.

Otros retos tenían que ver con la necesidad de mantener el entusiasmo y la moral revolucionaria, un alto estándar para el Partido, el desempeño relevante de la ideología marxista y un alto nivel en la educación, todo frente a la marcha inexorable del tiempo y la tentación de la burocracia; pero lo más importante es señalar que estos problemas no fueron, por sí solos, la causa del colapso. Es más, la dificultad de esta teoría radica en su visión de la historia soviética como una carrera hacia el descalabro al apartarse de la naturaleza humana, del libre mercado y de la propiedad privada. A pesar de que estos puntos de vista tuvieron ascendencia en los Estados Unidos durante los años de la presidencia de Ronald Reagan, pocos historiadores sustentan un determinismo histórico basado sobre la naturaleza humana. Por otro lado, esta teoría es incapaz de explicar adecuadamente cómo el socialismo soviético sobrevivió a la colectivización de la agricultura y a la invasión alemana de la Segunda Guerra Mundial, solo para desmoronarse ante los retos, mucho menores, de los años ochentas.

La segunda teoría dice que la oposición popular fue la causa del desplome de la Unión Soviética. En realidad no tiene sustento científico porque ningún autor de alguna importancia sostiene que esa fuera la causa del desastre. No obstante, algunos autores sí han destacado la oposición y el desencanto de ciertos intelectuales, las protestas de los trabajadores, el incremento del nacionalismo, y el éxito electoral de los no comunistas.

Realmente los intelectuales desafectos eran un hecho bastante extendido dentro el sistema soviético. Durante los años ochentas, por ejemplo, muchos economistas prominentes en la Unión Soviética eran partidarios del libre mercado. Los esquemas de reformas propuestos por algunos académicos influyeron en parte de las políticas de Gorbachov, y por esa vía, los intelectuales contribuyeron al colapso. Otros aspectos del descontento popular también tuvieron su desempeño. Las manifestaciones en Bakú, los conflictos entre Azerbaiyán y Armenia, las protestas nacionalistas en las repúblicas del Báltico, las huelgas de los mineros y la formación del bloque liberal de la oposición en el Congreso de Diputados del Pueblo, son otros de los aspectos que son evidentes en el derrumbe del socialismo soviético.

Aun así, el defecto principal de esta teoría es que el descontento popular se manifestó más bien al final del período de las reformas de Gorbachov. No fueron la causa, sino un resultado de sus reformas. Como dijera un humorista, la **glásnost** les dio a los soviéticos el derecho a criticar y la **perestroika**, algo que criticar.

En 1985, al comienzo del proceso de reformas, no había el malestar popular como factor generalizado. Mientras el pueblo soviético se quejaba de la cantidad y calidad de los bienes y productos en general y sobre los privilegios de los funcionarios y la corrupción, la mayoría de los ciudadanos estaba satisfecha de sus vidas y se mostraba complacida con su sistema. Las encuestas demuestran que el nivel de satisfacción de los soviéticos en relación con su sistema era semejante al de los norteamericanos con el suyo."

Aún en 1990 y 1991, cuando sus líderes optaron por la propiedad privada, la mercantilización y la fragmentación étnica, los ciudadanos soviéticos favorecían mayoritariamente la propiedad social y pública, el control de los precios y la preservación de la Unión Soviética. Finalmente, la oposición popular actuó como una variable dependiente más que independiente, un subproducto de las políticas de Gorbachov en vez de su causa

Según la tercera teoría, los factores externos arraigados en el contexto de la Guerra Fría y la economía global fueron la causa de la caída de la Unión

Soviética. El más extremo de estos puntos de vista sostiene que la traición al socialismo soviético se originó por la penetración de la CIA al más alto nivel del liderazgo de la Unión Soviética. Realmente, esta penetración llegó mucho más lejos de lo que muchos observadores externos conocen. Según un informe "Hacia 1985, la CIA y el FBI tenían el más impresionante inventario de espías contra Rusia de toda la historia americana" y tenían **cernida** con sus topes al KGB y al GRU (Inteligencia Militar), pero a no ser que nuevas revelaciones muestren que Gorbachov o Yákovlev eran agentes de la Inteligencia norteamericana, carece de credibilidad afirmar que la CIA derrocó al socialismo soviético. Desde luego, factores más poderosos que la tristemente célebre **Compañía** trabajaban activamente contra la Unión Soviética.

Como varios autores han sugerido, las presiones externas generadas por la economía mundial, los cambios tecnológicos y las políticas de Cárter y de Reagan son cuestiones que figuran entre los problemas que afrontaba la Unión Soviética. André Gunder Frank, por ejemplo, señala que la recesión ocurrida entre 1979 y 1982, indujo a los presidentes Cárter y Reagan a aumentar los gastos militares y así presionar a la Unión Soviética para que gastara más. La recesión también dejó caer todo su peso sobre los países socialistas de Europa del Este, endeudada por los préstamos de los bancos occidentales.

Manuel Castells y Emma Kiselova argumentan que las mayores tensiones incidieron sobre la Unión Soviética en relación con el cambio tecnológico y la obligación de adaptarse a la **sociedad de la información**. Aparte de estos factores económicos y tecnológicos, el desafío mayor al sistema soviético fue el que le impuso la Guerra Fría y su intensificación a comienzos de la década de los años ochentas.

La sociedad soviética nunca disfrutó de un ritmo de desarrollo interno libre de amenazas y agresiones externas. El costo de la defensa y la ayuda a sus aliados fue escalando anualmente con el consecuente drenaje de recursos que eran, en definitiva, inversiones que dejaban de hacerse en el desarrollo interno de la Unión Soviética. Hacia 1980, la ayuda exterior de este país a sus aliados ascendía a 44

mil millones de dólares al año y los gastos en armamentos significaban entre el 25 % y el 30 % del volumen de su economía.

Ese drenaje de recursos excede por un factor de 2 a 3 lo que los expertos extranjeros estimaban en aquellos momentos. Las tensiones de la Guerra Fría se incrementaron durante los últimos años de Cárter y los primeros de Reagan.

Como han señalado tanto el conservador Peter Schweizer como el pensador de izquierda Sean Gervasi, Reagan inició una nueva Guerra Fría y lanzó una estrategia multipolar para la desestabilización de la Unión Soviética. La estrategia consistía en duplicar los gastos militares (**obligarlos a la bancarrota**), la Iniciativa de Defensa Estratégica (**Guerra de las Galaxias**), el financiamiento y la ayuda al anticomunismo en Afganistán, Polonia y otras partes, la inducción a la baja del precio del petróleo y del gas en el mercado mundial (fuente principal de divisas de los soviéticos), así como otras formas de guerra económica y psicológica.

Realmente, los factores externos que presionaron a la Unión Soviética significaban un reto y ocupan un lugar importante en el total de causalidades que terminaron con su sistema. Aún así, están muy lejos de la afirmación realizada por Peter Schweizer de "que es imposible comprender el colapso de la Unión Soviética si se separa de Ronald Reagan" quien "ganó la Guerra Fría".

Francés Fitzgerald nos presenta, de la manera más persuasiva, la sólida refutación de la participación decisiva de las políticas de Reagan en el colapso de la Unión Soviética. Este autor argumenta que no hay una clara relación causa-efecto entre los factores externos y los problemas internos. Por ejemplo, sostiene que el incremento de los gastos militares durante los años de Reagan para la **Guerra de las Galaxias** y otras iniciativas no provocaron un aumento en los gastos militares soviéticos.

Muchos concedores de la realidad soviética interna rechazan la idea de que la carrera armamentista haya sido la causa de las reformas de Gorbachov o del colapso de la Unión Soviética. Un oficial de la Inteligencia militar soviética ha dicho: "La noción de que la **perestroika** de Gorbachov haya sido consecuencia de las **Guerra de las Galaxias** de Reagan, ha prosperado en Occidente y es una idea completamente absurda". Uno de los miembros del Instituto Soviético para los

Estados Unidos y Canadá opinó: "Estoy profundamente convencido de que ni la Iniciativa de Defensa Estratégica, ni la **Guerra de las Galaxias** por un lado, ni la carrera armamentista por el otro, contribuyeron en general al colapso de la Unión Soviética". Muchas opiniones autorizadas difieren en torno al significado de la carrera armamentista en la caída de la Unión Soviética. En gran medida el debate deja a un lado el centro de la cuestión desde luego enorme y de carácter multipolar: la presión de los Estados Unidos contra la Unión Soviética era mucho menor que los sabotajes, las amenazas directas, la guerra económica, las invasiones externas y las acciones de todo tipo que los norteamericanos habían aplicado contra los soviéticos en momentos anteriores de su historia.

En general, la presión externa no determinó el carácter y la dirección que adoptó la política soviética. Las políticas particulares con que Gorbachov respondió a la presión externa y a los problemas internacionales fueron los elementos más probables y decisivos de la causa de la debacle.

Una cuarta teoría expresa que la contrarrevolución burocrática fue la causa del derrumbe. Esta teoría se acerca mucho a la visión de Trotski sobre la Unión Soviética durante los años treinta. Este filósofo argumentaba que el sistema soviético era "transitorio" y que si una nueva revolución socialista no derrocaba al burocratismo, entonces, esa burocracia se convertiría en la base de la restauración del capitalismo y hasta podía transformarse en una nueva clase posesiva.

La idea de que la burocracia se transformaba a sí misma en una nueva clase posesiva por medio de una revolución desde arriba es más o menos el argumento de David Kotz y Fred Weir, Jerry F. Hough, Steven E. Solnick, y Bahman Azad (No obstante, Azad no considera este grupo como una clase). El análisis de Kotz y Weir y el de Azad merecen atención

En **Revolución desde arriba**, Kotz y Weir ilustran con hechos y convincentemente los logros de la Unión Soviética y las características democráticas y humanas de la vida soviética.

Argumentan que el curso de las reformas implementadas por Gorbachov desató las fuerzas que implicaron nuevas coaliciones de grupos que favorecían la

sustitución del socialismo por el capitalismo. Boris Yeltsin se convirtió en el líder del bloque antisocialista. Con el apoyo de la "élite del Partido" fue capaz de echar a un lado a dos potentes grupos: los socialreformistas de Gorbachov y la antigua guardia del Partido.

El desmembramiento de la Unión Soviética como Estado multinacional ocurrió por la especificidad de las fuerzas en lucha entre el grupo de Yeltsin y el de Gorbachov. El antisocialismo de Yeltsin se hizo del poder en Rusia, mientras Gorbachov mantenía el control en las instituciones de la Unión. Las fuerzas de Yeltsin llegaron a la conclusión de que podían mantener el poder e implementar la restauración del capitalismo solo si retiraban a Rusia de la Unión Soviética; por tanto, esta última estalló en pedazos.

La tesis de Kotz y de Weir tiene varias fuerzas. Puede explicar por qué varios de los dirigentes de más alto nivel y capitalistas de la Rusia actual son ex funcionarios soviéticos, a menudo ex miembros del Partido Comunista. Mientras Yeltsin fue develando de manera creciente sus intenciones de optar por el capitalismo, la élite del Partido concluyó que su poder podía sostenerse y posiblemente mejorar si daban un giro hacia la propiedad privada, con sus miembros como nuevos propietarios.

El rápido fracaso del llamado golpe de Estado de agosto de 1991 puede ser explicado desde este punto de vista, por el doble cambio de filiación de los miembros del Partido hacia Yeltsin y hacia la propiedad privada. La falta de apoyo al golpe y a Gorbachov, tanto en la élite del poder como entre las masas es la razón principal por la cual el complot se esfumó y la fortuna de Gorbachov se hundió definitivamente entre agosto y diciembre de 1991. Esto explica la rapidez y el carácter pacífico con que se restauró el capitalismo y, al mismo tiempo, las grandes dificultades para hacerlo funcionar.

La tesis de la "revolución burocrática desde arriba" no es totalmente convincente. Un estudio con el rigor suficiente, basado sobre entrevistas con ex miembros de las más altas esferas del Partido y del Estado, no encontró evidencias que sustenten la teoría, muy de moda, de que el sistema soviético fue

derrocado por el Partido y por funcionarios del Estado con el fin de convertir **su poder** en riquezas personales.

Realmente, estos funcionarios fueron incapaces de emprender acciones colectivas para defender el sistema y para detener el deterioro y la desaparición de la Unión Soviética. La alta burocracia, podemos afirmar, tenía bastante **sustancia** como para ser catalogada como un grupo social definido, más heterogénea e incapaz de actuar como grupo social, pero si el interés de la élite del Partido y del Estado era optar por la vía capitalista, ¿cómo puede explicarse que la **perestroika** de Gorbachov y el libre mercado de Yeltsin hicieran estallar la burocracia central en decenas de miles de pedazos?

Kotz y Weir cifran arbitrariamente a la élite de la burocracia en unos 100 mil. Si esta era capaz de emprender acciones conscientes e independientes, ¿por qué respaldó las medidas marxistas-leninistas adoptadas por Andrópov en 1983, el revisionismo de Gorbachov en 1987 y las terapias de choque de Yeltsin en 1993? ¿Eran estas tres ideologías inconsistentes de interés para la burocracia?

El robo de los bienes del Estado por parte de la burocracia estatal era embrionario en 1987, cuando el desmantelamiento del Partido Comunista estaba en ciernes, y llegó a su plenitud entre 1990 y 1991, dando credibilidad al punto de vista de que esa manera de actuar generalizada en cualquier parte, no en la élite del Estado y del Partido, condujo al colapso. La dirección del Estado y del Partido reaccionaba ante los hechos, no los incitaba. Algunos de forma oportunista, se apropiaron de los bienes del Estado y del Partido con el fin de mantener sus privilegios y su poder, pero no eran los protagonistas del proceso.

Hay otros aspectos que contradicen la teoría de la "revolución desde arriba". Kotz y Weir menosprecian la situación mundial, es decir, la presión internacional proveniente del imperialismo como causa que contribuyó a la caída de la Unión Soviética. Además, manifiestan ilusiones en torno al proyecto de Gorbachov: llaman revolución a lo que manifiestamente era una contrarrevolución, como si la diferencia fuera algo trivial. No expresan crítica alguna al revisionismo y a las concesiones de Gorbachov ni a su retirada ante la presión de los procapitalistas internos y los imperialistas externos, incluyendo el abandono solidario a Nicaragua

y a Cuba, ni tampoco dicen nada acerca de su apoyo a la **Guerra del Golfo**. Finalmente, hacen recaer las culpas sobre la élite burocrática y exoneran a Gorbachov, a quien finalmente, ellos desean apoyar.

A primera vista la tesis de Bahman Azad también respalda la idea de que la élite burocrática fomentó la contrarrevolución. En su análisis, ciertos procesos políticos en el desarrollo de la historia soviética prepararon el camino para que la debacle de Gorbachov fuera posible y son estos elementos, precisamente, los que mantienen su validez aun cuando se elimine la tesis de la contrarrevolución burocrática. Azad ofrece una visión histórica plausible y convincente acerca del devenir histórico en la Unión Soviética, sus logros y limitaciones desde el Comunismo de Guerra de 1918 a 1921, hasta la Nueva Política Económica (NEP) entre 1921 y 1928, la Industrialización Acelerada de 1928 a 1945, la Segunda Guerra Mundial y la reconstrucción. Azad argumenta que los problemas comenzaron con Jrushchov. El modelo de "rápido desarrollo del consumo" y la nivelación de los salarios, adoptado por el XX Congreso del Partido en 1956, inhibieron los incentivos y provocó escaseces, redujo el crecimiento económico y engendró la corrupción y el "mercado negro". La idea de Jrushchov de que la Unión Soviética había comenzado la construcción del comunismo a gran escala, adoptada por el XXI Congreso en 1959, era exagerada, despertó falsas ilusiones y provocó mayores nivelaciones de salarios y estancamiento. La aprobación en el XXII Congreso de que el Estado soviético se había convertido en **un Estado de todo el pueblo** y el Partido Comunista soviético en **un Partido de todo el pueblo** dio señales del debilitamiento de la organización de vanguardia con respecto al Estado y del predominio creciente dentro del Partido de los burócratas y de los intelectuales. En resumen, Azad plantea que los problemas de la Unión Soviética y de las políticas de Gorbachov eran expresión y consecuencia del impacto de las políticas erróneas de Jrushchov.

El tratamiento que Azad le da al período de Gorbachov es como si fuera una nota al pie de la época de Jrushchov, una consecuencia y una manifestación de esta, parte de un vacío de 25 años sin hacer los cambios largamente esperados por el pueblo.

El autor no comprende que Gorbachov, al extender y ampliar las políticas de Jrushchov, lo hacía a la vez con todas sus debilidades. En lugar de un análisis sobre los hechos que condujeron al proceso de las políticas aplicadas y al colapso, Azad simplemente minimiza todo el proceso: el programa de reformas de Andrópov fue secuestrado por los burócratas bajo la dirección de Gorbachov, quien traicionó el socialismo e instauró el capitalismo. Desde nuestro punto de vista, el problema real no era la burocracia como tal, sino la Segunda Economía que corrompió al Partido, al Estado, procreó la mentalidad pequeñoburguesa fuera y dentro de la burocracia y transformó a algunos empresarios junto a la Segunda Economía en la base del oportunismo de Gorbachov.

La quinta teoría sostiene que la Unión Soviética se derrumbó por la falta de democracia y por el sistema administrativo supercentralizado. Este punto de vista tiene mucho en común con la teoría de los "defectos del socialismo". La diferencia radica en que aquellos que creen en los defectos inherentes al socialismo piensan que todos los sistemas socialistas están condenados al fracaso, mientras que los de la teoría sobre la "falta de democracia" creen que solo el socialismo soviético estaba predestinado al fracaso.

Para estos teóricos, la falta de instituciones democráticas y la supercentralización de la economía se derivaron de Stalin, o más bien de Lenin y de Stalin. Este punto de vista lo sustentan casi todos los socialdemócratas y los eurocomunistas. También lo comparten el historiador Stephen F. Cohén y el escritor soviético Roy Medvédev, además de algunos partidos comunistas contemporáneos.

Esta explicación tiene el atractivo superficial de que para el caso del socialismo soviético no necesita argumentación alguna. Culpar a la falta de democracia y a la supercentralización es útil además como mecanismo de distanciamiento político y psicológico. Es una manera de afirmar que el ideal socialista permanece puro e inmaculado a pesar de lo ocurrido en la Unión Soviética. Afirma:

La Historia no importa. La experiencia real de un país socialista no importa. Lo único que importa es lo que los socialistas y los comunistas dicen en el día de hoy. Lo que sucedió en la Unión Soviética fue allí y entonces; lo que

sucede hoy, es aquí y ahora. Esos comunistas soviéticos lo echaron todo a perder, pero nosotros somos diferentes y más inteligentes. Eran burócratas y antidemocráticos supercentralizados, pero nosotros o lo sabíamos todo o lo aprendimos de sus errores.

No obstante, por muy útil que este punto de vista pueda ser para aquellos que buscan notoriedad con el folletín, las entrevistas, las conferencias y las promociones librescas, deja mucho que desear como explicación convincente. Tan pronto como uno trata de contrastar sus frases altaneras con los hechos reales, sus argumentos se desvanecen. Esta teoría carece de precisión suficiente como para eludir la necesidad de tener que ser demostrada o refutada.

Decir que la Unión Soviética se desmoronó por falta de democracia y exceso de centralización puede significar una de dos cosas: el colapso de la Unión Soviética ocurrió porque carecía de las organizaciones y las prácticas económicas y sociales más frecuentes en países occidentales socialdemocráticamente gobernados como Suecia (una democracia liberal o una economía mixta), o porque la Unión Soviética no fue capaz de desarrollar un nuevo tipo de democracia y de economía mixta, diferente a las que hay en el mundo.

Ambas ideas carecen de basamento histórico porque se sustentaron sobre presupuestos idealistas contruidos para intentar explicar la Historia en la medida en que se ajusta o no a un ideal preconcebido. Hegel hubiera estado de acuerdo con este enfoque, pero los historiadores modernos, marxistas o no, consideran que las explicaciones históricas tienen que atenerse a los hechos reales y a las contradicciones de la Historia, a la lógica interna y de acontecimientos. Esto presupone la comprensión de la Historia valorándola contra esquemas preestablecidos.

Es más, quienes piensan que la Unión Soviética fracasó porque no siguió el camino de la socialdemocracia europea se encuentran con un problema adicional. Queda claro que a partir de cierto momento, Gorbachov compartía los mismos ideales que estos teóricos y que trató de conducir a la Unión Soviética hacia una socialdemocracia liberal de economía mixta. Ahora bien, semejante curso de acciones condujo a un caos político y económico del cual no se ha salido todavía.

Los hechos sitúan a los teóricos de la "falta de democracia" en una posición embarazosa que no han podido explicar satisfactoriamente.

Los que creen en la explicación de que los soviéticos no fueron capaces de desarrollar un nuevo tipo de democracia con un nuevo tipo de economía mixta se enfrentan también con el problema siguiente. Primero, se impone una concesión: aun los más estrictos materialistas históricos aseguran que el marxismo-leninismo tiene la convicción y la idea de que el socialismo debe desarrollarse hacia un ideal comunista.

Esta idea es muy general: una sociedad regida por el principio de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades; una sociedad de abundancia donde el racionamiento es innecesario y donde el pueblo hará su propia historia mediante la sustitución del sistema de explotación del trabajo asalariado y la anarquía de la producción privada y del mercado, por el control consciente que posibilita la propiedad social y la planificación; una sociedad donde las clases, la producción de bienes de consumo y las diferencias entre el trabajo intelectual y físico, y entre la ciudad y el campo, desaparecerán. De tal forma, los marxistas-leninistas tienen su sistema de ideas con las cuales dirigir y evaluar el desarrollo del socialismo, pero resulta diferente afirmar que el fracaso en la manera de construir un ideal sea la causa del colapso de la sociedad socialista. Esto es lo que los teóricos de la "falta de democracia" afirman y esta es la razón por la cual su idealismo parte de una explicación histórica creíble.

Debemos agregar que los teóricos de la "falta de democracia" ignoran la historia real de la democracia liberal y de la socialista. El significado y la evaluación de la democracia ha cambiado con el tiempo y ni el liberalismo ni el capitalismo tienen la exclusiva en esa interpretación.

Hasta la segunda mitad del siglo XIX, **democracia** significaba el gobierno por las clases bajas o por los oprimidos. Todos los grandes pensadores políticos desde Aristóteles hasta los fundadores de los Estados Unidos se oponían a la democracia.

Sobre todo el liberalismo valoraba **elección y competencia**: la elección y la competencia entre los partidos en un escenario político y entre bienes de

consumo en los segmentos del mercado. La democracia llegó a los Estados Unidos y a otras repúblicas liberales gradualmente y no como un gobierno de las clases bajas como tal, sino como participación de las clases bajas en las elecciones en la medida en que el derecho electoral se extendió, primero a los hombres que no tenían propiedades y luego a los ex esclavos, a las mujeres y a los jóvenes.

Históricamente, la posición del socialismo en relación con la democracia es mucho más fuerte que la del liberalismo.

Como quiera que el liberalismo solo habla de la democracia en el sentido de valor social, el socialismo desde sus comienzos abrazó su significado clásico, como gobierno de las clases oprimidas. En el ***Manifiesto Comunista*** de 1848, Marx dijo que "el primer paso en la revolución de la clase obrera es el ascenso del proletariado a una posición de clase gobernante para ganar la batalla de la democracia".

Donde el liberalismo democrático venera la elección, el socialismo valora la calidad en el sentido de abolir la superioridad capitalista de clases, la dominación y la explotación.

De la misma forma que el liberalismo asimiló las formas democráticas, el socialismo desarrolló mecanismos democráticos. Lenin ha argumentado que los trabajadores no desarrollarían espontáneamente las ideas socialistas sin una organización revolucionaria y, consecuentemente, un partido de la vanguardia obrera tendría que dirigir la revolución socialista. Gobernados por un partido de vanguardia, no significa lo mismo que gobernados los obreros y campesinos por sí mismos. Con el tiempo, el socialismo ha tenido que desarrollar las formas de participación y control de los obreros y de los campesinos, incluyendo la ampliación de su membresía en el Partido Comunista y desarrollando órganos populares como los ***soviets***, los sindicatos y otras organizaciones de masas.

Aunque el proceso de desarrollo de la democracia estaba muy lejos de haber culminado, la Unión Soviética había desarrollado una variedad de instituciones y mecanismos dirigidos a garantizar la participación popular. Cada país socialista que surgió subsecuentemente adoptó o adaptó las innovaciones soviéticas. Las

prácticas de la Unión Soviética incluían el uso de los periódicos como defensores del pueblo además de fuentes de noticias; la investidura de los sindicatos con poderes para defender el derecho de los trabajadores; las normas de producción y la disposición de los fondos sociales; la creación de los **soviets**, los comités de producción, las asambleas de las comunidades, los consejos populares en los complejos de viviendas y otras estructuras del Partido y del Gobierno.

Aunque estas instituciones populares o de orientación popular se atrofiaron durante los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, revivieron en los años cincuentas con la participación cada vez mayor de los trabajadores. Aún durante la época de Brézhnev, la participación popular mantuvo grandes señales de vitalidad. En 1978, cuando la Unión Soviética tenía 260 millones de habitantes, un grupo de escritores soviéticos dio los datos siguientes sobre la actividad política: 16,5 millones de comunistas, 121 millones de miembros de los sindicatos, cerca de 38 millones de integrantes del **Komsomol**, más de 2 millones de diputados a los **soviets**, 35 millones que trabajan con los diputados en los **soviets** de Diputados del Pueblo, 9,5 millones de miembros de los aparatos de Control Popular, y 5,5 millones de miembros de los comités de producción y de las empresas industriales.

Por supuesto, la participación en un **soviet** socialista, al igual que en una elección burguesa, no significa una prueba concluyente sobre el control popular, pero representa, aunque sea de manera imperfecta, un mecanismo consciente de democracia socialista.

Si la democracia de los **soviets** se desarrollaba en algunas áreas, en otras presentaba problemas. Las tiendas especiales y exclusivas para el Partido, así como el crecimiento de los nuevos ricos producto de la Segunda Economía, gravitaban sobre la igualdad socialista. La autoridad primaria del Partido hacía de los **soviets** simples grupos asesores, vistos de la mejor manera, estructuras sencillas para cubrir las apariencias. La Segunda Economía corrompió a algunos en el Partido y en el Gobierno.

El hecho es que la democracia socialista era portadora de fortalezas y debilidades. La complejidad real de la situación no es generalmente reconocida

por los que argumentan que la falta de democracia fue la causa del colapso. Por supuesto, significa una paradoja asombrosa que un país haya sufrido una invasión y una crisis económica y que el descontento popular no lo haya sumido en el caos. A esa paradoja debe agregarse otra: se desmoronó a pesar de las organizaciones políticas en las cuales participaban millones de personas.

La idea de que la centralización tuvo un desempeño medular en el colapso de la Unión Soviética es tan problemática como la de la falta de democracia. La Unión Soviética fue el primer país en la Historia que trató de organizar la economía sobre la base de empresas de propiedad estatal (con algunos elementos no estatales) y la planificación centralizada (con mercados limitados).

Solo un fuerte gobierno central con una economía centralizada podía lograr las metas del socialismo: socializar la propiedad, proteger la revolución desde dentro y desde fuera, lograr la rápida electrificación e industrialización, elevar el nivel educacional, la salud, las viviendas para todos y desarrollar las regiones más atrasadas y pobres de esa gran nación.

No había experiencias previas ni garantías de que funcionara. Toda la historia de la Unión Soviética fue un experimento constante con varios tipos de planificación, de precios, salarios, políticas de inversión y grados de centralización y descentralización en el contexto de la propiedad estatal y de la planificación central. Decir que los soviéticos confrontaban constantes problemas con la planificación centralizada es totalmente cierto.

Repetidamente lucharon por encontrar el desempeño adecuado para descentralizar la toma de decisiones en el contexto de la planificación central. Decir, no obstante, que el problema solo se originaba por la planificación central propiamente, es como decir que el problema del socialismo es el socialismo. Una posición semejante, a propósito, es por mucho en la que terminó Gorbachov cuando destruyó el sistema de planificación centralizada y abrió las puertas a la empresa privada. En otras palabras, decir que la centralización era causa de problema es un hecho cierto y evidente pero algo totalmente distinto es afirmar que la centralización es un problema lo suficientemente grande como para estigmatizar el socialismo.

Los que abogan por la teoría de la "falta de democracia", creen que tienen la última carta. Si en la Unión Soviética hubiera habido una democracia que expresara realmente la voluntad y los intereses de la clase obrera y si el Partido representara realmente la vanguardia de esa clase, entonces los trabajadores y los comunistas se hubieran opuesto al derrocamiento del Partido, a la desaparición del socialismo y a la restauración del capitalismo.

De acuerdo con este punto de vista, ni la clase obrera ni el Partido Comunista brindaron resistencia alguna; por tanto, algo faltaba dentro de la democracia socialista.

La historia real del colapso soviético desborda esta entretejida explicación lógica.

Como quedó demostrado en el capítulo anterior, la resistencia de la clase obrera sí ocurrió. Por qué esta resistencia no fue lo suficientemente amplia y fuerte como para detener la caída de la Unión Soviética es algo que resulta muy complejo. En cierto sentido, la teoría de la "falta de democracia" subestima la dimensión de la complejidad. La gran mayoría del pueblo en una sociedad con desarrollo industrial se sometió pasivamente a un grupo minoritario que convertía las riquezas sociales en propiedad personal, empobrecía al resto de la población y destruía el desarrollo moderno de una sociedad por primera vez en la Historia.

La conformidad de un pueblo hacia las políticas que no son manifiestamente de su propio interés es mayor de lo que uno, desafortunadamente, quisiera suponer; algo bien conocido en los países capitalistas. Que la Unión Soviética no formara ciudadanos capaces de trascender el tipo de inercia, de ignorancia intencionada y de rutina que inmoviliza a muchos pueblos la mayoría del tiempo puede desagradarnos, pero no puede sorprendernos. Es más una acusación de democracia liberal que de democracia socialista.

Depositara toda la responsabilidad de la pasividad soviética en las instituciones, encierra otro problema. Muchas de las manifestaciones políticas tradicionales soviéticas —periódicos, los **soviets** y el Partido Comunista como tal— fueron coartadas por Gorbachov después a 1985. Así, mientras la mayoría del pueblo soviético se oponía a la privatización de la propiedad, a la eliminación del control

de precios y al desmembramiento de la Unión Soviética, las formas tradicionales de expresar los puntos de vista políticos se esfumaban.

Adicionalmente, las nuevas instituciones, como el Congreso de los Diputados del Pueblo, demostraron ser totalmente incompetentes a la hora de imponer tales sentimientos públicos.

Si no fuera bastante, cada medida de debilitamiento de las instituciones tradicionales y de restablecimiento del capitalismo contaba en la vanguardia con Gorbachov y otros líderes del Partido Comunista que proclamaban que lo hacían para retornar al leninismo y perfeccionar el socialismo. En otras palabras, es muy probable que parte de la pasividad de los trabajadores haya ocurrido porque al mismo tiempo que Gorbachov y otros líderes erosionaban el nivel de vida del pueblo y la seguridad económica y al socialismo en sí mismo, prometían un mejor socialismo y eliminaban las instituciones mediante las cuales habían expresado previamente sus puntos de vista.

La teoría final expresa que el colapso fue motivado mayormente por Gorbachov. Naturalmente, casi todos los puntos de vista le otorgan un gran peso al desempeño de este. Algunos análisis van más allá que otros al responsabilizarlo con los hechos.

Según la historiadora británica Archie Brown, la clave del desmoronamiento de la sociedad soviética fue **el factor Gorbachov**, principalmente su punto de partida desde la ortodoxia comunista.

Para Brown, tal apostasía minó el sistema de una manera imprevista, pero Gorbachov, no obstante, se desempeñó como **occidentalizador**, un Pedro el Grande de los tiempos modernos.

Otros, que también consideran a Gorbachov como un factor decisivo, lo evalúan como más calculador de lo que plantea Brown. Jerry Hough piensa que era un abierto partidario de la sociedad de mercado. Evgeni Nóvikov y Patrick Bascio sugieren que Gorbachov era un eurocomunista gramsciano. Anthony D'Agostino argumenta que se trataba de un maquiavélico para quien las ideas estaban en segundo lugar después del acceso y el mantenimiento del poder.

Aunque concordamos con el elemento común de estos puntos de vista en relación con que las desviaciones ideológicas de Gorbachov tuvieron un desempeño preponderante, no compartimos varios aspectos. No es solamente que donde Brown ve algo positivo nosotros veamos algo negativo.

Los análisis que exageran el desempeño de Gorbachov oscurecen el hecho de que no se trataba de un ente aislado, sino de que actuaba dentro de un contexto histórico y social. Cuando se apartó de la línea de Andrópov lo hizo en nombre de ideas que tenían sus antecedentes en Bujárin y Jrushchov, ideas que eran atractivas para algunos dentro de la sociedad soviética.

Acciones como el debilitamiento de la función rectora del Partido y del desempeño del Gobierno Central, la legitimización de la propiedad privada y el permitir mayores libertades de mercado, tenían mucho peso en los años ochentas porque expresaban tangiblemente los intereses del dinámico (si bien parásito) sector ligado a las ilegales empresas privadas.

Así, Gorbachov era tanto un legado de una tradición como el producto de su tiempo y no un solitario "factor aislado" haciendo historia.

Muchos autores, al enfatizar el desempeño de Gorbachov llegan a sus políticas como acciones preconcebidas de un plan a largo plazo. El peso de las evidencias parece señalar más a un líder **vacío**, que actuaba irasciblemente, impulsivo y contradictorio. Aunque sus políticas muchas veces aparentan un patrón de rendición ante los intereses pequeñoburgueses, liberales y corruptos internos y la presión externa del imperialismo, una actitud semejante no era evidente en sus comienzos. El oportunismo, más que un plan preconcebido o una estrategia, fue el camino por el cual condujo sus pasos.

Finalmente, la historia del colapso de la Unión Soviética no fue el desenvolvimiento inevitable de una tragedia arraigada en la imposibilidad del socialismo como sistema. No fue una derrota impuesta por el levantamiento y la oposición popular o los enemigos externos. No fue motivada por la incapacidad del socialismo soviético de ponerse a la altura de ciertos ideales del liberalismo democrático que llevaban implícita una economía mixta. No fue la acción consciente y la traición de un solo hombre.

En vez de todo eso, fue la historia del triunfo de una tendencia de pensamiento arraigada: Primero, en la naturaleza campesina del país, y luego en la Segunda Economía, un sector que floreció porque la demanda de bienes de consumo estaba insatisfecha por parte de la Primera Economía y por la incapacidad de las autoridades de apreciar el daño que representaban y aplicar en consecuencia, la ley socialista en su contra. Era una tendencia que se había manifestado en Bujárin y en Jrushchov antes que en Gorbachov.

Era una tendencia que creía que la prosperidad, la democracia y su visión del socialismo podían alcanzarse rápida y fácilmente, sin sacrificios, sin lucha y sin una fuerte autoridad central. Creían en las concesiones al imperialismo, al liberalismo, a la propiedad privada y al mercado.

Algunos seguidores de esta tendencia se consideraban verdaderos socialistas; no obstante, se aliaron con otros cuyas simpatías verdaderas se inclinaban por el dinero y el mercado libre. No fue hasta que Gorbachov llegó al poder que esta tendencia adquirió todo su esplendor y fue conducida a una conclusión lógica. Fue cuando la tendencia de esta locura total condujo no a al perfeccionamiento del socialismo, sino a la instauración de la barbarie.

Al comienzo de *La Odisea*, de Homero, Zeus condena la forma en que los mortales maldicen a los dioses por sus propias miserias, puesto que son "ellos mismos, con sus conductas imprudentes, los que responsabilizan a otros de sus actos". Hay un largo trecho entre la destrucción de Troya y el colapso de la Unión Soviética, pero la tentación de los hombres por maldecir a los dioses, a la naturaleza o a algún otro poder, persiste.

En el caso de la Unión Soviética, Fidel Castro condena esa tentación con palabras no tan poéticas, pero no menos certeras que las de Homero: "El socialismo no murió por causas naturales: fue un suicidio". Si nuestro análisis tuviera algún valor duradero, sería para estimular el debate acerca de las conductas imprudentes que derribaron el primer Estado socialista que había conocido la Humanidad.

Contraportada

Esta obra presenta al lector una visión actualizada de uno de los acontecimientos más conmovedores del siglo XX: la desintegración y desaparición "la superpotencia del socialismo: la Unión Soviética". Los autores, con un claro y profundo análisis marxista de este fenómeno económico, político y social, demuestran que los orígenes de lo ocurrido se remontan a varias décadas atrás, desde la llamada "Era de Stalin" hasta la denominada "Era de Gorbachov". Con estas páginas el lector podrá reflexionar y encontrar respuestas a preguntas que subsistan sobre esos sucesos